
la
NIÑERA
imparable
YULE TRAVALON

la NIÑERA imparable

YULE TRAVALON



Copyright © YULE TRAVALON

Publicación Independiente | Todos los derechos reservados.

Esta es una obra de ficción. Su propósito es entretener a las personas. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos descritos son producto de la imaginación del autor. Cualquier semejanza con nombres, fechas o eventos reales es pura coincidencia.

Se prohíbe el almacenamiento y/o la reproducción de cualquier parte de esta obra, por cualquier medio —tangible o intangible— sin el consentimiento por escrito del autor.

La violación de los derechos de autor es un delito conforme las leyes internacionales de propiedad intelectual y puede ser sancionada de acuerdo con la legislación aplicable en cada país.

Nota del autor

Esta novela contiene escenas de acción y violencia, así como intimidación y amenazas por parte del antagonista.

Incluye también referencias a situaciones sensibles del pasado.

Si alguno de estos temas te resulta sensible, te recomiendo leer con cautela.

Índice

Nota del autor
Índice
Sinopsis
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18

Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Epílogo
También te puede gustar…

«Audentes Fortuna iuvat»

—Virgilio, en la «Eneida», canto X, v. 284.

Traducción libre: «la suerte sonríe a los audaces».

Sinopsis

Jacob Parker, un seductor sinvergüenza incapaz de amar a nadie que no sea a sí mismo, por fin ha cumplido su gran sueño: convertirse en CEO del Banco CS Gallagher. El premio, sin embargo, llega en forma de titulares y escándalos. Su fama de libertino y sus excesos han acaparado los focos, y su carrera está al borde del abismo.

Para limpiar su imagen y recuperar el respeto de la élite, solo hay una salida: un matrimonio por contrato.

Cuando Bruna Martins se apuntó a un programa de au pair, solo tenía una idea en la cabeza: huir de un padrastro abusivo y empezar de cero en otro país, con una nueva familia. Pero, al llegar a Estados Unidos, descubre que un accidente se ha llevado la vida de los Hansmann, la pareja que la había contratado.

En su búsqueda desesperada de los gemelos en Nueva York, se cruza con el nuevo tutor legal de los niños… y con el hombre más polémico, infame y peligrosamente atractivo de todos: Jacob Parker.

Él necesita una mentira que salve su carrera y a la vez proteger a sus sobrinos.

Ella necesita un nuevo comienzo… y una familia que la ayude a sobrevivir a las sombras del pasado.

Y, cuando sus vidas chocan, ambos descubren que comparten algo que no esperaban.

Algo capaz de cambiarlo todo para siempre.

Prólogo

Jacob Parker

El bar, puticlub, casa de oración —o como quieras llamarlo— La Chica es, para mí, como un parque de atracciones. Aquí es donde vengo a despejarme, a divertirme y a recompensarme por un buen día de trabajo. Cosa que no es el caso ahora mismo.

—Para impresionarme, tendrás que hacer mucho más que eso, cariño. —Agito un billete de cien dólares ante la stripper que gira en la barra, completamente desnuda.

En la pared espejada frente a mí veo el par de cuernos rojos sobre mi cabeza, parpadeando. Una bailarina está decidida a quitarme la americana, y lo hace con tanta entrega que, sin estar yo desnudo, ya le he dado trescientos dólares. Mi cuerpo tapa el gran letrero de neón; solo alcanzo a ver la palabra «Show» encendiéndose y apagándose muy despacio y, cada vez que la luz se enciende, cada una de las siete mujeres de esta sala VIP tiene una prenda menos.

—¿Quién quiere venir primero? —Las miro una a una, con calma. —Tú. —Elijo a la morena y me la cargo al hombro.

La lanzo sobre el sillón en el que estaba sentado y termino de quitarme la camisa blanca de manga larga.

—Voy a enseñarte cómo se hace un show de verdad. —Le enrollo la corbata al cuello y tiro de ella hacia mí, como si llevase una correa.

Deslizo la lengua por su cuello hasta la punta de su nariz, empujándola contra el sillón mientras me acomodo encima de ella. La stripper está en shock y sin reacción, lo que me divierte muchísimo.

—¿Seguro que tú tampoco eres un profesional del sexo? —pregunta una de ellas, a mi espalda.

—Claro que soy un profesional, nena. —Me giro, le sujeto la barbilla, sello nuestros labios con lentitud y dejo que se aparte cuando quiera. —Solo que no cobro.

Agarro la botella de whisky del suelo, derramo el líquido dorado y añejo por el busto de la morena y sigo el rastro con la lengua. El olor de su piel mezclado con mi bebida favorita me pone duro. Y su mirada sumisa completa el conjunto; esto va a estar de puta madre.

—¡Te encontré! —Escucho una voz masculina irrumpir en la sala. Pero si Allen Mitchell, mi asistente, cree que va a interrumpir mi show privado, se equivoca.

Me quedo quieto, sintiendo manos femeninas recorrer mi cuerpo. Una de ellas termina de arrancarme el pantalón y exhibo mi jockstrap, una prenda con el paquete bien marcado delante y las nalgas al aire; al fin y al cabo, lo que es bonito hay que mostrarlo.

—¿De verdad vas a obligarme a ver esto? —protesta Allen. Puedo ver sus ojos azules intentando apartarse de los míos en el espejo junto al letrero de neón.

—No me importa que mires. —Me encojo de hombros y vuelvo al sillón, de rodillas ante mi musa.

La agarro por los muslos y hago que sienta mi paquete en su entrada, desnuda y lista para mí.

—Quiero oírte gritar bien fuerte cuando empiece a follarte...

—Cof cof.

—Allen, todavía hay seis mujeres más en esta sala, y una está en la barra. Coge a una para follar y no me toques los cojones.

—Tu padre ha vuelto a llamar y quiere… una respuesta… —dice, visiblemente desconcertado. En realidad, completamente.

Mi asistente se está conteniendo para no desnudarse también; está claro que lucha consigo mismo por mantenerse concentrado. Se cubre la ingle con las manos mientras intenta esquivar con disimulo a las bailarinas.

—¡Nunca te perdonaré que me hagas rechazar a una mujer! —masculla.

—Entonces no la rechaces. Lo único que quieren es placer; deja de ser cruel y dales placer a una de las chicas, Allen. Incluso te dejo quedarte con dos, pero las demás son mías. —Me giro para reírme.

Mi stripper, acorralada en el sillón, ya me está poniendo el preservativo.

—Habla en serio, Jacob. Tu padre ha dicho que quiere una respuesta y la quiere hoy.

—Invéntate cualquier excusa y asunto cerrado. —Aspiro el olor del cuello de esa mujer y no quiero saber nada más.

—Ha enumerado una serie de periódicos que están dañando tu imagen y la del banco CS Gallagher, llamándote libertino, pionero del atentado contra el pudor y diciendo que estás revitalizando todos los puticlubs de lujo de esta ciudad. —Allen suelta, escandalizado.

—¿Y miente? —pregunto.

Niega con la cabeza.

—Si los periódicos dicen la verdad, ¿qué puedo hacer? Mi fama me precede. —Doy el tema por zanjado y me pongo de rodillas para sorber el whisky de otro lugar ahora.

—¡Pero ahora eres el CEO de un banco! Y aunque Blake todavía no se opone a tu vida desenfrenada, tu padre está furioso porque estás perjudicando sus negocios.

—Qué palabra tan apagapollas, Allen. ¿Cuántos años tienes? ¿Cincuenta? «Desenfrenada». Por el amor de Dios… —Decido

ignorarlo de una vez y observo cómo la bailarina se abre para mí y se retuerce de placer.

—Tenemos que buscarte una mujer. —Allen da un golpe con el pie.

—¿Otra más? Ya tengo siete aquí.

—Una mujer para limpiar tu imagen de canalla y vago, fingir una relación sana y tradicional… quién sabe, quizá un…

—No digas esa palabra…

—Casa…

—Allen Rodrigues Mitchell…

—Matrimonio por contrato.

—¡Lárgate de aquí antes de que te mate! —No puedo lanzarle la botella, pero sí el whisky. Al segundo siguiente lamento semejante desperdicio.

—Blake apoya la idea.

—¡Al infierno tú, Blake, mi padre y esos periódicos de mierda!

—Míralo por el lado bueno: si eliges a una mujer para el matrimonio falso, al menos será una que te guste. De lo contrario, tu padre elegirá por ti y no quieres eso.

—¡De ninguna manera!

—Alguna mujer de esta ciudad tiene que servirte, aunque sea durante seis meses, para que baje la polvareda y se calme la furia de tu padre. —Allen es diez años más joven que yo, pero en esto parece tener más cabeza.

—Allen, créeme, ya me he follado a casi todas las mujeres de Nueva York.

Lo veo cruzarse de brazos.

—¡Esta puta ciudad no tiene mujer para mí!

—¡Entonces aún no has buscado lo suficiente! —replica.

—Da igual cuánto busque. La mujer que quiero nunca va a aparecer; acéptalo.

—¿Y qué le digo a tu padre mientras tanto?

—Dile que ya estoy prometido, yo qué sé. Que ya tengo unos quince hijos y que pronto rebajaré estas polémicas.

—De acuerdo.

—¿Mientras tanto puedes dejarme follar con quien me dé la gana?

Allen consulta el reloj.

—Tienes cuarenta y cinco minutos.

—¿Cuarenta y cinco minutos? ¡No da tiempo a follar bien ni a una, mucho menos a siete!

—Es tu problema, búscate la vida. Estaré ahí fuera pensando en una solución para tus problemas. —Se prepara para salir.

—¡Me solucionarías la vida si descubrieras un país donde pudiera casarme con unas cien mujeres! —le grito a la espalda.

Capítulo 1

Bruna Martins

—Hola. Me llamo Bruna Martins, tengo veinte años y vivo en Río de Janeiro. Vivía, para ser sincera. Me presenté a un programa de niñera y, tras cinco meses de formación y de contacto con la familia que me acogerá, fui aceptada. Por eso estoy entrando en su país. Aquí está la dirección donde me alojaré, así como el teléfono de mi familia responsable en Orlando. Ah… ¿por qué dejé la universidad en el último semestre? Bueno, yo…

—¿Y esa cara de psicópata qué es, Bruna Martins? —Luís Fernando parpadea con sus ojos verdosos, enmarcados por pestañas larguísimas. —¿Estás recibiendo algún espíritu, chica? ¿Es una entidad? —Empieza a chasquear los dedos alrededor de mi cuerpo. —Aprovechemos que estamos en el cielo y cantemos para que suba y se largue, que este avión aterriza en nada.

Aprieto con fuerza la mano de mi mejor amigo mientras empieza a cantar «el campanario de la iglesita hace Belén, blem-blom». La azafata pasa a nuestro lado con una mirada intrigada. Y yo, muerta de vergüenza, lo agarro por el cuello de la camisa.

—No hagas el payaso, Nando —gruño.

—¿Hacer el payaso? ¿Yo? —me pica. —No soy yo quien se queda mirando al vacío mientras mueve los labios. ¿A quién estás invocando? ¿Al demonio? ¿En pleno cielo? ¡Qué osadía la tuya!

—No, ¿verdad?

—Ya dieron las doce, el gallo ya cantó… —Vuelve a retorcerse en el asiento con frenesí.

—¡Para ya! —Le tapo la boca con fuerza. —Estoy repasando en mi cabeza todo el discurso que tendré que soltar en inmigración, allí en el aeropuerto.

Veo a Nando poner los ojos en blanco. Luego se rasca la punta de la nariz y levanta la mano para llamar a la azafata, que acude de inmediato.

—Oye, cielo, ¿me traes una Biodramina, un vaso de agua, una inyección de penicilina, un psicotrópico y unos Doritos? Tengo que arreglar a esta loca que me han puesto al lado.

—Solo los doritos —le corto, pasándole por encima, e intento apaciguar la mirada curiosa de la mujer, que aumenta a medida que se acerca.

—Y el psicotrópico, cielo —le guiña un ojo—. Si tienes un ansiolítico tipo clonazepam o un antidepresivo, te lo agradezco. Se lo echas al refresco de ella —sugiere en un susurro.

—¡Te estoy oyendo! —Le clavo el dedo.

—No, ¿sabes qué? Trae el blíster entero, que se lo voy a meter todo por la garganta a esta vaca. —Empezamos a movernos en nuestros asientos mientras nos damos manotazos e intercambiamos insultos en silencio.

Los labios se mueven con efervescencia, pero no sale ningún sonido, salvo nuestros cuerpos intentando despegar el asiento del suelo.

—¡Ya te he dicho que todo va a salir bien! —Nando se arregla el tupé, que se le había convertido en flequillo, se pasa los dedos por el rostro enmarcado por una barba perfectamente recortada y me mira como diciendo: o te calmas o te apago de un puñetazo.

—Nando… —gimoteo y apoyo la cabeza en su hombro.

¿Qué gracia tiene tener un mejor amigo si no es para pelear hasta querer matarlo y, al instante siguiente, ponerse meloso?

—¡Bruna! —me llama por el apodo que me puso y me acaricia el pelo, pero su tono me advierte.

—Tengo miedo —hago un puchero.

—¿Miedo a qué, cariño?

—¿Los quieres por orden alfabético o por orden de importancia?

Lo conozco lo bastante como para imaginarlo poniendo los ojos en blanco. Lo entiendo. Yo también estoy cansada de mis dramas… ni siquiera me creo que me subiera al primer avión y ahora… aquí estamos, ¡a punto de aterrizar en suelo estadounidense! En unas horas conoceré en persona a la familia con la que he mantenido contacto en secreto todo este tiempo.

Mi madre no aprobaría esto. En absoluto. Ya desaprobó que me fuera de casa y buscara mi independencia… ¡todo por culpa de mi padrastro! Ese tipo apareció en nuestras vidas de la nada y convirtió la mía en un infierno.

Pero no quiero pensar en eso ahora. Necesito concentrarme en lo que diré a la persona que me entrevistará en inmigración.

—No tienes por qué preocuparte. Lo que quieren saber es quién eres, si tienes antecedentes, si tienes dónde quedarte y dinero para entrar y permanecer un tiempo… amiga, ¡tú tienes todo eso! Vas a entrar legalmente en el país.

Asiento. Solo quiero creer que sus palabras son reales y que nunca volveré a Brasil.

—¿Guardaste el dinero que te di?

—Aquí está. —Le enseño la cartera.

—Entonces no hay de qué preocuparse. Bajo contigo, te llevo a casa de tu familia y, cuando estés sana y salva, me voy a Nueva York.

—¿Lo prometes? —Me aferro a él.

¿Qué sería de mí sin Nando? No lo sé.

Pasé años callada por los abusos que sufrí por parte de mi padrastro.

Al principio pensé que hablar con mi madre lo solucionaría, pero solo nos distanció. Luego creí que entrar en la universidad y trabajar me alejaría de él, pero la convenció de que me estaba apartando de la familia y yendo «al mundo», y mi madre me prohibió trabajar.

Intenté mudarme de casa, de ciudad, ¡incluso llegué a plantearme cambiar de estado! Aun así, ese tipo no me dejó en paz. Tiene una obsesión conmigo y nada de lo que hice me ayudó. Hasta que se lo conté a mi mejor amigo de la infancia.

Nando salió de Nueva York sin pensárselo, me ayudó a sacar el pasaporte, prácticamente me tomó de la mano e hizo todo conmigo, mientras yo fingía que iba a la universidad para no levantar sospechas.

Estudiamos varias maneras de que yo pudiera ir y quedarme en Estados Unidos y la mejor que encontré fue inscribirme en un programa de niñera en una web llamada Sitter Care. ¡Casi de inmediato encontré una familia increíble con gemelos! Los horarios eran geniales y los requisitos, los habituales: saber inglés, tener experiencia con niños, carné de conducir y disponibilidad que encajara con la familia.

¡Fue el match perfecto! ¡Mejor que Tinder!

Billete comprado, todo listo, Nando intentando tranquilizarme…, ¡pero mi familia no me responde desde hace tres días! ¡Estoy angustiada! Ya estaba todo cerrado, no había forma de aplazarlo más…

¿Qué habrá pasado?

—¿Bruna?

—¿Sí?

—Estás mirando las nubes otra vez. —Lo veo cruzarse de brazos. Me sobresalto cuando, de pronto, se quita el cinturón y se levanta del asiento, mira hacia atrás. —¿Hay algún exorcista o chamán en este avión? ¿Mesa blanca, hay? ¿No hay? ¡Entonces debe de ser macumba de la fuerte, para quitarle el encosto a esta chica de aquí que yo ya no conozco!

Lo tiro de vuelta a su asiento y contengo la risa.

—¡Para ya! Estoy concentrada intentando escoger bien las palabras para pasar inmigración sin dolores de cabeza. ¿Y si descubren que me escapé de casa?

—¿Cariño?

—¿Y si mi padrastro me volvió a denunciar como «desaparecida» y toda la policía está detrás de mí?

—¿Amor? Oiga, azafata, ¿hay algún ansiolítico a bordo, tipo bromazepam, o voy a tener que dejar inconsciente a esta a hostias? Si no hay psicotrópicos ni autoridad espiritual cualificada en este vuelo, ¡le saco yo mismo el demonio de dentro! —Levanta la mano.

—Distráeme, estoy teniendo un ataque…

—Vale, dime qué has preparado para la entrevista. En inglés, por favor —dice la última frase en el idioma que pide.

—Hello, my name is Renata Martins. I am not a terrorist, I have nothing to do with the fall of the Twin Towers. Once I did search about Al Qaeda, yes, but I swear…

Me detengo al verlo blanco como el papel, mirándome fijamente. Parpadeo despacio y trago saliva. He ido tan en automático que ni yo sé lo que he dicho.

—¿Qué pasa? ¿Es tan horrible así?

—Tía, ¿quién coño es Renata? —frunce el ceño.

—¿Qué Renata? —pregunto, desconcertada.

—Es tu entidad, ¿no? Renata. Nombre de delincuente peligrosa y llena de trucos. Pomba gira potentísima.

—¿Qué Renata, maricón?

—Tú acabas de decir que te llamabas Renata.

—¿Yo?

—Equivocarte con tu propio nombre vale, cariño. ¿Pero Al Qaeda? ¿Terrorista? ¿Torres Gemelas? Amiga, por todo lo más sagrado, di que te llamas Xuxa Meneghel (la presentadora más famosa de Brasil), incluso invoca al Txutxucão (el perro gigante de su programa), delante de las autoridades si quieres, pero no menciones esas cosas o te mandan de vuelta sin dejarte ni sentarte en la silla, ¡coño!

—¿Ves? ¡Por eso estoy ensayando! —Cruzo los brazos.

—¡Pues ensaya más! —bufa. —Y luego llama a esa Renata en tierra, que quiero tener una conversación muy sincera con esa Pomba gira.

—¿¡Qué Renata!?

—Bruna, no te hagas la loca conmigo.

*

En cuanto el avión aterriza, Nando me presta sus datos móviles para que me ponga en contacto con la familia Hansmann. Pero no hay ni rastro de visualización. No hay ninguna señal de que hayan leído mis últimos mensajes.

Llamo dos, tres veces; es lo máximo que consigo antes de que me llamen para inmigración. Nando no necesita pasar: ya tiene casa aquí, trabaja, en fin, este es casi su país…

—Todo va a salir bien. —Me aprieta las manos. —De hecho, ya ha salido bien. «El Secreto», tío.

—¿Qué secreto? —pregunto.

—«El Secreto». —Mueve las cejas.

—¿Para que no diga que soy terrorista? —Me quedo confundida, no entiendo nada.

—Del libro «El Secreto», tío.

—¿Qué secreto de tío, Nando? —Me llevo la mano a la cintura, desesperada.

—¡Te dije que te tomaras la medicación! —Me sujeta por los hombros y acerca el rostro. —Todo va a ir bien. Te espero en el pasillo. En el peor de los casos, di que tienes un amigo que se hace responsable de ti, ¿vale? Ese amigo estará en el pasillo esperándote y listo; vendrán a hablar conmigo y firmo unos papeles.

Asiento con la cabeza, aunque no sé si de verdad estoy escuchando.

—Si intentan ponerse en contacto con la familia y no lo consiguen, di que te vas a quedar en mi casa de Nueva York. Da mi nombre y mi número de teléfono; estaré justo ahí fuera esperándote. No te pongas nerviosa.

—Estoy nerviosa —confieso.

—Ya ha salido todo bien. —Como buen amigo, no deja de darme ánimo.

—Sí.

—Estoy ahí mismo; con una llamada voy hasta ti. —Me besa las manos, me abraza contra su cuerpo y me besa la cara al menos unas diez veces. —¡Eh! ¡La pesadilla se acabó! ¡Ese tipo no volverá a ponerte las manos encima! ¡Estoy aquí y te quiero! ¡No voy a dejarte desamparada!

—¿Lo prometes?

Lo veo levantar la mano cerrada, con solo el meñique estirado. Temblorosa, intento imitarlo.

—¡Ve y arrasa!

Nos separan porque tengo que dirigirme a la fila de inmigración.

Nada más llegar, me abordan enseguida: preguntan mi nombre, me piden el pasaporte y, de entrada, cuestionan por qué es tan reciente. Cuando menciono el programa de niñera, el agente se interesa aún más por la historia e indica que espere a que una agente mujer venga a hablar conmigo.

Me tiemblan las manos y estoy sudando. Cuando me detengo ante el espejo de una de las columnas frente a la oficina, veo mis ojeras marcadas. Los ojos color miel están caídos; hace mucho que no recuerdo cómo se siente la libertad. Tanto que ahora estoy libre, pero todo lo que siento es miedo.

Me acomodo el pelo rizado y me quito todo: la mochila de la espalda, la chaqueta vaquera, la cartera; vacío los bolsillos y lo coloco todo en una bandeja negra de plástico poco profunda.

—¿Tienes el teléfono de esa familia? —me pregunta la agente.

—Sí. —He entrenado tanto mi inglés para que, llegado el momento, solo me salga eso.

La agente se da cuenta de que estoy tensa. ¿Será porque es la primera vez que viajo en avión? ¿O porque nunca he salido de Río de Janeiro y de golpe estoy en Orlando, en Estados Unidos? ¿O será simplemente mi miedo a decir que me llamo Renata?

—¿Todo va bien, cariño? —La agente utiliza un tono analítico conmigo.

—Sí. —Otra vez aquí, gastando todo mi inglés.

—¿Hay algo importante que quieras decirme? —Cruza los brazos.

—Sí.

Se acerca despacio y me examina con la mirada, de abajo arriba.

—Dime.

—Al Qaeda —digo.

Sus ojos empiezan a abrirse a una velocidad que me asusta.

—No —puntualizo con firmeza.

Desliza la mano por el uniforme para coger la radio.

—¡Yo no destruí las Torres Gemelas! —Agito las manos desesperada.

Capítulo 2

Bruna Martins

—¡No soy terrorista! —intento explicarme, gesticulando de forma desquiciada.

La agente mantiene las manos extendidas hacia mí, indicándome que me calme. Sigo sus gestos y me siento en la silla nada cómoda, frente a su mesa, en una sala diminuta.

Miro por la ventana y veo el día ahí fuera. Creo que eso es todo lo que veré de este país, porque ya debe de estar preparando todo para mi vuelo de regreso a Brasil.

—Puedo explicarlo… —murmuro.

—Cálmate —su voz es tan firme que me estremezco en la silla.

Mierda. ¡Qué mierda tan grande!

Todo lo que tenía que hacer era mantener la calma y pasar inmigración sin problemas. Ni siquiera eso he conseguido. ¿Y sabes de quién es la culpa? Toda mía.

No sé qué me pasa; todo estaba bajo control hasta que me desesperé y empecé a decir tonterías sin sentido. Y ahora es demasiado tarde: voy a volver a las garras de ese asqueroso de mi padrastro. Y lo peor es que tenía tantas ganas de conocer a los niños de los que iba a cuidar…

—Quédate aquí, necesito comprobar algo. —La mujer se levanta; hago ademán de hacer lo mismo, pero me detiene. —No tardaré. —La agente agita mis documentos y sale de la sala.

No me malinterpretes: siempre quise que mi vida fuera un cliché.

Como el de los cuentos de hadas.

Pero todos sabemos que los cuentos de hadas empiezan con algo malo, que empeora, llega al punto más crítico y entonces se resuelve al final. Spoiler de mi vida: las cosas nunca se resuelven al final.

En realidad, creo que todo se torció después de que murió mi padre. Era un buen policía, lleno de principios y con una visión muy sólida del honor y el deber. Al descubrir una trama de compañeros suyos implicados con la milicia, fue brutalmente asesinado y su cuerpo apareció abandonado en una favela. Durante años creímos que lo había matado cualquiera, menos sus propios compañeros de trabajo.

Mamá quedó destrozada, claro. Fue entonces cuando se entregó por completo a la iglesia y allí conoció a Marcos, mi padrastro. La mano derecha de un pastor muy importante, no solo en Río de Janeiro, sino en todo Brasil.

Todo parecía que iba a ir bien… Marcos nos acogió en su casa —casi una mansión, dicho sea de paso— y cuidó de nosotras como si fuéramos su familia; mamá nunca había estado tan feliz y en paz desde la tragedia que la sacudió…, pero poco a poco las cosas cambiaron…

Con el tiempo, Marcos empezó a comportarse de forma extraña conmigo.

Nada ocurrió de golpe; fue sigiloso. Se acercó a mí lentamente… se ganó mi confianza… empezó a alargar los abrazos y a hacer bromas raras conmigo cuando mi madre no estaba cerca.

Hasta que un día, cuando mamá estaba en un retiro de la iglesia con sus amigas, me desperté de madrugada aterrada y él estaba allí, encima de mí… tapándome la boca, forzándome contra el colchón y susurrando que sería nuestro secreto.

A partir de entonces todo empeoró muchísimo. Y cada vez que intenté hablar con mi madre, decía que yo era envidiosa y que

tenía celos de su relación; que justo ahora que todo había vuelto a ser perfecto yo estaba intentando estropearlo todo…

—He vuelto. —La agente regresa a la sala, suspira largamente y se deja caer en la silla. Parpadea despacio y empieza a teclear sin parar mientras examina la pantalla del ordenador.

El resto no es ningún misterio: hacía ya algunos años que no hablaba con Luís Fernando, pero necesitaba a alguien con quien desahogarme. Y él confió en mí, acudió en mi ayuda y me asistió en todo.

Fue él quien me presentó Sitter Care, un programa que me pareció increíble. A través de él me ponía en contacto con la familia y, al menos dos veces por semana, hacía videollamadas con ellos y con sus bebés.

A lo largo de cinco meses nos volvimos casi íntimos; lo sabían todo de mí y yo ya me sentía segura para venir a esta tierra desconocida.

Sin mencionar que me enamoré por completo de Sunny y Yuri, los gemelos de los que iba a cuidar. ¡Lloré tanto cuando empezaron a llamarme! Sí, ocurrió hace menos de un mes. «Bru bru» fue lo que dijeron cuando me vieron por la cámara y empezaron a repetirlo en todas nuestras llamadas.

Estoy ansiosa por conocerlos… solo quería una oportunidad…

—¿Señorita Martins? —La agente me mira con un enorme pesar, de una manera muy amable.

—¿Sí? —Me tiemblan los dedos, por eso los aprieto contra el pantalón de chándal. Me tiemblan los pies; no sé cómo controlarlos.

La veo levantarse y no sé si debo hacer lo mismo. Se quita la gorra, apoya el cuerpo en la mesa y me devuelve mis documentos.

—Bruna Martins, en su pasaporte consta que va a prestar servicios para un programa llamado Sitter Care. ¿Lo confirma?

Asiento con la cabeza. En ese momento no me siento capaz de hablar en inglés.

—Lo siento mucho. Hemos intentado confirmar su colocación con el programa, pero no hemos obtenido respuesta ni confirmación con la información que usted proporcionó. —Me observa con seriedad.

—¿Voy a ser deportada, verdad? —Trago saliva.

Por lo que había imaginado, pensé que dolería más. Pero solo siento un arañazo profundo en el pecho que va cediendo poco a poco con el silencio de la agente.

No responde a mi pregunta y me deja intrigada.

—¿Me están enviando de vuelta a Brasil?

—¿Puede llamar al número del programa o a algún contacto alternativo y confirmarlo? ¿O tiene alguna carta, algún correo electrónico que lo acredite…?

—Sí, puedo llamar.

Llamé al número tres veces y no obtuve respuesta. Me estaba poniendo nerviosa y ya me veía preparada para coger otro vuelo largo, pero esta vez de regreso a Brasil.

A la cuarta llamada me atendieron; puse el teléfono inmediatamente en manos libres.

—Hola, necesito confirmar mi colocación en Sitter Care. Me llamo Bruna Martins. La familia anfitriona es Hansmann. Necesito confirmar la dirección y el contacto del responsable.

—Un momento —dice la operadora.

Oigo el sonido de los dedos golpeando un teclado.

—¿Señorita Martins? —Me llama tras un largo minuto.

—¿Sí?

—Cómo decir esto… oh, Dios… —Suspira. —La familia Hansmann, la que iba a recibirla en su casa…

—¿Renunciaron a mí, es eso? —Hago un puchero.

—Rose y su marido, Piero Hansmann… sufrieron un trágico accidente, señorita Martins. Fallecieron. Lo siento mucho —dice con un tono profundamente respetuoso.

Y me quedo en silencio, muda, mirándola aterrada.

Ahora sí siento en el pecho un dolor tan hondo y desesperado que me quedo sin aire. Por reflejo abro la boca y me llevo la mano al cuello, intento apartar todo lo posible el cuello de la camisa, pero haga lo que haga, me siento asfixiada.

La agente me levanta y me examina con rapidez. Alza mis brazos y me indica, casi de forma mecánica, cómo respirar por la nariz y soltar el aire por la boca, y aun así veo el mundo girar hasta que todo se apaga.

Ojalá me hubieran deportado. No esto.

No estaba preparada para este dolor…

Los Hansmann se habían convertido en mi familia durante los últimos cinco meses. Con ellos me abrí, lloré, entregué mis secretos. Me apoyaron, apostaron por mí, incluso se ofrecieron a pagar todos los gastos, pero Nando no lo permitió…

Me asfixia la misma sensación que cuando recibí la noticia de la muerte de mi padre.

Me desplomo en brazos de la agente.

Jacob Parker

Entrecierro los ojos, dibujando en las comisuras una sonrisa muy sincera. Mientras sujeto las manos de Andressa, su respiración entrecortada no pasa desapercibida. Siento sus latidos en las muñecas, dejo la boca entreabierta y ella imita mi gesto.

—Me mueves profundamente, Andressa —murmuro y la elevo del suelo, acariciándole el rostro.

Cierra los ojos; el único sonido que oigo es su respiración. Un sonido delicioso. Como una mascota, frota el rostro contra mi mano y, cuando abre los ojos, casi me siento obligado a volver a quitarle la ropa.

—Nunca había sentido esto antes. Por nadie. Contigo ha sido tan intenso y… verdadero… —suspiro, y ella también.

Siento sus uñas subir por encima de mi americana, casi alcanzando el hombro. Nuestros rostros están más cerca que nunca y puedo ver sus ojos castaños brillando como dos ojos de tigre.

—Quiero hacerlo bien contigo. Quiero que sientas lo que estoy sintiendo aquí dentro, mostrarte que puedes ser amada y valorada, que aún no habías encontrado al hombre adecuado hasta darme una oportunidad…

—Yo ya siento eso —revela.

Y mi sonrisa no deja de crecer. Acaricio su rostro con la palma de la mano y, sin decir nada y sin movimientos bruscos, dejo que el magnetismo entre nosotros la atraiga directamente hacia mis labios.

La beso como si fuera única y vuelve a estremecerse en mis brazos. Está tan entregada, tan confiada en cada palabra que le he dicho, que incluso cuando el beso termina mantengo mis labios junto a los suyos y me quedo mirándola de cerca, con los ojos abiertos.

—Estoy tan feliz… —dice, y vuelve a sellar nuestros labios. —Dije que iba a cambiar tu manera de ser tan canalla… —ríe bajito, pasa el dedo índice por mi barbilla, coge el bolso y sale dando saltitos de mi despacho presidencial.

—No me hagas esperar mucho, Andressa. Te necesito —apoyo las manos en la mesa detrás de mí y me estiro, aprovechando para exhibir los músculos marcados bajo el traje slim.

Ella se despide con un gesto de dedos y sale de la sala.

Cuento cinco segundos mentalmente y entra el que lo hace todo, mi aprendiz y asistente sénior, Allen Mitchell.

Se queda quieto mientras la puerta se cierra a su espalda. Me examina con una mezcla de orgullo y decepción. Sus ojos azules de pronto me esquivan; se recoloca la corbata azul sobre la camisa blanca impecable de manga larga y, al final, cruza los brazos.

—¿Qué pasa? —Ahora soy yo quien cruza los brazos.

—Mete eso de nuevo dentro del pantalón y sube la cremallera. —Sigue mirando mi estantería llena de diplomas.

—Ah, lapsus. —Devuelvo el pene a la ropa interior, subo la cremallera y ahora nos miramos.

Me aguanto la risa.

—Vale. Se lo creyó. ¡Qué cabrón eres! —gruñe Allen y avanza hasta mi mesa. —¿Es como… la decimocuarta solo esta semana?

—Ser el CEO de este maldito banco tiene su lado malo. Pero también tiene uno muy bueno. —Me divierto y empiezo a pasear por el despacho.

—¿Pero cómo las convences a todas con el mismo discurso? ¡Es siempre la misma mierda de discurso! «Ay, eres especial. Blablablá, me mueves. Blablablá, me haces otro hombre» …

—Las mujeres son fáciles de engañar —concluyo sin el menor esfuerzo.

Allen, sin embargo, no cede ni un milímetro.

—Sigo pensando que te las follas a todas solo porque te has convertido en el CEO —replica.

—Chaval, cuando yo estaba en tu puesto, siendo asistente de Blake Gallagher, me follaba a más mujeres que Blake, Kaleb y todos los hombres de esta empresa juntos. —Le guiño un ojo, rodeo mi mesa y me dejo caer en esta jodida silla presidencial, que parece más bien un trono de monarca. —Ya te lo he dicho: aprende de mí, tú eres mi sucesor —le señalo.

—Si me dieras menos trabajo, quizá lo lograría —se queja Allen.

—Yo tenía la misma carga horaria que tú y aun así me daba tiempo a follar con cuatro o cinco putas al día.

Allen pone los ojos en blanco y empieza a pasarme los documentos con la zona de la firma ya preparada para que rubrique; ni siquiera necesito leer esa maldita papeleta, él se encarga de hacerlo por mí.

¡Por fin estoy en la jodida colonia de vacaciones!

Trabajé como un cabrón desde la universidad, siendo el chico para todo de Blake. Pasé mucho tiempo en la cama, pero dormí muy poco. Cuando no estaba follándome a una tía buena, estaba estudiando, leyendo o revisando los documentos de este banco. Conozco a cada persona, cada movimiento, cada cliente de este lugar. Y ahora todo está en mis manos.

—Tienes solo cinco minutos antes de que me largue de aquí a follarme a Gisele, la CEO de esa empresa de cosméticos —aviso a mi asistente.

—¿Ya?

—Sigo una dieta muy estricta, chaval. Muévete más rápido, porque dentro de nada tengo una nueva víctima.

—¿No es peligroso mezclar trabajo con vida personal?

—Allen. —Lo miro despacio. —Esto es solo trabajo. No hay nada de mi vida personal aquí. —Le guiño un ojo y vuelvo a rubricar.

Allen me observa con cierta desconfianza, pero continúa separando las páginas para que firme.

—¿Hay algo importante que deba saber?

—No, lo de siempre… solo quería recalcar que tu padre…

—No quiero hablar de mi padre.

—Pero ya te ha llamado siete veces. Solo hoy. —Hace hincapié en la última parte.

—No importa. —Recojo todos los papeles, los meto en la carpeta negra y se la entrego a mi eficiente asistente. —¿Eso es todo? ¿Puedo ir a ver a Gisele?

—¿No quieres ni comprobar lo que tu padre…?

—¿Allen? —gruño. —Los dos sabemos lo que quiere mi padre. Quiere lo que quiere cualquier padre cuando su hijo se convierte en CEO: que me case. Y quiere que me case con una coreana, para seguir la maldita tradición familiar. Y ni hace falta que te diga que las bodas coreanas son estresantes.

—Lo sé, veo doramas —dice Allen, sujetando la carpeta contra el pecho.

—¡Eso! —Alzo las cejas. —Si llama una vez más, dile que ya tengo prometida. Yo qué sé, invéntate cualquier excusa. Que está embarazada… que ya me he casado en Las Vegas… ¡me da igual! Solo no me atormentes con este puto tema; mientras pueda aplazarlo, lo aplazaré. Y, por si queda alguna duda: ahora mismo no estoy en el CS Gallagher, ¿vale?

—Vale —responde.

—Buen chico. —Le doy un par de palmadas en la cara.

—¿Al menos te has echado gel hidroalcohólico en esa mano? —Veo su expresión de asco.

—No —respondo, y me marcho con una sonrisa de oreja a oreja.

Bruna Martins

Si digo que me recuperé del shock, estaría mintiendo.

Estoy atónita durante al menos treinta minutos, rodeada de una agente de policía, una bombera, una paramédica y quizá un chamán, todos mirándome.

—Entonces ¿no me van a deportar? —es lo único que consigo decir, todavía por el susto. Pero, de lejos, es la pregunta menos importante.

—No exactamente… —dice la policía muy despacio.

—¿Y los niños? ¿Sunny? ¿Y Yuri? —Empiezo a frotarme la cara con ambas manos.

—Cuando te desmayaste, seguí hablando con la agente de Sitter Care. Dijo que los bebés están vivos y bien. Están bajo tutela del Estado, pero serán entregados al tutor legal designado por la familia: el hermano de Rose. Era el deseo de ella y de su marido.

Asiento con un leve gesto.

No sé qué decir ni qué pensar.

Siento, al menos, un poco de paz al saber que los gemelos están bien.

—¿Adónde irán los niños?

—A Nueva York —me informa.

—¿Y puedo saber la dirección de ese tío? —pregunto.

—El sistema actualizó el registro y añadió a este nuevo responsable como tu contacto de referencia y futura dirección. Por lo que me han dicho, aún no conoce a los niños. —Me entrega un papel que parece casi un currículum, con foto, nombre, dirección, profesión y más información sobre ese hombre.

—Entonces ¿puedo ir a cuidar de ellos? Quiero decir, al menos ir a verlos, ¿en Nueva York?

—Claro que sí —responde la policía.

Por un segundo, la distancia entre nosotras se rompe cuando apoya la mano en mi hombro; lo hace con tanta delicadeza que me deja desarmada.

—Cúbrelos de amor cuando los encuentres —me pide. —Soy madre y… es lo que me gustaría que hicieran por mis hijos…

Asiento.

—Estás libre —dice, y se marcha.

La bombera, la paramédica y el chamán también se van, poco a poco.

Con los documentos, el móvil y la información de ese tío misterioso en las manos, miro su nombre:

—Jacob Parker —lo digo en voz alta.

Bueno, no estaba en mis planes ir a Nueva York. Pero ahora me siento obligada a ir, aunque solo sea para coger a Sunny y a Yuri en brazos y acostarlos, aunque sea una sola vez.

Luego decidiré qué hago conmigo misma y con mi vida.

Capítulo 3

Bruna Martins

En menos de tres horas llegamos a Nueva York. Pasé todo el viaje en vela, llorando en silencio, pensando en el trágico accidente que había arrebatado la vida a la familia que iba a acogerme… Estaba enfadada, triste y completamente perdida.

¿Qué sería de los niños? ¿Sería ese tío bueno con ellos? ¿Y qué podía hacer yo para ayudarlos de alguna manera? Puede parecer extraño, pero en estos últimos meses sentí que formaba parte de esa familia. Y ahora que la mitad se había ido, sentía la obligación de estar allí por ellos, aunque fueran bebés.

Al llegar a Nueva York y a casa de Nando, me apago. Duermo prácticamente un día entero. No sé si es el nuevo huso horario o simplemente el agotamiento emocional; en cuanto llego me dejo caer en el sofá, ni siquiera me quito la ropa, y me entrego al sueño.

A la mañana siguiente, muy temprano, me doy una ducha revitalizante, me tomo un café horrible y me preparo para ir a visitar a Jacob Parker, el tío de los huérfanos.

No esperaba gran cosa; en realidad, no esperaba nada.

Por eso, cuando llegué a una mansión en una de las zonas más exclusivas de Manhattan, rodeada de césped verde y vallas que delimitaban la propiedad y la separaban de las demás mansiones, se me cayó la mandíbula.

No tenía ni idea de que aquel hombre fuera tan rico…

En ese mismo momento busco información sobre él, pero antes de que la conexión coopere, me aborda un guardia de seguridad gigantesco. Mi reacción inmediata es encogerme y

mascullar algo sobre la selección natural. Ojalá pudiéramos ser como las tortugas y, cuando algo nos asusta, simplemente meternos en el caparazón.

…Aunque, pensándolo bien, es exactamente lo que hacemos en esos casos, solo que a nivel mental…

—¿Quién eres? —pregunta.

Qué filosófico y existencialista, justo a estas horas de la mañana…

El hombre de gesto adusto me examina de arriba abajo y, en cuanto menciono el «programa», ni siquiera me deja terminar la frase. Abre la verja y llama a un coche para que no tenga que recorrer todo el camino hasta la propiedad a pie.

¿Será que me están esperando?

Jacob Parker

Me encanta salir de caza. Pero la vida también puede ser divertida cuando la presa viene hasta ti.

No tenía nada especialmente importante previsto para esa mañana y, a diferencia de Blake, ni de broma iba a ser el primero en llegar al banco CS Gallagher. Durante años siempre dijo: el buen jefe es el que llega primero y, a veces, se va el último.

A la mierda.

Ahora el jefe soy yo; ni siquiera necesito presentarme allí si no me apetece. Puedo seguir vigilando y moviendo esas montañas de dinero desde la comodidad de mi casa, mientras disfruto de la vida en buena compañía.

Y estoy impaciente por descubrir quién será el plato principal de esta mañana. Igual de impaciente que por descartarla y no volver a verla jamás en mi vida, ni siquiera en mis sueños.

—Ha llegado, señor —dice mi mayordomo, y yo asiento con calma, observándolo desde el extremo de la mesa, sentado en mi silla colosal.

—Tráela aquí. —Me entretengo removiendo la aceituna en mi martini.

Lo sé, es demasiado pronto para beber esto… debería haber empezado con un buen whisky…, pero mi humor anda bastante volátil. Y lo único que consigue ponerme la cabeza en su sitio, además de un martini, es un buen par de piernas entre las mías.

Tres mujeres han entrado y salido de esta casa en los últimos días. Llegan como un huracán, sacuden mi vida, se marchan y me dejan aquí, sediento de más. Nunca llenan el vacío que llevo dentro. Y sé que esta no será diferente.

Sigo aburrido hasta que la majestuosa puerta de madera se abre.

Confieso que esperaba cualquier cosa, menos esto. Es decir, menos a esta.

El color de piel de esa chica hizo que mis ojos brillaran igual que cuando miro diamantes. Y conforme avanza, apretando con fuerza el asa de su bolso, pateando el aire y con un aire desenfadado, siento cómo mi sonrisa se ensancha.

Me levanto y la espero en silencio. Cuando estoy a punto de decir algo, nuestras miradas se cruzan y me quedo mudo. El tono tan profundo y vivo de esos ojos color miel me hace agradecer estar vivo y poder disfrutar de esta comida. Aún me sorprende que venga vestida; debería haber llegado completamente desnuda.

Mira ese tono de piel bronceada de forma natural, ese pelo ondulado y al mismo tiempo indomable… Me humedezco los labios y espero a que esté frente a mí.

Ella baja el rostro con un gesto medio sumiso y no voy a mentir: eso me pone.

Doy un paso hacia ella, casi por impulso, le toco el mentón con el dedo índice y le levanto la cara hasta que podemos mirarnos con calma.

Se muerde el labio carnoso. Siento envidia; yo también quiero morderlo. Si este es el fruto prohibido que me ofrecen, no tengo por qué discutir: solo quiero morder y devorar. Pecar y asumir las consecuencias.

—Yo soy…

La hago callar con el índice.

Ir a un museo es jodidamente aburrido. Pero cuando encuentras una obra maestra que merece ser examinada, conviene hacerlo con cuidado.

Le quito el bolso del hombro y lo dejo sobre la mesa; apoyo también mi cuerpo y la atraigo lentamente hacia mí de la mano, y ella viene, obedientemente despacio.

Eso, nena, así es como lo quiero. A cámara lenta, para grabar cada segundo en mi mente, porque nunca hay una segunda vez.

—Lo sien…

La hago callar de nuevo.

Su voz tiene una melodía extraña; no debe de ser de Nueva York. Ni siquiera de Estados Unidos. Nunca he oído a nadie aquí hablar de ese modo.

—No te disculpes… —sigue resistiéndose a acercarse, pero sus manos están bajo mi control— por lo que aún no has hecho. —La obligo a desatar el nudo de mi albornoz blanco, que se abre de inmediato.

Ella da un paso atrás; yo la sujeto con firmeza.

—¡Dios mío! —cierra los ojos.

—Nunca me han llamado así, pero parece un buen nombre. —Miro hacia abajo.

—¿Qué estás haciendo? —intenta soltarse, en vano.

—¿Por qué aún no lo estamos haciendo? —Arqueo una ceja y sonrío de forma descarada.

—¡Estás loco! —intenta apartarse. Y adoro este jueguecito del gato y el ratón.

—No tienes ni idea. —Avanzo contra ella y la aprieto contra la pared.

Su piel es tan suave y huele tan bien que no consigo contener la intensidad con la que la abrazo y la aprieto contra mí. Al principio me corresponde, parece algo confusa, y debo admitir que me encantan las que se hacen las santitas. Igual que me encantan las que se hacen las diablillas.

La verdad es que me encanta la mujer. Cada faceta, cada filia, cada locura. De la virgen a la experimentada, de la empollona a la exuberante, pero a esta voy a evitar ponerle etiquetas. Ya es jodidamente buena sin necesitarlas, así que solo voy a disfrutar.

—Yo… soy… ¡la niñera! —dice, casi sin aliento.

Levanto el rostro de su cuello y la miro fijamente. Ella se encoge; mi cuerpo siente los latidos de su corazón, intensos y desbocados.

—¿Has venido a cuidar de tu niñote, eh? —abro una sonrisa maliciosa.

—¡He venido a cuidar de los bebés! —replica.

—Sí… siempre dicen que doy tanto trabajo que parezco más de uno. —Vuelvo a apoyar la nariz junto a su oreja, cerca de la nuca.

Joder, ¿cómo puede una mujer oler así de bien? Ya estaba excitado cuando la vi, pero ahora estoy listo para empezar el juego.

—Quítate la ropa —ordeno.

—¿Qué?

—La ropa.

Ella mira hacia abajo.

—¿De quién?

—La tuya.

—¡No! —se abraza el pecho con fuerza.

Y una alarma roja se enciende de inmediato en mi cabeza. Algo raro está pasando y creo que me he pasado de la raya.

—¿Estás bien? —pregunto.

—¡No! —dice, casi sin aire.

—¿Qué puedo hacer por ti?

—Quítate la ropa —dice, jadeando.

Balanceo ligeramente la cintura, mostrando que ya estoy desnudo.

—No. Quiero decir, ¡no voy a quitarme la ropa!

—Tranquila, calma, no voy a hacer nada que no quieras… —cuando intento tocarle los hombros para calmarla, me suelta una bofetada tan fuerte que me quedo congelado en la postura del golpe durante unos cinco segundos. —Solo eres bajita…, pero violenta, ¿eh?

Me masajeo con la palma la zona que arde.

—¡Perdón! —me pone las dos manos en la cara, una en el mentón y otra en la mejilla. —No quería…, pero tú… yo no… en fin…

—Tranquila, hasta me gusta cierto grado de violencia si eso te excita, pero avísame antes…

Ella asiente de forma torpe, sacude la cabeza y sopla, como si yo fuera algún tipo de niño.

—Pero ¿dónde están los bebés?

—¿Qué bebés? —pregunto, confuso.

—¡Los bebés de los que he venido a ocuparme!

—Yo soy el único bebé del que tienes que ocuparte por aquí.

Bruna Martins

Pantalla azul.

¿Sabes cuando el ordenador deja de responder a los comandos y aparece una pantalla azul? Pues exactamente eso es lo que me pasó a mí.

Después de que el guardia de seguridad me abordara y subiera al coche para llegar a la propiedad, busqué información sobre Jacob Parker. Ignoré las noticias, fui directa a las fotos y… guau.

Traje y corbata, ojos marrones rasgados con una mirada feroz y dominante, una nariz y unos labios que parecen haber sido dibujados por un ser divino. El tamaño de los hombros, de los brazos, de los muslos… todo es puro detalle. Un detalle que va a hacer que pierda la cabeza y me distraiga mientras trabajo.

No, detalle no… ¡es una tontería! Porque en la vida real parece que las fotos se quedaron cortas con su belleza.

Cuando llego al opulento comedor, con una de esas mesas de película que se alarga durante metros, llena de sillas hasta el fondo, lo veo.

El pelo peinado en un tupé de chico malo, un rostro joven y luminoso para un hombre de poco más de treinta años y una mirada penetrante que parecía saber el color de mi ropa interior desde el momento en que puse un pie allí.

He visto muchos orientales en mi vida, ninguno como este. Una mezcla de vampiro con Christian Grey, con todo lo que no conviene y un toque de «te voy a destrozar la cabeza»: he aquí, señoras y señores, a Jacob Parker, hermano de Rose Hansmann.

Cuando se pone de pie, incluso dejo de caminar. Parece una estatua de Miguel Ángel a tamaño real. Este hombre debe de medir

dos metros y cada parte de su cuerpo es perfectamente proporcional… empezando por las manos.

Y qué manos.

Al tocarme es delicado y firme al mismo tiempo. La suavidad de su piel me eriza, pero es su mirada controladora y la forma sutil con la que domina cada gesto lo que, a partir de ese momento, me deja sin aliento. El dorso de las manos, el cuello, el rostro… su piel parece porcelana que jamás ha sido manchada por el sol. ¡Ni siquiera creo que este hombre tenga más de veinte años!

Y cuando Jacob me hace quitarle el albornoz y se queda completamente desnudo, lo único que quiero es salir corriendo.

Salir corriendo para coger distancia y demostrar una habilidad olímpica en salto con pértiga.

Lo juzgué mal; me dejé llevar por esa carita de niño oriental, de ídolo del K-pop, de CEO atractivo de dorama, pero nada me preparó para el volumen de ese pecho —de hecho, creo que usa una talla de sujetador mayor que la mía—, ese abdomen perfecto sobre esa piel clara y el… asunto enorme. Que está ahí. Y es todo lo que consigo pensar y decir.

Todo lo que hace ese desgraciado, a partir de entonces, es mirarme siempre a los ojos y mantener el contacto físico. Me sudan las manos, intento dar unos pasos atrás, solo quiero salir de allí y huir…, pero él avanza con sutileza y amabilidad, de una forma que me deja cómoda y, al mismo tiempo, tensa.

Él habla, yo respondo de manera mecánica. Pregunto por los bebés… él dice que el bebé es él.

Con esa carita, con esa piel y con ese aire mimoso y seductor, bien podría ser un bebé.

¿Y la trompa del elefante?

Parpadeo y evito mirar hacia abajo, pero no puedo evitarlo. ¡Es más fuerte que yo!

—¡Sunny y Yuri! —digo los nombres de los bebés.

—¿Va a ser una orgía? —el muy cabrón se muerde el labio rosado y acerca el rostro al mío.

Me encojo hasta casi gatear por el suelo y salgo por detrás de él.

—¡Los hijos de Rose! —aclaro.

—¿Rose? ¿Qué Rose? —está confuso.

Yo estoy confusa.

¿Pero qué demonios está pasando aquí?

—Señor —el hombre estirado que me abordó en la puerta aparece en la sala. Con él, una mujer con un abrigo de cuero y una mirada letal—. Su… invitada… ha llegado…

Jacob mira desde el extremo de la sala hasta mí.

—¿Quién eres?

—Bruna Martins —respondo.

—¿Teníamos una cita?

¿Para venir a ver al guapísimo hay que pedir hora?

—¡Solo he venido por los niños! ¡Los hijos de Rose!

—No conozco a ninguna Rose —parpadea con calma, con esos ojos hermosamente rasgados—. Y no hay ningún niño aquí —concluye.

¿Sabes qué? ¡Me rindo! Seguro que me dieron la información equivocada y me metieron en este lío… ¡ya basta! Voy a llamar yo misma a Sitter Care y averiguar qué está pasando.

—Eh, ¿adónde vas? —viene detrás de mí y me agarra de la mano, impidiéndome avanzar.

—No tengo nada más que hacer aquí.

—¿Y yo? —pone morritos de perrito abandonado que se cayó del camión de la mudanza.

Jacob Parker no me engaña. Tiene cara de chico malo de película de sobremesa que en algún momento acaba convirtiéndose en príncipe azul. Pero ¿sabes qué? ¡Yo ya he renunciado a la maldita fantasía de cuento de hadas!

¡Y si me cruzo con el príncipe por ahí, lo mando a él y a su caballo a tomar por culo!

—Ya tienes compañía. —me zafa y voy directa hacia la salida.

—Pero dijiste que habías venido a cuidarme. —sigue con la carita de perrito abandonado.

Pero entonces se pellizca el pezón rosado con piercing y pone cara de canalla. La polla dura balanceándose de un lado a otro tampoco ayuda.

A este desgraciado no hace falta ponerle un sello de «cafre» en la frente; sé reconocer a uno yo sola.

—Ya eres mayor.

En realidad, es ENORME.

—¡Cuídate tú solo!

Y me largo de allí.

Capítulo 4

Bruna Martins

Llego al apartamento de mi mejor amigo, decidida a encerrarme en el cuarto y replantearme toda mi vida. ¡Todavía no consigo entender cómo Jacob no sabe nada de Rose ni de sus sobrinos!

Cruzo el salón decorado de forma minimalista, todo en blanco y negro. Luís Fernando está tirado en el amplio sofá negro lleno de cojines, viendo algo en la televisión. Y su perro está a su lado, mirándolo con devoción.

Espera…

¡Nando no tiene animales!

Doy tres pasos atrás para observar mejor la escena. Estoy tan confundida que necesito retroceder dos más para encarar a Nando vestido como si fuera a jugar al baloncesto: camiseta de tirantes muy ancha sobre su cuerpo definido, un pantalón corto que deja ver un bulto inapropiado para mis ojos y unas zapatillas blancas enormes apoyadas en un puf.

Delante de él, el perro. Quiero decir, ¡no un animal!

¡Un hombre! Un hombre de… aparentemente treinta o cuarenta años, no lo sé. Está sin camiseta; en su lugar lleva un accesorio de cuero negro que va desde el cuello —como un collar— hasta debajo del pecho. También lleva unos calzoncillos negros que, desde donde estoy, parece que quizá no tengan parte trasera.

¿De verdad le vendieron a este hombre unos calzoncillos sin culo? ¡Espero que los haya pagado a mitad de precio!

Y ahora que me fijo bien… ¡tiene cola! Y cuando mueve la cadera, la cola se agita animadamente.

Dios mío, esos calzoncillos no tienen fondo y el tipo tiene una cola. ¡Ni quiero pensar dónde está metido ese aparato!

—Has vuelto pronto —dice Nando con total naturalidad, con una voz más grave de lo normal, que incluso me pone la piel de gallina.

—Sí… ¿estoy interrumpiendo algo? —Miro de él al perro. Quiero decir, al hombre disfrazado de perro. Y del hombre disfrazado a él.

—No. ¿Ha pasado algo?

—Sí —digo, estresada—. Quiero decir, no… —Vuelvo a mirar al perro. La máscara que le cubre el rostro tiene forma de animal y saca la lengua. Qué raro—. Es decir, sí, ¡todo va mal! Pero no quiero molestar…

—No molestas, cariño, ven y cuéntamelo.

No lo pienso dos veces y voy hacia mi amigo. Pero casi doy un salto atrás cuando el hombre apoya las patas en el suelo y viene hacia mí. Me entran ganas de subirme al lugar más alto del salón o de coger algún objeto para golpearlo.

—Tranquila, no muerde —garantiza Nando.

¡Eso no me lo creo ni loca! Todos sabemos que los hombres son unos perros, ¡pero este ya viene vestido para la ocasión! De este solo espero lo peor.

—¡Ralf! —Nando coge un cojín y golpea el sofá.

Oigo una mezcla de gemido con un llanto de perro fingido. Intento ir por el otro lado, pero no hay manera: el proyecto de animal quiere venir hacia mí.

—¡Ralf! —gruñe Nando y se levanta.

Veo al hombre, que debe de sumar la edad de Nando y la mía juntas, meter la cola entre las piernas e irse a un rincón a llorar.

¡Joder! Acabo de descubrir dónde está enchufada la cola que se mueve… podría haberme ido a dormir sin ver eso…, pero al menos la depilación está al día, así que enhorabuena.

—Solo quiere olerte —explica Nando como si estuviéramos hablando de su mascotita, cosa que no tiene porque es altamente alérgico.

Lo miro con la ceja levantada, intentando entender qué está pasando.

Y él me devuelve la mirada con total naturalidad.

Bueno… que mi mejor amigo sea chapero no es ningún misterio para nadie.

Nando llegó a Estados Unidos invitado por un hombre que estaba enamorado de él, que le pagó el billete, el alojamiento, ¡todo! Pero luego apuntó más alto; parece que conquistó muchos otros corazones, compró su propio apartamento y ahora vive aquí, en Nueva York. Pero confieso que no estaba preparada para una escena así.

Al menos está ganándose el dinero honradamente…

—¿Cómo te fue allí? —me coloca el collar y la camisa.

—Los bebés no estaban.

—¿Cómo que no estaban? ¿La policía no dijo que tenía información de que llegarían hoy?

—Creo que llegué demasiado pronto —reflexiono—. Pero ¿sabes qué es lo raro?

—¿El qué?

Además de un hombre de mediana edad completamente depilado, con una cola metida en el culo y una máscara de perro… cariño, nada de lo que me digas va a sorprenderme.

—El supuesto tío, Jacob Parker, dijo que no sabía nada de esa tal Rose.

—¿Cómo que no sabía nada?

—Y que tampoco sabía nada de bebés…

Nando tiene la misma cara que yo, mirando a ese proyecto de mascota en el rincón.

—¿Te pagan por esto? —murmuro mientras el perro parece distraído olfateando la estantería.

—Mil dólares la hora.

—¿Qué? —suelto un grito tan fuerte que el perro se pone en alerta, mirando a un lado y a otro—. ¿Hablas en serio?

Asiente.

—Qué bizarro —suspiro hondo y miro incluso con cierta ternura al hombre-mascota—. Consígueme uno.

—¿En serio? ¿De verdad lo quieres? Ya te lo dije, ¡esto da mucho más dinero que ser niñera!

Mira, estoy en el fondo del pozo y no puedo quejarme. Me resistí a aceptar la idea de Nando como acompañante de lujo y por eso incluso nos distanciamos, pero desde que volvimos a acercarnos he empezado a mirar su vida de otra manera. Sin juzgarlo y dejando atrás los prejuicios que tenía.

—¿No dijiste que eras chapero? —murmuro, pero me encojo al ver que el hombre se acerca. Y la cola se mueve.

—Cariño, soy lo que haga falta para ganar mil dólares la hora. Hola, campeón. ¿Quién es el chico más listo y más guapo, eh? ¿Quién? ¿Eh? —Nando le acaricia la cabeza, luego los hombros.

Él se tumba en el suelo y yo observo, boquiabierta, a mi amigo acariciándole el vientre y el pecho.

—¡Eres tú, eres tú, mi chico más listo, mi campeón!

Y veo al hombre de mediana edad con las manos juntas en alto, como dos patitas, retorciéndose de placer en el suelo.

¿Alguien puede ir, por favor, a la tumba o al mausoleo donde esté enterrado Freud y resucitarlo? Solo para que yo pueda comprobar una cosa.

—¡Madre mía! —subo los pies al sofá cuando lo veo levantarse, ponerse a cuatro patas y venir hacia mí.

—Solo quiere olerte.

—Amigo… —me agarro a él.

—Pórtate bien, Ralf, o papá te va a castigar.

Dios mío, hasta yo me excito con el tono autoritario y serio con el que Nando se dirige al perro. Me relajo un poco y dejo que se acerque. Siento el hocico de la máscara tocarme los pies, luego las piernas. Cuando, de un salto, se sube al sofá para lamerme las rodillas, casi salgo volando.

—Todo está bien, le has gustado —intenta tranquilizarme Nando.

Yo qué sé, este tipo cobra mil dólares por ser un perro. Yo, en su lugar, mordería, me enfadaría, destrozaría la casa entera…

—Buen chico, así, compórtate. Ella es la hermana de papá. —Nando le acaricia las orejas a la bestia.

Y me lanza una mirada para que haga lo mismo.

—¿Cómo?

Él alza una ceja. Yo alzo la mía.

—Tengo miedo —murmuro. Creo que cualquiera debería tenerlo, tratándose de gente loca.

El perro ladra y yo me agarro al cuello de Nando.

—Está celoso, tranquilo, hijo —Nando sujeta con firmeza la correa de Ralf y lo baja al suelo, porque quería subirse al sofá.

¿Pero esto qué es? ¿Ya quiere la orgía?

Además, me da miedo que este bicho intente follarme la pierna. Si hace eso, que Nando me perdone: no hay mil dólares que valgan, ¡le doy una patada al loco!

—Eso, buen chico. ¡Eres un buen chico!

Nando guía mi mano para que acaricie a su mascota, y lo hago entre el pánico y un «que alguien me saque de aquí, por el amor de Dios». Pero pasado ese primer momento, Ralf se entretiene por la casa… desaparece por el pasillo, arrastra algunas camisetas de Nando con la boca, busca una maceta para mear, yo qué sé.

—¿Y ahora qué piensas hacer?

Me deja pasmada la naturalidad descarada de mi amigo. Pero seamos sinceros: ¿por mil pavos? ¡Yo también iría con una cola metida, gateando a cuatro patas por la casa! Y más aún si mi dueño fuera el buenorro de Jacob Parker.

—No lo sé. —me encojo de hombros—. Quiero decir, voy a llamar al programa para ver si ha sido un malentendido. Comprobar si la dirección es correcta y si de verdad es ese tipo…

—¿Tienes alguna foto suya?

—En Google. —cojo el móvil.

—¿En Google? —su tono de sorpresa me anima.

—¿Ah, te escandaliza que haya ido a la mansión de un famoso buenorro y no te escandaliza que un hombre de mediana edad sea tu mascota? —susurro la última parte.

—¿Buenorro, eh? Déjame evaluar el material. —Nando me quita el móvil de las manos.

—¡Eh, yo no he dicho buenorro!

—¡Sí que lo has dicho!

—Ni siquiera es para tanto…

Nando y yo contemplamos las fotos del hermoso espécimen masculino de la especie, traje y corbata, posando muy serio. Sus ojos grandes y ligeramente rasgados en las comisuras tienen el encanto necesario para hacernos relamernos. Pero cuando observamos el conjunto que es ese hombre —alto, fuerte, muslos bien potentes y una mano del tamaño justo para provocar un traumatismo craneal—, Nando y yo nos miramos despacio, en completo silencio, y volvemos a fijar la vista en las imágenes del móvil.

—Joder —desliza la pantalla—. ¿De dónde ha salido este hombre?

—¿Y a mí qué más me da de dónde haya salido?

—Quieres saber por dónde va a entrar, ¿no? —Nando me da un golpe con el hombro y se echa a reír.

Intento mantener la pose seria y dura, pero no puedo.

¡Nunca había visto algo así! ¿Cómo puede un hombre tener un rostro tan dulce y delicado y, al mismo tiempo, ser tan masculino e hipnotizante? ¡Por no hablar del cuerpo, que parece una escultura!

—¿La tiene pequeña?

—¿Cómo sabes que yo ya le he visto la polla?

—No lo sé. Me he preguntado en voz alta si la tenía pequeña y acabas de delatarte. ¿La tiene o no la tiene?

Cruzo los brazos.

—¿Y qué fuiste a hacer tú en esa mansión, eh, señora Bruna Martins? Te quejas de mí, ¡pero vas por delante! ¡Ya le has visto hasta el pollón al tío!

Me quedo callada, en mi defensa. Tengo derechos, lo dice la Constitución.

—¿Es verdad que los orientales la tienen pequeña? Yo nunca he probado uno, dime. —Me pincha con el dedo.

No estoy obligada a responder. Otra vez: la Constitución.

—¿Fue tan decepcionante?

Niego con la cabeza.

—¿La punta es rosita, tipo Danonino? —Nando frunce los labios y hace un gesto de succión con la cabeza que me mata.

Empiezo a revolcarme en el sofá de la risa y él se queda serio.

—¿Qué he dicho de más? —se pregunta.

—¿Danonino? ¿En serio?

—Rosita, rica, cuanto más te la metes en la boca, más ganas te entran de comer.

Me apoyo en él para reírme un poco más.

—¡No existes, desgraciado!

—¿Estás más tranquila? —Nando me acaricia los brazos.

—No. Quiero saber de los gemelos, dónde están, si están bien, ¡si van a estar bien! Ese tipo —le quito el móvil de las manos— está loco. ¡Estaba allí, tirado en un sillón de rey, con un albornoz blanco, completamente desnudo por debajo, esperándome! Y cuando llegué dejó caer una cosa y la otra no paraba de subir…

—Ella hace que la cobra suba, la cobra suba, la cobra suba —Nando rescata de las profundidades de la prehistoria un verso del cancionero popular brasileño.

—¡Estoy hablando en serio, Luís Fernando!

—¡Yo también!

—Libertino, caradura, ligón… ¿Estarán esos niños en buenas manos?

—Ajá, estás preocupada por los niños, ya… —me lanza esa mirada sinuosa de quien sabe que hay algo más detrás.

¡No lo hay! Podría ser perfectamente de frente.

—¡Totalmente!

—Por eso tienes que volver allí, por los niños.

—¡Exacto!

—Llevas bragas de abuela, ¿verdad?

—¿Cómo lo sabes? —entrecierro los ojos.

—Porque si llevaras una lencería bonita, ¡también te habrías quitado la ropa!

—¡Nando! —digo horrorizada.

—Ay, Bruna Martins, puedes engañar al papa, ¡pero a mí no!

—¿Eso es lo que piensas de mí? Estoy… ¡en shock!

—No me vengas con cuentos, que yo también soy carioca, hija mía. Una mujer tan guapa, con ese cuerpo, inteligente y divertida…

—Gracias.

—¿Y con bragas de abuela?

—¡Es que son cómodas! —me defiendo.

—¡A partir de ahora no sales de esta casa sin lencería de primera!

—Pero, Nando…

—Como decía mi abuela, hija: no hace falta prepararse cuando una ya está preparada. Él bajándose el albornoz y tú con cara de niña inocente: ven aquí a quitarme el mío, perrazo.

Me río por fuera, pero por dentro empiezo a imaginar la escena. Necesito abanicarme, porque empieza a hacer calor.

—Bruna —Nando me sujeta el rostro con ambas manos—, ¡te has librado de un trasto! ¡Eres libre! No va a venir a perseguirte.

Ahora sí puedes vivir, explorar tu vida, tu sexualidad, dejarte sorprender por todo y por todos, cariño. Estás en Nueva York; aquí el reloj gira en dólares. Aparece un tío de gemelos buenorro, riquísimo —coge el móvil y sube hasta las fotos de Jacob con traje—. ¿Limpito, oloroso, Danonino, hija?

—¿Qué crees que debería haber hecho?

—¡Lo que te pidiera el cuerpo!

—Ay, Nando…

—En el peor de los casos era solo un polvo y ya está. ¿Quién sale perdiendo?

—Nadie.

—Solo tus bragas de abuela, amiga. Bragas de abuela, ni dentro de casa.

—Pero, Nando…

—¡Yo no compré este piso en una de las zonas más caras de la ciudad usando bragas de abuela! —dice, dando por zanjada la discusión.

Como dicen… contra los hechos no hay argumentos…

Suspiro hondo. Aún no sé si estoy de acuerdo con semejante locura, pero no puedo negar que ver a ese hombre musculoso intentando seducirme me hizo sentir… diferente. Guapa, atractiva, interesante. Vale, fue raro los primeros segundos, pero la forma en que esos ojazos suplicantes me miraban… fue casi un pecado no haberme arrodillado a rezar.

—Una mamada y un vaso de agua no se le niegan a nadie —digo.

—¡Con esa mentalidad serás la próxima en comprarte un piso por aquí! —dice, y yo cruzo los dedos.

—¿Y si ese tipo me despide?

—¿Ni siquiera le has chupado el pezón y ya te preocupa el después?

—No, Nando, ¡que me despida de cuidar a los gemelos!

—Entonces te buscas otra cosa que hacer. —Sigue con la mirada a la mascota mientras pasea por la casa haciendo destrozos —. Conozco a algunos ricachones con fetiche por mujeres con arnés, ¿te apuntas?

—¿Perdón?

—Eso.

—¿Todo bien? —me acerco y le doy un beso en cada mejilla.

—Todo perfecto, ¿y tú? —me devuelve el saludo.

—¿Arnés?

—Sí, un pene de goma que te pones en la cintu…

—Sé lo que es. —Me siento aún más rara al decirlo—. Primero voy a ver lo de los gemelos. Aunque allí me paguen unos seiscientos dólares al mes.

—Con el arnés saco mil quinientos por polvo —dice mientras prácticamente se lima las uñas.

Cojo el móvil y busco el número de Sitter Care en las últimas llamadas para marcar.

—Voy a priorizar a los gemelos. —Me levanto para prestar toda mi atención a la llamada.

—Los gemelos, ajá… ese Jacob debió de impresionarte de verdad, ¿eh, Bruna Martins?

Pongo los ojos en blanco e intento esquivar a Ralf para desentrañar todo lo que acaba de pasar.

Y sí, digamos que Jacob sí que me impresionó. ¡Pero lo hago solo por los bebés!

Es lo que quiero creer en este momento.

Capítulo 5

Jacob Parker

Es casi mediodía. Y mi jornada laboral ha terminado. Ya he resuelto todos los asuntos pendientes con mucho profesionalismo y competencia; ni siquiera debería haber salido de casa para cerrar esos contratos, mi cama es bastante más cómoda que el escritorio de la oficina. Pero la adrenalina le da un toque extra.

Veo cómo se abre el portón de mi propiedad y conduzco la Ferrari distraídamente hacia dentro, cuando tengo que pisar el freno con todas mis fuerzas.

No todos los días un hombre adulto de casi dos metros de altura, ojos azules, el tupé perfectamente en su sitio y traje formal se lanza delante de tu coche.

—¡Puedo explicarlo! —grita Allen Mitchell, mi asistente número uno y aprendiz.

El corazón se me desboca y trago saliva. ¡Si le causo una herida a este chico, estoy muerto! Sin embargo, lo único que quiero ahora mismo es pasarle por encima con la Ferrari solo para darle una lección.

—¿Te has vuelto loco, chaval? ¿Qué puta idea es esa de tirarte delante del coche de los demás? —estallo, casi levantándome del asiento.

—¡Tranquilo! ¡Estoy bien! —se palpa el cuerpo, comprobando que todo sigue en su sitio—. ¿Y tú cómo estás?

—Asustado, claro. ¿Cómo has llegado aquí antes que yo?

—Vine en cuanto me avisaron...

—¿Te avisaron... de qué?

—De que... han llegado... —arquea una ceja.

—¿Quién ha llegado? ¿Y por qué parece que estemos hablando en clave?

—Oh, todavía no lo sabes...

—¿No sé el qué?

—Jacob, perdóname, por favor. Te juro que leí cada documento con muchísima atención y no dejé pasar nada...

Uf, ahí viene la bomba... ¿habré vendido el CS Gallagher por un saco de gominolas? ¡Blake me va a matar, luego me va a resucitar y después me va a matar otra vez!

—¡Entra aquí, crío, y dime qué has hecho!

Avanzo hacia la propiedad. Allen habla poco; nunca lo he visto tan nervioso. Y mira que es el chico más suelto y comunicativo que he conocido en toda mi vida, después de mí, claro. Incluso intento olvidarme del asunto; a lo mejor solo ha sido una broma para mantenerme alerta...

—No te pongas delante —gruño.

—Tranquilo, antes de entrar tengo que explicarlo.

—Joder, ¿he vendido mi mansión por un saco de gominolas o qué?

Niega con la cabeza. Sus ojos azules están tan tensos que resulta casi imposible no sentir un nudo en el estómago. Para que Allen Mitchell esté así de inquieto, tiene que ser algo peor.

—¿Qué mierda has hecho, Allen?

—Sabes que he estado trabajando el doble, ¿verdad? Reviso todos tus documentos dos veces, una en la oficina y otra antes de acostarme.

Asiento y extiendo la mano para abrir la puerta de entrada, pero él me lo impide.

—¿Qué ruido tan extraño es ese? —Miro a mi alrededor. He tenido la impresión de oír un sonido gutural, melancólico y sombrío —. ¿Han construido esta mansión sobre un cementerio indígena? —Empiezo a santiguarme por adelantado.

—Que yo sepa, no. —Mira a ambos lados.

—¡Dilo ya, Allen!

—Había ese documento. El que hablaba de niños. ¿Qué pensé yo? Tú sigues patrocinando todos los programas que Blake patrocinaba antes, ¿verdad? —Solo continúa cuando asiento—. Y Blake ayudaba a algunos orfanatos. Así que cuando vi «niños» en el documento y parecía un oficio de Florida, ¿qué pensé? Orfanatos a los que Blake ayudaba.

—De acuerdo.

—Entonces di el visto bueno, te lo llevé para que lo firmaras y...

—¿Y...?

Allen abre la puerta con la huella digital. Y ahora por fin entiendo qué es ese ruido demoníaco que estaba amortiguado por la casa sellada: el llanto de un niño.

Si hay algo más insoportable que dormir con la misma mujer, es el llanto de un niño.

Miro a Allen intentando contener mi ira, pero se me nota en los ojos. La cara empieza a arderme tanto que, si la cabeza me explotara como en un dibujo animado, no me sorprendería.

—¡Debería pegarte con una vara, como se adiestra a un perro! —grito en coreano, ya al límite—. Me cubro el rostro con las manos.

—Antes de que me despidas, deja que al menos te lo cuente todo sobre esos niños... —suplica.

Lo aparto con la mano y entro en casa, furioso. Frederic, mi mayordomo, corre hacia mí y baja la cabeza cuando paso a su lado.

—Señor, han llegado sus sobrinos.

—¿Sobrinos? —Iba directo a mi dormitorio, a encerrarme allí y romper algunas cosas hasta que esos niños fueran devueltos al infierno del que salieron. Pero oír «sobrinos» me hizo detenerme en seco.

Allen se acerca sigilosamente a mi lado y lo miro, irritado y confundido.

—¿Sobrinos? —Alzo una ceja.

—Son hijos de tu hermana, Jacob.

Suelto una risa de desprecio y niego con la cabeza.

—¿Park Yang My? ¿Mi hermana? ¿La que mi padre desheredó y expulsó de casa y de la familia hace más de una década? —No consigo contener el tono irónico, mientras una parte dentro de mí empieza a retorcerse.

¿Dónde está ella? ¿Por qué envió a sus hijos aquí? ¿Por qué no se puso en contacto conmigo?

Mi padre, Park Suck, siempre llevó a nuestra familia con las riendas cortas. Desde que llegamos de Corea del Sur quiso mantener la tradición y las costumbres familiares para que no nos contamináramos de la cultura norteamericana, que, según él, sería nuestra decadencia.

Todo iba bien hasta que mi madre decidió separarse de él. Nunca supe su versión, solo la de mi padre. Que conoció a uno de esos empresarios estadounidenses, se quedó embarazada de él y huyó. Park Yang My y yo cargamos con su dolor, su rencor y su amargura. Nos criaron con dureza, de forma rígida y autoritaria, para que nunca imitáramos las acciones de nuestra madre, a la que no volvimos a ver desde que se marchó... o, según él, desde que huyó.

Vivimos bajo ese fantasma hasta alcanzar la mayoría de edad: no ser nunca como nuestra madre, que cedió a las costumbres americanas y destruyó a nuestra familia. Pero, entretanto, mi padre se convirtió en un hombre cada vez más hermético y austero, rencoroso y sanguinario, además de poderoso.

Park Yang My se enamoró de un hombre estadounidense cuando fue a la universidad y, en cuanto nuestro padre se enteró, llamó a sus matones para matar al novio de mi hermana.

¿El resultado? De la forma más shakesperiana posible, huyeron. Y lo hicieron bien, porque desde entonces nunca volví a saber de ellos. Aunque intenté mantener contacto con mi hermana, enviándole correos electrónicos, ella nunca me respondió.

Con el tiempo acabé cediendo a la cultura americana. Mi padre se distanció de mí más por miedo a perder al único miembro de la familia que le quedaba que por amor. Después conoció a una buena mujer, se casó y tuvo nuevos hijos. Y solo mantuvo contacto conmigo por formalidades y, recientemente, para exigirme que me casara.

—¿Dónde están? —Empiezo a seguir el llanto.

Por un momento ignoro que odio a los niños, igual que odio el ruido que hacen.

—¿Dónde está Park Yang My? —grito mientras recorro la casa.

Lanzo la carpeta de cuero al suelo, me arranco el abrigo negro y lo dejo tirado por el camino.

—¿Park Yang My? —grito su nombre.

—¡Jacob, espera! —Allen viene detrás—. Pero no tengo tiempo para nada más, quiero volver a ver a mi hermana.

Llego a una habitación de invitados al final del pasillo de la primera planta y veo a los dos niños bien arropados con mantas de algodón, encima de la cama.

El día de hoy ha sido, sin duda, un día extraño.

Primero, una completa desconocida invade mi casa, haciéndose pasar por acompañante de lujo y, por un momento, hace que mi corazón se detenga. Nunca he visto unos ojos como aquellos, que me tuvieron pensando en ella todo el día. Vale, fueron solo unas horas, pero sigo pensando en esa maldita.

Y ahora… esto…

—¿Dónde está mi hermana? —Me vuelvo hacia Allen, que tiene preparado un documento—. ¡Argh! —Sacudo los papeles con rabia, los enrollo entre los dedos y le doy con ellos en la cabeza, gritando en coreano—: ¡No vuelvas a cometer errores o acabaré contigo! ¡Eres como un hijo para mí, no me decepciones!

Baja la cabeza; puedo ver que está destrozado por haber cometido ese error.

Aun así, respiro hondo.

—Pero te quiero, como a un hijo. Respeto tu franqueza y el valor de venir a hablar conmigo, aun sabiendo que podrías haber encubierto tu error. Te perdono.

No entiende absolutamente nada de lo que digo y lo prefiero así.

Abro el documento y leo rápidamente, buscando las palabras clave. No he llegado ni a la mitad cuando busco la cama para sentarme. «Rose», «accidente», «muerte», «custodia», «gemelos».

Me llevo la mano a la boca e intento ser lo bastante fuerte como para no expresar mis sentimientos. En casa, cuando era niño, aprendí que los sentimientos son íntimos y deben guardarse solo para quien los siente, nunca mostrarse.

Pero no consigo controlar mi cuerpo. Ni siquiera la lágrima que se escapa de mi ojo y recorre mi rostro mientras sigo leyendo: «carta», «vídeo», «mensaje», «Sunny y Yuri», «Sitter Care», «Bruna Martins».

¿Qué significa todo esto?

—Jacob, lo siento mucho. —Allen me pone una mano en el hombro.

Lo aparto y miro hacia atrás. Veo a los dos niños llorando, desesperados, casi retorciéndose. Intento ignorar el llanto y me levanto, me acerco despacio y observo sus caritas.

Son idénticos a nuestras fotos de cuando éramos niños.

—Fuera de aquí. —Miro a Allen y a Frederic, luego fijo la vista en el suelo.

—Señor, el oficial judicial dijo que cuanto antes se les informe, más rápido podrán gestionar un orfanato, para… —empieza Frederic.

—¡Salid de aquí! —estallo de furia. Una mezcla de pena y alivio que no haya nada cerca para lanzárselo, porque lo haría. Y que se jodan las consecuencias.

El mayordomo asiente con rapidez y se marcha. Allen es más resistente y se queda donde está, mirándome fijamente. Saca un pendrive del bolsillo y me lo entrega.

—Llegó a la oficina antes de que salieras. Parece que es el último mensaje de ella para ti.

Lo cojo y me acerco a los niños; con toda la calma del mundo, aunque esté temblando y furioso, tomo a uno en brazos después de apoyarme en el cabecero de la cama.

—No me voy a ir de aquí hasta que estés bien. Respetaré tu intimidad y te esperaré fuera de la puerta hasta que quieras verme otra vez —dice Allen.

No tengo fuerzas ni para asentir.

—No te voy a abandonar, tío, aunque me despidas. Puedes despedirme, me da igual —Allen se encoge de hombros—. Formas parte de mi familia y…

—Yo cuido de ti y tú cuidas de mí. —Bajo la mirada.

Allen se acerca y me da unos golpecitos en la frente.

—Toma cariño —dice, imitando a Nicolas.

Juro que para mí eso siempre había sido una broma, hasta este momento. Esas dos frases que dicen las únicas dos criaturas que no odio parecían solo infantiladas, tonterías que los niños dicen sin pensar.

Pero al oírselo decir a Allen, me sentí arropado. Y comprendí que, aunque quisiera quedarme solo, no lo estaba.

—Gracias, Allen.

—Estoy fuera de la puerta, por si necesitas algo —dice, y cierra la puerta del dormitorio al salir.

La verdad es que ni siquiera sé qué estoy haciendo. Sé cómo coger a dos niños en brazos sin hacerles daño, pero no tengo ni idea de cómo conseguir que dejen de llorar. Los dos, con sus deditos diminutos, alcanzan los bolsillos de mi traje y tiran de la tela mientras lloran.

Ojalá al menos entendieran lo que digo, para poder decirles: todo irá bien. Pero ni yo mismo lo creo.

No puedo creer que haya perdido a mi hermana. ¡Y no puedo creer que tenga sobrinos! Y ni siquiera consigo imaginar cómo voy a hacerme cargo de estos niños… ¡no pueden quedarse conmigo!

Tras un largo momento de reflexión y con los oídos a punto de estallarme por el llanto de las criaturas, alcanzo la gigantesca televisión de la pared del dormitorio y conecto el pendrive. De inmediato, Park Yang My aparece en la pantalla.

Es extraño cómo uno de los gemelos, el que tenía los ojos ligeramente abiertos, deja de llorar y se queda mirando fijamente la televisión. La otra solo deja de llorar cuando escucha la voz de su madre.

Yang My se humedece los labios rosados y se arregla el cabello negro que le cae sobre los hombros; sus manos bajan hasta el cuello, donde lleva un collar con un colgante cuadrado, el mismo que ahora tiene cada uno de los gemelos. Sonríe de una forma delicada y, al mismo tiempo, fuerte.

—Seo Joon —me llama. Y mis ojos vuelven a llenarse de lágrimas al instante—. Espero que este vídeo nunca llegue hasta ti. Pero si llega, quiero que sepas que… han pasado algunas cosas y mi vida se salió de control…

Necesito sentarme y colocarme bien para no hacer daño a los niños y, aun así, secarme los ojos con la americana.

—Siento mucho haber desaparecido durante tanto tiempo. Y me imagino que habrás oído cosas terribles sobre mí. Pero quiero que sepas que tú eres mi familia, pase lo que pase… —respira hondo —. Estoy… tan orgullosa de ti. Te graduaste… ganaste premios… vi que trabajas en CS Gallagher como la mano derecha de Blake Gallagher.

—Ahora yo soy el jefe de todo aquello —murmuro y respiro hondo.

—… Espero que no sea demasiado pedirte que cuides de mis bebés. En realidad, contraté a alguien para cuidarlos, una chica muy inteligente y despierta, de Brasil. ¡Ella puede informarte de todo lo que necesitas saber! —Es ella quien ahora respira hondo—. A veces, incluso viniendo de lugares tan lejanos y viviendo bajo culturas distintas, en el escenario de la vida, nuestras historias se complementan.

Confieso que no entendí nada de lo que dijo. Veré el vídeo más veces hasta comprenderlo.

—Cuida de mis hijos como si fueran tus propios hijos. Porque yo haría eso por ti. Pero si no puedes… al menos una vez, la última vez, abrázalos por mí. Báñalos por mí. Dales de comer una vez por mí. Y acuéstate con ellos para que duerman, por mí. Y después de

eso, si no puedes, si sientes que no puedes amarlos, cuidarlos y quedarte con ellos, entonces entrégalos de nuevo, para que puedan encontrar una familia que los ame. Ese es mi último deseo.

—No consigo aceptar que no volveré a verte nunca más. — Bajo la cabeza para llorar.

Siento el roce de la manita del bebé que sostengo a la derecha en mi rostro. Me mira fijamente, inquieto.

—Seo Joon. Park Seo Joon, estoy feliz por ti. Espero que seas feliz y que vivas intensamente. Mamá te dio ese nombre porque tenía esperanza en la belleza de la vida. En vivir con verdad, amor y confianza. «Jacob Parker», un nombre no cambia quién eres. Tú das sentido al nombre que tienes. Por favor, cuida del pequeño Ha Joon, Yuri. Y de Kwan, Sunny.

Park Yang My saluda a la cámara. Su sonrisa hace que sus ojos se entrecierren y sus dientes sigan un poco torcidos debajo. Hay una ligereza, un aura de felicidad y paz en su mirada. Fue feliz. Y yo nunca podría culparla por haber ido a vivir sus sueños, lejos de nuestro padre.

La juzgué por eso al principio, hasta que yo mismo me lancé al mundo, a la cultura americana, y me perdí. O me encontré, de algún modo.

Me seco las lágrimas, aunque siguen cayendo de forma involuntaria. Y me llevo la grata sorpresa de ver a Ha Joon y a Kwan dormidos, en un sueño tan ligero y pleno que sería una crueldad despertarlos.

Los tumbo en la cama con cuidado y los arropo con sus mantas. No se parecen en absoluto a los dos niños ruidosos y asustados que vi cuando llegué.

Me quito el traje y lo cuelgo en la percha junto a la puerta, y la abro. Casi doy un salto hacia atrás al ver a Allen, con los brazos cruzados, esperándome.

—¿Quieres un abrazo? —Abre los brazos.

—No. —Lo juzgo con la mirada.

—Vale. ¿Y ahora qué hago? ¿Me pongo en contacto con las autoridades para devolver a los niños?

—En el vídeo habla de una chica que vino de Brasil para cuidar a los niños…

—Bruna Martins. Leí el documento antes de dártelo hoy.

—La quiero aquí antes de que anochezca. —Miro el reloj.

Capítulo 6

Bruna Martins

Sitter Care me puso en contacto con Allen Mitchell, el asistente de Jacob. Me encontré con él frente a la mansión horas después. Ya había anochecido y el movimiento por la zona era realmente escaso. Nando y su mascota se quedaron en el coche vigilándome hasta que entré en el lugar.

—Allen Mitchell —se presenta de inmediato el chico, que debe de tener más o menos mi edad.

—¿Los niños están aquí esta vez? ¿Ya han llegado? —insisto en esa información, porque es lo único que me importa por ahora.

—Sí. Pero el señor Parker quiere verla.

—Me lo imagino —respondo con sequedad.

Allen me acompaña por el largo camino arbolado y bien cuidado que conduce a la mansión. Antes no me había dado cuenta de lo bonito que era el lugar, impecablemente limpio y con ese aire de las películas de Hollywood en las que los caserones tienen una fuente, un jardín precioso y árboles por todas partes.

Disfruto de la vista todo lo que puedo, porque cuando estoy a punto de entrar en la propiedad, me pongo tensa.

—Está vestido esta vez, ¿verdad? —pregunto solo por si acaso.

—Creo que sí. —Allen me devuelve la mirada como si entendiera perfectamente a qué me refiero.

Por lo que parece, solo a juzgar por el tono de su mirada, uno de los pasatiempos de Jacob Parker debe de ser andar desnudo o

solo con un albornoz por la casa. Y eso lo desapruebo a un nivel colosal.

El mayordomo me recibe en el vestíbulo de entrada, pero es el asistente quien me conduce hasta una biblioteca que me deja con los ojos como platos: estanterías y más estanterías de madera maciza cargadas de tomos, libros, estatuas y ornamentos de todos los tamaños, colores y formas. ¡Esto es el paraíso, no puede ser otra cosa!

En el extremo opuesto de la sala, detrás de una mesa marrón muy oscura, con una espada de estilo samurái frente a él e iluminado por la luz amarillenta de una lámpara, veo a Jacob quitarse las gafas cuadradas y guardarlas en los bolsillos del —sorpréndanse— traje.

¡Gracias a Dios! ¡Está vestido!

Y… guau.

Jacob se levanta y ni siquiera recordaba que pudiera ser tan alto. Tampoco que su forma de andar fuera tan pomposa y elegante; parece otro hombre distinto al que vi antes. Uno más serio, poderoso y exitoso.

Con rapidez se desabrocha uno de los botones del traje, dejando solo el superior cerrado. Asiente para que Allen nos deje a solas y me invita a sentarme en la silla acolchada frente a la mesa. Él mismo la aparta, luego rodea la mesa y se sienta con porte altivo, cierra el libro de tapa gruesa que estaba leyendo y recoge unos papeles. No consigo apartar la mirada de la larga espada que hay entre nosotros.

—Bruna Martins —dice mi nombre mientras saca la pluma del bolsillo del traje y la gira para que aparezca la punta—. Así que tú eres la famosa chica competente e inteligente a la que se refirió mi hermana…

Me ruborizo. ¿Dijo eso? ¡Me siento realmente honrada!

—Ahora entiendo por qué invadiste mi casa hace unas horas, fingiendo ser una acompañante de lujo que en realidad fingía ser una niñera, me hiciste quitarme la ropa y saliste corriendo.

—En realidad, no estaba fingiendo ser nada; de hecho, soy la niñera —aclaro, tras parpadear y entender lo que dice.

—¿De dónde eres, Bruna?

—Desde aquí veo que tiene mi ficha de Sitter Care. —Señalo con la cabeza—. ¿Por qué no la mira usted mismo?

—Aish —gruñe, aprieta con fuerza el bolígrafo y me fulmina con la mirada—. ¡Ya veo que eres petulante!

—Al menos yo no voy quitándome la ropa delante de los demás —replico.

—Aish —vuelve a gruñir.

Debo confesar que resulta agradable sacar de quicio a este hombre. Ahora mismo me apetece despeinarle ese pelo que parece peinado al milímetro y tan bien cuidado. Ya me he dado cuenta de que ponerlo nervioso va a ser mi nuevo pasatiempo.

—Solo quiero ver a los niños antes de irme.

—¿Irte? —Se muestra sorprendido.

—Un hombre como usted, señor…

—¿Parker? —dice confuso, claramente molesto porque no recuerde su apellido. Pero sí lo recuerdo.

—… debe de tener muchísimo dinero. Y podrá contratar a mil niñeras para esos bebés, así que… creo que ya no seré útil por aquí… en realidad nunca fui útil en ningún momento, así que «ya no seré útil aquí» suena raro —pienso en voz alta.

—Primero —se aclara la garganta—, yo decido si serás útil o no. Yo decido, tú obedeces. Segundo, con el tiempo te darás cuenta de que en esta casa no hay mujeres. Tengo mayordomo, empleados, asistentes, jardineros; todos hombres. Y hay un motivo para ello.

—Ninguna te aguanta y se larga.

—Me las tiro a todas.

Abro los ojos como platos.

—No. No en el sentido caníbal; no es eso lo que quería decir. Lo dije en el sentido de follar.

—Ya lo había entendido así. —Me coloco las manos en el regazo.

—Genial, parece que estamos en sintonía.

Las piernas empiezan a temblarme. ¿Qué va a decir ahora? ¿Que si me quedo aquí…?

—Quiero que te encargues de estos niños, Bruna. —Traga saliva—. Porque mi hermana te eligió. Por lo que parece, pasasteis bastante tiempo hablando…

—Cinco meses —le informo.

—Ojalá hubiera hablado con mi hermana en los últimos cinco meses. —Lo veo respirar hondo—. La última conversación que tuvimos fue hace… casi una década. Entiéndelo: cuando viniste aquí por la mañana, ¡yo ni siquiera sabía que era tío! Tampoco sabía que mi hermana había adoptado el nombre americanizado de «Rose».

—Lo siento mucho —digo, de corazón.

No esperaba tener nada que ver con este tipo. Él es asquerosamente rico; yo, asquerosamente pobre. Él está increíblemente bueno; yo soy una chica corriente. Él triunfó en la vida, es CEO de un banco; yo estoy descubriendo cómo empezar de nuevo, siendo niñera, tras dejar la carrera de Magisterio.

Rose es el vínculo que nos une, además de Sunny y Yuri. Y solo por eso ya consigo empatizar con Jacob. Debió de ser cruel descubrir hace apenas unas horas que la hermana a la que no veía desde hacía casi diez años está muerta.

Ahora vuelvo a fijarme en Jacob.

Está impecablemente guapo. Traje, camisa, pantalón y zapatos negros. El cabello, antes desenfadado y con un aire de canalla, ahora está ordenado, bien peinado y alineado, transmitiendo sobriedad y respeto. A su lado asciende una fina columna de humo de incienso, junto al aroma de mirra que se mezcla con su perfume amaderado. Jacob está de luto.

—Lo siento de verdad. —Le tomo la mano por encima de la mesa.

Al principio se queda inmóvil. Mira el papel que tiene delante, donde están mis datos y una foto mía—Dios mío, ¿no podía haber puesto una foto mejor?—. Tres segundos después, lentamente retira la mano y la lleva a su regazo. Y respeto su gesto.

—¿Abandonaste la carrera en el último semestre? —Pregunta con un tono acusador.

—Sí.

—¿Y por qué no ibas a abandonarnos a mí y a mis sobrinos de repente? —Dispara.

—Bueno… —Necesito ordenar mis pensamientos, porque me quedo sin palabras durante unos segundos. No sé si es el calor del ambiente, el incienso o sus palabras lo que me hace sentir así—. Tenía mis motivos. Se los expliqué a Rose y aun así me aceptó.

Asiente con un gesto casi imperceptible de la cabeza.

—¿Dónde están los contactos de tu familia?

—¿Por qué quiere los contactos de mi familia?

—¿Cómo voy a saber si eres una persona equilibrada y decente?

—¿Fui yo, acaso, quien abrió el albornoz y se quedó desnudo delante de una completa desconocida esta mañana? —Disparo yo esta vez.

—Aish —refunfuña—. Bien que te gustó —murmura para sí.

Sí. Un poco. Pero moriré negándolo.

¡Danonino!

Intento contener la risa, pero me viene tan fuerte que empiezo a toser para disimular.

—¿Y eso ahora qué es?

—¡Estoy tosiendo! ¡Debe de ser el incienso! —miento.

Jacob me mira de reojo y se gira para cambiar el incienso de sitio.

—Es un programa interesante, ese Sitter Care. He leído y releído el contrato varias veces antes de que llegaras y… estoy dispuesto a cumplirlo, si tú quieres.

—¿De verdad?

—Bueno, solo hay un problema…

—Diga.

—Nunca ninguna mujer pasa más de dos horas en esta casa sin que me la folle.

Y aquí vamos otra vez…

—Y aquí dice que tienes que vivir con la familia. —Señala esa parte del contrato con la pluma.

—Sí. No tengo forma de mantenerme en Estados Unidos sin la ayuda de la familia a la que presto apoyo, así que necesito vivir en la casa y eso se descuenta del importe que recibo. Pero, si quiere, puedo hablar con un amigo para irme a vivir con él…

Y quedarme viendo mascotas humanas por el pasillo y escuchando escenas de BDSM de madrugada.

—¿Con qué cantidad te sentirías cómoda para quedarte aquí?

—¿Está dispuesto a pagarme más? —Se me iluminan los ojos.

—Quiero un número —dice seco.

—Bueno… lo hago por los niños, que quede claro. Lo haría incluso gratis durante un tiempo, sobre todo por Rose… —respiro hondo y pienso «pero ya que usted tiene tantos recursos…»—. ¿Mil quinientos dólares es una buena cifra para usted?

—¿Mil quinientos dólares? —Lo repite despacio y en voz alta. No entiendo bien el tono.

—¿Demasiado caro para alguien como yo?

Jacob alza una ceja. Deja la pluma sobre el papel y se incorpora en la silla reclinable, la acerca hasta la mesa. Junta los puños frente al rostro y me analiza en silencio, por encima de la espada oriental. Sus ojos marrones y duros contrastan con la delicadeza de lo rasgados que son en los extremos. Entreabre los labios carnosos y yo quedo hipnotizada siguiendo cada movimiento.

—Tres mil dólares y mantente fuera de mi camino. —Baja la cabeza y aparta la silla.

—¿Qué significa eso? Aparte de que voy a ganar tres mil dólares, claro.

—Que no quiero verte. Siempre que esté cerca, aparta tu camino del mío. ¿Vas a vivir aquí? Perfecto. No frecuentes los mismos espacios que yo cuando esté presente. Sé un fantasma, ignórame, no me mires, finge que no existo.

—Vale —respondo con sequedad. Parpadeo, más confundida que nunca. Pensé que… incluso podría surgir algo aquí, pero él no quiere.

Jacob estampa su rúbrica en el contrato, coge las otras dos copias y hace lo mismo. Me las entrega.

—Una es tuya, otra debe enviarse a Sitter Care y la otra es mía. La mía puedes quemarla, la tuya guárdala y la de Sitter Care, fírmala. ¿Ha sido difícil de entender?

—No.

—Entonces ¿por qué no has firmado todavía la de Sitter Care? —cruza los brazos.

—Necesito releerla para comprobar que no has cambiado nada.

—Para ti, Bruna Martins, puedes llamarme señor.

Contengo la risa y cruzo los brazos también. ¿Va a hacerse el duro? Entonces yo voy a ser la piedra en el zapato.

—Para usted es señorita Martins. —Me levanto—. Quiero ver a los niños.

Él también se pone en pie, analizándome de arriba abajo, desde las zapatillas gastadas que llevo hasta las puntas del cabello.

—Insolente —gruñe y se adelanta.

—«Insolente» —lo imito a sus espaldas, de forma más caricaturesca.

—¡He oído eso, señorita Martins!

—Problema tuyo, tío —digo en portugués.

Jacob Parker

De la biblioteca al dormitorio, necesito comprobar una y otra vez que ella sigue detrás de mí. Esta chica es imprevisible y me da la sensación de que, en cualquier momento, va a desaparecer. Pero me sigue hasta el final del pasillo de la primera planta. Abro la puerta y le dejo espacio para que entre.

—¡Oh, Dios mío! —Veo cómo sus ojos color miel brillan al ver a mis sobrinos por primera vez.

Guardo las manos en los bolsillos y la sigo sin demora. Ella, sin embargo, avanza hasta la cama y observa a los pequeños despiertos: uno con el pie completamente metido en la boca y la otra sentada en la cama, claramente recién despertada.

—¿Quién abrió las puertas del infierno? ¿Qué demonios es ese olor? —refunfuño.

—Han hecho caca —responde ella.

—¿Sin ir al baño? —replico.

—Ah, claro, porque iban a levantarse de la cama, girar el pomo, abrir la puerta y caminar hasta el baño, subirse al váter, hacer caca, tirar de la cadena y limpiarse, ¿verdad, Jacob?

—Señor.

—Parker —completa ella y parpadea lentamente.

—He entendido tu punto. —Cruzo los brazos.

—¿Y qué diablos es esta idea de dejar a dos niños de casi un año encima de la cama sin la supervisión de un adulto? ¿No hay una cuna en esta casa?

—Hay una jaula —respondo—. En el cuarto rojo.

—¿Qué demonios es un cuarto rojo? ¿Y por qué diablos tienes una jaula allí?

—Espero que no tengas que descubrirlo —sonrío de lado.

—¡Bubu! —oigo decir a la pequeña cuando la cogen en brazos —. ¡Bubu! —afirma con más claridad.

Bruna se sienta en la cama. La pequeña se pone de pie sobre sus muslos, apoya las manitas en el rostro de la adulta, agarra la punta de su pelo e insiste:

—¡Bubu!

—Sí, soy yo —oigo la voz temblorosa de Bruna—. ¿Te acuerdas de mí?

—¡Bu! —dice la pequeña con más convicción que nunca en su vida.

Sí. En efecto, ellas «se conocen».

—Te dejaré elegir una habitación para ti. No hace falta que te quedes en el cuartucho diminuto del fondo —le aviso.

—¿Quién ha dicho que me vaya a quedar?

Eso me deja en shock y paralizado. Estaba a punto de salir del dormitorio cuando, de repente, siento como si de mis pies nacieran raíces que se hunden profundamente hasta dejarme inmóvil allí.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Puedo cuidarlos durante unos días. Pero… no creo que tú y yo vayamos a llevarnos bien, Jacob.

—Señor —gruño.

—Parker —completa ella.

Necesito a esta chica.

No solo para que cuide de mis sobrinos, sino para encajar las piezas del rompecabezas de mi hermana. Al fin y al cabo, ¿qué le ocurrió? ¿Qué le contó a Bruna en los últimos meses? ¿Qué sabe esta chica que yo no sé? Necesito tener esa información.

—¿Hay algo que pueda hacer para que cambies de idea? —pregunto.

Ella reflexiona durante un rato.

—No lo sé. Lo pensaré después; ahora voy a cambiarles el pañal a estos pequeños.

—Pagaré lo que haga falta para que te quedes —afirmo con firmeza.

—No va de dinero…

—¿De qué va entonces, señorita Martins?

—De esto. —Señala—. No salí de un infierno para caer en otro en paracaídas. Está claro que mi presencia aquí no te agrada, así que no sé si debo quedarme.

—¿Y qué te hace pensar eso?

—Toda esta formalidad, toda esta distancia emocional que estás intentando crear entre los dos… ahora pareces otro tipo, no el que conocí hace unas horas.

—Ah, ¿prefieres verme desnudo? Ojo, que a mí eso no me supone ningún problema…

—Sentía que Rose formaba parte de mi familia —dice, y trago saliva—. Con ella podía hablar de cualquier cosa, sin sentirme juzgada. Me hacía sentir cómoda. No estoy buscando dinero, un cuartucho para dormir y niños a los que cuidar. Cuando me lancé de cabeza a Sitter Care, estaba buscando una familia, Jacob.

Apoyo la espalda en la puerta y sigo escuchándola.

—Está claro que, en algún momento, nuestra relación será la de jefe y empleada. Pero vine al otro lado del mundo en busca de

algo más que eso. Porque dinero, un cuartucho y niños los puedo conseguir en cualquier sitio; así que, si eso es lo único que tienes para ofrecerme, te lo agradezco, pero iré a por una oferta mejor.

—Qué exigente.

—Ya lo dije. No salí de un infierno para entrar en otro.

—No puedo ofrecerte una familia, Bruna… —digo con sequedad.

—Entonces yo me voy…

—Pero puedo hacer lo necesario para que te quedes —termino mi razonamiento.

Y ella se queda callada.

¿Cree que es una buena negociadora? Entonces está jugando con el tipo equivocado, porque soy yo quien dirige un banco.

—Así suena mejor —aparta la mirada de la mía y vuelve a fijarse en Sunny.

—Pero sigo teniendo yo el control de esta situación —afirmo.

—Vale. Puedes bajar; voy a cambiarles el pañal y luego les daré un baño.

Asiento despacio y cierro la puerta del dormitorio. Camino sin prisa hasta el vestíbulo con vistas a la planta inferior, con su larguísima alfombra roja y la lámpara dorada que brilla como un diamante.

Espera. ¿De verdad sigo teniendo el control de esta situación?

Capítulo 7

Jacob Parker

«Cuida de mis hijos como si fueran tus propios hijos. Porque yo haría eso por ti».

Estoy a punto de bajar y volver al despacho cuando las palabras de Park Yang My resuenan en mi cabeza. Me agarro con fuerza al pasamanos de la escalera y miro hacia atrás.

«Pero si no puedes… al menos abrázalos por mí».

Tengo que firmar algunos papeles y tenía un compromiso muy importante esta noche. Un negocio valioso por cerrar, en una velada regada con sexo y alcohol.

Paso la lengua por los labios y me quedo mirando el cuadro de la pared en el que aparezco con una pose austera y poderosa, con mi mejor traje y esa mirada depredadora que me caracteriza. La única vez que me he acercado de verdad a esa imagen es ahora. Nunca había estado tan concentrado y serio, con el semblante tan duro, como en este momento.

«Dales un baño por mí. Dales de comer una vez por mí. Y acuéstate con ellos para que duerman por mí. Y si no puedes, si sientes que no puedes amarlos, cuidarlos y quedarte con ellos, entrégalos de nuevo para que puedan encontrar una familia que los ame. Ese es mi último deseo».

Necesito honrar la memoria de mi hermana y respetar su último deseo.

Los niños y yo no somos la mejor combinación posible. Estoy deseando que tener a esta niñera cerca ayude a que todo sea más fácil.

Regreso al dormitorio contando los pasos. El cuerpo quiere marcharse, porque sabe que la noche puede ser mucho más divertida que cuidar de dos críos que ni siquiera saben hablar todavía. Pero la mente me recuerda la obligación que tengo con ellos.

—Ah, ¡has vuelto! —Bruna rodea la cama y viene hacia mí—. No he encontrado ninguna bolsa ni papelera, así que deshazte de esto. —Me lanza dos pañales enrollados a la mano.

—¿Qué es esto?

—Caca —dice con total sencillez.

—¿Caca? —Parpadeo despacio—. Vuelvo aquí para ayudarte y ¿esto es lo que me das? ¿Caca? —gruño.

—¡Genial! Si vas a ayudar, tíralo. Y ahora voy a bañar a los bebés.

—El que va a bañarlos soy yo —alzo la ceja todo lo que puedo.

—¿Al menos sabes sujetar a un bebé, señor Parker?

Me río con cinismo de su pregunta, sobre todo porque me ha llamado como me gusta. Y no, no sé bañar a un bebé.

—Basta con ponerlo bajo la ducha y echarle jabón, se lava solo.

—¿Un bebé? —replica ella, sin alterar la voz.

—Es obvio que estoy bromeando. —Me humedezco los labios.

—Entonces, ¿cómo piensas bañarlos? —Cruza los brazos.

No lo sé, ¡para eso estás tú aquí!

—En un fregadero es más seguro —pienso en voz alta.

—¿Un… fregadero?

—El agua está caliente, el fregadero es de piedra y espacioso, puedo…

—¿Un… fregadero…? —repite, mirándome fijamente a los ojos.

¿Qué quiere de mí? Soy un genio con los números, no con los mocosos.

—¿Tienes una bañera?

—Claro.

—Genial —se da la vuelta y se dirige hacia mis sobrinos.

A su lado está todo lo que Allen compró: polvos, pañales, champú, jabón, mantas y ropita nueva.

Bruna coge a la niña en brazos y viene hacia mí.

—Vamos a ver si eres capaz, al menos, de sujetar a uno de ellos tú solo. Y luego decidiré si puedes bañarlos.

—¿Tú… decides? —Esbozo una sonrisa.

—Me alegra que estés de acuerdo. —Ella sonríe del mismo modo—. ¿Dónde está la bañera? Tráela aquí.

¿Traer la bañera? ¿Pero qué demonios quiere decir con eso?

—¡Allen! —gruño tan alto que veo a Sunny agarrarse a su cuello y a Bruna dar un paso atrás.

En menos de un minuto está delante de mí.

—¿Dónde está la bañera que compraste?

—¿Bañera? —Cruza los brazos—. ¿Para qué quieres una bañera? ¿Es que en esta casa no hay suficientes?

—Para bañar a los bebés —digo como si tuviera el control de la situación, como si supiera perfectamente lo que estoy haciendo.

—Pensé que habías dicho que ibas a bañarlos en la ducha…

Le tapo la boca y me giro hacia Bruna, riéndome.

—Tiene un sentido del humor muy raro…

Lo fulmino con la mirada y le suelto la boca.

—O en el fregadero…

Vuelvo a taparle la boca y murmuro:

—¿Dónde están todas las cosas que compraste?

Asiente con la cabeza hacia el lado derecho de la cama, donde vemos, sobre la larga cómoda, todos los productos de higiene, ropa y mantas nuevas.

—Las sillitas ya están en el coche —dice en cuanto lo suelto.

—¿Es que no compraste ni una… cuna?

—¿Cuna? —Allen se rasca la barbilla—. Pero la cama es tan…

—Yo me encargaré de todo eso —lo interrumpo. Me acerco a la cama y primero paso la mano derecha por debajo del cuello de Yuri y luego sostengo su cuerpo con la izquierda, lo acerco a mí y camino hasta Bruna.

Ella parece un poco sorprendida.

—Para ser un tipo totalmente desprevenido, sabes sujetar a un bebé bastante bien.

¡Qué chica tan insolente, maleducada y ácida! ¿Es que no se ha dado cuenta de que aquí mando yo? Solo se está aprovechando de que la necesito en este momento, sobre todo para entender qué ha compartido Yang My con ella…

—No voy a permitir bajo ningún concepto que bañes a ninguno de ellos, ni en la ducha ni en el fregadero. Vale, enséñame la bañera y veamos qué podemos hacer.

—¿Que no puedes permitirlo? —gruño—. ¿Quién te crees que eres?

—La niñera. —Gira el rostro y me lanza su abundante cabello a la cara. Luego se adelanta con Sunny, que saluda con la mano a su hermanito y a mí.

Vi dos bañeras y las descarté. Una estaba fuera y jamás permitiría que un niño se bañara allí y encima cogiera la serena. La otra tenía problemas para regular la temperatura del agua. Jacob intercambió muchas miradas con su asistente, pero al final me llevaron hasta la tercera bañera.

Juro que tenía la esperanza de darles solo un baño a esos niños, alimentarlos, acostarlos y glorificar el final del día. Pero parece que Jacob y su mansión son una caja de sorpresas…

Abre la puerta de una habitación y no ignoro las miradas que se cruzan Allen, Yuri y Jacob —el pequeño, obviamente, muy confundido; los otros dos, en una mezcla de vergüenza y burla.

Pulso el interruptor para encender la luz y el cuarto se ilumina por completo en rojo. De inmediato alzo la vista y veo cadenas que descienden del techo y terminan en esposas de cuero, casi a un metro por encima de la cama.

En la pared del cabecero, estanterías negras exhiben soportes con látigos, máscaras, cadenas y muchos otros objetos que evito siquiera mirar; tapo el rostro de Sunny y me giro hacia él.

—Puedo explicarlo —dice Jacob a modo de defensa.

—Apuesto a que sí. —Lo miro de arriba abajo—. ¿Qué es esto? —Suspiro hondo.

Ya arrepintiéndome de haber hecho la pregunta.

—Mi sala de juegos.

—¿Sala de qué? —Parpadeo y mantengo la mano cubriendo los ojos de Sunny, aunque ella intenta apartarla con las manos.

—Mi cuarto de juegos.

—Juegos —repito, estupefacta.

—Me gustan algunas diversiones… distintas.

—Ya lo veo —echo un último vistazo rápido por la habitación, que es enorme.

En una nueva mirada distingo armarios, algunos sellados, pero uno en especial, de cristal; veo preservativos, lubricante, un mando junto a un vibrador, un collar, una máscara oscura incrustada de diamantes…

Respiro hondo y camino por la habitación hacia el fondo. Pero cuanto más avanzo por estos pasillos, más cosas exóticas me encuentro.

—El baño está justo ahí —señala Jacob hacia el final del corredor.

—Solo espero que ese baño no se parezca en nada a la habitación.

—No se parece, te lo garantizo.

El baño es una grata sorpresa. ¡Se parece más a un jardín de invierno! El techo se abre en cuanto entro y las luces iluminan automáticamente el amplio espacio. Hay una bañera muy espaciosa en el centro del lugar y, en una zona más reservada, están la ducha y el inodoro.

—Cierra el techo, no quiero que se resfríen —le pido.

Jacob lo cierra; aun así, es posible ver el cielo nocturno a través del techo de cristal. En una de las paredes cae una cascada que desemboca en una bañera más pequeña, pero la que está en el centro, lo admito, es perfecta. Parece impecable y agradable.

—Es muy profunda —intento meter a Sunny para medir y esta niña va a ahogarse aquí dentro.

—Puedo quedarme dentro de la bañera con ellos —se ofrece Jacob.

—¿Y por qué tú?

—Si quieres entrar tú también, siéntete libre. —Se encoge de hombros.

Mi corazón late un poco más fuerte, dejándome sin aire durante unos instantes. Sunny empieza a gatear dentro de la bañera vacía, entusiasmada.

—¿Te ha gustado, mi amor? —le pregunto y la veo aplaudir y volver a gatear—. Vale, yo me encargo de Sunny y tú de Yuri.

Jacob entrega al sobrino a Allen y se quita el traje. Y yo doy un paso atrás, recordando que ya lo he visto desnudo y no sé si quiero volver a verlo así, no en este momento…

—¿Podrías proporcionarme ropa limpia para ponerme? ¿O algo más adecuado que esto? —Miro mi camiseta y mis vaqueros.

—Tengo… un bikini…

—Nada de bikini —cruzo los brazos.

—¿Un bañador?

—Mal que te lo haya preguntado, señor Parker, ¿esas prendas ya las han usado las mujeres que traes aquí?

—Seguro que tengo alguna nueva —dice muy serio y empieza a desabrocharse la camisa.

—No te quites la camisa. —Me arden las orejas. Paso la palma de la mano por el cuello y miro alrededor—. Quédate con ella. Y tampoco te quites el pantalón.

—¿Entrar en una bañera con pantalón? —me mira como si yo fuera de otro planeta.

Sí, tiene razón, eso sería demasiado.

—Con tal de que te quedes con la camisa…

Jacob asiente. Me saca del baño y me enseña el vestidor más largo que he visto jamás. Tras pasar por todo tipo de ropa y

disfraces —algunos tan exagerados que incluso hacían que el disfraz de Ralf pareciera algo dulce—, coge una caja blanca con firma dorada y me la entrega. Luego me deja sola en el vestidor.

Cuando salgo, solo llevo un bañador. Estoy ligeramente avergonzada, pero me siento jodidamente atractiva con esa prenda blanca de laterales negros y la cabeza de Medusa en dorado en la parte frontal.

—Ua… —Jacob no deja ni que Allen termine el «guau». Le da un golpe despreocupado en el abdomen al asistente, que se encorva y tiene que girarse mientras tose.

Jacob sigue con su camisa blanca de manga larga. Pensé que así no sería una distracción para mí, pero sus hombros anchos y sus brazos fuertes quedan perfectamente marcados bajo la tela. Evito mirar su bañador negro, porque sus muslos igual de musculosos captan toda mi atención, por no hablar del bulto…

—Bueno, vamos a llenar la bañ…

—Me he tomado la libertad de hacerlo —dice, y solo entonces reparo en el sonido del agua—. Comprueba si la temperatura está bien.

Compruebo y sí, lo está.

Jacob me lleva hasta el armario y me muestra todos los productos que Allen ha bajado del piso de arriba.

—Será solo hoy. —Lo miro con seriedad.

—Eso lo oigo muy a menudo. —Sus ojos descarados me observan de soslayo.

—Consigue una bañera adecuada para los niños, aunque sea de plástico. O arregla la otra.

—Hecho.

Elijo el champú y el gel con olor a bebé limpio y perfumado y me acerco a los pequeños, que están tirándole del pelo a Allen, cada

uno desde un lado.

—Tú te quedas aquí. —Lo miro con un tono tan autoritario como el de Jacob.

Asiente en silencio tras mirar por encima de mi hombro.

Jacob ya está en la bañera cuando me giro. Yo también entro, contando los pasos. El agua está muy agradable y la alegría reflejada en los ojos de esos niños no tiene precio. En cuanto entran en el agua y se acomodan en nuestros regazos, ambos empiezan a chapotear con las manos, salpicándolo todo.

—Déjalos a esta altura. —Señalo a Sunny como ejemplo; el agua le cubre hasta el pecho—. Sujétalos bien, porque pueden querer jugar y…

—Bruna —Jacob me hace estremecer al interrumpirme.

—¿Sí?

—Relájate. No hace falta que estés tan nerviosa.

Asiento despacio y me siento. Aplico el gel en la espalda de la pequeña, luego en los hombros, y empiezo a bañarla en silencio.

Los gemelos, sin embargo, no paran quietos. Empiezan a sacudirse, a salpicar, a gritar de alegría. Yuri, sobre todo, parece tener algún tipo de conexión con su tío. Le gusta tocarle la cara, recorrer con lentitud sus ojos rasgados y balbucear cosas incomprensibles.

Y Jacob, para mi sorpresa, parece otra persona. Ni el guaperas salido que vi por la mañana, ni el CEO hosco de hace un rato. Es solo un tío entregado, que abre los ojos de par en par y le habla al niño en su propio idioma.

—¿Ah, sí? ¿Eso fue lo que pasó? Porque yo creo que blughuruhu bla blublu praaaaaa… —empieza a hacer sonidos absurdos mientras sacude la cabeza; el pelo se le desordena por completo, dejando ver ese aire rebelde que parece llevar dentro.

Los dos niños se parten de risa. Sunny incluso se suelta de mi apoyo y tantea los bordes de la bañera para ir hacia su tío, al otro lado.

Jacob acomoda a Yuri a un lado y a Sunny al otro; se queda dividido, mirándolos a los dos.

—Y una vez tu madre y yo estábamos buscando a la abuela. Y cuando la encontramos, ella yahamehbluuu ugulaaiaaaa. —Sacude la cabeza y los niños empiezan a saltar, entusiasmados.

Cruzo los brazos y apoyo la espalda en la bañera; cuesta disimular la risa al verlo tan comunicativo y divertido con los niños.

Por lo que he entendido, Jacob ni siquiera sabía de su existencia. Eran completos desconocidos hasta hacía apenas unas horas. Pero ahora parece que se conocen desde hace muchísimo tiempo.

—Ah, ¿queréis mojarme el pelo? —refunfuña de forma graciosa, pero acaba cediendo al deseo de los pequeños.

Empieza a hablarles en coreano, en un tono que mezcla regañina y ese gesto alocado de sacudir la cabeza. Los pequeños lo abrazan y, con los ojos enormes, lo miran desde abajo con admiración.

Aprovecho que están tan distraídos y empiezo a bañarlos. Les lavo la espalda y las piernitas, luego los brazos y la barriga. Es muy difícil tocarlos por delante sin que la mano acabe resbalando por el cuerpo de Jacob. Y sé que es su cuerpo porque los niños tienen una piel suave y blandita. La suya, en cambio, es suave, pero a la vez firme y bien definida.

Y cada vez que mis dedos se deslizan y lo rozan —ya sea el pecho, el abdomen o los muslos de Jacob—, él me mira de inmediato y me sostiene la mirada. Durante tres segundos. Los cuento en mi cabeza.

Se detiene en seco, los niños levantan las manos e intentan alcanzar su nariz. Él permanece tres segundos paralizado, mirándome, y luego vuelve a hacer sus onomatopeyas con los niños.

Es una locura, lo sé, pero Nando dice que cuando alguien te mira durante tres segundos y luego aparta la mirada y, pasado un tiempo, vuelve a mirarte otros tres segundos, solo puede significar dos cosas: o quiere acostarse contigo o quiere matarte.

Espero que Jacob no sea un asesino, entonces.

Estiro la mano hacia abajo; ¡he dejado caer el bote del gel mientras pensaba en estas tonterías!

Palpo el suelo de la bañera y luego me incorporo un poco para tener una visión más amplia.

—Aquí está —me dirijo hacia lo que creo haber visto.

Agarro algo firme y cilíndrico, sí, pero definitivamente no es el gel. Y lo que refuerza ese pensamiento es que, de pronto, Jacob deja de hablar y me mira fijamente, con los ojos muy abiertos, durante más de treinta segundos.

—¿Qué estás haciendo? —susurra.

—Estoy buscando el gel —empiezo a temblar y pronuncio cada palabra muy despacio.

—Te aseguro que eso no es el gel —parpadea con lentitud.

—Sí. Me he dado cuenta.

Y solo entonces caigo en la cuenta de que aún lo estoy sujetando y lo suelto, avergonzada.

Capítulo 8

Bruna Martins

—¿Has metido la mano en qué? —Nando habla tan alto que todo el edificio debió de escuchar la odisea de mi día anterior.

—¡Cállate! —Me lanzo sobre él para taparle la boca.

—¿No dije que parecía un Danonino? ¡Lo ves y ya quieres metértelo en la boca!

—¡Luis Fernando! —lo reprendo con firmeza.

—¿Sabes lo que tendrías que haber hecho? Sacarlo, sujetarlo con fuerza contra la cara y decir: 'no digas hola, di: ¿y… te vienes?'.

Le doy varios manotazos en el hombro.

—¡Había niños allí, idiota!

—¡Au! Ya me había olvidado de ese detalle… ¿Y puedo saber por qué la guapa no volvió a casa y solo apareció a esta hora? ¿A las cinco y media de la mañana? —Se lleva la mano a la cintura y empieza a poner la mesa con cosas saludables.

—El imbécil no tenía bañera, así que tuve que meterme yo para bañar a los niños. Luego entró él y pasó lo que ya te conté.

Nando sigue moviéndose por la cocina, coge pan integral, varios quesos, mermelada de arándanos y de fresa. Me lanza una mirada, asentando a lo que digo.

—Y para rematar, no tenía cuna.

—¿Eh? ¿Y cómo durmieron los niños?

—Conmigo, claro. Tuve que tumbarme en la cama para evitar que se cayeran.

—Eso de un lado de la cama. ¿Y del otro? —La tostada está lista; Nando la saca con una espátula y la deja en el plato.

Me quedo en silencio mientras lo sigo con la mirada.

—No me digas que… —Hace una pausa brusca que me asusta. Abre los ojos de par en par y se abalanza hacia mí, frenético —. ¿¡No?!

Aparto la cara, sirvo el zumo de piña en el vaso de cristal y empiezo a beber, para no tener que hablar.

—¿Durmió contigo? ¿En la misma cama? ¿El primer día?

—En el otro lado de la cama. —Me encojo de hombros y giro el rostro, para no darle cuerda.

—¿Y solo dormisteis? —me provoca Nando.

—Solo —respondo, seca.

Pero no fue exactamente así.

La mirada de desconfianza de mi mejor amigo me persigue hasta que vuelve a servir el desayuno, murmurando para sí que ya sabe en qué va a acabar esta situación.

Y yo miro por la ventana, veo los edificios altos ahí fuera. En algún momento, mi mente divaga hacia el recuerdo de anoche.

*

—Me tumbé en el lado izquierdo de la cama y Yuri se quedó conmigo; fue el primero en dormirse. Yo no pegué ojo hasta que Sunny también se durmió, se aferró al brazo fuerte y tatuado de su tío y cayó en un sueño envidiable.

Y Jacob y yo…

—¿Te vas a quedar? —murmura.

—¡Shh! —le pido silencio y sigo mirando a los bebés.

Este tipo me va a pagar horas extra hoy, porque no he venido para pasar la noche.

Al menos pude ver y bañar a estos niños maravillosos. Estoy tan feliz de que me reconocieran. Evidentemente están tensos y tristes; todo el tiempo miran hacia las puertas buscando al padre y a la madre. Por eso me necesitan aquí.

Acaricio el cuerpo de Sunny con suavidad y acompaño su sueño. Cierro los ojos y mi mano va recorriendo su piel suave y lisa, calentita y perfumada… que es grande y gruesa, bien firme y muscu…

Abro los ojos y veo que estoy acariciando el pecho de Jacob.

Recojo la mano de inmediato y abro los ojos de par en par.

—¿Qué es esto? —murmuro, casi gritando.

—Estaba tan bien, sigue —dice el desgraciado, ronco y en voz baja; siento cómo se me eriza cada poro de la piel, y se intensifica aún más cuando el canalla sonríe con la mirada.

—¿Quién te ha mandado quitarte la camisa? —lo reprendo, todavía en un susurro, muy irritada.

—La casa es mía, hago lo que me da la gana —responde en el mismo tono.

—¡No conmigo aquí! —digo, firme.

Jacob se ríe. No solo con los ojos, sino con los labios rosados y carnosos que sabe que son pecaminosos. Se gira con suavidad hacia el borde de la cama y baja de ella. Pasea con ese par de hombros anchos y el pecho musculoso alrededor de la cama y viene hacia mí.

Me aferro a la manta y me encojo por completo, dejando fuera solo la cabeza.

Cuando se coloca a mi lado, un bulto en el pantalón de chándal parece apuntarme. Miro de su ingle a sus ojos y de sus ojos a la ingle.

Se agacha a cámara lenta hasta quedar a mi altura.

—No quieres verme irritado, Bruna Martins. —Su aliento fresco y su olor caliente empiezan a provocar cosas extrañas dentro de mí—. No en mi casa.

—Yo solo creo que no deberías estar desnudo cerca de los niños.

—Pero no estoy desnudo. Estoy sin camisa, nada más.

Para mí es un atentado al pudor, a la cordura y una invitación a tener sueños pecaminosos. No puedo permitir que este hombre me desordene la vida y la cabeza así, ya el primer día.

Jacob apoya los codos en la cama, a mi lado. Sus brazos se flexionan y parecen incluso más grandes. Ahora veo con todo detalle sus tatuajes, luego su mandíbula marcada y, por último, sus ojos castaños que, en lugar de amables, parecen depredadores.

—Puedes hacerle mimos, si quieres. Es tan agradable y relajante, puede ayudarme a dormir.

—¿¡Jacob?! —Cuando estoy a punto de gritar su nombre, me tapa la boca con la mano.

No la boca: prácticamente todo el resto de mi cara por debajo de la nariz.

—Ha sido sin querer —me justifico. Le supliqué a Dios que no retomara este tema.

—Hazlo sin querer otra vez —pide, haciendo un puchero.

Mi corazón ya va en la última marcha, a 300 km/h, por una autopista desbocada que parece llevar a la perdición.

—Las preliminares y el sexo en situaciones así estropean las relaciones —me justifico.

—Solo si lo haces mal —se ríe con desdén—. Pero tú lo haces bien.

Levanto una ceja.

—Tu tacto es bueno. Y creo que mi cuerpo quiere más…

¿Conoces a la serpiente, en el paraíso, hablando con Eva? Pues aquí estoy yo con el dueño de una Anaconda ofreciéndome el fruto prohibido en la cara. Quiero decir, literalmente, hace un minuto su polla estaba a punto de salirse del chándal y golpearme la cabeza. Esto debe de ser como el meteorito que extinguió a los dinosaurios.

—Creo que me voy a dormir. —Me doy la vuelta y me tapo con la manta.

Pensé que estaba a salvo, pero doy un salto cuando lo oigo decir, muy pegado a mi oído:

—Si te quedas de espaldas a mí, será peor. A menos que te guste que te follen por detrás.

Me giro de golpe y lo miro, desesperada.

Él se ríe y me toma la mano, acariciando el dorso.

—Solo estoy bromeando. Tranquila, ¿soy un depravado sin vergüenza? Lo soy. Pero quiero verte pedir que te follen; no lo haré sin que tú lo quieras.

—Espera sentado.

—Buenas noches, Bruna. Y no te preocupes si tu mano, por accidente, acaba tocando cosas indebidas.

—Buenas noches, Jacob —digo con sequedad.

Él rodea la cama. Se marcha contoneando ese trasero enorme y lo sigo con la mirada hasta que se tumba, pone una cara angelical con esas cejas pobladas, los ojos finos y delicados y los labios haciendo un puchero.

—Que tengas dulces sueños —dice.

—Te voy a asfixiar mientras duermes —amenazo.

—Qué fetiche tan raro. —Alza una ceja—. Me encanta.

—Caveirinha, ven a trabajar, levántate de esa tumba, haz rodar la piedra —parpadeo y veo a Nando balanceando los hombros y cantando, mientras gira a mi alrededor.

—¿Pero qué es esto? —lo miro, estupefacta.

—Ha sido Renata, ¿verdad, amiga? Tú y esa mirada de que te has salido del cuerpo otra vez.

—Deja de hacer el payaso, ¡Luis Fernando! —lo reprendo y le lanzo la tostada a la cara.

—¿Será Exu Caveirinha un exu comunistilla?

—¿Qué?

—Mira bien —vuelve a cantar—: en la mano izquierda la hoz y en el cinto el puñal…

Cojo la otra tostada y se la lanzo de nuevo, pero Nando la esquiva.

—En fin, creo que voy a llevar mis cosas allí —intento reconducir la conversación—. Puedo volver aquí todos los días al final de la noche, pero solo cuando Jacob compre lo que falta para esos niños.

—¿Y cuándo va a comprar eso?

—Espero que hoy.

Jacob Parker

La puerta de madera maciza se abre y veo a la dueña de esos feroces ojos color miel y de un andar que parece dispuesto a darle una patada a alguien venir hacia mí.

La espero al otro lado de la mesa, con mi albornoz. Acorta el paso en cuanto se da cuenta. Me levanto para recibirla y ella incluso se detiene, desconcertada. Nos miramos durante casi treinta segundos, hasta que decide avanzar y colocarse frente a mí.

—¿No has ido a trabajar? —Mira la mesa repleta, las ventanas cuadradas que cubren buena parte de la pared, los cuadros, la lámpara principal del techo, el suelo de madera, menos a mí.

—¿No teníamos un compromiso esta mañana? —Alzo una ceja.

—Sí. —Se pone a la defensiva.

—Yo cumplo con todos mis compromisos, señorita Martins.

Asiente despacio. Cuando por fin decide mirarme, desato el nudo delante del cuerpo y abro el albornoz.

—¡No! —grita y cierra los ojos.

Permanezco en silencio.

Cuando los abre, muy despacio, llevo puesto mi mejor traje azul marino, con pantalón del mismo color. Aún no me he calzado porque dudo cuál elegir. Compruebo la hora en el reloj negro de pulsera y la observo con calma.

—Estás vestido —suspira.

—Querías que no lo estuviera, puedes decirlo.

Se queda callada. Levanto el índice y la llamo hacia mí; se acerca temblando.

Le entrego mi móvil y le indico que debe permanecer en esa posición hasta que yo diga lo contrario. Activo la cámara frontal y termino de ajustarme la corbata, reviso el pelo y las cejas. Me veo de perfil, un poco de espaldas, y hago una última comprobación.

—¿Dormiste bien?

Parece sorprendida cuando me dirijo a ella.

—¿No dijiste que debía ignorarte y no ponerme en tu camino y bla, bla, bla?

—¿No dijiste que querías una familia? —replico.

Ahora sí parece realmente sorprendida. Se queda muda, los labios ligeramente entreabiertos, mientras su cerebro parece encajar algunas piezas.

—Dijiste que no podías ofrecerme una familia —rebate.

—Me equivoqué. Anoche, mientras dormía, me di cuenta de que soy una de las piezas fundamentales de toda familia tradicional occidental.

—¿Qué? —pregunta.

Le quito el móvil de las manos y me lo guardo en el bolsillo. Me acerco a su cuerpo y le arreglo el cuello de la chaqueta vaquera, bastante más grande que ella.

—El amante.

Bruna Martins

Jacob es una mezcla de confusión, perdición y excitación.

No sé si estoy acostumbrada al Jacob que va completamente desnudo y se ofrece sin pudor; eso me asusta y me vuelve retraída. Pero este Jacob de traje y corbata, con una postura ligeramente seria y, sobre todo, un tío baboso, me deja hipnotizada. Parece incluso otra persona.

De camino al centro comercial de gente rica, habló con Yuri y Sunny más que conmigo. Y a los pequeños parece gustarles muchísimo, sobre todo cuando mezcla inglés, coreano y el idioma de los bebés.

Hasta yo tenía que contener la risa por las carcajadas de los niños.

Y ahora, mientras yo empujo el carrito de la compra, él los lleva en un carrito doble para bebés.

—Puedes coger todo lo que creas que necesitan. Y compra algunas cosas para ti también —me ofrece su tarjeta black.

—No necesito tu dinero, no para mí, gracias.

Jacob me lanza una mirada nada discreta, analizándome.

—¿Qué pasa con esa ropa tan holgada? ¿Eres adepta al celibato? ¿Te gusta esconder el cuerpo? ¿Hiciste alguna promesa de vestirte raro?

Lo juzgo con la mirada.

—Me visto para sentirme cómoda, no para parecer guapa.

—No me malinterpretes, eres muy guapa incluso vestida así. Pero es que… ahora trabajas para mí. Y necesitas proyectar una imagen más… ya sabes.

—No.

La verdad es que no tengo ropa de abrigo. Hagamos cuentas conmigo: soy de Río de Janeiro. Originalmente iba a ir a Orlando. Nueva York no era un lugar que pensara pisar tan pronto, así que no me preparé para vestirme adecuadamente aquí.

Y gracias a Dios no hace frío. Solo el viento, que a veces es helado y me provoca un escalofrío en la espalda.

—Tú me representas, así que necesitas llevar ropa más…

—Estirada —completo.

Espero su reprimenda o un zarpazo.

—Exactamente. Esa ropa planchadita y anticuada —dice con desdén, refiriéndose sobre todo a la suya.

Jacob es una caja de sorpresas. Cuando espero algo de él, siempre me sale con algo distinto.

—Mi amigo siempre me dijo que en Nueva York la gente se viste como quiere, sin preocuparse por la apariencia. Aquí cada uno construye su estilo.

—Tu amigo tiene razón —Jacob se coloca a mi lado, me enseña algunos portabebés para llevar a los niños pegados al cuerpo y la idea incluso me gusta—. Pero tú trabajas para el CEO de CS Gallagher. Puedes tener tu propio estilo los fines de semana y cuando no estés trabajando. Mientras estés a mi servicio, te vestirás de forma adecuada.

—¿Y qué sería adecuado para usted, señor Parker?

—Adecuado de verdad sería que estuvieras desnuda.

Hasta contengo la respiración y me detengo donde estoy, siguiéndolo con la mirada.

—Encima de mi mesa, esperándome después del trabajo… con un montón de sushi sobre tu cuerpo.

Abro los ojos de par en par.

—Es broma —se ríe—. ¿Te gusta llevar vestidos?

—¿Los vestidos no son demasiado largos para tener que ir corriendo detrás de niños?

—Vestidos que queden por encima de las rodillas —nota mi extrañeza—. Tienes unas piernas bonitas, ¿por qué no las enseñas?

—Porque mi trabajo no es ser guapa; mi trabajo es cuidar de niños.

Puedo ver cómo su rostro casi se contrae. Los músculos, sobre todo la mandíbula, parecen tensarse con fuerza y luego relajarse. Al final, Jacob me mira con una expresión ligera y contenida, como si, de poder hacerlo, me daría una bofetada. Y eso, de algún modo, me anima.

—Te vistes como si estuvieras escondiéndote, por eso pregunté por el celibato.

Me ajusto la chaqueta vaquera holgada para cubrirme el cuerpo; sigo empujando el carrito de la compra mientras lo miro de reojo.

—¿De qué o de quién te escondes? Eres de Brasil. Ahora estás en Nueva York, lejos de casa; no importa de qué te escondas, ya no hace falta.

—Quiero autopreservarme y protegerme de posibles acosadores.

—Bruna, nadie va a meterse contigo mientras yo esté cerca.

Me ruborizo e intento fingir que observo algo al azar en la estantería.

—Eso ya lo hemos comprado —me avisa al oído.

—¿Y cuando no estés cerca? ¿Qué hago?

—¿Sabes luchar?

—¿Luchar? —arqueo una ceja.

—Defensa personal.

Niego con la cabeza.

—Luego te enseñaré algunas cosas.

—Espera. ¿Eres el CEO de un banco y sabes luchar?

Jacob está precioso cuando muestra sus dientes perfectamente alineados y sonríe. Se le marcan los hoyuelos y los ojos casi se le cierran.

—Déjate sorprender cuando te muestre las otras cosas que sé hacer.

Capítulo 9

Bruna Martins

Jacob fue muy receptivo a todas mis sugerencias: qué comprar, qué habitación usar para los niños e incluso reservar un tiempo cada día para estar con ellos y construir un vínculo emocional que antes no tenía, ni con Rose ni con los pequeños.

Cuando pienso que estamos avanzando y que puedo llegar a comprender quién es, de pronto se queda mudo y me ignora cuando intento hablar de su familia, en especial de sus padres.

No pasa nada. En algún momento descubriré qué ocurre.

Al llegar a la mansión, Jacob deja claro que me dejará con los niños y seguirá rumbo a CS Gallagher. Me acompaña hasta la puerta de entrada y, en cuanto estamos en el vestíbulo, oímos voces animadas. Una es la de Allen; la otra, de una mujer.

Jacob arquea una ceja y saca el móvil del bolsillo. Ha sido tan atento conmigo que no ha usado el teléfono para nada. Y ahora, al leer un mensaje en la pantalla, se queda blanco como el papel.

—No —me agarra del brazo al verme entrar.

—¿Qué pasa?

—Tengo un problema.

—¿Y qué tengo yo que ver con eso? —Parpadeo despacio, agarro con firmeza el carrito para guiar a los gemelos y sigo adelante.

Jacob intenta detenerme, pero un hombre asiático bastante mayor, de rasgos duros y vestido de negro, me corta el paso.

¿Será este el…?

Jacob Parker

Es oficial. En la Última Cena yo iba solo con un tanga de leopardo, bailando encima de la mesa mientras servían la cena. ¡O eso, o el destino quiere acabar conmigo de una vez por todas!

Doy una vuelta completa en el lugar donde estoy y, en ese movimiento rápido, intento esconder mi expresión de sorpresa y fingir una alegría desmedida. Algo que, claramente, no es correspondido por mi padre, que me examina de la cabeza a los pies y luego hace lo mismo con Bruna y los niños.

—Has recibido mis mensajes, supongo —dice con sequedad.

—Sí.

—¿Por qué no respondiste? —Claramente le impide a Bruna seguir; aún no ha terminado de analizarla. Y su mirada parece asustarla no solo a ella, sino también a los niños.

—Ahora soy el CEO de CS Gallagher. Estoy ocupado.

—¿Ocupado? —Park Suck, mi padre, tiene una forma severa de mirar, hablar y actuar. Su aspereza es inconfundible, y no hace falta estar mucho tiempo cerca de él para descubrir ese rasgo de su personalidad.

—Eso es lo que he dicho.

Ahora es Bruna quien nos mira a cada uno, como si de repente se hubiera dado cuenta de que está en medio de un tiroteo del viejo oeste.

Mi padre se da la vuelta y regresa al salón, camina sin prisa. Se sienta en el largo sofá negro, al lado de su esposa. Y junto a ella hay una joven claramente coreana a la que no conozco.

—¿Tu padre? —murmura Bruna.

—Sí. Voy a necesitar un favor.

—¿Cuál?

—Solo sigue la corriente y entra en el juego —digo, avanzando yo primero.

—¿Qué significa eso? —viene detrás de mí.

Miro a Allen como si su espíritu ya hubiera abandonado el cuerpo. Él me devuelve una sonrisa incómoda, se acerca a Bruna y la ayuda con los niños.

Me siento en el sillón principal del gran salón y primero observo a la joven desconocida. Luego saludo a mi madrastra con un leve gesto de cabeza.

—No puedes estar ocupado para tus obligaciones con la familia, conmigo y con la Colmena, Jacob —empieza su discurso con un tono de severidad que me hace sentir como un crío de catorce años—. Por supuesto, nadie podía imaginar que llegarías tan lejos. Nos sorprendió saber que eras un lacayo de Blake Gallagher; entendimos aquello como el punto más alto de tu carrera —dice con cortesía, coge la taza de té de la mesa baja y me evalúa mientras bebe.

Bruna se coloca a mi lado, visiblemente confundida.

Y yo aprieto los dientes con fuerza mientras lo miro con odio. Nunca he oído un «enhorabuena», nunca he oído un «gracias», pero los insultos no cesan.

—Siempre supe que no tenías futuro. No eres inteligente, no eres honorable, no tienes elegancia. Pero debo admitir que has tenido suerte y por eso has llegado donde has llegado. Porque llevas la sangre ruin de tu madre, de gente despreciable y baja que no valora la tradición ni las costumbres.

Dice todo eso sin cambiar el tono de voz. Habla con tanta calma y autoridad que, visto desde lejos, sin oírlo, cualquiera

pensaría que está lanzando elogios. Pero Bruna parece horrorizada. Y yo permanezco en silencio.

—Y para evitar que sigas humillando a esta familia, tirando por la borda la poca reputación que te queda, he decidido que debes casarte. Y rápido.

—¿Lo has decidido tú?

—¡No le hables así a tu padre! —Se altera y lanza la taza al otro lado del salón, manchando toda la pared y destrozando la porcelana.

Sunny suelta un grito que se prolonga hasta convertirse en un llanto angustiado. Bruna se levanta para cogerla y yo sigo sus pasos con la mirada.

—Le he dicho al señor Park, Jacob, que estás a punto de casarte. Sobre todo porque… ahora tienes hijos… —Allen se coloca detrás de mí y lo dice con una naturalidad que le valdría un Óscar.

—¿Son tus… hijos? —mi madrastra no disimula la sorpresa.

Asiento con sutileza.

—Y ella es… —ahora mira a Bruna con cierto desdén—. ¿La madre?

Antes de que Bruna diga nada, cubro su voz:

—Sí.

Siento su mirada clavarse en mí como si me apuñalara solo para ver qué pasa.

—¿De verdad vas a hundir el apellido de mi familia casándote con una chica de color y con pinta de empleada doméstica?

—¿Me ha llamado qué? —ahora es Bruna quien avanza.

Allen intenta detenerla, pero le ruego:

—Déjalo. Está bien, suéltala.

Mi padre se levanta.

—¿Quién se cree la mestiza para dirigirse a mí?

Y Bruna, que es bastante más baja, pero parece mayor en todos los demás aspectos, se acerca mucho a él y lo mira de igual a igual.

—La mestiza se llama Bruna Martins. Y no va a ser un hombre oriental de mediana edad, frustrado con su vida, que jamás se acercó a lo que su hijo es y que ahora intenta controlarlo solo para no sentirse amenazado en su frágil masculinidad, quien me haga menos.

Joder. Me gusta esta chica.

—¡Jacob, haz algo! —suplica mi madrastra.

Empiezo a aplaudir.

—¡Pelea! ¡Pelea! ¡Pelea! —incito.

Mi padre ríe con desprecio.

—No voy a permitir que el apellido de esta familia…

—¡Que le den al apellido de tu familia! Jacob no necesita tu apellido, Jacob no necesita vincular su imagen a la tuya. Todo lo que ha conseguido lo ha hecho sin tu ayuda y ha llegado adonde tú ni siquiera podrías soñar. Tú lo necesitas a él, no al revés. Así que sal de nuestra casa ahora mismo y no vuelvas hasta que aprendas a respetar este hogar y a tu hijo.

Nunca había visto a mi padre perder una discusión. Su palabra siempre es la última. Y, en este caso, su palabra fue:

—Nos vamos.

Mi madrastra se levantó obedientemente, al igual que la ilustre desconocida.

Antes de irse, mi padre gruñe:

—¡Esto no se queda aquí, Jacob! ¿No quieres responderme? Pues recibirás una citación en la Colmena, para responder allí.

Y oigo el golpe de la puerta principal resonar por toda la propiedad. Ahora Sunny no solo ha vuelto a llorar, sino que su hermano también llora.

—Te lo advertí, ¿no viste el mensaje? —Allen se acerca a mí.

Saco a Yuri del carrito y lo cojo en brazos; Bruna hace lo mismo con Sunny. Primero nos ocupamos de calmar a los niños, luego nos miramos durante un largo instante.

—Gracias —es lo que le digo cuando el llanto demoníaco por fin cesa.

—Me vas a pagar un extra por esto.

—No lo dudes.

—¿No tienes ya casi treinta años? ¿Por qué ese tipo intenta controlarte así?

Me siento en el sillón, coloco a Yuri de pie sobre mis muslos y sostengo su cuerpo sujetándolo por debajo de los brazos. Mueve los piececitos hacia mí, parece encantado con la idea de estar así, erguido.

—¿Y qué es eso de la Colmena de la que habló?

Suspiro y miro a Allen, que me devuelve la mirada dejando claro que no me juzgará si lo cuento y que tampoco se lo dirá a nadie.

—Mi padre es un hombre muy importante. Es una figura pública y, por eso, cuida su imagen más que cualquier otra cosa.

—¿Es político? ¿Artista? ¿CEO de alguna empresa? —se muestra curiosa.

—Digamos que sí, casi un CEO —valoro—. Llevábamos años sin hablarnos; ni siquiera le importaba mi existencia. Pero al asumir el poder ejecutivo de CS Gallagher, me convertí en una piedra en su

zapato, porque mi cara está en todas partes. Y también mi vida privada.

—Y no quiere manchar su propia imagen y por eso quiere obligarte a casarte. ¿He acertado?

—Eres muy lista, señorita Martins —sonrío.

—¿Y qué es eso de la Colmena?

Me humedezco los labios y calculo bien las palabras para saber qué puedo decir.

—Estabas estudiando Pedagogía, ¿verdad?

Asiente.

—Seguro que existe un grupo que se ocupa de los intereses de los profesores. Algo así como un sindicato, ¿no?

Vuelve a asentir.

—Digamos que… la Colmena es un sindicato. De hombres ricos y poderosos que controlan el mundo y el rumbo que toma.

Veo cómo sus ojos, ya grandes y expresivos, se agrandan aún más.

—La Colmena es una sociedad secreta internacional, formada por hombres y mujeres que hacen que el mundo funcione. Los dueños de las grandes empresas, del petróleo, del dinero, en fin.

—¿Tipo… los Illuminati?

—Sí, ese es otro nombre que tiene la Colmena —dice Allen. Luego se tapa la boca.

—Me estáis… vacilando, ¿no? —incluso se levanta—. ¡Eso no existe, es solo una conspiración!

—Ojalá estuviera vacilando —me encojo de hombros.

—¿Y qué tiene que ver la Colmena con tu padre, contigo y con tu obligación de casarte?

—Mi padre forma parte de la Colmena, y yo también. Pero estoy en un nivel muy inferior; nunca me he dedicado de verdad allí dentro. Ese rollo de filosofía secreta, maduración y controlar el mundo no es para mí. A mí solo me gustan las mujeres.

Bruna me mira, atónita, y asiente, estupefacta.

—En el reglamento interno de nuestra sociedad secreta, los hombres poderosos que acaban ocupando cargos tan altos deben casarse. Normalmente con quien indique el padre o con quien la sociedad considere conveniente. Para aumentar el poder entre las familias y esas cosas —digo sin demasiado interés.

—¿Y entonces me metes en medio de todo esto y dices que te vas a casar conmigo? ¿Y que tienes hijos conmigo?

—Te ha gustado la idea, ¿verdad? Puedes decirlo —la provoco.

Bruna camina en círculos. Gracias a Dios tiene un bebé en brazos y no un arma, porque si no ya me habría matado. Aunque, pensándolo bien, tengo la impresión de que está esperando a que Sunny haga caca solo para lanzármela encima como si fuera un arma nuclear de Chernóbil.

—Dime que es una broma y que te estás riendo de mí —me pide.

—No es una broma —digo con pesar.

—Acepté ser la niñera de tus sobrinos, Jacob. Ya es bastante sacrificio hacer eso y quedarme aquí contigo…

Hace una pausa que me deja intrigado y bastante ofendido.

—… no me malinterpretes, lo que quiero decir es… bueno… no sé si puedo fingir ante los Illuminati que voy a ser tu esposa.

—No será tan difícil. Viviremos juntos, fingiremos que esos niños son nuestros hijos y tú tendrás todas las comodidades por hacer de mi mujer.

—No —responde con rotundidad.

—Allen, ¿por qué se te ocurrió inventar que yo estaba a punto de casarme y que ya tenía hijos? —gruño.

—¡Fuiste tú quien lo sugirió! —se defiende—. ¡Y no hace ni una semana!

Maldición, tiene razón.

—¿Cómo es posible que tu padre no reconociera a sus propios nietos? ¿No sabía que Rose tenía hijos?

Suelto un suspiro largo. La verdad es que ni yo mismo sabía que Rose tenía hijos, ¡imagínate mi padre! Y eso que la busqué, de verdad, utilicé todos mis contactos, todo lo que estaba a mi alcance. Mi padre, en cambio, nunca mostró interés por la hija pródiga.

—Si supiera que Yang My tuvo hijos con aquel tipo, creo que mandaría matar a los niños.

Solo me doy cuenta de que he dicho eso en voz alta por la expresión de Bruna, una mezcla de horror, shock y un amago de infarto.

—¿Entonces los niños corren peligro si descubre que en realidad son hijos de Rose?

Bueno, afirmarlo con certeza no lo sé. Mi padre es capaz de llegar hasta las últimas consecuencias para mantener la imagen de la familia pura e intocable. Si Bruna sospechara las cosas que hizo en el pasado, conmigo y con mi hermana, entendería lo despiadado que puede llegar a ser ese hombre.

—¿No crees que deberíamos ir a la policía a poner una denuncia?

—Ah, claro, porque eso lo va a solucionar todo, sin duda —asiento con la cabeza—. Bruna, estás tratando con un hombre que se cree dueño del mundo. No hay policía, no hay ley, no hay nada que pueda detener a alguien así.

Ahora ella está claramente desesperada.

—¿Entonces los niños están en peligro?

—Bueno, como mis hijos están protegidos. No puede pasarles nada; la Colmena es muy estricta en cuanto a proteger a los descendientes de sus miembros.

—También hay normas para proteger a las esposas —apunta Allen.

—¡Dios mío, soy demasiado joven para casarme!

Está claro que ya hemos derribado algunos de los muros defensivos de Bruna. Ahora toca presionar un poco más. Nada de esto estaba en los planes; Allen y yo incluso habíamos consultado un burdel de lujo para ver si encontrábamos a una mujer para el papel. Pero ya que hemos llegado hasta aquí…

—Es un matrimonio falso —aclaro—. De paso, incluso podrías conseguir un Green Card.

Ah, parece que he dicho la palabra clave. Porque esos ojos expresivos brillan como si estuvieran viendo diamantes.

—¿O es que para convencerte voy a tener que darte una mansión? ¿Una paga de diez mil dólares hasta el fin de tus días, qué te parece?

—Veinte —dice ella.

—Quince —replico.

—Un Green Card, una mansión y quince mil dólares hasta el fin de mi vida, no importa cuánto dure ese matrimonio —extiende la mano hacia mí.

—Ese matrimonio tiene que durar hasta que mi padre deje de acosarme —aclaro y le estrecho la mano.

—Y «hasta el fin de mi vida» significa que voy a vivir mucho, tipo hasta los ochenta, me haré muchas cirugías hasta parecer un

muñeco de gasolinera y tú seguirás pagándome todo eso. Y no vas a intentar matarme.

—¿Qué es eso, cariño? Apenas nos casamos y ya quieres hablar de intentar matarnos el uno al otro. Eso normalmente solo pasa después de mucho tiempo de casados… es decir, déjalo para la semana que viene.

—¿Cariño? —alza una ceja; parece que solo ha oído eso.

—¿El peque está mejor?

Ella aprieta mi mano, con una mirada de desconfianza en el rostro.

—Vas a dejar todo esto por escrito y quiero a mi mejor amigo como testigo.

—No rompo mis promesas, chica, relájate.

—Y quiero ese asunto de protección a las esposas. Eso incluye protegerme de desconocidos, conocidos e incluso parientes lejanos, ¿verdad?

—Proteger —insisto—. De cualquier cosa. Ya te lo he dicho y lo repito: conmigo a tu lado, nadie va a meterse contigo. A menos que quiera pasar por encima de mí. Y de mis hermanos en la Colmena.

—Vale, ¿dónde firmo?

Capítulo 10

Bruna Martins

El mundo da vueltas. Ah, sí que da vueltas. Pero mi cabeza parece la de alguien que nunca ha bebido y se toma un chupito de tequila de golpe.

—Primero dices que ya le has tocado la trompa al elefante. Ahora me dices que estás considerando casarte con él —se ríe Nando—. ¡Pues vamos preparando ya ese baby shower, que mañana apareces aquí con un test de embarazo positivo!

—Exageras demasiado —finjo la mayor tranquilidad del mundo y paseo por la cocina, vigilada por la mirada de la mascota de Luís Fernando; hoy ya es otro.

—Fue la braga de abuela, ¿verdad? Te la quitaste, apareciste con una lencería explosiva y el tipo ya te pidió matrimonio —me provoca.

—Nando, aclaremos algunas cosas —me siento en el taburete, frente a la isla de la cocina con el grifo, la placa y el cajón de los cubiertos—. Jacob es el tipo de canalla sin arreglo que cree que la vida es un parque de atracciones. Y para él, seguramente lo sea. Tiene todo el dinero del mundo, juventud para disfrutar y una belleza fuera de lo común.

Nando mantiene las dos palmas abiertas delante del cuerpo, a cierta distancia.

—Eso también. Y es un bruto.

—Ajá, ¿y me vas a decir que en una situación normal querrías mantener distancia con él?

—¡Claro! —cruzo los brazos.

—¿Una distancia de 0 cm, 25 cm, 0 cm, 25 cm, 0 cm, 25 cm? —Luís Fernando se apoya en la encimera y empieza a sacar y meter el culo.

Le doy un manotazo para que pare.

Arquea una ceja y se pasa la lengua de forma pornográfica por los labios, sin prisa. Luego se limpia la comisura con el pulgar.

—Y yo no soy más que la niñera que invadió su casa de la nada, huyendo de un violador loco que es mi padrastro, sin un duro ni rumbo.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que no tengo dónde caerme muerta. Y menos en esta tierra de nadie: no tengo nada, ni a nadie.

Nando coge la cuchara de madera y me da en el brazo.

—Escucha aquí, jodida Renata, ¿me estás menospreciando, descarada? ¡Mira que te remato a cucharazos! —amenaza.

—Sé que te tengo a ti, Nando. Pero…

—¿Pero…?

—Me hizo una oferta irrechazable.

—Habla.

Nos miramos largo rato; luego hago un gesto para que el perro se vaya.

—Bob, a la habitación, ¡ya! —da una palmada firme en el suelo y espanta al bicho humano, que sale gateando a toda prisa.

—Quince mil dólares para el resto de la vida, una mansión y la ciudadanía estadounidense. ¿Te parece bien o quieres más?

Nando me mira en silencio, estupefacto.

—Y no voy a tener que usar un cinturón de castidad con nadie. Eso, además de que garantizó protección para mí y para los

niños; sin contar con que podré estar siempre con ellos… acompañar su crecimiento… mientras desempeñe ese papel de prometida/esposa, Yuri y Sunny serán nuestros hijos.

—¿Su padre no sospechó nada?

—No. —me inclino sobre la encimera—. Rose era muy misteriosa. Todo lo que me dijo fue que su padre desaprobaba su matrimonio y por eso la había expulsado de la familia. Recuerdo que una vez habló de Jacob… que era atleta, lleno de salud y ansioso por la vida. Que sufrió mucho en la infancia y ahora, de adulto, pasó a vivir de forma desordenada…

Nando niega con la cabeza, agitando la cuchara de madera.

—Si esa cabecita tuya está pensando que puede cambiarlo, arreglarlo o cuidarlo, olvídalo. ¿En qué te has convertido? ¿En elefante para parir un bebé gigante? Jacob es adulto, ¡que se espabile!

—Pero es evidente que necesita ayuda, Nando…

—Lo que necesita es una llave de coño tres veces al día, es lo que me parece.

Tamborileo los dedos sobre la mesa.

—Y tú tienes cara de estar dispuesta a ceder y meterle la llave.

Gracias a Dios no tengo que cubrirme con una moralidad que no tengo ni contener verdades con mi mejor amigo.

—Me excita. Nunca pensé que, después de todo lo que he pasado, un hombre pudiera hacerme sentir eso…

Nando se detiene y asiente muy despacio.

—Normalmente me atraen la inteligencia y el carácter. Sé que Jacob es muy inteligente; eché un vistazo a su currículum y a las cosas que ha hecho…

—Has echado un vistazo al currículum, ya…

—Sé que de carácter no anda sobrado. Es un salido, un canalla, me recibió desnudo la primera vez…, pero tiene un lado distinto cuando estamos solos, ¿sabes? Sabe ser cariñoso. Y divertido. Y… sabe parar cuando me siento incómoda. Y sabe provocarme en la medida justa.

—Pero fue la pollaza lo que te conquistó, dilo ya —Nando no se muerde la lengua.

—Tiene un cuerpo impresionante —me cuesta admitirlo—, una mirada fatal y seductora al mismo tiempo que parece la de un chaval perdido, intentando impresionar.

—¿Crees que merece la pena meterte en este lío, Bruna?

—Solo tenía un problema que resolver cuando decidí huir de Brasil. Pero ahora… todo es distinto. Parece que se me han abierto nuevos caminos. De repente he descubierto facetas mías que nunca había afrontado y me siento impulsada a entender a Jacob. Quien lo ve una sola vez solo debe ver al tipo atractivo y deseable, rico y poderoso. Pero hay algo ahí que esconde, y lo esconde muy bien. Y quiero descubrir qué es.

—Vale. Vais a fingir una relación falsa, algo que esa gente famosa de Instagram, de la tele y de Hollywood hace todo el tiempo. Pero ¿y luego qué? ¿Y el sexo? ¿Dormiréis en la misma cama? ¿Va a seguir saliendo con otras mujeres?

—Toda relación se basa en normas y concesiones. Y Jacob dijo que podemos sentarnos juntos para planear un matrimonio falso que sea favorable para él y para mí.

Nando sigue sin parecer convencido.

Ni yo misma sé qué estoy haciendo; solo sigo el ritmo, como si todo estuviera bajo control. Pero si hay algo que no lo está, es mi vida. Desde que nací. Y creo que hasta que muera. Pero al menos esta vez me lo estoy pasando bien.

—Sabes que puedes contar conmigo para todo —Nando alza el vaso de zumo—. Solo espero que no te estés metiendo en otro berenjenal. Y que no tengas que lidiar con un nuevo monstruo.

Pero tengo la sensación de que Jacob es un monstruo que merece la pena enfrentar.

Jacob Parker

—…el tipo de interés va a generar una cifra mayor de la que habíamos previsto. Gisele, la CEO de aquella marca de cosméticos, cerró con nosotros un acuerdo millonario y prestamos ese importe para invertir en tecnología —rodeo la cifra gigantesca con el bolígrafo rojo y deslizo el papel hacia Blake.

Con sus ojos azules cristalinos examina minuciosamente todas mis operaciones del banco y asiente de forma casi imperceptible para mostrar su aprobación, algo que me agrada mucho.

—Conseguí también esta información para Isabella, como prueba documental de algunos delitos de su hermano. Y voy a casarme en cualquier momento. Logré convencer a Edgar, aquel empresario, de que…

—¿Tú… qué? —me interrumpe Blake.

Es la primera vez que habla desde que entró en mi despacho, me saludó y se mostró sorprendido de que no hubiera una mujer desnuda aquí dentro.

—Edgar. Bueno, como su empresa tiene muchos empleados, hice una oferta irresistible. El primer año daremos algunas ventajas a sus inversiones y a los movimientos de su dinero aquí, en CS Gallagher, pero después…

—Has dicho que… —Blake se aclara la garganta. Corrige su postura en la silla —y quede claro que ya estaba sentado de la forma más imponente posible— y se rasca la barbilla muy despacio—. ¿Que vas a casarte… en cualquier momento?

Parpadea con lentitud y mantiene los ojos bien abiertos, paralizado.

—Y que cerré un contrato millonario con Edgar. Con Gisele. Que conseguí unas cuantas cosas para Isabella. Sí, he dicho muchas

cosas. —Le arrebato el papel de las manos, algo que a él le da bastante igual, lo guardo en una carpeta transparente y se la entrego—. Su banco, como puede ver, está en buenas manos.

—Que está en buenas manos siempre lo supe, desde que te recomendé. —El halago es inesperado—. Confío en ti. Confío en la formación que te di. Tu punto fuerte es que tienes labia, eres capaz de cerrar cualquier contrato. Normalmente ofreces sexo para conseguirlo, claro, pero en nuestro mundo eso es una moneda de cambio habitual.

Asiento.

—Que eres capaz de llevarte a cualquiera a la cama no es ninguna novedad para mí; sin embargo, la novedad es que… has dicho… ¿matrimonio?

Ahora soy yo quien parpadea, muy despacio.

—¿Estás bien? ¿Qué ha pasado?

—Mi queridísimo progenitor.

Al instante sabe de qué se trata, se frota las manos por la cara y me mira fijamente durante unos segundos.

Blake Gallagher me entrenó desde que estaba en la universidad para hacerlo absolutamente todo. Protegí su nombre, su banco, traje de vuelta al amor de su vida y, como recompensa, aquí estoy yo, sustituyéndolo mientras se toma sus merecidas vacaciones con la familia.

—Sabes que no quería ponerte en esta posición —dice de un modo casi impersonal.

—Soy adulto, Blake, sé arreglármelas.

—¿Vas a aceptar las amenazas de tu padre y casarte con quien él quiere?

—Voy a casarme. Pero con quien yo quiero —es lo que digo.

Quiero decir, con la elección que el destino me ha puesto delante, porque ahora mi padre, mi madrastra y mi posible futura exnovia conocen a Bruna y su carácter fuerte.

Blake me mira de una forma distinta, como nunca me había mirado antes. Recuerda un poco a su mirada de admiración, pero va más allá. Por un instante, parece que ya no somos un adulto y un adolescente hablando, sino dos adultos.

—Es un matrimonio de mentira, está claro —aclaro.

Asiente con la cabeza, completamente analítico.

—Con la niñera de mis sobrinos, que ahora finjo que son mis hijos.

Blake incluso se agarra a la mesa para no perder el equilibrio.

—¿La niñera de tus… sobrinos?

—Mi hermana, aquella a la que no veía desde hacía una década, murió en un accidente y dejó a los niños a mi cargo. Y había esta chica que estaba en contacto con ella para cuidar de sus hijos, así que… bueno, ahora está conmigo.

—¿Cuáles son las probabilidades de que esto salga bien? —Da la impresión de que Blake empieza a hacer un cálculo mental.

—No hay posibilidad de que salga mal, porque no puede salir mal. Es esto o tragarme la elección de mi padre. Una forma estúpida de reforzar que tiene control sobre mí y sobre mi destino. Además, así puede creer que tiene poder dentro de CS Gallagher.

—Lleva años intentando conseguir un préstamo con nosotros para expandir sus negocios… —comenta Blake en voz alta—. Algo a lo que me opongo firmemente, lo sabes.

—Yo también. —Me posiciono sin titubear.

—Aunque los negocios de tu padre sean rentables, no encajan con la política que he implantado en el banco. No voy a

entrometerme en su gestión, pero te pido que consideres mantenerlo lejos de aquí, por nuestro bien.

—Y por eso necesito casarme con alguien a quien él no controle. Para que entienda que no haré lo que quiere, ni en mi vida personal ni en la profesional.

Blake vuelve a mirarme de una manera que me desconcierta.

—Has crecido mucho, Jacob. Sé que ahí dentro sigues siendo inconsecuente, pero no esperaba esto de ti.

—Esperabas que me fuera a algún país árabe, me casara con cincuenta mujeres y viviera en mi harén, ¿no?

—Exactamente eso era lo que esperaba. —No oculta su sorpresa.

—Pero sigo pensando que el matrimonio frena el crecimiento de los hombres. Que los hunde en la depresión y en los vicios. Y acaba con su dignidad. Por eso me adelanté y me preparé para este momento, porque sabía que llegaría. Prefiero casarme con un contrato muy explícito sobre lo que puede o no puede ocurrir antes que convertirme en una marioneta en manos de mi padre o, en el peor de los casos, de una mujer.

—Qué visión tan triste del matrimonio —lamenta Blake—. Pero respeto tu opinión. Y sabes que puedes contar con mis consejos y con los de Kaleb siempre que lo necesites.

—Perfecto.

—Por cierto, Ethan me pidió que te diera un recado.

—¿Qué quiere el todopoderoso de la Colmena?

—Tu padre se puso en contacto con él hace ya unas semanas. Dijo que te negabas a responder a su propuesta de obligarte a casarte y «ponerte en tu sitio».

Trago saliva.

—Ethan dijo que quería hablar contigo en persona para recordarte que tienes derechos y que los ejerces muy bien, pero que también tienes deberes.

—Sí, lo sé.

—Pero me ha sorprendido lo que has dicho. No tienes por qué preocuparte. Si le dices esto a Ethan Evans, creo que se pondrá de tu lado en esta disputa, en defensa de tu derecho a casarte con quien quieras. Puedes mencionar que ese fue el protocolo aplicado en el caso de Héctor Mitchell y que tienes derecho al mismo procedimiento.

Asiento de inmediato.

—¡Anímate! ¡Todo seguirá bajo control!

—Sí… bajo control en exceso —me lamento—. Aún no consigo entender cómo vosotros, por libre y espontánea voluntad, decidís que es una buena idea pasar el resto de la vida con alguien y acostaros siempre con la misma persona. Qué cosa tan aburrida.

Blake arquea una ceja y se levanta, coge la carpeta que contiene los documentos actualizados de los cambios y de los nuevos contratos relativos al banco y me acompaña hasta la puerta de salida.

Me estrecha la mano cuando está a punto de irse.

—Cuando una mujer conquista tu corazón, Jacob, puede serlo todo. Nunca «la misma persona». —Guiña un ojo—. Conquistar a cien mujeres una sola vez con el mismo discurso es cosa de críos. —Me da una palmada en el hombro—. El reto del hombre de verdad es conquistar a una mujer cien veces, como mínimo.

Niego con la cabeza.

—Créeme, amigo libertino, eso es mucho más interesante que todo lo que has venido haciendo a lo largo de tu vida hasta ahora.

Capítulo 11

Jacob Parker

Convocado para conversar con mi superior en la Colmena, acudí al Gran Templo Illuminati de Nueva York, el lugar donde fui iniciado. Al llegar a aquel sitio pomposo, de arquitectura clásica, paredes blancas y muchos pisos, esperé a ser llamado por Ethan Evans, algo que no tardó demasiado.

Al entrar en la sala del Mano Oculta de la Colmena, título del dirigente de nuestra sociedad, me encontré no solo con Ethan, sino también con Héctor Mitchell, el padre de Allen.

—Espero que no te hayamos hecho esperar mucho —Ethan se acerca para saludarme.

—La verdad es que acabo de llegar. —Analizo su cabello rubio, casi blanco, y su vestimenta negra, llena de broches y medallas, impecablemente pulcra.

Héctor va vestido de la misma forma, me saluda con rapidez y señala la silla en la que debo sentarme. Ambos se dirigen a la mesa; Ethan se sienta primero, se quita las gafas de sol y deja que sus ojos azules, muy acuosos, recorran la sala con aire distraído. Héctor se sienta frente a la ventana; la luz que entra en la estancia prácticamente ilumina su cuerpo, dejando su rostro enmarcado por el resplandor.

—¿Estoy aquí porque vais a confiscar mi carné de miembro? —Me siento y muestro mi buen humor.

Ethan ríe, tamborilea con unos papeles sobre la mesa hasta dar con uno de ellos. Lo recorre con los dedos para confirmar que es el documento correcto y Héctor toma la palabra.

—¿Sabes por qué estás aquí? —Cruza las piernas y apoya las manos sobre el regazo, con una altivez tan natural que creo que no podría imitarla ni aunque lo intentara.

—Porque mi padre quiere que me case con alguien a quien él controla y ha venido a apelar a vuestra autoridad. ¿He acertado?

Antes de que Héctor responda, Ethan se adelanta:

—Tu padre es Hierofante, es decir, dirige un Templo de la Colmena con sede aquí, en Nueva York. Pero no pertenece al GTI. Ha presentado una solicitud para tu expulsión del GTI de Nueva York, alegando que has quebrantado el decoro, la moral y las normas establecidas por el rito… ¿qué rito era? —Se gira hacia Héctor.

—Escocés —responde Héctor con solemnidad.

—¿Y… qué es exactamente lo que he infringido? —pregunto, con el corazón ya acelerado. Si he roto alguna norma, será peor de lo que imaginaba. No solo confiscarán mi carné, acabarán con mi vida.

—No has infringido nada, fuiste iniciado en el rito neoyorquino. —Ahora es Héctor, secretario del GTI, quien revisa una carpeta enorme, repleta de documentos. Entre ellos, dispone sobre la mesa portadas de revistas, titulares de periódico y fotografías, todas mías.

—De acuerdo. Entonces no estoy completamente jodido, ¿verdad? —pregunto.

La mirada indiferente de Héctor me deja paralizado, pero Ethan tiene un trato muy amable y agradable; con él no me siento presionado. De hecho, las pocas veces que hemos tenido contacto me lo he pasado bastante bien; siempre tiene algo gracioso que decir.

—Tu padre no tiene poder aquí, porque no pertenece a la jerarquía del grado que tú ostentas en este lugar —dice Ethan y

respiro aliviado—. Sin embargo, algunas observaciones que ha hecho son muy pertinentes y, por eso, he invitado al secretario Mitchell y a ti, señor Parker, a mantener una conversación entre caballeros. ¿Aceptas un té?

—Si hay whisky, lo acepto con hielo —digo.

—Perfecto —Ethan saca de debajo de la mesa una botella de buen whisky y coloca tres vasos a su lado—. Sí, necesitas casarte, Jacob. No obstante, Héctor y yo coincidimos en que eres tú quien debe elegir con quién te casarás; al fin y al cabo, eres hijo de los Padres Fundadores, un hombre libre y americano. —Ethan empieza a servir las copas. Me mantengo expectante y atento, vigilando que no derrame la bebida.

—¿Y por qué debería casarme…?

—La situación ha llegado al límite de lo insostenible. —Héctor señala con el dedo un titular en concreto—. ¿Acostarte con las CEO a cambio de cerrar negocios? Hay una foto aquí de un paparazzi que sugiere que ahora hay una barra de pole dance en la sala presidencial de CS Gallagher. Y… por último, y no menos importante… —Héctor respira hondo—. ¿Estás teniendo una aventura con la Primera Dama de los Estados Unidos?

—Las respuestas son sí. Sí. Y quizá. ¿Por qué? Tengo aventuras con muchas mujeres —cojo mi vaso para beber.

—No queda bien. —Ethan esboza esa sonrisa de padre comprensivo.

—Queda fatal. —Héctor, en cambio, me clava su mirada gruñona y hosca—. Tenemos un nombre que proteger. Formas parte de la Colmena, ¡no puedes comportarte como un adolescente!

—¿Por qué no? —Sigo bebiendo.

—¡Porque aquí están los hombres que controlan el mundo! —Héctor exclama con vehemencia—. Y esos hombres nunca pueden

verse envueltos en este tipo de polémicas o exposiciones. Hagas lo que hagas, hazlo en secreto, como todos aquí acostumbran a hacer.

—Todos los solteros y los hombres de dudosa moral —puntualiza Ethan.

—Pero ¿por qué debo casarme? —insisto.

—Ah, la pregunta del millón… —Ethan se divierte.

El otro ya se ha tapado la cara y ha empezado a respirar despacio; creo que el secretario de la Orden ha perdido la paciencia conmigo y quizá ya esté dispuesto a darle la razón a mi padre: debería ser expulsado.

—Podría darte innumerables explicaciones, pero mis palabras no servirían de mucho, señor Parker. Así que lo resumiré en lo siguiente: la mayoría de los hombres creen que, al volverse muy ricos y poderosos, quizá ocupando cargos de CEO, como tú…

Asiento afirmativamente, como si alardeara del título de nuevo CEO atractivo de CS Gallagher.

—… pueden sentarse a la mesa con los adultos. Y la respuesta es no: no puedes sentarte a la mesa con los adultos, ni siquiera aunque fueras más rico y poderoso que todos ellos juntos.

—¿En serio? —Casi escupo el whisky—. ¿Por qué? —No logro ocultar mi sorpresa y mi indignación.

—Porque falta algo. Y ese algo es el profundo respeto y el reconocimiento de que estás entre iguales.

—No sé si lo entiendo…

—Piensa en las figuras heroicas que tomamos como referencia en el mundo occidental —propone Ethan, como haría un profesor.

—De acuerdo.

—Aquiles… Perseo… Hércules… todos los grandes héroes se enfrentaron a desafíos enormes que parecían imposibles para los

simples mortales. Y sus historias atravesaron generaciones en forma de recuerdo y, después, de enseñanza moral, para servir como ejemplo y advertencia de que, no importa la dificultad o el obstáculo que tengamos, con sagacidad, entrenamiento, valentía y un poco de suerte, somos capaces de vencer.

—Inspirador. —Héctor pone los ojos en blanco.

—¿Estás sugiriendo que soy algún tipo de Medusa u otro monstruo? —Escucho una voz femenina, pero en la sala no hay nadie más.

—¿Quién ha dicho eso? —Miro a mi alrededor.

—Dios —dice Ethan rápidamente—. Dios, ha sido Dios. A veces me habla tan fuerte por dentro que parece que me hable desde fuera. —Junta las manos sobre la mesa—. Y, para que conste, mi matrimonio fue una de las mejores cosas que me han pasado.

—Ah, vale —vuelve a decir la misma voz.

—Hoy Dios está comunicativo. —Ethan arquea las cejas—. Solo te sentarás a la mesa de los adultos, chico, cuando afrontes tu mayor desafío.

—Pero, por encima de todo —Héctor reclama ahora mi atención—, queremos que elijas a alguien por quien puedas mostrar un interés genuino. No hablamos de amor, sino de permitir que esta nueva etapa revele al hombre que hay dentro de ti, ese que permanece oculto y que aún no hemos conseguido ver.

—No sé si lo entiendo.

—Estos titulares tienen que parar. —Héctor lo deja muy claro, entregándomelos uno a uno en las manos—. Necesitas madurar. Y aunque nada cambie realmente dentro de ti, queremos que los demás crean que has cambiado. Que puedan confiar en ti y ver en ti a un hombre nuevo.

Asiento, aunque no esté de acuerdo.

—Héctor tiene acciones en CS Gallagher —dice Ethan—. Yo tengo acciones en CS Gallagher. La mitad de los hermanos de este Templo tienen acciones allí.

—Lo sé.

—Nuestro dinero circula por el banco del que ahora eres el jefe.

—Sí.

Ethan saca una tableta de entre el montón de papeles y pulsa play. Veo, en secuencia, a varios hombres poderosos de la Colmena; a la mayoría los conozco de vista y sé quiénes son porque son clientes del banco.

—Sinceramente, Evans, ¿sería mucho pedir que tomes cartas en el asunto? No quiero el nombre de la empresa vinculado a un CEO que en cualquier momento pueda ser pillado encima de una mesa follándose a una secretaria… —veo decir al señor Heinks, ejecutivo del sector alimentario.

—¿En qué estaba pensando Blake cuando eligió a alguien tan poco preparado? ¿Es bueno con los números? Sí. ¿Pero es suficiente? ¿En el mundo de hoy, donde cualquier bomba en internet puede destruir su reputación y la de todos los que están conectados al banco? —oigo y veo decir a la señora Foster, una de las consejeras de CS Gallagher.

—Es humillante que alguien así pertenezca al grupo más secreto y selecto del poder mundial. No importa que ocupe el grado más bajo y más irrelevante; claramente se equivocaron al aceptarlo. Y deberían expulsarlo, porque no tiene moral, no tiene honor ni tampoco el talento para estar entre hombres tan importantes. Os reduce a un club de ricachones con problemas infantiles y nada más.

Veo el último testimonio, el de mi padre, y me quedo paralizado. No recuerdo haber tenido esta sensación, al menos no recientemente. Una mezcla de humillación y desprecio, sobre todo viniendo de quien debería quererte y apoyarte.

—Dije que debería haber sido abortado, pero mi esposa no lo aceptó. Nuestros problemas empezaron ahí. Supe, incluso antes de que naciera, que sería inútil y la ruina de mi familia…

—Basta —Ethan pausa el vídeo. Sus ojos se dirigen hacia mí y, aunque sé que no ve nada, estoy seguro de que puede percibir perfectamente mi estado en este momento.

Bajo la cabeza, algo que no recuerdo haber hecho jamás en mi vida, y respiro hondo. Las ganas son de…

—Las ganas son de dejarlo todo, mandar todo a la mierda y huir —dicen Ethan y Héctor al unísono.

Parece como si me hubieran leído la mente.

Me limpio el rabillo de los ojos y miro de uno a otro, en silencio.

—Eso no es lo que harían los héroes —dice Ethan.

—Eso no es lo que hacen los hombres como nosotros —refuerza Héctor—. Y tú eres un hombre como nosotros.

Me aprieto el puente de la nariz al ver a Ethan abrir otro vídeo. Veo a Blake mucho más joven; los cabellos blancos de la preocupación aún estaban empezando a asomar. Distingo de pasada a la antigua líder del GTI, Lilith. Ella le pregunta a Blake:

—¿Y por qué cree que deberíamos aceptar al señor Parker?

Blake se humedece los labios y clava la mirada en el vacío. Ni siquiera sabía que existía un archivo así y ya me preparo para que vuelvan a destrozarme.

—Nunca he conocido a alguien tan leal y tan valiente. Capaz de sacrificarse, de anularse por completo a veces, para que todos a su alrededor estén bien, incluso cuando él está en ruinas.

En el vídeo, Lilith no muestra ninguna emoción. Héctor anota cada palabra y Ethan apoya el rostro sobre sus manos entrelazadas, reflexionando.

—Siempre es gracioso, porque sabe que la vida es dura y difícil y que necesitamos aligerarla… incluso en los momentos más inapropiados… —dice Blake.

—Ese eres tú —provoca Héctor a Ethan, que asiente con sutileza.

—Jacob es capaz de arrancarse el propio corazón y entregárselo a quien ama, solo para que esa persona pueda vivir, sin pedir nada a cambio.

—Esa eres tú —dice ahora Ethan, dirigiéndose a Lilith.

—Y es resiliente. No importa cuánta presión, cuánto dolor, cuánta tormenta atraviese; seguirá siendo dulce, leal y con la mirada soñadora de un niño, en busca de días mejores.

—Ese eres más o menos tú —dicen Ethan y Lilith al mismo tiempo a Héctor, que desaprueba de inmediato el comentario.

—Es brillante. Es como un hijo para mí. Cuando Jacob llegó a mí, estaba entrando en la adolescencia. Necesitaba un nuevo comienzo y yo me ofrecí a ayudarlo, como tú me enseñaste a ser, Ethan —Blake se dirige a su maestro—. Tú me enseñaste a observar atentamente a las personas y a mirarlas a los ojos. Y vi, en el fondo de los suyos, que merecía un nuevo comienzo.

—¿Crees que la Colmena es un nuevo comienzo para él? —Héctor es quirúrgico en la pregunta.

—Creo que la Colmena es el lugar donde puede poner en práctica las buenas cualidades que tiene. Y descubrir muchas otras. Puedo garantizar, por mi propia iniciación, que Jacob será la persona más fiable y dispuesta a todo aquí dentro. Solo temo que… se olvide de sí mismo.

—¿Qué quieres decir con eso? —pregunta Lilith.

—Conocí a Jacob cuando tenía trece años —dice Blake—. Y en aquella época ya había vivido sexualmente muchas experiencias, quizá más de las que yo había vivido.

La mirada de Héctor, en la grabación, es de intriga.

—¿Qué quieres decir con eso? —pregunta.

—Creo que Jacob encontró en su sexualidad una forma de protegerse y esconderse. No sé de qué. No sé si es como un niño armando alboroto para llamar la atención… o si simplemente está enterrando algún dolor o un pasado trágico dentro de sí, para…

—Basta —esta vez soy yo quien lo pide y detengo el vídeo.

Ethan asiente. Héctor se aclara la garganta para llamar mi atención.

—Así es como te vemos, Jacob —dice con una mirada muy sincera—. Fue ese discurso el que nos convenció de que podías pasar por los procesos. Y no solo los superaste, sino que fuiste iniciado. Uno de una promoción de…

—Casi trescientas personas —dice Ethan de inmediato.

—Hay algo único en ti. Es tu mayor poder. Nos has sido muy útil todos estos años, realizando servicios secretos sin cuestionar, siendo diligente, honrado y celoso dentro del Templo. Pero hay otro Jacob que parece necesitar nuestra ayuda… —Héctor se vuelve hacia Ethan, que parece percibir el gesto y asiente al instante—. Y ahora nos preguntamos si hemos fallado contigo. Y si hay algo que podamos hacer por ti.

—Lo que él quiere decir es que parece que queremos obligarte a casarte y tú lo ves como un castigo. No lo es. Es una invitación a que intentes buscar dentro de ti…

—¿El qué? —es lo que quiero saber, sinceramente—. No consigo creer que améis a alguien durante tanto tiempo y decidáis pasar el resto de la vida con esa persona —desprecio—. Seamos sinceros: sois dos de los hombres más poderosos del mundo. ¿Por qué decidisteis, en pleno uso de vuestra razón, ataros a alguien? ¡Quizá podríais haber llegado aún más lejos si no tuvierais un ancla sujetándoos al suelo!

—Entiendo tu planteamiento —dice Ethan con mucha calma.

—Cof, cof —escucho un tono femenino; ahora consigo percibir que viene de su cabeza, quizá de su oído.

—Dios parece discrepar de tu planteamiento —dice Ethan con severidad—. En fin, he dicho que lo entiendo, no que esté de acuerdo. Lo entiendo porque es una retórica tentadora. No estoy de acuerdo porque… bueno… ¿cómo decirlo…?

—Dilo sin más —Héctor tamborilea sobre el pantalón de sastre.

—Hemos recibido la noticia de la muerte de tu hermana.

De inmediato asiento y muestro sorpresa. Pero no es ninguna novedad que, si hay alguien que lo sabe todo en este mundo, primero es Dios, segundo Ethan Evans y después Matthew Zimmerberg.

—Recibe mis más sinceras condolencias —Ethan es muy respetuoso al decirlo—. Pero ¿te has parado a pensar…?

—Hum…

—¿Qué lleva a una joven a abandonar su «hogar» y a irse a vivir con un «desconocido»? ¿Qué misterio es ese que hace que alguien decida ignorar el rechazo y la expulsión de su familia y lanzarse de frente hacia lo nuevo, hacia la posible ruina, hacia el caos absoluto…?

Esta sí que parece la historia de mi hermana.

—Algo que hace que una persona ignore la fortuna, la herencia, la casa en la que nació con todas las comodidades… que ignore incluso los lazos más profundos de familia y de sangre que existían antes de que naciera… para construir otros nuevos. ¿Qué tipo de fuerza es esa que a veces obliga al ser humano a empezar de nuevo, pero en este caso ella eligió empezar de nuevo? Eligió entregarse. Decidió vivir. Y vivió y murió al lado del hombre al que amó.

Cuando Ethan termina de decir esto, tengo que limpiarme insistentemente el rabillo de los ojos para contener las lágrimas.

—¿Qué es eso, Jacob? ¿Qué es tan fuerte, tan poderoso y tan único que dio fe, esperanza y consuelo incluso ante la persecución… que dio alegría, paz y unión incluso cuando todo el mundo parecía estar en contra de ellos dos…? ¿Qué es eso? ¿Cómo lo llamamos?

—¿Amor? —pregunto con la voz ligeramente quebrada.

—Mi primer consejo para un hombre que va a casarse pronto es este: ella se amaba muchísimo. Porque nadie hace lo que ella hizo sin amarse primero a sí misma. Y después lo amaba muchísimo a él. Porque nadie lucha ni va contra las imposiciones de su familia sin sentir eso. Y es ese amor el que necesitas sentir tú, porque no hay nada que yo diga que vaya a hacerte comprender lo que Héctor y yo te aconsejamos que busques.

—Primero, el amor propio —dice Héctor—. Después, si hay suerte, el amor de otra persona.

—Las bebidas energéticas te dan empuje. El café te mantiene despierto. Pero solo el amor te da la fuerza necesaria para cambiarte a ti mismo y cambiar el mundo, Jacob. Y por eso Lilith, Héctor y yo aprobamos por unanimidad tu nominación para este GTI. Porque vimos, en las palabras de Blake, a un hombre capaz de cambiar el mundo.

—Pero ese hombre no lo estamos viendo delante de nosotros ahora —puntualiza Héctor.

—Pero tienes el potencial para ser ese hombre. Tienes el potencial para ser lo que quieras. Solo necesitas encontrar esa fuerza dentro de ti y descubrir por qué merece la pena luchar. Como consecuencia, descubrirás por qué merece la pena amar. Amar y luchar van de la mano, en este caso.

—Por eso te aconsejamos que elijas bien a la persona con la que vas a casarte. Aunque sea un matrimonio por contrato, algo falso para engañar a tu padre o a los titulares de los periódicos…

Recuerda que no puedes engañarte a ti mismo, aunque quieras. Y para afrontar lo que necesitas afrontar, solo el amor puede ayudarte. El resto será inútil.

—Estás escuchando los consejos de un hombre que se casó por contrato para no perder la empresa de su padre —Ethan señala a Héctor—. Pero fue ese matrimonio el que lo convirtió en el hombre poderoso que ves hoy. Y fue mi matrimonio el que me convirtió en el hombre ambicioso y poderoso que soy hoy. Porque todo lo que hacemos, lo hacemos por nuestras familias. El dinero, el poder, los logros… nada de eso importa si no hay con quién compartirlo, Jacob.

—El matrimonio y el amor no van de logros, felicidad o éxito. Porque es en los momentos difíciles cuando la otra persona está ahí. Es en las derrotas, en las curvas más peligrosas, en los puntos críticos cuando uno estará ahí para el otro. Lilith decía: solo una mujer poderosa puede convertir a un hombre en un hombre poderoso. Estás de acuerdo en que Ethan y yo somos hombres poderosos, ¿verdad?

—Sí —respondo de inmediato.

—Entonces nunca conociste a nuestras esposas. Porque si las conocieras, entenderías por qué somos poderosos. Caemos juntos, sufrimos juntos, nos sacrificamos juntos. Pero también es juntos como nos fortalecemos. Y también es juntos como soportamos cualquier tormenta. Igual que estaremos juntos en las victorias — dice Héctor con una pasión tal que resulta imposible no sentir sus palabras con fervor.

—Estoy suspendiendo la solicitud de expulsión —dice Ethan; hace chisporrotear el mechero, prende fuego al conjunto de papeles grapados y los arroja a la papelera—. Y te convoco a sentarte a la mesa de los adultos, hijo. O cambias tu vida, o serás para siempre aquello por lo que tanto te han criticado. La elección es tuya.

La intimación de Ethan es como la imagen clásica del Tío Sam llamándome a filas. Tengo que ir a la guerra; no hay alternativa.

—Estoy agradecido por las palabras y por los consejos. Prometo esforzarme. Y pido disculpas por haber causado tantos problemas… siempre fui el más callado e intenté pasar desapercibido todos estos años, para no molestaros.

—La mayoría de las veces, no es el alumno más ruidoso el que necesita al profesor, sino el más callado —Ethan sonríe con amabilidad.

—Y tú sabes ser muy ruidoso —Héctor agita un titular sobre mí—. Pero aquí dentro siempre fuiste callado.

—Entonces quizá siempre nos necesitó y no nos dimos cuenta —lamenta Ethan—. En fin, muchacho, ¿cómo podemos ayudarte a partir de ahora? ¿Tendremos que presentarte a algunas buenas chicas?

—No, eso no será necesario —los sorprendo con esa respuesta.

Incluso se miran el uno al otro.

—Creo que… he encontrado a la chica perfecta.

—Espero que no sea la Primera Dama —gruñe Héctor.

—Eso daría un follón de la hostia —se divierte Ethan.

—No, no… he encontrado a alguien mucho mejor para ese papel.

Capítulo 12

Bruna Martins

Luís Fernando recorre boquiabierto el vestíbulo de la mansión de Jacob. Sus ojos, ya de por sí expresivos, se abren al máximo cuando se detiene a mirarme y empezamos a conversar intercambiando miradas.

«Preséntame al chico y haré que también quiera casarse conmigo».

«Ya es mío», respondo alzando una ceja.

«¿Y qué problema hay en compartir? ¿No tendrá un hermano? ¿O algún amigo igual de rico?».

«Te voy a partir la cara en dos de una bofetada, eso sí».

—¡Dios mío, pero mira a estos niños! —Nando se queda boquiabierto al ver a los pequeños Yuri y Sunny.

Los niños estaban gateando por el salón hasta la llegada de Nando. Al principio se escondieron detrás del sofá y se quedaron observando en silencio, pero pasado el susto, volvieron a moverse libremente.

—Por estas criaturitas fue por lo que vine a Estados Unidos —le hago una seña con la mano para que se acerque despacio—. ¿Quién quiere decir hola al tío Nando? —Ahora me giro hacia los dos curiosos que se miran entre sí; al final Sunny suelta una carcajada de esas tan contagiosas de bebé.

—Creo que le he caído bien —Nando se acerca un poco más —. ¡Ven aquí, que el tío te coja!

Basta con extender los brazos y Sunny se arrastra por el suelo hasta llegar a Nando. Hay tres cosas que esos gemelos nunca

rechazan: brazos, comida y juego.

—¡Mira esas mejillitas! —Nando roza la nariz con la cara de Sunny—. ¡Dan ganas de morderlas! ¿Te han dicho ya que eres preciosa? —Empieza a jugar con la pequeña.

Yuri no quiere quedarse atrás, se agarra a la pierna de Nando e intenta subir. Lo cojo en brazos y lo pongo a la altura de su hermana para que siga jugando con ella y vea a mi amigo.

—¡Son mucho más adorables que en las fotos!

—Pues espera a ver a su tío. —Le guiño un ojo y voy al sofá con Yuri—. Jacob es bastante cabezota; al principio no quería retirar los objetos peligrosos del salón, pero lo convencí.

—¿Cómo lo convenciste? —Veo la mirada de Nando, claramente con segundas intenciones.

—Le dije: si tú no los quitas, los quito yo. Había jarrones de porcelana muy delicados en el suelo y en el bar había algunas piezas a su alcance… esta casa no fue pensada para acoger a niños. Parece uno de esos lugares elegantes y llenos de cosas inapropiadas… para niños e incluso para adultos.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Luego te lo enseño. —Le lanzo una mirada de censura y juntos observamos a Allen aparecer por el pasillo, recitando en voz alta todas las obligaciones del día, con Jacob siguiéndolo.

La mirada de Luís Fernando evalúa a Allen con calma, pero cuando ve a Jacob, volvemos a cruzar miradas cargadas de significado.

«Está mucho mejor que en la foto».

«Es porque no lo has visto desnudo».

«Quiero verlo desnudo».

«Solo en tus sueños».

La mayoría de las veces Jacob habla con los niños en coreano, así que no sé qué decir ni cómo actuar. Suelta palabras que nunca he oído, besa la frente de Yuri y luego va hacia Sunny, le coge las manitas, sigue diciendo cosas que parecen tiernas y también le besa la frente.

—¿Ya has firmado tu parte? —Pero cuando se dirige a mí, su tono es seco.

—Todavía no. He traído a mi mejor amigo para que leamos juntos el contrato; será mi testigo y me ayudará.

—¿Necesitas que te contrate un abogado?

—No, Nando y yo nos apañamos. Quien tiene un amigo gay no necesita nada más.

Y Nando le lanza a Jacob una mirada de «te mato si le haces daño, pero antes me sentaré en tu cara».

—…Vale —Jacob y Allen se cruzan una mirada durante un segundo—. Hoy vuelvo a las seis, ¿te apetece salir a cenar?

—¿Cenar?

Bueno… creo que estamos avanzando…

—Tú, los niños y yo. Si quieres elegir el sitio, adelante, y avísame para que haga la reserva. —Inclina ligeramente la cabeza a modo de saludo y se marcha junto al asistente.

—¿Amiga? —Nando espera a que Jacob se vaya para pronunciarse.

—Seguro que solo fue educado porque tú estás aquí…

—A-m-i-g-a… —lo repite, esta vez despacio.

—¿Qué pasa?

—Eso no es un hombre, eso es una nave de la NASA directa a la luna, ¿eh, guapa?

—¿Qué quieres decir?

—Siéntate en él primero y lo entenderás. —Levanta las cejas —. Nunca me parecieron guapos los asiáticos, pero mira… ese es mi sueño de princesa Barbie Fairytopia reina Disney con su propio cohete a la luna, marica. —Sujeta a Sunny con firmeza y se deja caer de culo en el sofá.

—¡Cuidado! —Casi me arranco el pelo.

Y Sunny vuelve a soltar una carcajada y da palmadas sobre los hombros de Nando.

—A un hombre así hay que lanzarse tal cual. Modo atleta olímpica: coges carrerilla, corres y te tiras. ¿Te apetece la modalidad de salto con pértiga?

No voy a mentir, fue una de las primeras cosas que pensé.

—¿Qué te ha parecido?

—¿Qué me ha parecido? Que tienes que incluir urgentemente en el contrato: dipipolla, dos veces por la mañana, una por la tarde y tres por la noche. Y hay que tomarla todos los días, si no, el remedio no hace efecto.

—¡Nando! —Lo reprendo, señalando a los niños con la mirada.

—Perdón, no pude contenerme… Está buenísimo, pero no es solo el físico lo que provoca esta euforia. Él exhala testosterona, ¿a que sí, chica? Parece que respira y va soltando feromonas. Esa carita de James Bond juvenil, CEO de éxito y Entrevista con el vampiro… He ovulado.

—¡Qué ovulado ni qué narices, si tú ni ovulas! —Le doy un golpe en el hombro.

—Hija mía, ya he ovulado y estoy lista para ser fecundada. —Nando vuelve a tirarse en el sofá y Sunny estalla en carcajadas. Aprovecha que para él poca payasada es nada y abre las piernas en el aire.

—¡No existes! —Me dejo caer también en el sofá y Yuri empieza a reír, se retuerce encima de mí para mirar alrededor.

—¿Vas a decir que tú no te sientes así?

—Vale, me siento ovulada y lista para ser fecundada. —Lo imito y abro las piernas.

Y es en ese hueco entre mis piernas donde veo la puerta del salón entreabierta y a Jacob con medio cuerpo dentro, mirándome con una mezcla de confusión y tentación.

—Me olvidé de algo. —Parpadea despacio y camina hacia la escalera sin apartar los ojos de mí.

Y no sé por qué demonios me quedé bloqueada; no consigo salir de esta posición.

Miro a Nando, Nando mira a Sunny, Sunny mira a Yuri, Yuri mira a Jacob y Jacob me mira a mí.

—Aish —se queja al darle una patada al peldaño inferior de la escalera—. ¡Estoy bien! ¡Todo está bien! Continúa con lo que estabas… eh… haciendo… —Intenta seguir adelante.

—¡Mira la vergüenza que me haces pasar! —protesto.

—Bueno, al menos ya sabe que estás lista… —Se encoge de hombros a modo de respuesta.

Nando y yo fingimos que todo está en perfecto orden cuando vemos a Jacob bajar las escaleras; lo hace rápido y se va aún más deprisa. Nos quedamos unos minutos en silencio solo para asegurarnos de que no vaya a cometer otra metedura de pata así.

En ese intervalo recibo una videollamada por WhatsApp.

—¿Quién es?

—Mi madre. —Trago saliva.

—¿Qué le has contado?

—Lo que no le he contado, más bien, ¿no, Nando?

—Hum… ¿entonces ella todavía no lo sabe?

—No.

Se sienta a mi lado en el sofá y así revisa los innumerables mensajes que he recibido. Entre ellos están los clásicos: «¿dónde estás?», «¿cuándo vuelves a casa?», «¿está todo bien?», hasta los intermedios «Bruna, vuelve a casa, necesitamos hablar», «espero que no hayas hecho ninguna locura» y «Marcos y yo estamos preocupados, dinos solo dónde estás y vamos a buscarte».

—¿Qué piensas decirle?

—Nada.

—¿Nada?

—¿Para qué iba a decirle algo? ¿Para que pase como la última vez? Dirá que quiere escucharme, que todo va a ser diferente a partir de ahora, pero no pasan ni dos días y quedo prácticamente prisionera en casa, rehén de un violador, y ella se inventa de la nada viajes, retiros… en fin, últimamente casi no he visto a mi madre.

Lo veo asentir con la cabeza.

—Eso solo puede ser él. La mayor parte del tiempo es él quien usa el móvil de mi madre y se hace pasar por ella, solo para intentar contactar conmigo y saber qué le digo. Pero basta, no voy a caer más en esos jueguecitos… en fin, ahora estoy libre…

—¿Piensas contarle todo esto a Jacob?

Ahora siento que mi mejor amigo me ha pillado desprevenida. No sé qué responder; incluso me pregunto si, al oír mi historia, Jacob no desistirá de la idea de ese matrimonio por contrato y buscará a alguien mejor, con una vida menos complicada y más interesante.

—No lo sé —es lo único que consigo decir en este momento.

—Creo que quizá él podría ayudarte…

—¿Tú crees?

—¿Te has fijado en la forma en que te mira?

—¿Qué tiene?

—Tiene todo ese aire de máquina sexual, pero justo ahora, tanto al irse como al volver, te miró de una manera protectora y al mismo tiempo depredadora, ¿sabes?

—¿Jacob? Impresión tuya.

—Soy especialista en hombres, créeme. Es más o menos la mirada que pongo cuando quiero seducir a alguien, pero la mayoría de las veces solo estoy fingiendo. No sé si aquello era fingimiento.

—¿Qué quieres decir?

—¿Sabes cuando un hombre te mira de una forma casi inocente y, a la vez, muy, muy, MUY canalla? Del tipo que va a ser una fiera contigo en la cama, pero aun así se plantea la posibilidad de dormir abrazado contigo.

Vale, ese parece ser Jacob, sobre todo el día que dormimos en la misma cama.

—Pues así es como te está mirando.

—Creo que estás viendo cosas donde no las hay… —Pongo a Yuri en el suelo y lo vigilo con la mirada.

—Si tú lo dices… —Nando pone a Sunny en el suelo también —. Qué jugada maestra, ¿eh? Dos pájaros de un tiro.

—¿Qué quieres decir?

—Al casarte con Jacob te libras de Marcos, de la posibilidad de que te arrastre de vuelta a casa, de que te violente… y, a cambio, te llevas una jubilación de por vida de quince mil pavos, una mansión, la ciudadanía… y a ese pedazo de hombre Danonino sueño de Barbie, cohete espacial de la NASA rumbo a la luna, todo de regalo en el primer bote.

—Será solo una puesta en escena, Nando. No va a pasar nada más.

Ahora me lanza esa mirada de: engañas a tu madre, te engañas a ti misma, pero a mí no me engañas.

—Y sí, todavía no me creo que estuviera huyendo y, de repente… todo se haya encajado. Parece mentira. Ya estoy preparada para el siguiente giro terrible que dé mi vida.

—Anda, no seas tan pesimista…

—Soy realista. Cuando la vida te lanza pedrada tras pedrada, acabas acostumbrándote.

Lo veo suspirar y cogerme de las manos.

—En la vida solo deberíamos acostumbrarnos a las cosas buenas, las que llenan el alma y el corazón, no a las malas —me besa la frente—. Ahora vamos a leer ese contrato de matrimonio.

—¡Vale! De nuevo, muchas gracias, no sé qué sería de mí sin ti…

—Una carioca perdida por el mundo sin su amigo homosexual —Nando se levanta—. ¿Y la boda? ¿Va a ser solo por papeles o habrá ceremonia?

—Jacob quiere una ceremonia de boda, pero no lo sé… él necesita esa exposición positiva para limpiar su imagen; yo, en cambio, no quiero ninguna exposición…

Asiente despacio.

—De acuerdo. ¿Y cómo te sientes ante la posibilidad de que tu nombre figure en los documentos de los niños, como su madre?

Ahora me toca suspirar a mí. Mis ojos recorren el gran salón, vigilan a los gemelos solo un instante y luego vuelven a Nando.

—Merecían algo mejor.

—¡Madre mía!

—No me malinterpretes, vine sabiendo que tendría que cuidar de ellos. Pero… al menos tenía la seguridad de que el padre y la

madre estarían cerca, para orientarme. Ahora, todo lo que tengo es un tío que me descoloca y que, claramente, no es el hombre ideal para casarse.

—Ajá.

—Y que, además, no sabe tratar con niños.

—Ajá.

—¿Puedes entenderme? Nadie, absolutamente nadie, me preparó para ser madre y esposa, y menos aún una de mentira.

—Sinceramente, amiga, creo que nadie se prepara. Es algo que sucede y la gente se las apaña.

—¿Cómo?

—Como hacen cualquier cosa: fingiendo que saben lo que hacen, hasta que de verdad lo aprenden.

Capítulo 13

Bruna Martins

Para la cena con Jacob me puse un vestido floral muy sencillo y ligero. Al salir de casa para entrar en el coche me di cuenta de lo estúpida que había sido la idea, pero ya era tarde. Mi armario no estaba pensado para Nueva York, sino para Orlando. Fui congelándome hasta el restaurante, pero al menos los niños iban bien abrigados.

Allen solo me ayudó a colocar a los gemelos en sus carritos para entrar en el local y nada más; se metió en el coche y desapareció.

Entré en aquel lugar ultrachic empujando el carrito doble, divirtiéndome con la mirada de los dos curiosos, que lo observaban todo desde las columnas de la entrada del restaurante hasta la gigantesca lámpara de araña del interior.

—He venido a encontrarme con Jacob Parker —digo cuando el maître se acerca.

Qué ironía de la vida, nunca pensé que diría algo así. ¿Yo, encontrarme con Jacob? ¡Qué locura!

Tomo el ascensor para subir a la planta superior y veo el salón completamente vacío, salvo por una mesa ya preparada para recibir a los pequeños. Jacob se levanta y debo admitir que esperaba verlo con la misma ropa de antes, pero no. Lleva un traje color burdeos muy oscuro y, debajo, un jersey negro.

Como por arte de magia, el camarero toma el control del carrito y lleva a los niños a sentarse correctamente, y yo me quedo retorciendo los dedos, algo ansiosa y muy nerviosa, esperando a Jacob, que se acerca a mí.

Giro la cara hacia un lado, él hacia el otro. Luego hacemos lo contrario: yo giro a la izquierda y él a la derecha. Saco la lengua y contengo la risa.

—Parece que no vamos a conseguir salu… —intento decir.

Él me sujeta el rostro por los lados y besa mis labios con lentitud.

Se aparta y actúa con total naturalidad. Yo me quedo plantada en el sitio, con los ojos muy abiertos, intentando entender qué acaba de pasar.

—¿Has tenido un buen día? —me acerca la silla.

¿Esto es algún tipo de broma? ¿Nos están grabando?

Me siento, aún perpleja, y antes de apoyar el cuerpo compruebo con la palma de la mano que la silla sigue ahí y que no voy a caerme.

—El día ha ido bien, sí. —Trago saliva y me froto el brazo, a ver si así consigo entrar en calor.

—¿Qué pasa?

—Nada, todo está bien.

Asiente, apaga el móvil y lo guarda en su carpeta negra. Apoya los codos en la mesa y acerca el rostro a los puños. Gesticula y le dice algo en coreano a Sunny; tengo la impresión de que está hablando de mí. La pequeña suelta un gritito agudo y empieza a dar palmadas sobre la mesita auxiliar de niños, ya sentada en su trona.

Miro a mi alrededor y veo un salón que parece de boda, de lo grande y elegante que es. Hay un arreglo de flores blancas en el centro, con una fuente sobre una plataforma giratoria; detrás, cuando la rotación lo permite, aparece un piano. Las puertas y ventanas están todas abiertas y dan a balcones llenos de flores, desde donde se ve la ciudad iluminada, con enormes ledes y rótulos digitales.

¡Maldición! ¡No es el aire acondicionado, es el frío gélido de esta ciudad!

Cruzo los brazos e intento frotarme los hombros hasta los codos sin llamar la atención.

¿En qué estaba pensando cuando me puse este vestido? Pero, al fin y al cabo, ¿qué más podía ponerme? ¿Vaqueros y chaqueta? Jacob me mataría si me viera así en un sitio como este.

Al menos no hay nadie más aquí para verme pasar esta vergüenza.

—¿Tienes frío?

—No, estoy… —ya iba a soltar una respuesta seca, pero me callo al ver a Jacob, solo con el jersey, extendiéndome su americana —. Gracias. —La cojo y me cubro con ella. Vaya. Mucho mejor. Bien calentita y cómoda. ¿Cabrían dos o tres de mis brazos aquí dentro? Sí. ¿Me importa? No. Para ser aún mejor, solo le faltaría ser una sudadera gigantesca—. Gracias —repito, porque me ha salvado la noche.

—De acuerdo, mientras esperamos a que sirvan la cena, quiero enseñarte la tabla nutricional que un amigo preparó para Sunny y Yuri. ¿Tienen alguna alergia?

—No, Rose dijo que son alérgicos al mercurio, pero en cuanto a la comida…

Jacob asiente, coge el portafolios que tiene bajo los codos y me lo entrega.

Paso la vista rápidamente y me sorprendo con todas las opciones de comida que tendrán los gemelos hasta… hacerse mayores. Es una tabla tan bien elaborada y minuciosa que tienen menús planificados hasta los veinte años.

¿Y el beso? ¿Jacob no va a decir nada? ¿No va a disculparse? ¡Ni siquiera soltó un «ups, perdón»! ¡Y yo tenía la punta de la lengua fuera! Dios mío, qué vergüenza.

Un equipo de camareros llega y pone la mesa, sirven agua y champán para los adultos y zumo natural de naranja para los niños, que enseguida abren mucho los ojos y quieren agarrar los biberones a toda costa en cuanto los ven.

Una ensalada de hojas verdes con gambas empanadas y un carpaccio de salmón se colocan en el centro de la mesa y, de nuevo, estamos aquí, solos.

¿Y si quiere hablar del beso? Yo todavía ni lo he procesado bien, ¡no puedo comentar nada al respecto!

Me levanto de la mesa para ayudar primero a Sunny con el biberón y Jacob se levanta al instante, como si hubiera previsto mi movimiento, y va a ayudar a Yuri. Estamos tan sincronizados que les ponemos los baberos, cubrimos sus regazos con una toalla blanca y terminamos al mismo tiempo.

¿Qué hago ahora?

—Siéntate. —Le extiendo la mano.

—Tú primero. —Hace el mismo gesto.

—¿Sentarme, ahora? —Me pongo nerviosa.

—En la silla, por ahora. —Alza las cejas y espera a que me siente.

Y voy paralizada, como si estuviera cagada de miedo.

Él se sienta después; solo faltaban el ventilador y esa música sensual y, por supuesto, alguien anunciando una marca de champú.

—Quiero conocerte mejor —dice.

—¿No tenías mi currículum? —replico.

—Quiero saber lo que no está ahí —contrarréplica, jaque mate y fin.

No puedo contar nada.

Me quedo bloqueada, ya ni sé decir mi nombre. Y en cualquier momento puedo soltar «Renata».

—¿Dónde estarás dentro de cinco años? —Jacob coge la copa de champán y empieza a beber.

—¿Dentro de cinco años? ¿Yo? —Me llevo la mano a la boca para toser.

Ni idea. Ni siquiera sabía que estaría viva ahora, imagínate dentro de cinco años…

—En mi mansión en cualquier parte del mundo, con quince mil dólares garantizados en la cuenta y haciendo algo que amo. —Aprovecho para recordarle lo que me prometió.

Jacob alza la copa hacia mí y espera a que haga lo mismo, brindamos así y yo doy solo un sorbito.

—¿Como qué? ¿Qué cosas amas?

—Bueno… eh… me gusta conocer culturas diferentes, me interesa la educación en general y me gustaría ver modelos educativos por el mundo… me gusta cuidar de niños…

—Todavía ni han crecido y ella ya piensa en un futuro glorioso sin vosotros. —Señala a los pequeños, que se están pringando con el zumo.

—Me gusta la playa, me gusta el calor humano, me gusta conocer gente nueva…

—¿Te gustó conocerme?

Me ruborizo. La respuesta me llega a la punta de la lengua, pero tengo que contenerla. Y ahora me doy cuenta de que ya me he bebido la copa entera de champán. Así que cancelad mi bebida, ¡no voy a beber ni una gota más!

Jacob me vuelve a llenar la copa y veo las burbujas del espumoso caro y delicioso mirándome fijamente. Y yo las miro de vuelta.

—¿Dónde estarás dentro de cinco años? —le devuelvo la pregunta—. ¿Qué puede querer un hombre que ya ha conquistado todo lo que quiso, además de lo que ya tiene?

Lo veo reír.

—Quiero viajar por el mundo y presentar mis tesis sobre desarrollo sostenible en economía y medio ambiente en algunas universidades… —dice, y yo me pongo seria al instante, sorprendida —. Quiero llevarme a Sunny y a Yuri conmigo, por supuesto. No sé exactamente dónde estaré, pero sé que estaré preparado. Y si no lo estoy, haré lo que tenga que hacer igualmente.

—¿Tienes tesis sobre desarrollo sostenible? ¿Tú? ¿CEO de un banco?

—Pues sí. —Se encoge de hombros.

—¿Y cómo es posible eso? Quiero decir, los bancos hacen de todo menos centrarse en el desarrollo sostenible. Para gente así el dinero lo es todo, y son capaces de arrasar bosques y contaminar lo que sea solo por dinero.

—Solo estoy interpretando un personaje, Bruna. —Jacob da un sorbo al espumoso y me mira con seriedad—. Cuando salga del personaje, puedo volver a ser yo mismo, un simple tipo con un máster en desarrollo sostenible y medio ambiente —dice, y yo me quedo aún más sorprendida—. Y un doctorado en negocios internacionales.

Termina de decirlo y yo me quedo boquiabierta.

¿Cuántos años tiene este hombre? ¡No imaginaba que fuera tan inteligente!

—¿Sorprendida? —Se divierte con mi expresión.

—Es lógico. —Ahora soy yo quien bebe—. Entonces ¿de eso va esta cena? ¿De «salir del personaje y dejar que el otro vea alguna faceta real»?

—Qué profundo. —Jacob niega con la cabeza—. Yo lo llamo «decir las cosas claras».

—Decir las cosas claras —repito, y él asiente—. Bueno… dentro de cinco años espero no tener que huir más y tener un poco de paz.

—¿Huir de qué o de quién?

—De mi vida de mierda. De las cosas que pasaron y que no volveré a permitir que pasen. Solo quiero sentir que estoy viva y que hago lo que quiero, nada más.

—Con una mansión y quince mil dólares al mes, estoy seguro de que dejarás de huir.

—¿Crees que dentro de cinco años te enamorarás? De verdad, en serio. ¿Crees que te ves teniendo una… familia?

—¿Por qué dices eso como si fuera tan difícil?

—¿No lo es? —Estoy más sorprendida que nunca—. ¿Por qué eres así, Jacob? ¿Alguna mujer te rompió el corazón y por eso mantienes la vida siempre en movimiento para intentar olvidarla?

Él se ríe.

—¿Eso es lo que te parece? —Lo veo acomodarse en la silla —. Nunca me he enamorado. Nunca he amado a nadie como me amo a mí mismo. Y no tengo previsión de enamorarme ni de amar a nadie que no sea yo.

—Entonces ¿eres así por pura diversión?

—¿Te parezco tan vacío hasta ese punto? —Jacob bebe y ríe —. Solo te estoy provocando, relájate.

—No veías a Rose desde hacía mucho tiempo, ¿verdad?

Él responde solo con un asentimiento.

—Entonces tampoco llegaste a ver a tu madre.

Parece que deja de respirar. Se queda en un silencio profundo mientras me mira con atención.

—Rose encontró a su madre después de un tiempo, me lo dijo. No llegaron a ser cercanas, pero siempre iba a visitarla.

¿Quién está sorprendido ahora, Jacob Parker?

—Conoció a los niños… así que… si vamos a fingir que son nuestros hijos, ya te adelanto que hay alguien que sabe la verdad. Independientemente de los amigos poderosos que dices tener y que seguramente falsificarán nuevos documentos y borrarán cualquier rastro de su pasado… todavía hay alguien que sabrá la verdad.

—Está bien.

—¿Tienes miedo de reencontrarte con ella? —Intento no hurgar en la herida, pero ya que estamos aquí…

—No es miedo —responde con sencillez—. Simplemente no tengo ganas —el tono de indiferencia parece genuino—. Nunca me buscó, nunca quiso saber de mí… supongo que es feliz así.

—Cuando tu padre se refirió a «tienes la misma sangre mala que ella», ¿qué quiso decir? —pregunto; por mi parte no hay nada más que un interés genuino.

—Mi madre es estadounidense —responde; no parece un tema difícil para él—. Dejó a mi padre, a mi hermana y a mí cuando aún éramos muy pequeños. Se fue a vivir el sueño americano. ¿Quiso ser una estrella de Hollywood? ¿Una cantante famosa? ¿Conoció a otro tipo rico que pagara sus lujos? Me da igual.

—¿En serio?

—Bruna, te darás cuenta en nuestra relación de que soy un hombre práctico, pero, por encima de todo, recíproco. Si tú quieres, yo quiero. Si tú no quieres, yo tampoco. Soy intenso de cojones, intento vivir al límite, me gusta el riesgo, la aventura, me gusta estar al borde del abismo. Ese soy yo. Pero cuando se trata de los demás, soy como un espejo. Reflejo lo que pongas delante de mí. Y lo único

que recibí de ella fue esto: desapareció cuando yo aún era un niño. No dejó una carta, no dijo nada, nunca me buscó. Simplemente se esfumó.

—Te entiendo…

—Estoy respetando su voluntad. No soy Park Yang My; no forma parte de mi naturaleza ir detrás de quien no iría detrás de mí. Espero que sea feliz.

Esperaba oír de él cualquier cosa, incluso algunas monstruosidades. Pero debo admitir que… fue sensato en lo que dijo. Y creo que, por primera vez, después de verlo de luto, siento que estoy viendo a Jacob Parker y no al personaje. El personaje se cubrió de «capas» para alejar algo. Y mi yo curioso necesita verlo desnudo.

No solo en sentido literal, sino en cuanto a quién es. Más que nunca, necesito saberlo.

—Rose hablaba mucho de ti.

Lo veo sorprendido, quizá por primera vez en la noche. Apoya la barbilla en los puños y me escucha con atención.

—Dijo que eras inteligente y muy guapo.

—Ah, ¡eso sí que lo soy!

Pongo los ojos en blanco e intento contener la risa.

—Dijo que eras de los que van decididos, que no se retractan de su palabra y que saben bien lo que quieren. Que estabas conquistando el mundo así, poco a poco.

—¿Dijo eso? —Veo cómo le brillan los ojos.

—Lo dijo, sí —aseguro.

—¿Por qué nunca me respondió? ¿Lo sabes?

Trago saliva.

—Rose y su marido eran personas muy reservadas, Jacob. Y también estaban muy ocupados. Trabajaban en algo muy importante cuando, de repente, descubrieron algo… ella nunca me dijo qué, y tuvieron que parar su vida por completo.

Lo confieso: es bonito verlo prestarme atención. Parece un niño delante del televisor; ni siquiera parpadea. Como si no quisiera perderse nada.

—Ella y su marido empezaron a viajar sin parar. No sé si fue un descubrimiento científico; Rose nunca me contó con exactitud en qué trabajaba…

—Yo tampoco lo sé…

—Pero hablaba de un chico con el que se carteaba.

—¿Le era infiel a su marido? —Jacob me lanza una mirada traviesa.

—¡No eso! Bueno, no lo sé…

—¿Sabes cómo se llamaba ese chico?

—Sí. Pero no sé si tendrá sentido buscarlo… murió el año pasado.

Jacob asiente, con pesar.

—Alisson Hathaway.

De pronto, el pesar se convierte en un interés llamativo. Jacob se endereza y alza una ceja, completamente atento.

—¿Cómo has dicho que se llamaba ese chico?

—Alisson Hathaway. Murió el año pasado, en un tiroteo…

—¿No será Alisson Hathaway, el periodista?

—Sí, ese. ¿Pero no murió?

Jacob parece haber visto un fantasma. Me mira fijamente a los ojos y parpadea muy despacio.

—Cenemos; después te llevo a casa y tendré que salir a resolver algunas cosas.

—¿Aún tendrás tiempo para hablar de nosotros? Quiero decir, creo que necesitamos llegar a algunos acuerdos para que la farsa funcione.

Cuando veo el banquete que van a servirnos —¡y ni siquiera hemos tocado los entrantes!— se me ponen los pelos de punta. ¡En la vida voy a ser capaz de comer todo eso!

Los gemelos, en cambio, parecen eufóricos. Yuri ha visto la langosta y está intentando saltar de la trona.

—Bruna, vivimos en la misma casa. Vamos a tener mucho tiempo para hablar de nosotros dos.

Capítulo 14

Bruna Martins

La cena fue mucho mejor de lo que esperaba. Sentí que pude conocer otro lado de Jacob, al verdadero Jacob, aunque solo fuera un fragmento de él.

En todo momento se mostró abierto y dispuesto a despejar mis dudas, hasta casi hacerme sentir cómoda para abrirme con él también.

Los pequeños se quedaron dormidos antes de que terminara la cena y regresamos a la mansión con uno de los chóferes de Jacob, ya que él y Allen tuvieron que resolver algo de trabajo a última hora.

Llevé a Sunny y a Yuri a su habitación con sumo cuidado para no despertarlos. No soy capaz ni de describir el alivio que siento ahora al saber que duermen en cunas completamente seguras. Solo la decoración del cuarto necesita un retoque, pero eso lo iré arreglando con el tiempo.

Me quito el traje de Jacob y lo dejo sobre la cama, me doy una ducha caliente y me pongo mi pijama de algodón, cómodo y suave. Antes de dejarme caer en la cama king size para mi merecido sueño de belleza, llamo a Nando por videollamada.

Él entrecierra los ojos y hace una mueca en cuanto descuelga.

—Amiga, vete a dormir, que tú eres piraña y no murciélago— suelta de primeras.

—Buenas noches para ti también.

—Buenas noches, señora Miss Culete. ¿Todo bien por ahí? ¿Qué tal la noche?

—Bien— suspiro. —Te juro que intento odiarlo, buscarle aunque sea una excusa para pincharle. Pero no me deja. Y ni siquiera lo intenta.

—¿Ya le diste el contrato firmado?

—No. Creo que lo haré mañana por la mañana, salió a resolver «cosas del trabajo».

—«Cosas del trabajo»— se burla Nando. —Cosas que seguro tienen que ver con alguna mujer, ya verás.

¿Y alguien lo duda?

—¿Y tú qué vas a hacer? ¿Vas a hacerte la cornuda de verdad? Ni siquiera os habéis casado y él ya te cambia cuando le apetece.

—Pero no estamos enamorados de verdad. En teoría, no me estaría cambiando— respondo a la defensiva.

—Lo entiendo y respeto lo que dices. Pero, perdona, si ese tío no está enamorado y aun así te ofreció todo esto, imagina si, como mínimo, estuviera interesado en ti…

—Hum… sigue…

—Nada, lo que voy a hacer es dormir. Porque, a diferencia de ti, tengo clarísimo que en el mundo animal yo soy piraña y no murciélago. ¡Buenas noches!

—¡Nando!

Pero es inútil. Cuelga.

Me quedo sola con los pensamientos acelerados, esperando a que el sueño me alcance. Pero tengo la cabeza revuelta, dándole vueltas a todo lo que dijo y al modo tan extraño en que se quedó después de mencionar al tal Alisson Hathaway.

¿Habré dicho algo que no debía?

Escucho cómo se abre la puerta de la mansión y doy un respingo en la cama.

¿Debería bajar? No debería. Pero ¿voy a hacerlo? No lo sé.

Enciendo la luz del tocador y me recojo el pelo en un moño alto, despeinado y voluminoso. Cuento hasta tres con calma y salgo de la habitación de puntillas.

Las luces se encienden automáticamente cuando Jacob cruza el vestíbulo de entrada. Lleva un abrigo negro que se quita enseguida y lanza sin miramientos en medio del espacio, quedándose solo con un jersey y unos pantalones de vestir. Deja el bolso en el sofá, se frota la cara con ambas manos y suelta un suspiro profundo.

—¡Vas a despertar a toda la casa con ese escándalo! —protesto.

En realidad, solo quería llamar su atención.

—Ah, sigues despierta. —Esboza una sonrisa que desarma mi tono áspero y empieza a subir las escaleras sin apartar los ojos de mí. —¿Los niños están dormidos?

—Si no los has despertado tú, sí.

Jacob se mete las manos en los bolsillos. ¿Está nervioso? ¿O simplemente tiene frío?

—Dos cosas— anuncia.

—Hum.

—Gracias por defenderme aquel día. No hacía falta tanto para plantarle cara a mi padre, pero tú no te anduviste con medias tintas.

No recuerdo exactamente qué palabras usé, pero sé que fui muy convincente. Al fin y al cabo…

—Me pediste que siguiera la corriente y actuara con naturalidad.

—¿Y eso es lo natural en ti? —abre mucho los ojos.

—Puedo ser mucho peor, cuando quiero.

Él sonríe de lado, y creo que yo también acabo sonriendo, solo por ver sus hoyuelos y esa sonrisa de chaval.

—Y gracias por haberte quedado. Sé que es por los niños, pero para mí significa mucho. Habría tenido que detener mi vida entera para adaptarme a ellos y tú apareciste con un montón de soluciones. Y, claro, en medio de todo eso te metí en un lío. Y prometo que voy a cuidar de ti…

—¿Cuidar de mí?

—Para que tengas todo lo que necesites, claro.

Asiento despacio. Jacob rodea mi cuerpo para no darle la espalda a la escalera; creo que ha visto algunas telenovelas brasileñas…, pero yo todavía no puedo empujarlo, primero quiero que todas sus cosas estén a mi nombre.

Cruzamos una mirada tan silenciosa que cualquier cosa en la casa parece ruidosa, incluso los latidos de mi corazón.

Pero lo único que hace es darme la espalda a continuación, avanzando y ignorándome.

—Cof, cof —llamo su atención.

Gira el rostro para mirarme de soslayo.

—Aún no me has pedido disculpas por lo de antes.

—¿Disculpas?

—Fui a saludarte y fuiste bastante inapropiado. Me besaste, así, de repente.

Jacob vuelve a reír, pero ya no de una forma dulce e inocente. Es una risa de chaval descarado que me eriza hasta el último vello

depilado, y empieza a venir hacia mí como si fuera él quien fuera a hacer de Nazaré Tedesco y empujarme por la escalera.

—Fue delante de los niños— empiezo a decir, porque estoy muy nerviosa. Y él está a apenas un palmo de mí. —¿Qué van a pensar?

—Ahora no estamos delante de ellos, ¿verdad? —sisea, con los ojos casi entornados, pero las pupilas clavadas en las mías.

—¿Vas a empujarme por la escalera? —pregunto, solo para salir de dudas.

No sé cómo puede ser tan rápido al agarrarme por la cintura y girarme contra la puerta. El golpe suena fuerte, pero nada supera el suspiro que se me escapa cuando se acerca y choca su cuerpo de frente con el mío.

—No, no voy a empujarte por la escalera —dice con calma, y gira el pomo de la puerta de mi habitación y me tira hacia dentro.

Un segundo después estoy lanzada sobre la cama, medio extasiada y medio paralizada.

Lo veo quitarse el jersey y dejarse el pelo en un tupé improvisado; luego se desabrocha la camisa blanca de manga larga lentamente, como si de verdad quisiera que repasara cada centímetro de su cuerpo. Y eso es exactamente lo que estoy haciendo ahora, solo consigo centrarme en la respiración entrecortada que me cuesta sacar y en ese pecho amplio.

—¿Qué estás haciendo?

Jacob sube a la cama y se queda de rodillas encima de mí. Me ata la corbata al cuello y tira de mí hacia él.

—¿Qué te parece que estoy haciendo?

Abro los ojos de par en par.

—Vamos a hablar con mucha sinceridad, señorita Martins.

Se me eriza la piel por completo. Guía mis manos para quitarle el cinturón y bajarle los pantalones. Al final, este hombre está hecho un auténtico stripper encima de mí, y yo, con todo el chándal puesto, mirándolo sin reaccionar. Jacob aprovecha, me abre las palmas de las manos y empieza a guiarlas por su cuerpo.

—¿Has firmado el contrato?

—Lo he firmado.

—¿Dónde está?

Inclino la cabeza hacia la izquierda, señalando la cómoda.

—Solo hay una manera de que esto funcione. Y tu firma en el contrato es solo la mitad de lo que necesito.

—Hum…— suspiro.

—Te necesito a ti, en cuerpo y alma, en esto conmigo. Entera. Si no, no va a funcionar.

Me quita el chándal, cosa que lamento con la mirada. ¡Estaba tan calentita!

Jacob se da cuenta de que tengo frío y empuja mi torso hacia abajo; parte de su cuerpo se tumba sobre el mío y me abraza con fuerza con el brazo libre.

—¿Tienes frío? No te preocupes, yo te caliento —murmura en mi oído.

—¿Por qué tengo la impresión de que contigo todo empieza y acaba en sexo?

—Porque todo en la vida va de sexo —susurra junto a mi oído, de la forma más canalla posible.

Giro el rostro despacio para mirarlo. No voy a negarlo, sigo un poco avergonzada, pero parece que no va a dejar de mirarme si no lo hago.

—Tienes que confiar en mí, Bruna. Si tienes frío, yo te daré calor. Y cualquier cosa que necesites, a partir de ahora, me encargaré de ello. Pero yo también quiero confiar en ti. Y quiero que te entregues a mí.

Es decir, esta noche voy a darlo todo.

Siento la punta de su nariz rozar la mía con suavidad. Luego sus labios pasan sobre los míos, despacio, hasta que su aliento sopla contra mi boca y, de inmediato, le respondo, abriéndola.

Jacob se incorpora un poco; sigue rodeándome la cintura con la mano derecha, pero la izquierda me roza el rostro y desciende por la nuca. Doy casi un salto fuera de la cama cuando siento cómo baja su cuerpo sobre el mío; lo primero que noto, como una flecha que señala al blanco, es el peso de su polla justo sobre mi ingle.

—Firmar un contrato es fácil, ¿verdad? —me provoca entre beso y beso. —Quiero ver si ahora me lo entregas de verdad.

Mis manos aún tiemblan, pero me permito abrazarlo por el cuello. Con el tiempo me siento más libre para pasear los dedos por su espalda y su cintura.

Nunca en toda mi vida había sentido una piel así: suave, firme y caliente. Por no hablar de lo bien que huele este hombre; ¡mi cama va a quedarse impregnada de su aroma!

—Si quieres, puedes pensar en otro tío mientras estás conmigo —me eriza la piel con su voz ronca junto a mi oído.

Luego alza el rostro, iluminado por una rendija de la cortina; la luz de la luna entra y le baña la cara nacarada, los ojos castaños duros y las cejas espesas. Veo cómo le brilla la mirada antes de que sus labios carnosos y rosados se muevan:

—Pero yo voy a pensar en ti, a cada instante.

Y me quedo muda. No sé si responder en español, en inglés, si improvisar ahora mismo un coreano freestyle… solo sé que no consigo responder.

Lo que parece no importarle, porque siento su mano pesada descender por mi bajo vientre; el cosquilleo en el estómago es imposible de contener.

No tenía expectativas sobre cómo sería su tacto; últimamente no he tenido suerte y me han tocado con brusquedad, pero Jacob parece tener mi manual: me toca del modo exacto.

Acabo bajándome yo misma el pantalón de chándal, aún maldiciendo mentalmente el frío, pero sintiendo cómo mi cuerpo se calienta por dentro.

Veo su rostro alejarse del mío sin que nuestros ojos pierdan contacto. Jacob se aparta de encima y me coloca sobre él como si yo fuera ligera como una pluma.

Sus manos acarician mis piernas despacio; ya no sé si se me eriza la piel por el frío o por su tacto. De hecho, ya no siento frío.

Su piel calienta la mía; siento cada parte de él friccionar lentamente contra mí. Su rostro desciende despacio hacia mis piernas; atisbo su nariz y sus manos en mis muslos, las yemas de sus dedos tirando de mí contra su cuerpo y haciéndome mover las caderas muy despacio sobre sus piernas.

—¿Estás preparada?

Mi corazón rebota contra el pecho. Me falta el aire; el cuerpo se siente profundamente relajado y entregado. ¿Qué sensación es esta? Nunca la había sentido.

No sé si estoy preparada. Pero hazlo de todos modos, por favor.

—Creo que sí… —alza una ceja. Siento su pulgar recorrer el hueco entre mis piernas; noto que estoy mojada y me asalta la inseguridad de si eso significa algo bueno o no.

Y el canalla aún levanta el dedo húmedo y lo observa en silencio.

¿Eso qué quiere decir?

Jacob se lleva el dedo a la boca y mueve las cejas de forma divertida por un instante. Luego su mirada se afila, como la de un depredador ante su presa.

—Sí, estás preparada para mí —tira de mis piernas hacia arriba y tengo la visión privilegiada de su rostro hundiéndose entre mis piernas.

Su lengua es caliente y húmeda, como la sentí en mi boca. Se mueve muy despacio: primero rodea la parte exterior de mi sexo, luego se adentra, donde se demora. No sé qué clase de hechizo me ha lanzado, pero no puedo dejar de mirar. Y él no deja de mirarme.

Pasado ese primer instante, me debato entre seguir observando cómo lo hace y retorcerme en la cama; al mismo tiempo que siento el cuerpo vibrar, tengo la sensación de estar perdiendo el control de mis movimientos.

Sus dedos me tocan con firmeza, como si supiera exactamente lo que hace, y a la vez con suavidad y cariño, encendiéndome. Lo siento pulsar sobre mi pubis hasta alcanzar un punto sensible en la parte superior de mi coño.

Me retuerzo en la cama y no sé si pedirle que pare o que continúe. Esta sensación de perder el control me asusta, pero al mismo tiempo es deliciosa.

Y él sigue atento, mirándome, pero el desgraciado no se detiene. Empieza a mover el pulgar en círculos sobre mi clítoris. Cuando estoy a punto de acostumbrarme al ritmo, pasa la lengua por encima con intensidad y firmeza; entonces sí, lo único que quiero es gemir fuerte, pero sé que no puedo.

—Puedo quedarme así toda la noche. —Se divierte.

Por mí podrías hacerlo para siempre.

—Y lo haré toda la noche —veo sus dientes afilados cuando sonríe—. Lo haré todos los días —la sonrisa se ensancha— hasta

que se acabe el contrato.

Estoy jodida. Aún no literalmente, pero con la ayuda de Dios, dentro de nada lo estaré.

Quizá no tarde tanto…

Lo veo introducir el dedo corazón lentamente dentro de mí. Jacob lo hace despacio y, a mitad de camino, saca el dedo, examina mi rostro y se lo chupa de una forma tan pornográfica que me ruborizo. Y me quedo con ganas de más. Y eso es exactamente lo que hace a continuación: vuelve a metérmelo hasta el fondo y se queda sobre mí, observando cada expresión de mi cara.

Cuando está a punto de sacar el dedo, vuelve a introducirlo muy despacio. Y repite el movimiento hasta que dos dedos caben dentro de mí. Lo único que consigo hacer es agarrarme a lo que puedo, de forma torpe.

—¿Te gusta así o quieres más? —pregunta con un tono de provocación y desafío.

—¿Crees que puedes darme más que esto? —ahora soy yo quien lo desafía.

Jacob ríe de manera canalla. Estira las rodillas y deja que mis piernas se deslicen hasta reposar en la cama. Alarga los brazos musculosos y el cuello, sonriendo al vacío. Pero todo lo que yo veo es su abdomen marcado y su polla dura, apuntando hacia arriba.

Vale, eso es más grueso que dos, quizá tres dedos juntos.

Pésimo momento para desafiarlo.

Jacob se levanta, coge los pantalones del suelo y saca el preservativo del bolsillo, se lo coloca en la polla y vuelve a la cama. Me tira de las piernas hasta que mi cabeza sale de la almohada y se tumba sobre mí.

—Creo que sí, puedo— dice, pensativo.

Me pellizca los pezones por encima del sujetador y no se detiene hasta levantar los aros y chupar mis pechos con intensidad; solo entonces parece satisfecho. Mientras tanto, siento el peso y el grosor de su polla en mi entrada.

¿Es demasiado tarde para decir que no voy a aguantar todo eso, aunque quiera?

—Relájate, Bruna Martins. —Jacob me acaricia el rostro y me mira fijamente a los ojos. —Voy a cuidar de ti. No voy a hacerte daño.

Su boca caliente se apodera de mi cuello; siento el cuerpo hormiguear y reaccionar a sus caricias. Cuando estoy casi distraída y perdida en mis propios pensamientos, noto cómo mi entrada se va dilatando muy despacio con el glande. Mi reacción inmediata es gritar de placer, pero Jacob me tapa la boca y la parte inferior del rostro con la mano.

—No querrás despertar a los niños —susurra.

Su pecho está casi pegado al mío y me resulta extraño permitir que sienta no solo mi respiración desbocada tan de cerca, sino también los latidos de mi corazón, que parecen una escuela de samba ensayando para el carnaval.

Jacob, en cambio, tiene pulsaciones firmes e intensas; su corazón también va acelerado, no tanto como el mío, pero lo siento vibrar como si estuviera dentro de mí.

Veo por encima de su espalda cómo su culo prieto y redondo se contrae y aprieto los ojos; mis uñas se clavan en sus brazos y me atrapa un beso envolvente que me hace olvidar el dolor y el miedo por un instante.

No voy a mentir: al principio duele y resulta incómodo, y más con una polla tan grande como esa. No sé qué es peor, si que Jacob confirmara la leyenda del oriental de polla pequeña o tener que aguantar todo esto.

Cuando se detiene y se queda mirándome, ya me siento medio acostumbrada a la presión de su cuerpo sobre mí.

¡Uf! ¡He ganado! Es lo que pienso por dentro. Pero por fuera digo:

—¿Ves? ¿He aguantado todo? —hablo con un aire de superioridad, como si quisiera salir victoriosa, aunque tenga los ojos llorosos y la respiración descompasada.

Jacob se ríe.

¿Por qué se ríe este idiota? ¿Y por qué se pone tan guapo y tan adorable así?

—Bruna, no he metido ni la mitad —revela.

¿Qué?

—No te sientas presionada —sus dedos vuelven a rodear mis pezones hasta pellizcarlos con cuidado—. Aún vamos a tener mucho tiempo para que lo aguantes todo.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que mañana temprano quiero repetir —empieza a moverse sobre mí—. La sensación es la de su polla avanzando más profundo y la fricción contra mi piel, que me deja ardiendo. —Y cuando vuelva del trabajo, también. Y antes de dormir, otra vez.

¿Tres veces? No consigo ocultar el pánico en la mirada.

—Eso, hasta que te acostumbres. Y empieces a venir a verme a la oficina… a viajar conmigo… y a atender mis llamadas repentinas.

¿Repen…tinas?

Casi suelto otro grito cuando Jacob me agarra de los brazos y nos hace girar sobre la cama. Ahora es él quien está tumbado; su pecho voluminoso llama poderosamente la atención, además de su abdomen contrayéndose con cada respiración.

Miro hacia abajo y compruebo que, efectivamente, ni siquiera estoy sentada sobre la mitad de esa torre Eiffel.

Me agarro a su pecho para mantener el equilibrio, porque tengo cierto miedo a las alturas, y nos miramos en silencio durante tanto tiempo que parece que me pierdo en mis propios pensamientos. Hasta que él me trae de vuelta, impulsando la cadera hacia arriba y recordándome que aún sigue dentro de mí.

El muy canalla se pone las manos detrás de la cabeza y mantiene ese lento vaivén; yo, en respuesta, le aprieto el pecho con fuerza, con intención de hacerle daño, pero no parece que le importe en absoluto.

—¿Te gusta que te peguen?

¿Que me peguen?

—¿Te gustan mis axilas? —guiña un ojo y me muestra los músculos y las axilas.

A ver… nunca me lo había planteado…, pero las lamería sin ningún problema.

—Cuéntame tus fetiches…

—¿De verdad es momento de hablar de eso? —digo, sonrojada y algo descolocada.

No sé cómo se incorpora hasta quedarse sentado; tengo que alzar la vista para mirarle a la cara. Al principio tiemblo al sentir sus brazos rodeándome de una forma cálida y seductora, mientras sus labios recorren mis hombros con lentitud.

—Entonces ¿no quieres hablar? ¿Quieres follar? ¿Sin decir nada? —murmura en mi oído.

—Creo que… eso es lo que quiero… —ni yo misma lo tengo del todo claro.

Jacob vuelve a alzar el rostro hacia mí y nos miramos fijamente. Estira el cuello hacia la izquierda y hacia la derecha, y

tengo la sensación de que eso no es buena señal.

—Entonces vamos a ver si te gusta esto… —sonríe de forma maliciosa.

Cuando lo siento salir de mí, casi grito desesperada para que vuelva a entrar. Todo mi cuerpo se contrae y noto cómo mi vagina intenta regresar a su estado anterior, aunque lo hace lentamente.

Jacob me tumba boca abajo sobre la cama y me levanta el culo.

—¿Qué vas a hacer?

—Te voy a follar —dice con total sencillez—. Pero sin decir nada.

Me empuja la cabeza contra el colchón y muerdo la almohada al sentir cómo me penetra ahora con más fuerza.

Con la misma intensidad con la que embiste, sacando y metiendo la polla sin parar, siento sus manos amasando mi cuerpo, poseyéndome por completo, apretándome cada centímetro, probablemente dejándome marcada.

Tengo que admitir que esto es inesperadamente bueno. La sensación de él entrando y saliendo, su polla llenándome y haciéndome pedir más en silencio, me vuelve loca.

Abrazo la cama, gimo contra la almohada y siento el cuerpo volverse eléctrico, completamente encendido, alcanzando un pico de energía que nunca había sentido antes. Él parece notarlo, vuelve a hacer aquel movimiento inicial sobre mi clítoris, pero no deja de follarme con fuerza, sin llegar a metérmela del todo.

Al minuto siguiente estoy tan relajada, tan ligera, casi desvanecida, que ya ni siquiera consigo mantener el culo levantado; me dejo caer por completo sobre la cama, abrazada a la almohada, ronroneando contra el colchón.

¿Alguien ha apuntado la matrícula de ese camión?

Jacob parece desaparecer durante un minuto, pero estoy tan atrapada en esa sensación de letargo que no me importa. Me sobresalto, sin embargo, cuando siento su lengua succionándome entre las piernas con calma; después, una toallita húmeda me limpia con cuidado.

Me vuelve a poner el pantalón de chándal y me sorprendo al sentir sus brazos fuertes rodeándome por detrás, su barbilla en mi nuca y su respiración caliente entre mi pelo.

—Duerme bien —dice de la forma más tierna del mundo, y termina de cubrirnos con el edredón.

Frunzo el ceño solo de imaginar toda la situación.

¿Qué demonios de hombre es este?

Capítulo 15

Bruna Martins

Qué sueño tan extraño el que tuve…

Soñé que Jacob acababa conmigo y luego dormíamos acurrucados. Y fue tan bueno que, dentro del propio sueño, me despertaba varias veces solo para asegurarme de que era real. Y él estaba allí, abrazándome, dándome calor…

—¡Buenos días! —oigo una voz masculina.

Doy un salto de la cama y caigo despeinada al otro lado.

Tras unos minutos intentando reunir valor, echo la melena hacia atrás y miro con un solo ojo: Jacob, con unos pantalones gris oscuro y una camisa blanca de manga larga, termina de anudarse la corbata azul justo en el momento en que lo observo.

Me mira de reojo, coge el chaleco, se lo pone sobre la camisa y va en busca de la americana.

—¿Qué haces aquí?

Genial, ha salido de mis sueños para venir a molestarme en la vida real.

—He dormido aquí —dice como si fuera lo más sencillo del mundo, pero no lo es en absoluto.

—Tú… nosotros… —miro hacia abajo. Menos mal que llevo una sudadera—. Uf, al menos no estoy desnuda…

—Lo estabas, hasta que te vestí esta mañana temprano —se gira hacia mí y baja la cremallera del pantalón—. Y dime, ¿empezamos bien el día o espero a después del desayuno?

Cojo la almohada y se la lanzo. El desgraciado la esquiva y se ríe.

—Te he traído el desayuno, espero que te guste. —Señala la cómoda.

Veo una bandeja encima, de esas pensadas para la cama. Hay un vaso de zumo de naranja con el hielo ya medio derretido y un termo al lado con algún líquido caliente. Pan australiano, gofres, recipientes con mantequilla, queso crema, miel, sirope de caramelo y chocolate, varios embutidos, huevos y bacon frito. Un desayuno muy americano, desde luego…

—No quiero meterte prisa, pero dentro de un rato tendremos visita.

—¿Tendremos? —alzo una ceja. ¿Qué quiere decir con «tendremos»?

—Mis amigos vienen a conocerte a ti y a los niños, a los que les he dicho que son nuestros hijos.

Abro los ojos como platos.

—¿Pero hoy? Ni siquiera me has preparado…

—Te estoy preparando ahora, amor.

—¿Amor?

—Acostúmbrate, porque voy a llamarte así delante de ellos.

—¿Y cómo más vas a llamarme delante de ellos? —me levanto despacio para no marearme y comprobar que las piernas responden; no sé por qué tengo la sensación de estar hecha puré.

—Cariño, bebé, cosita, regalo de Dios y obra del demonio, no necesariamente en ese orden —Jacob se da una vuelta frente a mí —. ¿Qué tal estoy? Obra del demonio —dice con esa voz melosa que hace que incluso insultarlo quede mal ahora.

Está excepcionalmente guapo. ¿Cómo se despierta alguien con esa piel y esa sonrisa? Quiero averiguarlo. La ropa parece

enmarcar la obra de arte que es este hombre.

—Aceptable —me acerco al desayuno y empiezo a picar—. Esto no lo has hecho tú, ¿verdad? —lo miro con sospecha.

Jacob se acerca, me pellizca la mejilla y me da unos golpecitos en la cara.

—Tengo muchos empleados, Bruna. No voy a perder el tiempo con eso. —Se encoge de hombros y termina de arreglarse—. Quiero que te vistas de forma presentable y…

—¿Tengo cara de niña? ¿Ahora vas a decirme qué y cómo tengo que vestir? —cojo la otra almohada y le pego con todas mis fuerzas—. ¡Vete a buscar algo que hacer, Jacob! ¡Y deja de molestarme!

Lo echo del dormitorio a almohadazos y cierro la puerta con llave. Así tengo tiempo de saborear mi delicioso desayuno, darme una ducha y vestirme con una camiseta blanca muy ajustada al cuerpo y unos pantalones de lino a rayas negras y blancas, bien sueltos. Me pongo unas zapatillas negras y estoy estupenda. Me recojo todo el pelo arriba, bien voluminoso, como me gusta, y salgo a ver a los gemelos.

Llevo a los pequeños a comer al gran comedor. Los coloco en sus tronas y empiezo a pelar una manzana, que luego aplasto para dársela. Claro que la mesa está llena de productos industriales, pero ya que va a ser a mi manera, prefiero el método de siempre, como hacía mi abuela conmigo.

—Mira el avioncitooo. —entretengo a los peques mientras les doy de comer.

Se manchan enteros y abren mucho los ojos siguiendo la cuchara en el aire hasta llegar a la boca.

—¿Está rico, amor mío? ¿Te gusta? —beso la puntita de la nariz de Yuri, que da golpecitos en la mesa, se mueve en la trona pidiendo más, balbucea unos sonidos y sonríe.

Me sobresalto ligeramente cuando la puerta de madera se abre y veo a Allen, acompañado de dos niños. Una niña con síndrome de Down, vestida de Anna. Y el niño a su lado, de nariz respingona y ojos llamativos, disfrazado de Olaf.

Los bebés incluso dejan de comer y se quedan mirando cómo los dos se acercan; al fondo veo a Allen conversando con alguien.

—¿Qué pasa, cariño, qué ocurre? —me dirijo a la niña, que parece haber estado llorando hace un momento.

—¡Miguel no quiso venir de Elsa! —dice, enfurruñada—. Se recoloca la peluca pelirroja con trenzas, luego la capa sobre los hombros y se acerca a la mesa, interesada en los bebés.

Supongo que Miguel es el niño que está a su lado.

—¿Y por qué tú no viniste de Elsa? —le pregunto.

—Porque yo soy Anna, claro —abre las manitas, como si la cuestión fuera de lo más evidente.

—Qué pena… quizá luego consigas una amiguita que venga de Elsa…

Entonces Allen Mitchell entra en el comedor. Junto a él, un niño pequeño que camina de forma peculiar y lleva unos enormes protectores auditivos ajustados sobre la peluca blanca. Sujeta los laterales del vestido, que mezcla azul y transparencias, se planta delante de mí y abre los brazos.

Veo copos de nieve salir disparados y caer lentamente en el aire.

—Let it go —dice, como si fuera una frase de impacto, pero sin demasiado entusiasmo.

Jacob Parker

El día gris y frío sopla sobre nuestras cabezas; los árboles que bordean el camino hacia la mansión agitan sus copas de forma frenética por momentos, hasta el punto de que Blake Gallagher, Kaleb Petterson y yo tenemos que abrocharnos los abrigos mientras avanzamos hacia la propiedad. Anne e Isabella decidieron esperar en la garita para recibir a los demás invitados.

—¿En serio? ¿Te vas a casar? ¿Tú? —dice Kaleb con suspicacia; aún no está al tanto de la situación.

—Tu inocencia es tan bonita, Kaleb —critica Blake—. Es evidente que todo está amañado.

—¡Ah! —lo veo asentir con calma—. ¿Y los niños? ¿Son de verdad tus hijos?

—¿De verdad crees que cometería un desliz así? —niego con la cabeza—. Son hijos de mi hermana, pero, a todos los efectos, ahora son mis hijos.

—¿Y de dónde has sacado a la chica?

—Es su niñera. Park Yang My la contrató para cuidar de los niños…, pero el día que llegó descubrió que mi hermana y su marido habían muerto en un accidente —explico.

—¿Y has contado esta historia a alguien?

—No, Kaleb. Jacob quiere poner a prueba si consigue que esta relación falsa parezca real; nosotros somos las cobayas —Blake mira a su alrededor—. Bueno, no tú y yo. Nuestras esposas, hijos y los demás invitados.

—Vale, entonces fingimos estar acostumbrados a la situación, ¿no?

Blake asiente una vez y seguimos en silencio.

No esperamos mucho en la entrada de la mansión hasta que dos coches se detienen delante de nosotros. Del primero bajan Héctor Mitchell y su esposa, Beatriz. Con ellos, Anne e Isabella. Del segundo descienden Valentina Evans y su hijo Brandon; con ellos, Layla Cavalieri.

—Vaya día, ¿eh? —Valentina es la primera en saludarme—. Esperábamos cualquier cosa de ti, menos que nos presentaras a una esposa y a unos hijos. —Me da unas palmaditas en la cara—. Ethan se disculpa, no ha podido venir; ha surgido un asunto urgente de la Colmena.

—Lo entiendo, no pasa nada —la saludo y luego a su hijo Brandon, que es la viva imagen de su padre, o al menos de cómo me lo imagino de joven—. Layla…, ¡qué honor verla aquí!

—Todas estamos deseando oír esta preciosa historia de amor y cómo empezó —se arregla el velo que cubre su cabello y lo echa por encima del hombro; luego me toma las manos al saludarme—.

—Ni me lo recuerdes… aún no me creo que Jacob haya caído —me saluda Anne, con su barriga de embarazada cada vez más grande.

Isabella también me saluda y todos entran en la mansión, salvo los Mitchell. Beatriz se acerca a mí y me saluda con los ojos brillantes de emoción.

—¡Yo sabía que acabarías sentando la cabeza! ¡Solo era cuestión de tiempo!

—Gracias, señora Mitchell.

—¿Y Allen? ¿Da mucha guerra?

—En realidad, el que da guerra soy yo. Es más inteligente y ágil de lo que yo lo era con Blake… ¡su hijo es un auténtico tesoro! —no escatimo elogios.

Ella mira a su marido con orgullo y entra con los demás.

Héctor y yo nos damos la mano; observa cómo los aparcacoches llevan los vehículos a su lugar correspondiente y luego se vuelve hacia mí.

—Estoy muy orgulloso de que hayas seguido nuestros consejos, Jacob. Y espero, de todo corazón, que esta farsa pueda convertirse en algo más para ti. Porque ahora todo el mundo te mirará con otros ojos. Así que tómalo como un nuevo comienzo para tu vida.

—Gracias, señor Mitchell.

—Ethan y Shawn tuvieron que viajar a última hora, pero yo he venido para comprobar cómo avanza tu situación. Al fin y al cabo, si no consigues convencernos a nosotros, quizá no consigas convencer a nadie… —lamenta con evidente pesar, aunque sus ojos siguen duros y analíticos.

—Los convenceré, sin duda —empiezo a sudar frío.

Preferí no avisar a Bruna de toda la situación; de lo contrario, se pondría nerviosa. Es buena improvisando, sé que saldremos bien parados.

No voy a mentir: me divertí muchísimo con los niños y con sus peculiaridades. Rowan, la niña vestida de Anna, me ayudó a dar de comer a los bebés. Nicolas sacó una lupa de la ropa y se puso a recorrer la casa; no sé si trabaja para sanidad, pero parecía buscar suciedad por los rincones. Y Miguel se quedó con Allen, hablando de películas de superhéroes.

Mi corazón empezó a latir a toda velocidad al escuchar tantas voces. Dios mío, ¡ha llegado el momento! La casa va a llenarse y eso me asusta.

Espero sentada hasta ver aparecer a dos mujeres en la puerta. Una es negra y lleva un turbante amarillo precioso en la cabeza, unos enormes pendientes de aro y un vestido negro lleno de brillo.

—¡Mirad a quién he encontrado! —anuncia a las demás.

La mujer que está a su lado tiene un rostro familiar y enseguida caigo en la cuenta de que debe de ser la madre de Allen Mitchell. Es clavada a Dita Von Teese, con un vestido rojo escandalosamente bonito, un collar de perlas al cuello y guantes en las manos, que se quita enseguida.

Las dos se acercan a saludarme con tanta efusividad que me quedo sin reacción.

—¡Es preciosa! —dice la mujer negra a la del vestido rojo.

—¿En qué universo habríamos imaginado que Jacob tenía tan buen gusto? —pregunta la otra—. Perdóname, querida, estamos un poco eufóricas. Soy Beatriz. —Me abraza como si nos conociéramos de toda la vida.

—Y yo, Valentina —dice la otra, igual de entusiasmada, y me da un abrazo fuerte.

¿En qué momento habría imaginado yo encontrarme aquí con una mujer negra tan poderosa? Ahora la eufórica y en shock soy yo.

—Jacob nos dijo que eres brasileña —comenta Beatriz en un portugués tan impecable que me quedo aún más sorprendida—.

—¿Eres… de Minas? —le pregunto.

—¡Uai! —se pone la mano en la cintura—. ¿Cómo lo supiste?

Me quedo paralizada, en shock, tiesa como una tabla y lista para colgar en una percha. ¿La madre de Allen Mitchell, el brazo derecho de Jacob, es brasileña? ¿Cómo?

—Yo también lo soy —oigo decir a Valentina. No tiene un acento tan marcado, pero solo con saberlo ya me siento el doble de feliz.

—Lo último que imaginé encontrar en Estados Unidos eran brasileñas… y menos aún casadas con hombres poderosos…

Se miran entre ellas y sonríen con sinceridad.

—¡Una más para el club! —celebran mientras me abrazan.

Veo entrar a tres mujeres más en la sala: una va vestida de negro, con un velo cubriéndole la cabeza. Es la primera que se acerca a saludarme; es mucho más discreta que las dos anteriores.

—Layla Cavalieri, es un placer conocer a un nuevo miembro de la familia. —Mira a las otras dos amigas.

—El placer es mío. —Mi corazón late desbocado, en una mezcla de alegría por ver a tanta gente diferente y miedo a que descubran que soy una farsa.

—Y yo soy Anne. —La embarazada del grupo se acerca; tiene unos ojos preciosos y una sonrisa arrolladora, además de ir elegantísima incluso bajo ese abrigo.

—Siéntate aquí, por favor. —Le acerco la silla.

—Y yo soy Isabella —la última llega casi dando saltitos y me abraza con fuerza—. ¡Has logrado lo imposible, chica! —me da unas palmadas en los hombros—. Pensaba que sería una neoyorquina quien derribaría a Jacob, pero…

—Pero hacía falta una brasileña —se ríe Valentina—. Creo que por eso estuvo soltero tanto tiempo; recorrió el mundo entero, pero nunca fue a Brasil. Porque si hubiera ido, no habría resistido tanto encanto. —Me señala—. Mira ese pelo tan espectacular…

Todas asienten y me miran con una mezcla de admiración y felicidad que ni siquiera sé cómo procesar; solo sé que me siento halagada.

—Dios mío, ¿y estos pedacitos de persona? —Beatriz se arrodilla para ponerse a la altura de Sunny y Yuri—. Mira esas mejillas y esos ojitos, Tina…

—¡Son preciosos! —Valentina me agarra del brazo—. Hemos traído regalos, para los niños y para ti. Luego los empleados los subirán; se han quedado en el coche —avisa.

—No hacía falta…

Veo a Anne acariciarse la barriga y sonreír de una forma muy emotiva.

—Jacob ha hablado maravillas de ti, Bruna… —dice.

¿En serio? Alzo tanto la ceja que debe de rozar el techo.

—Está realmente enamorado —susurra Isabella solo para nosotras, las chicas, como si fuera un secreto de Estado—. «No consigo sacármela de la cabeza desde el día en que la vi…» —dice, de lo más teatral.

—Y que una de las mejores cosas que le han pasado en la vida ha sido tu llegada con los niños…— Anne sigue acariciándose la enorme barriga.

—¿Dónde os conocisteis? —pregunta Layla.

Me quedo más helada que el frío de Nueva York ahí fuera. Intento no mostrar mi sorpresa, pero ya empiezo a reírme de los nervios.

—Y… ¿te quedaste embarazada sin que él lo supiera? ¿O acompañó el embarazo de los niños y nos lo ocultó a todas? —pregunta ahora Beatriz.

—¿Y cómo van los preparativos de la boda? —Valentina me tira suavemente del brazo y me sienta en una silla; se sienta de inmediato a mi lado—. ¿Necesitas ayuda? Aunque no la necesites, te aviso desde ya de que estaremos aquí para convertir este momento en el más bonito de tu vida —dice entusiasmada.

Sé que se me da bien improvisar. Pero no se me da bien mentir, y menos aún a mujeres tan estupendas con las que he conectado desde el primer momento.

Trago saliva y respiro despacio.

—No tengas prisa, pero cuéntalo todo, desde el principio —pide Isabella.

—Estamos deseando oírlo —añade Anne.

—Al fin y al cabo, estamos hablando de Jacob… —se ríe Beatriz.

Y todas se ríen con ella.

Capítulo 16

Bruna Martins

La escena es la siguiente: todos los invitados, incluidos los niños, mirándonos a Jacob y a mí en medio del salón. Él tiene la mano en mi cintura, que cada diez segundos acaba deslizándose para apretarme el culo. Le sujeto la mano con firmeza, la devuelvo a mi cintura y sigo sonriendo.

Valentina y Layla parecen especialmente impresionadas; supongo que la fama de este tipo de acostarse con todo el mundo y ahora decidir casarse las ha dejado realmente en shock.

—Ella estaba allí. Quietecita, pero con el pelo ondeando al viento. Era una visión perfecta. Parecía perdida y con prisas, así que me acerqué para ver si podía ayudar… —va contando la historia inventada con entusiasmo.

Y yo lo miro con una sonrisa de «¿en serio vas a contar esta historia?», cuando ni siquiera sé cuál es. Pero Jacob sigue, cautivando a su público; mueve la mano libre, esboza una sonrisa ladeada, me mira de soslayo con calma…

—Quería llegar al auditorio donde se celebraba una conferencia sobre un educador brasileño, Paulo Freire.

Veo a Beatriz arquear una ceja.

—¿Eres educadora?

Asiento con la cabeza.

—Pedagoga —dice Jacob—. Le encanta enseñar a los niños y quiere hacer del mundo un lugar mejor.

Oigo a la señora Mitchell soltar un sonoro «oh», y la sonrisa del público no hace más que crecer.

—Se acercó y dijo: «Perdone, ¿sabe dónde se celebra la conferencia de Paulo Freire?» —imita mi voz con suavidad—. Y yo respondí: «¿El que enseña que la educación libera?» —engrosa su propia voz—. Ella dijo: «Ese mismo». Y yo le dije: «Lo sé, pero ven conmigo y te muestro lo que de verdad libera» —Jacob se muerde el labio y me guiña un ojo.

Me pongo colorada y me tapo la cara con la mano. ¡Qué tipejo! ¿De dónde se ha sacado eso? Y encima con Paulo Freire…

—Espero que encuentre un hueco en su corazón para perdonarme por haberle hecho perder cuarenta y cinco minutos de aquella conferencia. Pero hoy en día existen métodos mucho más eficaces para liberarse —vuelve a insinuarse.

Veo a Kaleb taparle los oídos a su hijo con las manos. Y cuando Jacob termina, se los destapa. El pequeño alza los brazos, sin ningún ánimo, y grita:

—¡Let it go!

—¿A qué te dedicas ahora, Bruna? —Beatriz Mitchell se acerca interesada. Veo a los demás comentar esa historia absurda.

—En realidad, solo cuido de los niños.

—Tengo una clínica especializada en tratar a niños con necesidades especiales y usamos mucho el método Paulo Freire. Sería estupendo contar con una pedagoga brasileña, ya que también atendemos a hijos de brasileños —sonríe y me entrega su tarjeta—. Llámame y hablamos.

¡Genial! ¡Ya me he conseguido otro posible trabajo! Y yo que tenía miedo de quedarme sin ninguno…

—Vale, suena al tipo de historia absurda que Jacob siempre cuenta sobre cómo conoce a sus víctimas. Pero… ¿y luego qué? ¿Por qué hubo una segunda cita? Tú nunca vuelves a ver a las mujeres con las que sales —pregunta Blake, con su rostro serio.

Parece divertirse con la cuestión.

—Mírala —Jacob me sujeta las mejillas y prácticamente me las estira—. ¿No es un sueño? ¿No es un encanto? ¿No es todo lo que un hombre como yo podría desear?

Le piso el pie y me suelta de inmediato. Sigo sonriendo y balanceándome ligeramente en el mismo sitio.

—Pero lo que de verdad me conquistó fue su carácter. Tan dulce, tan amable, una persona maravillosa. Con el tiempo comprendí que mi pobre corazón estaría a salvo en sus manos.

Valentina y Layla intercambian comentarios entre sonrisas de admiración; Anne también. Isabella parece algo desconfiada, pero Beatriz la aparta para comentarle algo.

Llevo la mano derecha hacia atrás y aprieto con fuerza la polla de Jacob. Lo siento encorvarse contra mi cuerpo y soltar un «uff» en mi oído.

—¿Podemos hablar, Jacob? —intento ser dulce al preguntarlo, porque el gesto no lo es en absoluto.

—Por supuesto, regalo de Dios, razón de mi libido —dice, con la respiración entrecortada y la mirada suplicando ayuda a Blake.

Que se divierte y empieza a hablar con los hijos.

Jacob y yo nos dirigimos a la cocina, llena de empleados trabajando. Nos detenemos y nos quedamos mirándonos; él se masajea el bulto del pantalón y yo cruzo los brazos.

—Bruna y yo necesitamos unos minutos a solas —anuncia, y todos los empleados salen de inmediato, llevándose masas, utensilios e ingredientes para continuar el trabajo en otro lugar.

—¿Qué demonios ha sido esa historia?

—¿Tenías una mejor? —gruñe.

Le doy una patada fuerte en la pierna y ahora sí se encorva de verdad, apoyándose en la encimera de la cocina.

—Yo… no sé si me ha gustado esa historia. Tú… ¡me has hipersexualizado! ¡No me he sentido cómoda! —cojo el rodillo de amasar y le doy en el pecho.

—¡Ay! Vale, la próxima vez tendré más cuidado…

—La próxima vez me avisas. —lo amenazo, agitando el rodillo en la mano—. Porque, como mínimo, tendría que haber estado preparada para recibir a tanta gente.

Me escucha con atención.

—Y después de eso, todos creerán lo que digas…

—¡Esa es la idea, Einstein!

—¡Insolente! —ahora le doy en el abdomen.

—¡Eso duele! —intenta quitármelo de las manos, pero ni hablar de soltar mi único instrumento de defensa aquí.

—¡Tiene que doler, Jacob! ¿Y después, eh? ¿Y después?

—¿Después qué, loca?

—¿Y después? Cuando la farsa termine y yo sea libre para irme, ¿qué pensarán de mí? ¿Y qué pensarán de ti?

—¿Por qué ya estás pensando en cuándo se acabará? ¿No puedes simplemente… disfrutar del momento? ¿Fingir que estás mínimamente feliz por casarte conmigo? ¿Por haber engendrado a nuestros hijos?

Vaya… en el arte del drama este se merece un Óscar. Pero vale, cedo un poco, entiendo su punto.

—Sí, tú parecías estar muy feliz todo el tiempo… —confieso.

—Y tú solo piensas en tu exposición. ¿Y la mía? A mí es a quien conocen, es mi reputación la que está en juego, soy yo quien tendrá que aguantarles el resto de la vida. ¿Y sabes qué? Aun así, he dicho cosas increíbles de ti.

—Cosas que debes decir de todas, Jacob.

—Pero tú has sido la única mujer que se quedó después del primer polvo.

Pongo los ojos en blanco.

—Prometo que no volveré a hipersexualizarte, te pido perdón por haberlo hecho. Soy una persona muy sexual, así que para mí interés, pasión, amor, devoción… todo gira en torno al sexo.

—¿Pero un matrimonio se sostiene solo con eso? ¿Con sexo?

—No lo sé, es la primera vez que vivo algo así. Si tú eres la experta, ¿por qué no me enseñas?

Este Jacob sale mejor que un pedido hecho a medida. Cada día me sorprende de una forma distinta. Y es esa manera tan abierta y dispuesta a descubrir algo nuevo lo que me tiene medio colgada de él. Claro, además de esa boca carnosa. Y de esa mirada almendrada de niño solitario. Y de ese pecho musculoso, lleno de tatuajes, que yo…

—¿Bruna?

—¿Sí?

—Ah, sigues aquí. —ya vuelve a estar altivo, como si no sintiera dolor alguno.

Me lanzo contra él solo para verlo cubrirse las pelotas con las manos.

—Ten cuidado conmigo. —cierro la mano y señalo mis ojos con el índice y el corazón, y luego a él.

—¿Por qué no tienes tú cuidado conmigo?

¡Maldición! Es mucho más fuerte que yo.

Cierro los ojos al oír todo el estruendo que arma, tirando al suelo todo lo que había sobre la encimera. Me tumba encima de ella, sus manos se cuelan por el interior de mi ropa y me aprietan con intensidad.

—¡Jacob! —intento advertirle de que hay gente en el salón.

—Me da igual. —sus labios se acercan—. Vas a vivir esta mentira conmigo, de verdad. Y juntos vamos a hacer que funcione.

—Vale —es lo único que consigo decir, porque un segundo después su boca me está devorando.

Siento como si quisiera rasgarme la ropa, y sé por el brazo de este hombre que es capaz de eso y de mucho más.

Sus labios son intensos al besarme y ya no puedo negar esta atracción magnética que hay entre nosotros. El beso también lo es; rodeo su cuello con los brazos y él me alza en brazos.

El abrazo de Jacob casi me transporta a otra realidad. Paso de cero a doscientos kilómetros por hora en una fracción de segundo, el pecho parece que va a estallar y a él no le importa; avanza con más ímpetu por mi cuello, besándolo y bajando hacia mis pechos…

—Cof, cof —oímos.

Jacob se detiene de inmediato.

Y yo me quedo inmóvil en sus brazos, rezando mentalmente para que no me suelte, porque me voy a caer al suelo como un melón maduro.

—Sí que están muy enamorados —Isabella mira a Valentina.

—Sí, están muy enamorados. Pero tienen visitas —Valentina siempre es tan educada y correcta, el tipo de mujer que me gustaría ser—. Y se van a comportar hasta que las visitas se marchen —dice, no como una sugerencia, sino como un guion—. Sé que la pareja quiere aprovechar cada momento, pero ahora es hora de socializar.

—Bájame al suelo, pero despacio y sin tirarme —murmuro, pronunciando cada palabra muy despacio para que Jacob no me deje caer.

Y así lo hace, hasta que pongo los pies en el suelo y doy gracias a Dios por ello.

—Muy bien. Ahora volvamos a la civilización —anuncia Valentina, y regresamos al salón.

Las conversaciones paralelas van apagándose conforme llegamos a la estancia; todos se sientan y se quedan mirándome más o menos a mí. Yo, desconcertada, me balanceo en el sitio donde me he detenido y giro el cuerpo despacio, hasta mirar atrás y ver a Jacob arrodillado.

No hagas esto. ¡Ay, Dios mío!

—Bruna.

—Hola.

Sonríe de una forma angelical que me hace reír de nervios; no sé ni cómo reaccionar, solo quería hacer el truco de la gallina muerta: tirarme al suelo, fingir que estoy muerta y, cuando nadie mirara, salir corriendo de aquí.

—Cambiaste mi vida desde el primer instante en que te vi. No fue amor a primera vista, fue fascinación. Sigo fascinado por esos ojos tuyos y por tu cabello, también por tu personalidad fuerte y temperamental, pero, sobre todo, por esta mujer fuerte y resiliente, que no tiene miedo de cambiar y redescubrirse en cada desafío…

Sí, parece que habla de mí. Pero es extraño, porque él y yo ni siquiera nos conocemos tan bien…

—Quiero ser única y exclusivamente tuyo. Porque mis ojos y mi corazón solo se sienten completos cuando estás conmigo. Prometo luchar cada día para hacer de esta relación la mejor experiencia de nuestras vidas. De tu vida, de la mía y de la de nuestros hijos.

Al ver cómo se abre la cajita negra brillante y aparece un anillo escandaloso, que parece una ambulancia de madrugada gritando o Nando intentando imitar a Lady Gaga, me desconcierto y doy un paso atrás.

—¡Va a decir que no! —se ríe Allen, y su madre lo reprende.

—Cásate conmigo.

—¿Eso no iba a ser una pregunta? —le susurro.

—No— responde aún más serio.

—Claro que acepto. —Me giro hacia el público, completamente entregado, que aplaude como loco.

Jacob coloca el anillo en mi dedo y nos besamos durante unos segundos largos, coronados por la dulce voz de Nicolas Petterson, cantando:

—Cumpleaños feliz…

Capítulo 17

Bruna Martins

Debo admitir que me sorprendí con absolutamente todo.

Tras el primer momento tenso en el que me vi rodeada de desconocidos, no tardé en sentirme parte de ellos, como si todos fuéramos una «familia». Y el detalle de tener a dos brasileñas en la comitiva me tranquilizó aún más; desde el primer momento sentí que teníamos algo en común y que, por eso, nos entendíamos.

Mi conexión con Valentina y Beatriz fue rápida y arrolladora.

Yo tenía otra idea de la gente rica. Siempre los había imaginado arrogantes, con el mentón en alto y despreciables. Supongo que las telenovelas brasileñas y algunos contactos allí me llevaron a esa impresión. Pero ninguna de esas mujeres —y debo señalar que todas son muy exitosas— hizo honor a mis prejuicios.

Anne fue la que se mostró más callada, pero también fue la primera en levantarse y ayudarme a cambiar el pañal de los gemelos. Me confesó que estaba ansiosa por tener a su bebé y ver cómo reaccionaría Nicolas al tener un hermanito o hermanita; en esa conversación descubrí que Nicolas es autista y así entendí por qué había estado recorriendo la casa con su lupa, buscando hormigas.

Layla también se mantuvo bastante reservada, pero siempre tenía algo profundo que decir y todos se detenían a escucharla; regaló a los niños mantas con bordados preciosos y un montón de golosinas italianas en una cesta.

Valentina y Beatriz, al final de la tarde, se ocuparon de dormir a los gemelos. Los tuvieron en brazos y caminaron sin descanso, tarareando canciones de cuna, hasta que los dormilones cedieron y

descansaron, después de un largo día gateando de un lado a otro, intentando alcanzar a Rowan, Miguel y Nicolas.

Cuando todos ellos llegaron me pregunté qué hacían allí y si podría simplemente ignorarlos y seguir con mi día. Pero a la hora de verlos marcharse, solo quería que se quedaran un poco más.

Me encantó conocerlos, a cada uno de ellos. Y ya me emocioné al saber que había muchos más miembros de la familia que, por desgracia, no pudieron estar presentes.

—Tenemos que quedar una tarde en Trojan Horse Security. ¿Has visto alguna vez el atardecer neoyorquino? —me pregunta Valentina.

—Solo desde mi ventana…

—Allí hay una de las mejores vistas; tienes que ir. Y ya aprovechas para hablar de negocios con Beatriz —dice, muy pomposa.

—Si necesitas una niñera, podemos ayudarte —dice Beatriz, de lo más solícita.

Genial, ¡seré conocida como la niñera que necesita otra niñera para cuidar de sus propios hijos!

—Es que… nunca hemos encontrado una niñera realmente buena en esta ciudad; normalmente son extranjeras… las propias brasileñas que vienen aquí y hacen un trabajo excelente —reflexiona Valentina—. Pero si necesitas una mano, solo tienes que avisarnos. ¿Ya sabes en qué colegio quieres matricular a los niños?

—Aún no lo había pensado…

—Perfecto, quedamos una tarde en la Trojan Horse Security y te ayudamos —Valentina me da dos besos en la mejilla y se despide.

La casa se va vaciando poco a poco, hasta que solo quedamos Jacob, sus amigos y sus esposas. Anne se quedó dormida en el sofá y, junto a ella, Rowan. Miguel sigue hiperactivo yendo de

un lado a otro, y Nicolas aparece muy gracioso, ya sin la peluca blanca, pero con los protectores auditivos.

—La casa tiene 37 puertas, 200 ventanas, 400 del suelo negro, 40 secuencias del suelo de madera, 1300 del suelo negro con manchas doradas. Pero solo he encontrado dos hormigas —dice, algo decepcionado.

Jacob Parker

Kaleb se lleva a Anne y a los niños, porque ya están cansados. Le agradezco su apoyo y todavía alcanzo a oír:

—Me alegra ver este otro lado tuyo.

—No empieces. —le doy un golpe con el puño cerrado en el hombro.

—En serio, cuando le dijiste a Blake y a mí que habías montado todo esto, pensé: va a salir mal, no va a convencer a nadie…, pero…

—¿Pero…?

—Hasta yo me quedé convencido —dice, y mira a Blake, que asiente—. Funcionáis muy bien juntos. ¿Seguro que ella no es actriz?

—Ojalá lo fuera. Porno.

—Os miráis como una pareja enamorada que finge no estarlo, pero en el fondo lo está. Pareció real. —me aprieta la mano—. Vas a ganar una nueva reputación, además de una mujer increíble a tu lado. ¡Ya te veo llegando mucho más lejos!

—Adiós, Kaleb. —casi tengo que darle una patada.

Saludo a Anne y a los niños, que ya están dentro del coche.

—Jacob, no tengo palabras. Así que lo resumo en dos: enhorabuena.

—¿Gracias?

Veo a Bruna acercarse para despedirse de Isabella, pero ella no se irá todavía; aún necesitamos aclarar algunas cosas.

—¿Qué pasa? —Bella me mira, un poco confundida.

—Ven. —señalo el sofá para que Blake, ella y Bruna se sienten—. Tengo que hacerte unas preguntas.

—Yo soy la que debería hacerlas… —se divierte—. Te conozco desde la universidad, nunca asumiste a ninguna chica con la que salieras, ni tu nombre se vinculó a relaciones. ¿Y de repente pides matrimonio a una mujer delante de todo el mundo? —se deja caer en el sofá junto a su marido—. ¡Yo soy la que tiene que preguntarte!

—Soy un libro abierto.

—Bromas aparte, Bruna, tengo que decirte que nunca creí que Jacob pudiera amar a alguien. Pero después de conocerte a ti y a esos niños adorables… ¿quién no te amaría?

Bruna esboza una sonrisa enorme que la deja mucho más luminosa y ligera de lo que estuvo durante todo el día.

—Lo digo en serio —asegura Bella—. Conocí a la mayoría de las pretendientes de Jacob y ninguna se compara contigo. Porque todas eran falsas, fingidas, artificiales. Y tú eres… auténtica. Tienes una personalidad contagiosa y fuerte, justo lo que Jacob necesitaba.

—Gracias, mamá —la provoco—.

—De nada, cariño —Bella me aprieta las mejillas como si de verdad fuera su hijo—. Ahora hazme tus preguntas.

Bruna, Bella y Blake me miran con interés. El único que debe saber de qué van mis preguntas es mi amigo.

—Bruna… —me giro hacia ella—. Me dijiste ayer, si no me falla la memoria, que aquella amiga tuya mantenía contacto con Alisson Hathaway.

—Sí, lo dije —se acomoda los rizos voluminosos—.

—Bruna Martins… —incluso me aparto de ellas y me pongo en pie—. Alisson Hathaway… —señalo a Bella—.

Y, mientras las veo sorprendidas, acerco una butaca y me siento.

—Espera. ¿Cómo que tú eres Alisson Hathaway? ¿Te hiciste un cambio de sexo? —pregunta Bruna, en shock.

—Alisson Hathaway es mi tapadera. Bruce Wayne se disfraza de Batman para salvar Gotham; yo me disfrazo de Alisson Hathaway para destruir a CEOs multimillonarios —dice Bella, muy orgullosa—.

—Pero yo pensaba que Alisson Hathaway había muerto el año pasado… —Bruna se tapa la boca—.

—Ese también era el nombre de su hermano, Alisson, que sí, falleció el año pasado —aclaro.

Bruna asiente despacio, mirándonos a cada uno.

—Vale, ahora soy yo la que no entiende nada. ¿Qué ha pasado? ¿Por qué se ha expuesto así mi identidad secreta? —Bella usa su tono irónico y burlón.

—Bruna era amiga de una mujer llamada Rose Hansmann —digo, y no veo ninguna reacción por parte de Bella—. ¿Te suena de algo?

—No. —responde seca y directa.

Bruna parece rendirse un poco, pero yo conozco a Isabella y sé que es todo menos seca y directa.

—Rose Hansmann era mi hermana —digo, y Bella cambia de expresión. Veo cómo se le abren los ojos y se lleva la mano a la boca—. Murió hace poco, en un trágico accidente.

—¡No lo sabía! —aprieta la mano de Blake, que le pasa el brazo por los hombros—. Yo… lo siento… Jacob, lo siento muchísimo.

Asiento y le doy espacio para que asimile la información.

—¿Conociste o no a mi hermana?

Bella se muerde el labio. Respira hondo antes de hablar:

—Sí, la conocía. No en persona; solo intercambiábamos información. Después de que se emitiera aquel programa mío, se

puso en contacto con la cadena y consiguió mi número. A partir de ese día tuvimos bastante trato y hablamos mucho…

—¿De qué hablaban? —Bruna toma la iniciativa y se acerca a Bella.

—Yo no… —Bella se recoloca entre los brazos de Blake—. No puedo dar ese tipo de información, lo siento. Soy periodista y ella era mi fuente. Para empezar, ni siquiera deberíais conocer la identidad de mi fuente; la ley la protege. Y, además… no puedo entrar en detalles sobre lo que tratábamos.

Bruna casi se da por convencida.

Yo no.

—Vamos, Bella, todos sabemos en qué tema estás especializada y cuánto lo dominas, además de lo mucho que asusta a esos tipos. Es sumar uno más uno; no es ningún misterio de qué hablaban.

—¿De qué hablaban? Yo no lo sé —Bruna nos mira a todos.

—Tráfico de mujeres —Blake es directo.

Tengo la sensación de que Bruna se hunde en el sofá al oír la respuesta. La veo asustada, como nunca.

—¿De qué hablaban, Bella? —insisto.

—Jacob… no me pongas en una situación tan difícil…

—Era mi hermana. Y sufrió un accidente trágico, Bella —respiro hondo—. No fue un accidente. Ahora, más que nunca, sé que no lo fue. Así que al menos dame una pista del hijo de puta que pudo hacerle daño.

Bella se encoge aún más entre los brazos de Blake. Se cubre los ojos y respira hondo dos o tres veces, intentando recomponerse. Bruna y yo esperamos las respuestas con ansiedad.

—Ay, Dios mío…

—Tranquila, cariño, respira hondo.

Le damos tiempo a Bella para que se recomponga, hasta que puede hablar.

—Rose se puso en contacto conmigo porque la hermana de Piero, su marido, había sido una de esas chicas a las que Blake les pagó la universidad, ¿recuerdas? —Bella se dirige a mí.

—Sí, Blake patrocinó a muchos estudiantes que no podían permitirse los estudios universitarios —pienso en voz alta, intentando poner a Bruna al tanto de todo.

—Pues bien. Esa hermana desapareció. Toda la familia la buscó durante años, sin éxito… hasta que Rose y Piero tuvieron algún contacto con ella…

Todos contenemos la respiración al oírlo.

—No dijo cómo, cuándo ni por qué. Solo dijo que había conseguido pruebas materiales dentro de ese grupo de poderosos que se benefician del tráfico de mujeres. Pero, según Rose, la hermana de Piero ya no podía volver con su familia, porque la matarían.

—Y, por lo visto, mi hermana y su marido acabaron pagando por ello también…

Bella asiente muy despacio.

—¿Dijeron dónde estaba esa chica desaparecida? —pregunta Blake.

—En Brasil. Fue traficada a Brasil —responde.

Bruna parece horrorizada.

—Rose dijo que el tráfico de mujeres era solo una rama de ese grupo tan poderoso, que en realidad se beneficiaba de la política brasileña y tenía en el tráfico de mujeres, el narcotráfico y las milicias su verdadera fuente de poder.

Blake y yo intercambiamos una mirada seria y contenida.

—¿Milicias? —Bruna me mira.

—¿Dijo nombres?

—Rose dijo que tenía documentos. Y dijo que… su hermano me los daría, pero nunca imaginé que tú fueras su hermano…

—Yo no tengo los documentos…

—O que una amiga suya me los entregaría —mira a Bruna.

Bruna nos devuelve la mirada, aún horrorizada. En su rostro no hay nada más que un miedo profundo.

—No los tengo… yo… yo… ni siquiera sabía de qué iba todo esto; solo sabía que ella tenía contacto con Alisson Hathaway, se aseguró de mencionarlo una vez… —intenta justificarse.

—Entonces no tenemos los documentos —analiza Bella—. Por lo tanto, no tenemos pruebas…

Ahora noto que Blake lleva rato haciéndome un gesto sutil con la cabeza y que yo he estado ignorando durante varios minutos. Percibo lo nerviosa que está Bruna; me levanto del sillón y me siento a su lado, la cubro con el brazo y apoyo la barbilla en su hombro.

Está temblando.

—Tú… tú dijiste que tenías amigos muy poderosos… ¿no crees que ellos podrían arreglar lo de esa gente, Jacob? —me pregunta.

—El problema, señora Parker, es que esas personas también son muy poderosas. Y forman parte del mismo círculo social que nosotros. Así que… no es tan fácil como imagina —pondera Blake.

—Pero todo va a salir bien —le aseguro.

—¿Había oído hablar antes del tráfico de mujeres, señora Parker? —pregunta Blake.

Bruna se queda incómoda, no sabe muy bien cómo responder.

—Bueno… en las telenovelas se habla mucho de mujeres que son llevadas al extranjero, les quitan los documentos y se ven obligadas a trabajar sexualmente… —la aprieto con más fuerza, porque está realmente nerviosa.

—Sí, por desgracia esas cosas ocurren. No sé exactamente cómo se posiciona la Colmena brasileña al respecto, pero aquí, en la Colmena estadounidense, tenemos una postura muy severa sobre este tema. No toleramos el tráfico de personas, especialmente de mujeres —aclara Blake.

—¿Conoces a Layla? —le pregunto a Bruna, y ella asiente—. Es la esposa del hombre más poderoso de la Colmena americana, del que dirige a todo el mundo. Y ella, Layla, y su hija, Yohanna, fueron traficadas en el pasado. Shawn es extremadamente estricto con este asunto.

—Y como todo lo que está prohibido genera un comercio clandestino, o como suelen decir, un «mercado negro»… —empieza Blake, hasta que Bruna lo interrumpe.

—No me gusta ese nombre —cruza los brazos.

—Lo sé. Sé que no es un término adecuado, pero hay personas que solo entienden de qué se trata cuando lo llamamos así.

—El mercado clandestino es lo que hace ricos y poderosos a la mayoría de los hombres en el mundo actual.

—¿Como la política? —pregunta Bruna—. Porque en Brasil es eso lo que parece enriquecer a la gente. Familias enteras hacen carrera en la política… o en la judicatura…

—Sobre todo la política —valoro—. Porque es a través de ella como flexibilizan, ignoran o fingen no ver el mercado clandestino. Muchas veces son ellos mismos quienes lo crean y lo perpetúan.

—Soy de Río de Janeiro, Jacob; si hay algo que entiendo es cómo se usa la política para hacer lo que a uno le da la gana… —la

siento estremecerse.

—Bella, tú… ¿crees que podrías… facilitarme el material que intercambiaste con Rose? Llamadas, documentos…

—No sé si sería ético, Jacob… —mira a Blake—. Al mismo tiempo… no sé en qué ayudaría o perjudicaría… hablamos de muchas cosas…

—Y me gustaría conocerlas todas, si no te importa —digo—. Es por una causa mayor y, además, me gustaría oír la voz de mi hermana. Saber qué la angustiaba, qué ocurrió con ella en los últimos años o incluso por qué no me buscó…

—Consultaré con algunos abogados y veré qué puedo hacer —Bella se muestra firme.

—Quizá yo pueda ayudarte con eso. Al fin y al cabo, este tema no solo te concierne a ti, Bella, sino a todos nosotros. Especialmente a los Cavalieri.

—Lo sé.

—Gracias, Bella, era solo eso.

Ella balancea sus tacones negros y sonríe con condescendencia; se acerca a Bruna, que ni siquiera consigue levantarse, y se despide de ella. Blake también se despide.

Los acompaño hasta la puerta y Bruna se queda donde está.

—Gracias, de verdad, por compartir todo esto conmigo.

—¿Por qué no me preguntaste antes por todo esto? —dice indignada.

—Solo lo supe ayer. Y necesitaba tratarlo en persona y en una ocasión que no levantara sospechas —alzo una ceja.

—¿Crees que nos están vigilando? —ahora es ella quien alza la ceja.

—Siempre estamos vigilados —asegura Blake, y ambos asentimos.

—De acuerdo, reuniré toda la información que tenga y veré cómo puedo ayudarte, ¿vale?

—Vale, Bella. Muchísimas gracias por tu sinceridad.

Ella asiente y se despide con la cabeza. Da aún tres pasos, pero se detiene a mitad de camino, se gira y me mira.

—Ya que estamos hablando de sinceridad, déjame ser sincera.

—Tú siempre lo eres, Isabella.

—Me di cuenta de que durante la mayor parte del día fuisteis falsos — suelta sin rodeos—. Porque ese no eras tú y, obviamente, esa no era ella.

Me quedo en silencio; es mi derecho.

—Pero a lo largo del día, Jacob, sí eras tú. En las bromas, en las risas, en la forma en que la hacías sentirse cohibida… E incluso cuando le preguntabas si quería comer más o si estaba cómoda, sabía que eras tú, porque te conozco.

Sigo en silencio.

—La forma en que ella te mira no miente, ¿sabes? Está aprendiendo a gustarle. O intentando entender quién eres. Y la manera en que tú la miras me hace pensar que quizá de verdad desearías que toda esta falsedad pudiera ser real.

Blake me dice con la mirada que no le contó nada a Bella.

—Mi consejo es este: nadie puede fingir todo el tiempo; llega un momento en que la máscara se cae. Y la fachada falsa que estabais intentando mostrar a todos fue desmoronándose, hasta convertirse en algo realmente interesante y natural: una pareja joven y un poco perdida, intentando encontrarse. Eso puede salir muy bien, Jacob. O, al menos, dar una buena historia en el futuro…

Asiento con la cabeza.

—Desde luego sabes mucho sobre el cuerpo femenino.

—Es mi especialidad —presumo.

—Pero hay cosas mucho más excitantes en un hombre que los músculos, la cara, los tatuajes e incluso una polla grande…

—Estoy deseando oírlo.

—Autenticidad. Verdad. Valentía.

—No sé si lo he entendido.

—Todos nos quedamos, y seguimos estando, sorprendidos porque… solo conocíamos ese lado tuyo. El del semental, el ligón, el caballo que nunca permite que lo ensillen. Sé que nunca te sentiste cómodo contándonos tu historia, pero quizá sea importante ser transparente con ella y decirle quién eres, de dónde vienes, qué has sufrido.

Mira… no sé si es buena idea…

—Ella quiere conocerte, Jacob. Y solo conoce lo mismo que todos nosotros. El vínculo profundo que une a una pareja es que se permiten conocerse de verdad, sin miedo al juicio. Y aman cada parte del otro, al mismo tiempo que intentan sobrellevar las que no les gustan.

—De acuerdo.

—Sé que hay una herida en tu pasado. Y donde tú solo ves dolor y debilidad, créeme, ella no verá nada de eso. Verá fuerza y coraje. Y eso será excitante, porque se sentirá más segura sobre el terreno que pisa y entenderá que eres auténtico, que eres real y que ahí dentro late un corazón.

—¿De verdad?

—Hasta tú mismo lo descubrirás, Jacob. ¡Ahora tengo que irme!

—¡No te olvides de lo que te pedí! —insisto.

—Pensaré en tu caso. ¡No te olvides tú de lo que acabo de decirte!

Capítulo 18

Jacob Parker

Darme la vuelta y encontrar a Bruna en el salón, tensa, retraída y asustada, me dejó sin suelo bajo los pies. Siempre sé qué decir, sobre todo a las mujeres, pero ella consigue hacerme perder las palabras.

Esquivo todo lo que hay a mi alrededor hasta quedarme frente a ella, le tomo las manos y la llevo al sofá, donde nos sentamos.

—¿Crees que la asesinaron, Jacob?

—No puedo afirmarte nada con certeza, pero todo apunta a que ese accidente fue premeditado.

Bruna sacude la melena negándolo, cierra los ojos con fuerza y veo cómo las lágrimas empiezan a brotar. No pierdo tiempo y la abrazo, apoyo la barbilla en la parte superior de su frente y la acomodo para que quede recostada en el sofá, sobre mí.

—Conociendo a mi hermana, incluso después de tanto tiempo distanciados, sé que fue hasta el fondo con lo que investigaba. Y, créeme, nunca le importó pagar el precio ni llegar hasta las últimas consecuencias. Ahora sí creo que encontró pistas sobre esa red criminal, debió de recibir amenazas y… bueno… ya sabes…

Bruna sigue negándolo, llora en silencio sobre mí. Sus uñas se me clavan con fuerza y sus lágrimas empapan el dorso de mi mano. Ojalá la máxima de Nicolas sirva de algo ahora, porque no sé qué palabras usar para calmarle el corazón.

—Tranquila, cariño —murmuro, mientras acaricio su rostro y su cabello, no de la forma brusca y torpe de Nicolas, aunque me

siento tentado.

—Salí de Brasil para estar a salvo aquí…, pero ahora no sé si lo estoy…

—Bruna, nadie está nunca realmente a salvo. La vida no va de seguridad, va de riesgos y de dónde y con quién decidimos asumirlos. Ya te prometí que a mi lado los riesgos serán menores, yo me encargaré de todo. Todo va a salir bien.

Después de tantos años mintiendo y fingiendo sentimientos y palabras, ni siquiera yo sé qué es verdad y qué no cuando hablo. Pero soy responsable de esos niños y de Bruna, y por eso tendré que cumplir mis palabras. Todas.

—Nunca tuve tiempo para superar el abandono de mi madre —trago saliva.

No imaginé que captaría su atención con tanta rapidez.

—¿Por qué no? Eres asquerosamente rico, ¡podrías pagar terapia hasta morirte!

—Sí, lo sé —asiento, le pellizco la nariz y fijo la mirada en su rostro—. Pero pasé buena parte de mi vida lidiando con otros traumas. Unos que profundizaron aún más la sensación de abandono.

Bruna se acomoda en mi regazo, empieza a apretarse los dedos con lentitud y desliza los pies sobre los cojines. Sus ojos color miel se clavan en los míos; no sé si estoy preparado para tanta atención.

—Cuando ella huyó, cuando se fue, no sé exactamente qué ocurrió. Mi padre echó toda la culpa sobre mí y sobre mi hermana. Ella pareció prever lo que la esperaba y se marchó de casa enseguida, pero yo me quedé. Porque… pensé que, de algún modo, podría ablandar su corazón. Y… si yo también me iba… no quedaría nadie…

Bruna asiente en silencio.

—Cuando tenía nueve años recuerdo que me presentó a la primera mujer con la que mantuve relaciones.

—¡Jacob! —dice horrorizada.

No cambio mi expresión, sigo mirándola con serenidad.

—Me obligaba a tener sexo con esas mujeres. Y como pagaban una suma bastante alta, hacían conmigo lo que querían. Después, cuando se iban, me pegaba y me decía cuánto había entristecido a Dios con mis actos y que, por eso, Dios nunca permitiría que tuviera nada. Una casa, una familia, hijos, un buen trabajo… nunca sería merecedor, nunca los tendría.

Bruna se tapa la boca. Intento, con mis gestos, con el tono de mi voz, con mi mirada, tranquilizarla. Pero parece mucho más asustada que antes.

—Eso duró hasta los doce, cuando me escapé de casa. Pensé: ¿sabes qué? Si no merezco nada de eso y nunca voy a tener una vida normal como los demás, porque tengo la sangre podrida de mi madre y he entristecido mucho a Dios, lo único que me queda es, al menos, tomar mis propias decisiones. Y entonces pasé un tiempo viviendo en la calle…

—¿Servicios sociales no te encontró?

—Blake Gallagher me encontró. Él fue mis servicios sociales. No me juzgó, me acogió como a un hijo y empezó a enseñarme un poco de economía, me hizo cogerle el gusto al mundo financiero. Algunos años después entré en Columbia y… aquí estoy.

—Yo… nunca imaginé que esa fuera tu historia…

—No es ni el uno por ciento, Bruna. Intenté resumirla y omitir las partes más terribles, porque no quiero hacerte daño ni asustarte todavía más. No estoy aquí para eso. Quiero que sepas que estoy aquí para lo que necesites.

—¿Y tú qué necesitas?

—¿Cómo dices?

—Bueno… ya dije que tenía la teoría de que alguna mujer te había hecho daño; no iba tan desencaminada, pero jamás imaginé que tu padre fuera tu verdugo.

—Hizo una pequeña fortuna prostituyendo a su propio hijo.

—¡Hizo una pequeña fortuna permitiendo que la gente te violara! —lo corrige ella.

—Cuando Isabella sacó a la luz ese mundo oscuro de la trata de personas, me quedé bastante tocado. Yo nunca fui traficado, pero sí fui… bueno… ya sabes. Y pensar que tantas otras personas, mujeres y niños, viven esa realidad tan dura todos los días, en manos de gente poderosa… eso me dejó muy perturbado. Y ahora descubro que Park Yang My dio su vida por ello…

—Yo también fui violada.

Abrirme fue un sacrificio enorme, pero ¿Bruna? Creo que aquí tenemos un récord digno de mención.

—Después de que murió mi padre, mi madre encontró un nuevo marido. Al principio era bueno, pero luego empezó a tocarme de maneras extrañas… y a mirarme de formas extrañas… hasta que un día envió a mi madre a un acto de la iglesia y abusó de mí.

¿Dos personas abusadas? Quién lo diría…

—Ser mujer, y más aún en Brasil, no es nada fácil. Vives con miedo constante… a que te agredan en el autobús o en el metro… casi te da un infarto cuando estás en una calle oscura y aparece un hombre desde el otro lado… incluso en un Uber o en un taxi… dentro de la empresa en la que trabajas, en la universidad donde estudias… pero creo que lo más cruel es ser abusada dentro de casa. Es el único lugar donde deberíamos sentirnos seguras y, por desgracia…

Necesita una pausa para llorar, no en silencio esta vez.

La alzo contra mi cuerpo y la abrazo con fuerza, para que llore todo lo que quiera y se tome el tiempo que necesite para recomponerse.

—Dicen en los libros de historia y en el discurso oficial que la esclavitud terminó. Pero grandes empresas de moda siguen utilizando trabajo esclavo, igual que enormes conglomerados del agronegocio, sobre todo en el interior y en zonas aisladas… Por lo general, la esclavitud masculina se manifiesta como trabajo forzoso, pero en la mayoría de los casos son las mujeres y los niños quienes sufren abusos. Y no dejo de preguntarme cuándo va a terminar todo esto. Si algún día las vidas humanas importarán de verdad más que el poder y el dinero…

Bruna está muy alterada y, seamos sinceros, es imposible no estarlo.

El anestesiado soy yo, que vivo en un mundo donde esto es normal, casi un procedimiento estándar.

Aun así, ahora me quedo pensativo recordando lo que dijo mi hermana en el vídeo que me dejó: que a veces, aunque vengamos de lugares distintos, nuestras historias se parecen a las de personas que no conocemos (o algo por el estilo).

Y es terrible, porque durante años me pregunté: ¿por qué a mí? Hasta que descubrí que muchas otras personas pasaron por lo mismo que yo. Pero eso no me impidió cerrarme, sobre todo a una vida religiosa, y también a abrirme en relaciones amorosas.

Nunca me sentí digno ni lo bastante bueno para tener algo con alguien.

Por no hablar de la sensación constante de que en cualquier momento me iban a abandonar, así que siempre opté por abandonar yo primero.

En un mundo ultramoderno donde todo se sustituye con rapidez y nada es único, cambiar de personas, de amores y de

sentimientos se convirtió en la norma. Y nunca encontré dentro de mí la fuerza para luchar por algo o por alguien.

Hasta ahora.

Hasta conocer a mis sobrinos, vislumbrar la verdadera causa de la muerte de mi hermana y… a Bruna.

—Ese padrastro tuyo no volverá a tocarte —le aseguro—. No te pondrá un dedo encima ni volverá a dirigirte la palabra. O lo mato.

—No tienes que preocuparte, Jacob… está en Brasil. No volveré a verlo nunca. Pero te agradezco la preocupación.

No me importa dónde esté ese hombre. Encontraré la forma de descubrir su identidad y yo mismo iré a su encuentro para acabar con él.

—No voy a abandonarte —dice, apretándome la mano—. Es evidente, no puedo; tenemos un contrato de matrimonio firmado, duh. Así que no hace falta que tengas miedo de perderme. No puedes perderme, porque si no estaría jodida en la vida. —Se encoge de hombros.

Bueno… no voy a mentir: parte de toda esta idea fue precisamente protegerme del dolor de otro abandono.

Volvería a sentirme como un niño, indefenso y sin rumbo. Desde que mi vida empezó a encarrilarse, nunca más me abandonaron; tampoco dejé espacio para que nadie me conquistara, salvo Blake y Kaleb.

Estar cautivo de alguien es una de las cosas más peligrosas para mí. No quiero vivir con el miedo a ser sustituido o dejado atrás porque no fui lo bastante bueno o no cumplí las expectativas.

Y por esa marca tan profunda de mi pasado, sé que renuncié a vivir experiencias que me habrían hecho mucho bien. Al mismo tiempo, ahora siento cierto alivio al poder compartir todo esto, sobre todo con una mujer, y no ser tachado de débil.

—Creo que, si hablamos abiertamente de nuestros miedos, deseos y expectativas de futuro, quizá este matrimonio de mentira dure mucho más. Si te resulta conveniente, claro.

—Creo que ese es el principio de cualquier relación, ¿no? Hablar con franqueza e intentar superar las cosas juntos —respiro hondo—.

—Sí… quién lo diría, Jacob… nunca imaginé que fueras una persona tan profunda…

—Ya ves. —Niego con la cabeza—. ¿Quieres follar?

—¿Cómo?

—Tener sexo. Follar hasta desmayarnos y no despertarnos hasta mañana.

Los labios de Bruna tiemblan mientras se ríe, pero contiene la carcajada para no hacer demasiado ruido.

—Hoy no, estoy muy cansada. De verdad.

—¿Si cambias de idea de madrugada, me avisas?

Bruna deja de reír y me mira durante un largo instante, tanto que llega a incomodarme.

—Sí, te aviso, no te preocupes. —Apoya la cabeza sobre mi pecho—. Me ha gustado mucho conocerte de verdad ahora. Aún necesitaré tiempo para asimilar y digerir todo, pero… al menos ya sé con qué estoy tratando.

—Sí… —Miro a mi alrededor—. ¿Y ahora qué? ¿Quieres follar?

—No, sigo estando cansada.

—Pero vas a estar tumbada.

—Ah, claro, porque follar contigo no es como estar en las Olimpiadas, ¿no? Todavía no consigo ni andar bien, Jacob.

—¡Mejor aún, no tendrás que andar, solo quedarte quieta!

—¡Jacob, vete a dormir, que lo tuyo es falta de sueño! —Bruna me da con el cojín y empieza a dirigirse hacia las escaleras.

—¡Lo mío es que no me quieres! —recurro al drama.

—Yo… yo sí quiero… solo que hoy no… pasas de una intensidad a otra en un abrir y cerrar de ojos, Dios mío… estábamos aquí abriéndonos, en la conversación más triste del mundo, y tú sales con esto…

—Mi polla está triste, dale un poco de cariño.

Capítulo 19

Jacob Parker

Me desperté muy temprano para ir al banco, para concentrarme, agilizar algunos documentos y participar a primera hora en una reunión importante con banqueros de toda América Latina.

Cuando salí de casa, Bruna y los niños aún dormían, así que besé la frente de cada uno y me quedé mirándolos dormir durante unos minutos, mientras escuchaba un audiolibro sobre las reformas económicas que afectaron a Sudamérica dos décadas atrás y que habían extendido la pobreza y la miseria por gran parte del continente.

La reunión fue un éxito de una forma que no esperaba.

Digamos que no todos se acostumbraron a la idea de que el chico para todo de Blake asumiera la presidencia y dirigiera el banco y todo lo que representa, pero desde que anuncié mi matrimonio las cosas aquí cambiaron como por arte de magia.

Se nota cómo todos me miran de otra manera y me tratan como si ya no fuera el inconsciente de antes —cosa que, obviamente, sigo siendo.

¿Cómo puede un detalle tan tonto influir así en la opinión de la gente?

Al terminar la reunión, veo a todos salir en silencio, pero al cruzar la puerta cambian de inmediato la expresión, empiezan a agacharse y a hablar despacio, como si estuvieran tratando con niños pequeños.

Camino un poco y me asomo por la puerta; los veo a todos reunidos alrededor de los gemelos, que golpean con las manos la mesita del carrito y sueltan carcajadas contagiosas —estos bebés realmente saben cómo hechizar a los adultos.

Bruna también recibe saludos; sonríe con modestia y vigila con mirada afilada a cada persona que se acerca a los niños. Se ajusta la chaqueta vaquera sobre la camiseta negra y se seca las manos húmedas de nerviosismo en el pantalón negro.

—¿Esa es tu mujer? —me pregunta uno de los banqueros de Argentina.

—Sí, y mis hijos —señalo a los niños.

—¿Le permites vestirse así? —la recorre de arriba abajo con la mirada—. No es como imaginábamos a la mujer del hombre más poderoso de uno de los bancos más poderosos de América —critica.

—Es mi mujer, no mi hija —le retiro la mano de mi hombro—. No tengo que permitir nada.

Podría haber seguido su día sin decir eso y, por ese motivo, se aleja y se marcha sin saludarla.

Y hablando del diablo… quiero decir, de la diabla…

—Hola.

—¡Hola! No sabía que vendrías aquí. ¿Alguna cosa importante que resolver?

—No, solo quería verte. Saber si estás bien, si has desayunado y cómo va tu día…

Apoyo la mano derecha en su espalda y avanzamos despacio hacia el centro del lugar, donde los niños están completamente frenéticos.

—¿No podías preguntarme eso por teléfono? —intento no sonar brusco.

—¿Tengo pinta de mujer que hace llamadas? —me responde.

Me muerdo la lengua al mirarla. Espero a que todos se alejen para contestar:

—No puedes responderme así delante de los demás.

—Lapsus —se encoge de hombros—. Pero quería tratar algo importante contigo, en tu despacho…

—¿Ha pasado algo? ¿Los niños están bien? —me agacho para comprobarlo.

Yuri solo babea y se mueve sin parar; Sunny mira a su alrededor, como si buscara a la pequeña multitud que estaba aquí hace un momento, parece que quiere más.

—Los niños están estupendos.

—Entonces, ¿qué pasa?

—Te lo diré cuando lleguemos a tu despacho.

Asiento de inmediato. Agarro el carrito de los niños y los llevo hasta el ascensor privado; juego con ellos durante el trayecto hasta llegar a la planta del despacho presidencial. Un coro femenino de excitación se extiende; todo el mundo se levanta para conocer a los bebés.

—¿Son tus hijos?

—¡Mira qué mofletudos!

—¿Ella es la madre?

Nos bombardean con preguntas interminables, hasta que aparece Allen y se abre paso para llegar hasta mí.

—Yo me encargo de ellos, no te preocupes —hace un gesto y se lleva el carrito a la biblioteca; todas las secretarias lo siguen.

—Tienes muchas secretarias —analiza Bruna mientras nos dirigimos a mi despacho.

—Buena observación, Sherlock —la provoco.

Al entrar, Bruna fija la mirada en la puerta durante unos segundos, hasta localizar el pestillo. Yo camino hasta la mesa, me siento encima de ella y espero a que me diga lo que ha venido a decirme.

—Creo que a los dueños del banco no les ha gustado verme vestida así —dice sin mostrar demasiada emoción, como si no le importara—. ¿Tú qué opinas? —Da una vuelta sobre sí misma.

—Creo que hay ropa más adecuada para la esposa del CEO de este lugar —abro los brazos para señalar el entorno—. Pero también creo que eres una mujer adulta y te vestirás como te dé la gana, independientemente de lo que yo piense. —Me humedezco los labios.

—Eres bueno con las respuestas.

—Soy el principal negociador de este sitio —asiento—. Pero ¿qué querías hablar conmigo? ¿Descubriste algo nuevo sobre lo que hablamos ayer? ¿O solo vas a matarme, ya que has cerrado la puerta con llave?

Bruna se quita la chaqueta vaquera y camina muy despacio hasta el sillón para dejarla allí. Abre el bolso y yo me espero cualquier cosa: que saque un arma, un rosario o incluso el contrato. Pero no. Saca dos guantes negros de látex y se los pone lentamente, sin dejar de mirarme.

Esto se está poniendo interesante.

La veo quitarse la blusa y ya distingo el corsé de cuero; es oficial, estoy completamente duro.

—¿Esto es algún tipo de broma?

—¿Te parece una broma? —Se sienta en el sillón y se quita los vaqueros, dejando a la vista sus piernas desnudas y una braguita que pone a prueba mi equilibrio mental—. Ayer estaba muy cansada, Jacob. Pero hoy ya no lo estoy —dice.

Y yo salto de la mesa y me arranco el traje.

He usado este despacho para follar con un montón de secretarias y empresarias, pero nunca imaginé que follaría aquí con mi mujer.

—¿Estás segura de esto? —pregunto, solo para asegurarme.

Bruna saca un látigo negro del bolso y, cuando estoy lo bastante cerca, me da con la punta en la cara. Escuece de la hostia y el sobresalto me deja descolocado durante un instante.

—¡Estás loca! —me froto la zona.

—No tienes ni idea de cuánto —se levanta con una presencia imponente. Presiona la punta del látigo contra mi pecho—. Quítate la camisa.

—Pensé que no ibas a mandarme —guiño un ojo y empiezo a desabrocharla.

Veo a Jacob desnudarse, muy despacio, exhibiéndose para mí.

Muestra su cuerpo trabajado y tatuado, deja caer la camisa blanca a su lado. Se agarra con firmeza a la mesa, a su espalda, flexionando los brazos, que parecen incluso más grandes de lo que ya son. Empuja los zapatos hasta quitárselos.

Al final, se agacha un poco y sostiene el peso del cuerpo con la espalda apoyada en la mesa, se desabrocha el cinturón, se desabrocha el pantalón y se lo baja lentamente. Los muslos gruesos le impiden quedarse completamente desnudo, así que se incorpora y va empujando el pantalón hasta que queda a la altura de las pantorrillas.

—¿Así está bien? —me pregunta.

Miro su jockstrap negra, que marca la forma de su polla, dura, a punto de salirse.

—Da una vuelta —indico con el látigo.

Gira despacio, mostrando los glúteos redondos y descubiertos.

Esto es demasiada tentación para una mujer.

—¿Qué gracia tiene llevar ropa interior así? —cruzo los brazos.

—Es para hacer deporte —explica mientras se estira, primero el cuello y luego los brazos—. Salgo de aquí y voy directo a kung fu, después musculación. Así me siento más cómodo —dice, se gira de nuevo, se apoya con las manos en la mesa y gira el rostro muy despacio hacia mí—. Pero dilo, es una buena vista, ¿no? —me provoca.

Y tanto que lo es. Si yo tuviera polla, creo que ahora mismo también estaría dura.

Tengo que admitir que no sé exactamente qué estoy haciendo. Quiero decir, sé muy bien lo que hago, el punto es que nunca he tomado la iniciativa en cuestiones de sexo. Tampoco tuve suerte las veces en que otros la tomaron por mí…

Pero me gustaría probar algunas cosas… saber con qué siento placer.

Sé que sentí placer con Jacob, aquella primera vez.

—¿Te sientes cómodo si te domino? —pregunto.

—Me siento muy cómodo yendo hasta los límites del placer para volverte loca —responde, y me pone la piel de gallina—. Pero la próxima vez que me pegues con el látigo, al menos avísame antes. No por el dolor, es más por el susto.

—Vale. —Saco las esposas del bolso y las balanceo entre mis manos—. ¿Estás preparado?

—Bruna, yo nací preparado —estira los laterales de la ropa interior y los suelta, dejándolos golpear contra su propio cuerpo.

Esposo a Jacob con las manos a la espalda; no deja de mirarme de una forma depredadora que me da miedo, pero también deseo. Apenas consigo respirar cuando estoy cerca de su cuerpo; es tan grande, tan musculoso e imponente, que me siento pequeña a su lado.

¿Y ahora qué hago? ¿Habrá sido buena idea esto de dominarlo?

Y el muy cabrón se balancea despacio sobre los pies, disfrutando de la vista y divirtiéndose.

Toco sus hombros y desciendo por su piel; incluso con los guantes siento lo suave y duro que es al mismo tiempo, sin contar

su respiración y su mirada, que desprenden todo lo inapropiado para este momento.

Sus pezones están erectos; Jacob echa la cabeza hacia atrás un instante cuando los masajeo y después los pellizco. Veo su polla latir con tanta fuerza que parece que va a salirse de la ropa interior.

—¿No vas a pensar que estoy loca si hago algunas cosas? —pregunto más para mí que para él.

—Pensaré que estás loca si no haces lo que quieras conmigo esposado —replica, mirándome serio.

Suspiro con fuerza.

—Vamos, Bruna, ¿tú y yo no estamos intentando eso de ser transparentes el uno con el otro? Muéstrame lo guarra que eres, anda —me provoca.

Lo hago callar con un latigazo en la cara.

Jacob se queda en silencio de inmediato. Mueve la mandíbula de un lado a otro y yo intento ocultar mi sorpresa al ver su pómulo bien rojo.

—Eres buena en esto —es lo único que dice. Y creo que su ropa interior no va a aguantar; va a acabar rompiéndose por la fuerza con la que esa polla enorme intenta salir.

Agarro el lateral de la prenda y la levanto muy despacio. Puedo ver su polla ya húmeda, soltando un líquido transparente. Toco con la yema de los dedos su glande y Jacob se estremece sobre la mesa; sus manos se aferran con fuerza al mueble de madera.

El líquido seminal sigue mi dedo cuando lo aparto. Me atrevo a probar su sabor y eso parece excitar aún más a Jacob; su polla, liberada de la presión de la ropa interior, golpea contra su ombligo.

Puede pensar que estoy loca, pero me da igual…

Saco la lengua y recorro desde los testículos hasta la glande, sintiendo el líquido en mi boca. Luego recorro la cabeza rosada de su polla —contengo la risa porque recuerdo de inmediato a Nando llamándola Danoninho— y soy yo la que se estremece.

El olor de este hombre, su virilidad y la forma desinhibida con la que se comporta delante de mí ponen a prueba mi cordura. Y creo que él lo sabe muy bien.

Estoy segura de que, si Jacob tuviera las manos libres, me haría atragantarme de una sola vez al empujarme para que me tragara su polla; como no puede usar las manos, empuja con la cadera, obligándome a meter cada vez más de su polla en mi boca. Llega casi hasta la garganta y aun así queda mucho fuera.

Le pellizco un pezón y él gime retorciéndose.

—¡He dicho que iba a dominar yo! —protesto con voz autoritaria—. ¡Quédate quieto!

Asiente despacio y lo observo entreabrir la boca y soltar un aliento caliente hacia mí cuando empiezo a masturbarlo.

—Nunca imaginé, en toda mi vida, que iba a follar con mi jefe en su despacho, con toda la ciudad de Nueva York de fondo.

Jacob y yo miramos el enorme ventanal que cubre la pared de la sala. Desde allí se distinguen innumerables edificios e incluso algunas avenidas famosas más adelante.

—Espero que los pervertidos de los edificios de enfrente no tengan prismáticos —dice, volviéndose hacia mí.

—Ojalá que sí —agarro su polla con firmeza y tiro de él para separarlo de la mesa.

Jacob viene detrás, como si llevara una correa.

Prácticamente se deja caer en mi sillón, la polla balanceándose hacia arriba, mirándome con una expresión pervertida.

—¿Quién ha dicho que era para sentarte así? —alzo una ceja.

—Ah… —se levanta—. ¿Cómo quieres que me siente?

—No quiero que te sientes.

Es Jacob quien alza ahora la ceja, como si me dijera «no vas a hacer eso». Y, cariño, sí que voy a hacerlo.

Lo hago arrodillarse en el sillón; apoya la cabeza en el respaldo, pero enseguida la gira para intentar ver qué estoy haciendo.

La visión de la espalda de este hombre, de sus brazos flexionados hacia atrás y, sobre todo, de esos muslos gruesos y ese culo empinado es algo que ni sé cómo describir.

—Tú… eh… tú… ¿estás segura…? Tú… ¿vas a…?

Aprovecho que está nervioso y tartamudeando —algo que nunca le había visto; parece que siempre tiene el control de todo— y le muerdo el culo.

Jacob se queda completamente en silencio.

Le chupo la nalga muy despacio y oigo su gemido; incluso puedo ver el sudor resbalando por su frente.

—Bruna, tú no… —dice, pero ya es demasiado tarde.

Paso la lengua por el centro de sus nalgas y hasta yo me estremezco con la forma en que este hombre se estira entero, de los pies al cuello. Me agarro con firmeza a sus piernas y hunde un poco más el rostro; es mejor de lo que imaginaba. Huele muy bien y su piel es aún más suave aquí.

—Bruna, tú no… —intenta retomar lo que estaba diciendo—. No pares… —me pide.

Suelto sus piernas y separo bien sus nalgas, doy un mordisco en la parte más prominente de su culo y vuelvo a pasar la lengua por su ano muy despacio. Dejo una mano libre para alcanzar su polla y masturbarlo y, para mi sorpresa, parece que no deja de latir.

—Esto es… extrañamente bueno —se retuerce y mira hacia atrás.

—¿Quieres más?

Nos miramos en silencio. De esos momentos de tensión del wéstern antes de empezar el tiroteo.

—Con la lengua, sí, puedes chuparme entero.

—No estaba hablando de la lengua… —levanto un dedo.

—Bruna… ¡NO!

—Solo un dedito —le guiño un ojo.

—Te dejaré meterte un dedo cuando yo pueda meterte toda mi polla dentro, imbécil. Hasta los huevos.

—Acepto el reto —cerramos el trato—. ¿Y dice que él es un buen negociador?—. Pero será otro día.

Este hombre parece que se va directo al cielo.

Y lo hace, de verdad, cuando vuelvo a lamer alrededor de su orificio y lo masturbo con intensidad. Jacob se desinhibe por completo; sus propias manos agarran sus nalgas carnosas y las empina hacia mí mientras yo me hundo y lo dejo empapado.

—Creo que los dos estamos jodidamente locos —admito cuando me incorporo y lo giro hacia mí.

Tiene la cara completamente roja y parece debatirse entre una vergüenza extrema y, al mismo tiempo, una ausencia total de pudor.

—¿Te ha gustado, Jacob?

—Jodidamente —admite.

—Sí, ya lo sé —sigo masturbándole la polla, toda babosa, con la glande hinchadísima—. Mientes como un cabrón, pero una polla dura e hinchada no sabe mentir.

Es como si el rey estuviera desnudo, despojado de todo lo que lo hace majestuoso.

Y aun así siguiera siendo soberano, como nunca.

—¿Quieres recibir tu regalo ahora?

Asiente que sí, casi con desesperación.

Me quito la braguita despacio y me coloco encima de él. Tardo un breve instante en deslizar el preservativo y apoyo las rodillas sobre el sillón amplio; bajo la cadera lentamente y dejo su polla lista para penetrarme.

—No vas a hacer eso… —se ríe.

Alzo una ceja.

—¿Que no? —soy yo la que se ríe—. Creo que vas a descubrir que soy capaz de hacer muchas cosas, Jacob.

—¿Pero esto?

Me humedezco los labios con la lengua y veo cómo se le iluminan los ojazos. Paso lubricante por toda la longitud de su pene y también dentro de mí.

—Hoy te lo mereces.

Presiono mi culo contra su polla; los dos cerramos los ojos y siento como si me inyectaran adrenalina en vena cuando me penetra.

Jacob Parker

Pensé que yo era un loco de remate y un depravado. Pero esta mujer…

Se merece un altar, ser colocada en él y tenerme a sus pies, besándoselos.

No consigo contener el nudo en el estómago; es como si fuera mi primera vez. Bruna ha despertado en mí, no solo en el cuerpo, sino en lo más profundo, cosas que creía que no podía sentir, solo provocar.

Estoy más excitado, más duro y más fuera de mí que nunca.

Siento que voy a correrme con solo entrar en ella; es una sensación deliciosa notar cómo su ano me aprieta mientras avanzo dentro de ella, muy despacio.

Sus manos se agarran a mi pelo y tiran con fuerza, y yo, esposado, lo único que puedo hacer es empujar la cadera hacia delante y moverme sobre el sillón para que ese encaje perfecto nos dé placer.

Bruna gime alto junto a mi oído y me descoloca la cabeza, literalmente; me deja el pelo revuelto, parece que va a darle la vuelta a todo y, por dentro, me vuelve aún más insano.

Es tan estrecha y tan guarra que me ha dejado más duro que nunca y sigo pulsando frenéticamente; la polla casi vibra dentro de ella. Y quiero más: tras el primer instante para que se acostumbre, empiezo a embestir con un ritmo mejor para los dos.

—Se me está durmiendo el brazo, suéltame —pido.

Sale de mí y todo mi cuerpo se eriza, echándola de menos, suplicando que vuelva.

Bruna me suelta y lo primero que hago es agarrarla con fuerza del cuello y empujarla por la sala hasta volver a mi mesa.

Barro todo lo que hay encima: documentos, portátil, condecoraciones y el móvil. ¡Que se vaya todo a la mierda!

La tumbo sobre la mesa y sigo presionándola en el punto exacto del cuello, esta vez contra la madera. Vuelvo a entrar en ella, pero ahora con más fuerza.

—¿Así es como te gusta, guarra?

—Puedes ir más fuerte —me provoca. Sus dos manos acarician la mía, la que la asfixia.

—¡No me provoques, joder!

Ya me cuesta bastante contenerme; no necesito a un demonio susurrándome que vaya más fuerte.

La suelto para que pueda respirar con normalidad y mis manos suben y bajan por su cuerpo: de las pantorrillas a los muslos, de la cintura a los pechos, de los brazos al cuello.

Me vuelve loco y no puedo dejar de follarla con fuerza, incluso cuando exploto de forma inesperada.

La polla, empapada dentro del preservativo, sigue durísima; no voy a parar de empujar hasta sentirme saciado. Mi cuerpo empieza a sacudirse en espasmos que me hacen perder el control de los movimientos y siento el pene más sensible que nunca; aun así, no paro.

Bruna suelta un gritito de placer cuando nota que le masajeo el clítoris.

—Prepárate, porque te vas a correr en mi boca —digo.

—Pero no sé si podré…

Le doy una bofetada.

—¡Estoy mandando yo, joder! —Saco la polla de dentro y me concentro en masturbarla con la mano; lo hago tan rápido como puedo y mi boca lame toda la zona alrededor, sus labios mayores, la parte interna, hasta abarcar toda su vagina y succionarla.

—Jacob… —Ahora es ella la que parece perder el control de los movimientos.

¿Ves lo bien que es esto, cabrona?

—¡Cállate y córrete en mi boca, joder! —Sigo concentrado y no paro hasta sentir su líquido en mis labios.

Me empapo entero y bebo hasta el final; incluso cuando termina, mis pulgares separan su coño y sigo lamiendo y succionando sin parar, hasta ver a Bruna temblando y diciendo incoherencias.

—¡Dios mío! —Se agarra a la mesa, desesperada, como si el mundo estuviera girando.

Pongo la mano en la cintura y la miro fijamente, muy serio.

—Joder… —se lleva la mano a la frente y respira hondo—. Las piernas no dejaban de moverse solas… —veo cómo su pecho sube y baja.

Mi corazón también late muy deprisa; ya debería, como mínimo, haber bajado la adrenalina, pero sigue ahí, constante. Me siento como si hubiera corrido una maratón y necesitara descansar, pero no es solo cansancio físico. Con solo mirarla, noto cómo el pecho vuelve a acelerarse.

—Sí… —se remueve sobre la mesa—. Ojalá que sí tengan prismáticos. —Se ríe.

Capítulo 20

Bruna Martins

Unas horas antes.

Llego al piso de mi mejor amigo y llamo al timbre. Me abre, todo emocionado, empieza a dar saltitos alocados y a gesticular desesperadamente hacia los niños.

—¡Mis sobrinos! —casi puedo ver la purpurina emanando de él.

—Menos, Nando, menos —entro con los niños.

Nando me ayuda a sacarlos del carrito y los deja en el suelo; empiezan a gatear y a balbucear mil cosas, y yo me mantengo muy atenta a por dónde van.

—Bueno, ¿y a qué debo esta visita tan maravillosa? —se arregla el jersey rojo y se pone de rodillas en el suelo, saludando y haciendo muecas a los niños.

—Ayer fue un día bastante extraño. Al principio me sentí incómoda porque odio mentir y estar fingiendo delante de los demás…

—Ajá…

—Pero a lo largo del día, Jacob y yo… o al menos yo… sentí que estaba actuando de verdad. ¿Y sabes qué? Fue bueno. ¡Muy bueno! Me presentó a sus amigos, que en realidad son su familia.

—Mmm.

—Hay un niño autista que es una monada y estaba vestido de Elsa.

—¿Elsa Soares?

—La de Frozen —explico.

Nando se muestra decepcionado y, aun así, sorprendido.

—¿Conoces a Allen, ese guapísimo del que te enamoraste cuando lo viste?

—El alto con cara de modelo de videoclip de Taylor Swift.

—¡Ese mismo! Su madre es brasileña, la conocí ayer. Y una amiga suya también, Valentina; ambas brasileñas y casadas con multimillonarios.

—Hija mía, ese era mi proyecto de vida: conocer a un tío asquerosamente rico y casarme con él —Nando se levanta, va a la cocina y vuelve con unas uvas moradas que se va metiendo en la boca—. Por desgracia, fallecería por causas desconocidas semanas después… yo lloraría muchísimo. Y me secaría las lágrimas con billetes de cien dólares.

—¡Bicho malo!

—Alguien tiene que tener perspectiva en la vida, ¿no, guapa?

—En fin… todo fue un éxito, por lo que parece; se creyeron nuestra farsa. Y después… bueno… descubrí dos cosas…

—¡Cuéntalo ya, que me estás poniendo nervioso!

—Rose y su marido no sufrieron un accidente. Fue premeditado. Ella estaba recopilando información sobre gente muy poderosa y se la estaba pasando a una periodista bastante conocida de aquí. No fue un accidente, Nando. La mataron —se me llenan los ojos de lágrimas—. Más que nunca necesito cuidar de estos niños… no puedo permitir que les pase nada…

—Y no les va a pasar —me asegura; se acerca y me coge las manos—. Tienes a Jacob cerca y yo sigo aquí, pegado a ti. ¿De verdad crees que voy a abandonarte?

Niego con la cabeza.

—Y Jacob… se abrió conmigo. Me contó un poco de su pasado y… él y yo pasamos por algo parecido.

—¿Él también sufría abusos del padrastro? —Nando incluso se lleva la mano a la boca.

—Casi eso. —Respiro hondo—. Su padre destrozó su mente. Lo prostituía cuando tenía menos de diez años… y le decía cosas horribles. Lo marcó tan profundamente que Jacob de verdad cree que es incapaz de ser amado y, aunque intente parecer muy seguro e impenetrable, ahora sé que en realidad solo está fingiendo, para aparentar fortaleza ante los demás**...**

Nando se queda en silencio, parpadea varias veces.

—¿Jacob? ¿El señor músculos y cara de artista oriental? ¿Con un pene del tamaño de la pata de una mesa?

—Es su armadura, Nando. Necesita que resulte convincente…, pero por dentro está herido. Solo que se lo niega a sí mismo…

—Bruna, Bruna, Bruna…

—Y nos acostamos.

Nando suelta un grito agudo que hace que hasta los bebés dejen de gatear y se sienten en el suelo, mirando alrededor, asustados. Sunny empieza a llorar y él corre hacia ella, la coge en brazos y empieza a mecerla.

—¿Te has asustado, mi amor? Perdóname, tu tío es muy exagerado con las reacciones… no llores…

Le paso su chupete.

—Exagerado se queda corto —critico.

Con el chupete, Sunny se calma en dos segundos. Se libera de los brazos de Nando y vuelve a gatear por la casa.

—Primero lo vio desnudo, luego agarró la trompa del elefante y ahora se ha tomado el Danonino… la próxima vez viene diciendo que está embarazada…

—¡Nando! —le doy un golpe.

—Mira a estos niños —señala con la cabeza—. ¡Imagínate a los vuestros! Ojos rasgados color miel y piel de artista coreano con tono de carioca… madre mía…

—Serían lo más, ¿no?

—¡L-o-m-á-s!

—¿Y ahora qué hago?

—¿Cómo que qué haces?

—Ayer quería hacer aquello antes de dormir, pero yo estaba agotadísima…

—Mmm…

—Hoy se ha ido muy temprano, ni me despertó ni me dejó nota. ¿Y si me está ignorando? ¿O si ha cambiado de idea?

—Pero ese contrato ya lo tenéis claro, ¿no?

—Sí, pero… ¿y si dice que estoy incumpliéndolo y que no soy una buena esposa? ¿Y si va a buscar a otra? No sé si soy capaz de esperar a que vuelva para saberlo.

—Bruna, Bruna, Bruna… para alguien que no quería casarse ni mucho menos tener una relación, estás demasiado preocupada.

—Lo estoy —confieso.

—¿Crees que te está gustando?

—¿Quién? ¿Yo? ¿Que me guste él? ¿Jacob Parker? Venga ya, Nando, tú y yo sabemos que ese hombre no vale ni medio dólar.

Él asiente sin decir nada.

—Pero quiero que sepa que sigo teniendo el control de la situación.

—Bueno… si tienes el control, te plantas ahora mismo en su trabajo, dejas a los niños al cuidado de alguien, te quitas la ropa y le

demuestras a ese hombre que, si cree que te conoce, está muy equivocado.

—Ajá… —trago saliva, el corazón se me acelera solo de pensarlo.

—¡Vas y le das tal revolcón a ese hijo de puta que se le olvida hasta su propio nombre!

—¡No hables así delante de los niños! —lo reprendo.

—Perdón. —se tapa la boca.

—Vale, pero… ¿me quito la ropa y me quedo en sujetador y bragas? No sé…

—Quédate directamente desnuda —sugiere Nando—. Bruna Martins, también conocida como la pombagira Renata, ¿llevas bragas de abuela?

No digo nada en mi defensa.

—¡Quítate la ropa ahora mismo! —se levanta y estira la mano hacia mí—. ¡Dámelas! ¡Voy a quemar esas bragas de abuela ahora mismo!

—¡Nando! —me aparto y salgo corriendo, los niños empiezan a reír al ver la escena.

—¡Estas bragas de abuela quedan exorcizadas en nombre de Victoria's Secret! ¡Rihanna, es en tu nombre que expulso este espíritu impuro del cuerpo de esta niña inocente! —viene hacia mí—. ¡Vamos, quítate ya esas bragas y demuéstrale a ese hombre que su día aún no ha empezado y solo empezará cuando tú lo decidas!

—¿Y cómo se supone que haga eso?

Jacob Parker

Después de la visita de Bruna.

Tumbado en mi sillón del despacho presidencial del CS Gallagher, clavo la mirada en la imagen de la ciudad ahí fuera, sus edificios altos y el cielo gris e interminable. Sostengo con la mano izquierda mi botella de whisky y la llevo a los labios para dar un trago. Respiro hondo y me limpio la boca.

—¿En serio? ¿Qué significa eso? Primero me despide, finge que está cansada, se cierra incluso después de que yo me haya abierto… luego viene aquí… después de una reunión importante en la que al menos debería haber salido a almorzar con uno de los banqueros… me destroza… y se va, sin dar explicaciones, sin decir nada…

Escucho un sonoro:

—Mmmmmm.

Por lo visto, mi terapeuta está muy atento a todo lo que digo.

— Yo creo en el mundo líquido. Lo juro. Soy su mayor defensor.

—Mm.

—Me acostumbré desde muy joven a la idea de que todo es desechable. Padre, madre, familia… personas que dicen quererte pase lo que pase fueron las primeras en abandonarme. ¿El amor? El amor en nuestros tiempos no es más que un juego de ego y poder. Nunca estamos realmente satisfechos con lo que tenemos; parece que vivimos esperando encontrar a alguien mejor, más guapo, más rico, más interesante… y al final no aprovechamos todo el potencial de quien está a nuestro lado ahora mismo.

—Mmm —escucho la observación, muy pertinente.

Espero que lo esté apuntando todo.

Agito un poco la botella, cojo un hielo del cubo que hay en el suelo y me lo meto en la boca. Doy al menos dos tragos largos del cuello de la botella.

—La modernidad creó la sensación de que tenemos elecciones infinitas y eso nos permitió avanzar, pero también nos asfixió. La gente se centró tanto en mostrar y publicar en las redes sociales con quién está, qué tiene, adónde va, que se olvidó de vivir y de disfrutar. Y ese es el punto, doctor: yo soy así. Pero parece que algo dentro de mí se está viniendo abajo. ¿Sabe por qué?

—…¿por qué?

—Porque voy a volver a casa y ella va a estar allí. Tendremos que vernos de nuevo, es obligatorio. Y yo nunca vuelvo a ver a la mujer con la que me acuesto; sucede una vez y adiós. Pero con ella… ya es la segunda. Y vamos a seguir así hasta… —Suspiro—. ¿Entiende lo que quiero decir?

Levanto la vista.

Veo a Yuri con el biberón en la boca, las mejillas enormes succionando la leche caliente y los ojos fijos en mí, muy atentos. Sunny está dormitando, con el pulgar en la boca, una baba tan dulce que da gusto verla dormir.

—Entonces, ¿qué hago? —pregunto—. No consigo dejar de pensar en ella.

—*auoquibe bubu* —dice esas palabras sabias, que debe de haber aprendido de los monjes del Tíbet que hacen huelga de hambre para despertar el tercer ojo y entender la respuesta a la vida, el universo y todo lo demás.

«Auoquibe bubu». Tal vez ese sea uno de los grandes secretos del universo.

Yuri y yo nos miramos durante tres segundos completos. Él lleva el biberón a la boca, yo la botella de whisky. Y bebemos juntos,

en silencio.

Bruna Martins

Allen Mitchell trajo a los niños antes de que acabara la tarde.

Los puse a los dos en el andador, porque parecían llenos de energía después de una larga siesta. Los muy traviesos me persiguieron por toda la casa, agitando los juguetes ruidosos acoplados al andador.

Más tarde comieron y se embadurnaron con frutita cortada y machacada.

Nos tomamos un tiempo precioso para que vieran algunos vídeos de su madre y de su padre, que estaban guardados en la web de Sitter Care, de las llamadas que habíamos hecho en los últimos cinco meses.

Cada día desde que llegué hice eso, para que pudieran oír la voz de papá y mamá; me di cuenta de que así se quedaban más tranquilos para poder dormir.

A la hora del baño me llevé un buen susto cuando vi a Jacob entrar en el cuarto de baño.

Mientras los pequeños daban palmadas en el agua y la salpicaban por todas partes, Jacob y yo nos quedamos mirándonos, en completo silencio.

Volví a coger el agua templada y a verterla sobre la espalda de Sunny y, a través del gran espejo del baño, lo vi acercarse, quitarse el traje y colgarlo en el perchero, remangarse y colocarse a mi lado, frente a Yuri, imitando mi gesto.

—¿Ha ido bien el día?

Es como si la garganta se me cerrara al responder. La boca se abre, pero la voz no sale.

—¿Todo bien? —insiste y baja el rostro hacia mí, se acerca tanto que no me queda otra que ponerme roja como un tomate.

Dios mío… ¿qué va a decir de las locuras que hice…

—Sí.

—¿Me habéis echado de menos? —Jacob besa la frente de Sunny y frota la nariz contra la cabeza de Yuri.

Apoya la boca en su pechito y hace un sonido de pedo, luego pone una mueca. A la primera, el pequeño empieza a reírse a carcajadas; Sunny observa interesada. Jacob repite y Yuri comienza a retorcerse en la bañera, salpicando agua por todas partes.

Jacob acaba completamente empapado, la maldita camisa blanca empieza a pegarse a su cuerpo —más de lo habitual— y distingo claramente los músculos de su abdomen, además de la sombra de los tatuajes.

—¿Vendréis a visitarme más veces al banco? —llama la atención de Sunny con el dedo índice y el corazón.

Rodea la bañera por encima de la encimera de mármol con los dedos hasta llegar a su nariz y apretarla, saca la lengua y vuelve a hacer el mismo sonido.

Sunny se ríe y pasa las manitas por el brazo de Jacob.

—Me encantó veros allí hoy. El banco no es lugar para niños, pero vosotros hicisteis especial mi día. —Con ambas manos les hace un largo y cariñoso masaje en la cabeza a los gemelos—. Cada uno de vosotros —me dice a mí.

Nuestras miradas se cruzan en el espejo; aunque estemos uno al lado del otro, no nos miramos directamente.

—¿Te gustó verme hoy en la oficina? —me pregunta.

—Fue distinto —respondo.

—A mí me gustan las cosas distintas —se ríe. Se seca la mano mojada en la camisa y la pasa, aún ligeramente húmeda, alrededor

de mi cuello, me atrae hacia él—. ¿Ya has cenado?

Dios mío, ¿me he convertido en un chihuahua? ¿Por qué estoy temblando tanto? Aunque, pensándolo bien, chihuahua me define bastante cuando estoy cerca de él: mitad odio, mitad temblor.

—No. Pero ellos ya estarán listos para irse a la cama después del baño.

—¿Quieres cenar? —parece ignorar todo lo que he dicho y centrarse solo en eso.

—Estoy cansada.

—Te lo llevo a la cama.

¿Es que este maldito tiene respuesta para todo?

—¿Solo cenar? —arqueo una ceja.

—Podemos ver una película también. ¿Qué te gusta ver?

¿Esto qué es? ¿Algún tipo de «primera cita»?

—¿No estás demasiado cansado? Llegaste tarde del trabajo… deberías irte a dormir… mañana sales temprano…

—Quiero pasar tiempo contigo.

El rostro de Jacob está a apenas un palmo del mío, su brazo sigue rodeándome y su cuerpo está pegado al mío. No consigo ni pensar…

—¿Puede ser comedia romántica?

—¡Me encantan las comedias románticas! —sonríe y, por reflejo, yo también sonrío, sin saber muy bien por qué—. Al final todo sale bien.

—Ya —asiento—. Ojalá la vida pudiera imitar eso, ¿no?

Él asiente.

De nuevo nos quedamos un rato incómodo en silencio, pero esta vez mirándonos directamente, el rostro a un palmo de

distancia. Él, con sus ojos rasgados, severos, que al sonreír parecen quitarme todo el peso del mundo de encima. Y yo, con los míos, que siempre quieren huir de los suyos.

—¿Comida japonesa, mexicana o italiana? —pregunta.

—Japonesa —digo—. Con mucho queso crema —aclaro.

—Comida japonesa con mucho queso crema y una comedia romántica para cerrar la noche —dice Jacob, animado—. ¿Refresco, zumo, tequila, sake…?

—Un zumo de sandía, bien frío. —Ni me preocupa cómo va a conseguirlo; solo sé que va a volver loco a alguien para hacerlo.

—Perfecto —Jacob besa mi cuello—.

Todo mi vello se eriza; creo que hasta el que me depilé hace un rato debe de estar poniéndose de punta bajo la cera.

—Te espero en mi habitación entonces. Buenas noches, pequeñín —frota la nariz contra el pecho de Yuri—. Y buenas noches para ti también, pequeñina —frota la nariz contra su frente—.

Jacob coge el traje del gancho y se da la vuelta. Pero lo detengo, llamándolo.

—¿Jacob?

—Sí —se gira—. Y mi corazón late como un estadio entero cuando sale el equipo al campo.

—¿Ha ido bien tu día? —me muerdo el labio.

Camina con cautela hasta mí; volvemos a mirarnos a través del espejo. Siento su mano, ya seca y caliente, subir por mi nuca y me recorre un escalofrío tan intenso que… joder, es como si el alma se me hubiera salido del cuerpo por una fracción de segundo.

—Sabes que mi día fue perfecto desde el momento en que llegaste —dice.

Capítulo 21

Jacob Parker

Con el paso de las semanas todo pareció encajar a mi alrededor: dejé de ser protagonista de escándalos en los periódicos, mi reputación cambió por completo en el trabajo y empecé a conquistar espacios que antes creía imposibles.

Bruna y yo fuimos invitados a cenar con el alcalde de la ciudad y su esposa; también recibí una medalla y un diploma de honor de Columbia como alumno que dio mucho orgullo y obtuve la habilitación como profesor en Economía —yo, que, alucinad, en la universidad no hacía más que acostarme con alumnas y poco más.

Un matrimonio de mentira cambia muchas cosas, desde luego.

Incluso la percepción que la gente tiene de ti.

Hasta Isabella y otras mujeres casadas, que antes se sentían algo incómodas en mi presencia, noté que se mostraban más tranquilas y a gusto conmigo.

Me aseguré de tener siempre a Bruna a mi lado, al menos en todas mis apariciones públicas, desde el día en que cerramos el contrato.

Por supuesto, ella mantuvo intacta su vida privada, pero digamos que, en los horarios en los que actuaría como niñera, estaba ejerciendo de mi esposa y madre de mis hijos.

Ni hace falta decir que me esforcé como un cabrón por mantener su identidad más o menos en secreto, aunque todos los tabloides intentaron hasta la extenuación arrancarnos información a nosotros o a nuestros amigos más cercanos…

Pero lo que de verdad me llamó la atención fue mi padre, pidiéndome una segunda oportunidad.

Invitó a Bruna y a mí a almorzar el fin de semana y solo acepté ir porque ella dijo que sería buena idea darle otra oportunidad.

Poco sabe ella que esa sería, según mis cuentas, la billonésima oportunidad.

—Oh, ya habéis llegado —veo cómo su rostro imita cierta sorpresa—. ¿No habéis traído a los niños? —se muestra sorprendido, mirándonos.

—Estaban indispuestos —Bruna deja sobre la mesa una botella de vino caro y saluda a mi madrastra, a sus hijos, a una nueva joven desconocida y, por último, a mi padre con cierta demora —. ¡Espero que nuestra presencia sea suficiente! —la veo humedecerse los labios y agarrarse a mi brazo mientras ríe.

Mi padre no es dado a las risas ni al sentido del humor.

Y creo que la personalidad de Bruna va a sacarlo de quicio.

Por si no ha quedado claro, que lo quede ahora: ese es uno de los mejores motivos por los que la elegí.

Ella es perfecta para mí, una piedra en el zapato para él.

—Tu apellido ahora parece otro —estoy sorprendido; aposté a que esto acabaría en dos días y aquí estáis… juntos desde hace mes y medio—. Mi padre se limpia la boca con la servilleta, muy despacio.

—Tenemos un contrato millonario, no podemos separarnos — Bruna vuelve a sonreír; cada vez que enseña esos dientes tan bonitos parece iluminar esta mesa llena de vampiros y tinieblas.

—Yo no terminaría con ella ni siquiera por un contrato billonario —aprieto la mano de mi esposa, que descansa sobre la mesa.

Park Suck, mi padre, me observa con cautela, pero también con incredulidad.

Me examina con parsimonia, mientras su esposa se encarga de sondearnos.

—Nos hemos enterado del homenaje que te hizo Columbia —dice con un tono conciliador.

Suena falso, por mucho que se esfuerce.

—¿Quién no? —pregunto, con una sonrisa afilada.

Y basta para que se calle.

—Debo gran parte de ello a Blake, que me acogió y me permitió centrarme en los estudios.

—Y a ti, por supuesto. Por ser tan talentoso y tan hábil con los números. —Bruna coloca su mano sobre la mía, que está sobre la otra suya.

—No te pago para que me adules —digo entre dientes, mientras sonrío—. Sello sus labios con los míos, con fuerza.

Ella me da un manotazo justo en medio de los huevos, después de que su mano se deslice bajo la mesa.

—Me pagas para fingir —dice del mismo modo que yo y vuelve a sellar nuestros labios.

—Amo a esta mujer. —Respiro hondo y observo al camarero servirme—. Disculpadme por ser tan franco y directo, pero tengo mucha curiosidad. ¿A qué debo el honor?

—¿El honor? —Mi madrastra parpadea de forma dramática.

—El honor de ser invitado a sentarme a vuestra mesa, claro. Recuerdo, si la memoria no me falla, que de niño me obligabas a comer en el suelo.

Bruna tiene que contenerse para no salirse del personaje.

Por conocerla lo suficiente, ya noto cómo se tensa.

Me mira de reojo un instante y luego se lleva la mano al cuello, traga el agua de golpe.

—Y sin platos ni cubiertos —termino de decir.

Bruna hace un esfuerzo para no escupir el resto del agua que le queda en la boca.

—Eran otros tiempos, Jacob. Ahora las cosas son diferentes —intenta explicar mi madrastra, más por la vergüenza de oírlo en voz alta, sobre todo delante de la honorable invitada desconocida, que por el acto en sí.

—Sin lugar a dudas, lo eran. —Meneo la cabeza.

—Tenemos que dejar el pasado atrás si queremos tener un gran futuro —dice mi padre con firmeza—. Lo que pasó, pasó. Ahora ocupémonos de lo que tenemos sobre la mesa.

La verdad es que nunca me habrían invitado a sentarme a su mesa si no me hubiera convertido en quien soy.

Y aunque para ellos el pasado deba superarse, para mí no lo ha sido.

Sé que el perdón es una virtud de las personas grandes, pero en ningún momento dije que quisiera ser noble ni reconocido por mi grandeza. Como dice el refrán: «quien pega, olvida; quien recibe, recuerda para siempre».

—¿El matrimonio va bien? —pregunta mi padre con la boca llena; ahora me doy cuenta de que evita el contacto visual con Bruna.

Yo también lo evitaría. Con ese precioso vestido blanco lleno de perlas y ese busto majestuoso, preferiría no mirar para no perder la concentración.

—¿Jacob? —mi madrastra me llama la atención.

—Ah. Preguntaban por nosotros. —Miro a Bruna—. Pensé que era por vosotros dos… —Me humedezco los labios—. Sí.

—¿Necesitáis ayuda en algo? ¿Consejos? ¿Orientación? —intenta de nuevo su falsa amabilidad.

—¿Tú necesitas ayuda en algo? —Bruna me mira fijamente.

—No. ¿Tú la necesitas?

Ella niega con la cabeza.

—Si podéis acortar la charla vacía, me gustaría recordaros que fuisteis vosotros quienes nos invitasteis a sentarnos a vuestra mesa. Así que id al grano; quiero saber de qué se trata.

—Jacob, es por la familia y sus valores…

Creo que aquí hay un malentendido: ellos no son mi familia. Por eso Bruna y yo nos miramos con extrañeza; al fin y al cabo, los dos que estamos fingiendo ser una familia somos algo mucho más real que lo que tengo con ellos.

—Tu banco volvió a negarse a asociarse conmigo.

—Park… —su esposa intenta detenerlo.

Pero su rostro se pone rojo como un tomate maduro.

—¿Cómo? ¿Cómo te atreves? ¡He ganado más dinero que todos esos listillos! Y con la ayuda financiera del CS Gallagher podremos llegar a casi todos los países del mundo. Dime, Seo Joon, ¿qué otra empresa con la que tengáis acuerdos está prácticamente en todos los rincones del planeta? ¿Que no paga impuestos o paga lo mínimo? ¿Que crece más que todas las demás? —golpea la mesa, mostrando su temperamento flemático.

Su esposa le abanica.

—Tu empresa no tiene nada que ver con el CS Gallagher —es todo lo que necesito decir.

Así como yo tuve que casarme para poder sentarme a la mesa de los adultos, un hombre rico necesita cerrar alianzas con el CS Gallagher para sentarse a la mesa de los poderosos.

Mi padre se cree poderoso, pero todo lo que es, es un hombre rico. Y nada más.

Para la gente común eso significa mucho. Para personas como yo, que pertenecemos a la élite de una sociedad que controla los raíles del mundo, no significa absolutamente nada.

Y ahora puedo ver con más claridad por qué intentó desesperadamente usar la carta del matrimonio: quería controlarme para que, en algún momento, cediera y traicionara a Blake, y así ascender en la jerarquía.

Por lo que a mí respecta, se quedará amargado en el lugar en el que está.

—¿De qué va su empresa? —me pregunta Bruna mientras mi padre, mi madrastra y sus hijos discuten acaloradamente.

—De fe.

—¿Cómo que de fe?

—Es fundador de una iglesia —murmuro.

Bruna, con esos ojos tan expresivos, se delata.

—¿No somos lo bastante buenos para tu banco? ¿Nosotros no valemos, pero una mestiza sí es lo bastante buena para ti?

—Basta ya. —Me levanto.

Bruna me tira del brazo para que me siente. Y yo no permito que nadie controle mis actos, pero en ese momento me siento.

—Creo que eso es precisamente lo que está pasando —dice Bruna sin alterar la voz—. Tú y tu empresa no sois lo bastante buenos. Y la mestiza sí lo es. ¿Quieres un remedio para la envidia ahora o más tarde?

—¿Ves cómo se dirige a mí? —grita el hombre, como si fuera el mismísimo mesías—. ¿Ves lo insolente que es? ¿Cómo se atreve a tratarme así?

—¿Cómo puede un hombre así tener una de las religiones que más crecen en el mundo? —pregunta Bruna.

—Supongo que encontró a gente igual que él. Pequeña y mezquina, amarga, que oculta vidas secretas y solo quiere destilar odio para tapar lo podridos que están por dentro —respondo.

—Eres realmente bueno analizando cosas y personas.

—Cariño, es lo que mejor se me da. —Sello nuestros labios y nos quedamos observando la revuelta al otro lado de la mesa.

—Solo ha faltado las palomitas —murmura.

—¿Así es como tratas a tu propia sangre? ¿A tu familia? —oigo en coreano.

Empiezo a masajearme las sienes con mucha calma, algo que no quiero perder.

—¡Y yo que te había preparado un regalo formidable! ¡Una gran sorpresa!

—No quiero nada que venga de vosotros, gracias —contesto —. Si eso era todo, espero que disfrutéis del almuerzo y…

—Esperad —pide mi madrastra—. Aunque estemos alterados, vamos a ofrecerles el regalo.

Bruna no se opone.

Bueno, luego lo tiraré; da igual lo que sea.

—Vale, ¿qué regalo es?

—¿Soy lo bastante bueno para dar regalos, pero no para ser socio del banco del que eres presidente?

—Park…

—Yumi y yo lo hemos hablado. Y creemos que un matrimonio como el vuestro, solo sobre el papel, no significa nada a los ojos de Dios. Así que, si de verdad queréis una vida matrimonial bendecida,

casaos también ante Él. Una unión que no se hace delante de Él no sirve para nada.

—Y supongo que quien nos casará ante Dios serás tú. —Me rasco la barbilla, analizándolo con frialdad.

—Tú no eres digno de eso…

Oh, qué pena.

—Pero he encontrado a un pastor de renombre, devoto y fiel a Dios, que se ha prestado a semejante reto. Al fin y al cabo, no nacisteis para estar juntos. Solo un hombre de Dios puede interceder por vosotros para que esta unión se vuelva sagrada.

Me lo merezco…

Alguien debió abrir una máquina del tiempo en la Edad Media y este tipo salió de allí; no hay otra explicación.

—¡Este es mi regalo! —se levanta, mostrándose muy generoso y orgulloso, y va a buscar al supuesto hombre de Dios.

—Dime que te lo estás pasando tan bien como yo —miro a Bruna, que se está mordiendo la risa.

—Esto es mejor que un monólogo de comedia.

Bruna Martins

El señor Park Suck, padre de Jacob, regresa. El hombre que lo acompaña, sin embargo, tarda en llegar a la mesa. Y cuando llega, se sienta con la Biblia negra abrazada al pecho y una gran cruz, sin saludar a nadie. Me mira directamente a mí.

Veo de manera borrosa a mi lado a Jacob mirándome y esperando mi reacción, ya que habíamos venido a reírnos juntos de aquello, pero solo consigo quedarme petrificada en el sitio.

—Este debe de ser el «hombre de Dios» capacitado para sacralizar un matrimonio —se burla Jacob.

—Sí, es él. Este es Jacob Parker, mi hijo. Tendría un futuro brillante como pastor o incluso como obispo si no hubiera abandonado la doctrina de la verdad y se hubiera desviado hacia caminos mundanos e impuros.

Jacob extiende la mano con absoluto placer, exhibiendo cada palabra con el pecho erguido.

—Este es el obispo Marcos Lessa. Uno de los hombres más temerosos de Dios de nuestra religión. Viene de Brasil.

—¿Ah, sí? —pregunta Jacob, con desinterés.

—Es la mano derecha del obispo que dirige nuestra iglesia en ese país y actualmente es uno de los diputados más votados allí. Y, para que te sorprendas, pertenece a la Colmeia, igual que él.

Jacob hace una pausa silenciosa y dramática.

—¿Se supone que debería estar sorprendido ahora?

—Obispo Lessa, esta es la esposa de mi hijo, se llama…

—Bruna Martins Parker —dice Jacob de un modo casi feroz.

Marcos, mi padrastro, se levanta —algo que no hizo al saludar a Jacob— y me tiende la mano. La dejo en el aire, sin el menor interés en estrecharla.

—¿Lo siente, hermano? —se vuelve hacia el padre de Jacob.

—Sí. Lo sentí desde el primer instante en que la vi…

—¿Sentisteis qué? —pregunta Jacob.

—La marca de la bestia, muchacho. Algunas almas, por desgracia, están entregadas al enemigo, y eso se percibe con solo mirarlas a los ojos. Vosotros dos, ella especialmente, necesitáis aceptar a Dios con el corazón abierto.

Retiro mis manos temblorosas de encima de la mesa y las dejo en el regazo. Me sorprende ver que Jacob se da cuenta, sobre todo de que estoy temblando.

—¿Estás bien? ¿Quieres que nos vayamos a casa?

Es como si estuviera atrapada dentro de mi propio cuerpo.

Ver a ese hombre me provoca náuseas, asco, miedo y desesperación. Lo mataría con mis propias manos si tuviera valor, pero no lo tengo. Solo puedo quedarme aquí, como una niña, clavada en el sitio y temblando sin parar.

—Creo que ya hemos tenido suficiente —Jacob se levanta—. Bruna y yo hablaremos sobre si aceptamos o no vuestro regalo, pero ahora tenemos otro compromiso.

—Quizá ella quiera quedarse —dice Marcos—. Escuchar un poco sobre la salvación y quién sabe…

Marcos estaba tan concentrado en mí, con los ojos fijos en los míos, que debió de no ver a Jacob agarrarle la mano y retorcérsela hacia atrás. Suelta un grito agudo, deja caer la Biblia y se retuerce.

—No intentes tocar a mi mujer sin su permiso —ruge.

Todo el restaurante se detiene para observar la escena.

—Yo solo quería despedirme…

Jacob termina de retorcerle la mano y lo atrae con ferocidad contra su cuerpo. Marcos parece alguien que iba conduciendo a cien kilómetros por hora y, de repente, se estrella contra un poste en la carretera. Su expresión lo dice todo.

—Puedes despedirte, pero sin acercarte —lo empuja con aún más fuerza, alejándolo—. ¿Quieres irte a casa?

No sé cómo consigue leer mis señales; estoy completamente rígida y ni siquiera logro moverme. Como en esos momentos extraños en los que te despiertas durante el sueño y no puedes mover el cuerpo.

—Tenemos que irnos —dice Jacob y me toma en brazos.

Capítulo 22

Jacob Parker

Bruna está catatónica.

No me responde, apenas se mueve, mientras piso el acelerador y casi provoco accidentes durante el trayecto al hospital; compruebo si está respirando. Lo está.

—¿Ha sido algo que has comido? —chasqueo los dedos delante de su cara—. ¿Te sentías así antes? ¡No puedes morirte, tenemos un contrato! —le agarro el hombro y empiezo a sacudirla.

Lo único que hace es mirar la carretera que va quedando atrás; ni siquiera parpadea.

—¿Hola? ¿Eh? ¿Puedes al menos responderme? ¡Asiente con la cabeza, no sé! —sigo mirándola, pero no hay respuesta.

Debe de ser más grave de lo que alcanzo a imaginar.

Bruna Martins

Todo iba bien.

Jacob y yo logramos lo imposible en dos meses: una convivencia sana sin que uno quisiera matar al otro, nos adaptamos a la rutina del otro y, sobre todo, hicimos concesiones sobre lo que queríamos y deseábamos.

Él no dejó de ser un canalla —pasó a serlo conmigo.

Y yo intenté abrirme y volverme menos brusca para que se sintiera cómodo. Por mucho que Jacob insistiera en la idea de que no podía ser mi familia, se abrió a mí, me ofreció su amistad y creamos un vínculo de confianza. Y aunque yo me sintiera fuera de lugar y perdida en medio del mundo de los ricos, él me hizo sentir única y especial al no separarse de mi lado y apoyarme siempre, ya fuera en cómo me vestía para una ocasión concreta o al defenderme de palabras groseras que fingía no oír de los hombres poderosos de la alta sociedad.

—Ya hemos llegado —consigo oír su voz, aunque lejana en mi mente.

Cuando me doy cuenta, estoy sentada en una camilla, en una sala muy amplia y con olor a limpio. Una luz molesta mi pupila; siento una mano femenina abrirme bien el otro ojo y colocar la misma luz.

—Está en shock —dice la médica.

—No importa, quiero todos los análisis de sangre, quiero una tomografía y una radiografía para ver su cráneo.

—No es necesario, señor Parker, yo…

—¡Cállate! —grita Jacob—. ¡Sal de aquí y no vuelvas hasta que estés segura de que está bien!

Muevo el rostro muy despacio y veo a la médica salir sin cuestionar nada más. Jacob, con los brazos cruzados, me evalúa de arriba abajo.

—Nunca te había visto así —murmura—. ¿Estás bien? ¿Anoche golpeé demasiado fuerte? Pero tú dijiste… más fuerte… y yo… golpeé más fuerte… —se lleva la mano a la cabeza.

—No es nada de lo que hiciste —hablo despacio; parece incluso que tengo la boca entumecida.

—¡Gracias a Dios, ha vuelto! —Jacob se pone frenético—. ¿Qué estás sintiendo? —coloca las manos a ambos lados de mi cara —. Estamos en el mejor hospital de la ciudad, dime, ¿eres alérgica a algo? Estás pálida, hasta tus labios han perdido el color. Y tu cuerpo estaba frío durante todo el trayecto. ¿Qué ha pasado? ¿Estás bien?

Apenas consigo pensar ante semejante avalancha de preguntas.

—Cálmate —le pido—. Estoy bien… solo estoy… no lo sé.

—¿Habrá sido un ictus?

—No… yo…

Me interrumpe un equipo médico enorme que irrumpe en la consulta. Doy un respingo donde estoy y me agarro a los lados de la camilla cuando todos se apiñan a mi alrededor.

—¡Extraed sangre y preparadla para la radiografía!

Abro los ojos de par en par.

—No… ¿para qué?

—Necesitamos saber si todo está bien contigo —dice la médica como si fuera un procedimiento estándar.

Solo aquí, porque el procedimiento estándar donde yo vivía era dejarte en una cola hasta sentir que te ibas a morir y luego atenderte dos minutos para decirte: «es una virosis».

—Estoy bien —aseguro.

Todos miran a Jacob.

—¡Puedo tomar mis propias decisiones! —refunfuño.

—Es por precaución, estoy muy preocupado —responde.

No importa la cara de llanto que ponga: me sacan sangre y me preparan para una batería de pruebas que realizo contra mi voluntad.

Gracias a Dios todo ocurre muy rápido y, antes de darme cuenta, ya estoy de vuelta, esta vez en una sala enorme que solo tiene una cama, en la que Jacob me deja después de sacarme de la silla de ruedas como si yo no pudiera caminar sola.

¿Cuáles son las probabilidades, Dios mío? ¿Cómo ha conseguido encontrarme aquí? ¿Por qué el destino me está haciendo esto? ¿De qué se supone que me está castigando?

—Odio los hospitales —cierro los ojos.

Jacob se sienta a mi lado y me coge la mano. Yo la retiro y la coloco sobre mi pecho.

—Me has tratado como a una niña… —me limpio los laterales de los ojos—. He dicho que estaba bien…

—No estabas bien, Bruna. Te vi perder el color, te sentí helada. No respondías, ¡tenías los ojos fijos en el retrovisor! Perdón… —su voz incluso tiembla—. No puedo perderte.

Suelto un suspiro largo.

—Porque tu matrimonio de mentira es muy importante, ¿no? —lo miro con odio.

Jacob suspira hondo.

—Porque no quiero perderte… —veo cómo le brillan los ojos; parece tan acorralado como yo.

La médica entra con los resultados de las pruebas. Dios mío, aquí todo va a toda velocidad. Apenas he salido del escáner y ya tiene unos cinco sobres en la mano. Parece que ser rico es vivir en otro mundo.

—Esto no va a funcionar… no confías en mí…

—Tú no confías en mí —replica—. Dije que iba a cuidarte y eso es lo que estoy haciendo.

Giro el rostro hacia el lado contrario y oigo a la médica:

—¿Te has golpeado la cabeza recientemente? —pregunta.

Cierro los ojos.

Y solo me viene el recuerdo de Marcos lanzándome contra el otro lado de la sala. Avanza furioso hacia mí, me agarra la cabeza y la golpea contra la pared hasta que pierdo el conocimiento.

Aún intento luchar para escapar, pero me deja inconsciente.

—No —respondo.

Ella saca el resultado de la prueba que confirma su hipótesis y me observa en silencio.

—¿Qué ha pasado? —Jacob ya se pone en pie, tenso.

—No parece nada grave; al parecer no ha afectado al cerebro ni al sistema nervioso. Pero hay una lesión bastante severa en el cráneo. ¿Se cayó de una moto…?

Jacob me mira.

Yo asiento.

—Sí, es bastante descuidada —dice despacio, humedeciéndose los labios con calma—. ¿Necesita cirugía?

—Yo recomendaría reposo, pero parece que ya se está recuperando. Solo no dejes que se esfuerce demasiado.

—No lo hará, te lo prometo —asegura.

—Además, le falta uno de los riñones.

Aprieto los ojos con fuerza. Si pudiera, me mordería la mano ahora mismo, solo de rabia.

—¿Pero es algo grave? ¿Necesita pasar por quirófano?

Jacob y la médica parecen mirarse entre ellos y luego me observan. No estoy segura; les doy la espalda.

—Basta con que se mantenga bien hidratada. Creo que tenéis mucho de qué hablar, así que volveré luego con las indicaciones.

Oigo la puerta abrirse y cerrarse.

La respiración de Jacob es tan fuerte que parece llenar la habitación.

—¿Quién fue?

—Fue un accidente —respondo.

Me giro de golpe cuando él tira todo lo que hay sobre la encimera junto a la cama: la bandeja con los medicamentos, el jarrón de flores, el bote de alcohol, los algodones… todo sale volando.

Me siento en la cama, con la mano en el pecho.

—¿Quién fue? —insiste.

—Jacob, necesito contarte algo… —trago saliva.

—Dímelo —dice, con el ceño fruncido y los ojos empezando a enrojecer.

No sé si lo mejor que puedo hacer ahora es decirlo, pero…

—Tú y yo prometimos no mentirnos, ¿verdad?

Cruza los brazos y se sienta en la silla junto a la cama; me mira de una forma que nunca le había visto. He conocido al Jacob canalla, al Jacob de luto, al Jacob maestro de la mentira, al Jacob que no tiene miedo de probar cosas nuevas.

Pero este Jacob… este me da miedo.

—Fue Marcos —digo solo eso, para ver su reacción.

Y la reacción es mucho mejor de lo que podría haber imaginado: simplemente se levanta, saca el móvil del bolsillo y escribe algo. Se queda más o menos dos minutos mirando la pantalla y luego me lo pone en las manos.

—Escribe aquí dónde puedo encontrarlo. La dirección del trabajo, por qué carretera conduce, el bar al que va a beber… yo mismo me encargaré de esto.

Niego con la cabeza y él se ríe.

—No lo has entendido. No sales de aquí si no lo haces.

—Está aquí, en Nueva York, Jacob.

Parece incluso más calmado y satisfecho. Coge el móvil de mis manos, lo guarda en el bolsillo y me mira con interés, esperando a que continúe.

—Ha sido una pésima idea ir a ver a tu padre hoy.

—No me alegra decírtelo, Bruna, pero te lo advertí.

En otra ocasión me habría enfurecido al oír eso. Pero sí, Jacob me lo advirtió. Y debería haberle hecho caso; deberíamos habernos quedado en casa y seguir con nuestras vidas.

¿Cómo pude ser tan estúpida?

—Tu padre y mi padrastro se conocen.

Arquea la ceja muy despacio. Baja el rostro y suelta el aire por la boca.

—¿Era ese tipo?

—Sí.

Jacob me mira con una seriedad tal que parece que soy yo quien va a sufrir las consecuencias. ¿No era él el maestro en ocultar

sentimientos y fingir? ¿En ponerse una máscara y hacer ver que todo está bien?

Me asusta, porque está claro que no puede.

—¿Ese tipo? —Jacob inclina la cabeza hacia un lado, estira el cuello. Luego hacia el otro; incluso oigo el chasquido.

—¿Qué vas a hacer?

—¿Qué quieres que haga?

No lo sé. Sinceramente, no lo sé. No quería que llegara a este punto; ¿cómo iba a imaginar que Marcos vendría a por mí? ¿Aquí?

—Es culpa mía.

—No, Jacob…

—No debería haberte expuesto así. Alguien debió de hacerte una foto o grabarte cuando no estábamos atentos… —se rasca la barbilla—. Mierda…

—Sabía muy bien que esto podía pasar cuando acepté este matrimonio. Y más aún porque tú eres una figura pública; en algún momento nuestras imágenes se relacionarían y… —suspiro—. Él me encontraría…

—¿Fue él quien te hizo esto?

—Odio los hospitales desde que murió mi padre. ¿Sabes lo que es estar en un pasillo abarrotado, viendo el rastro de su sangre y no poder hacer nada?

Lo veo sentarse en la cama; su mano pasa suavemente por encima de mis piernas.

—No me gusta ir a hospitales.

—Vale, vámonos de aquí —dice como si fuera así de simple—. Y perdóname; si lo hubiera sabido no habríamos venido. Pero ¿qué podía hacer, Bruna? ¡Te estabas desvaneciendo y no me respondías!

Cuesta admitirlo, pero tiene razón.

—Está bien.

—¿Cómo quieres que muera?

—¿Qué?

—¿O prefieres que lo haga a mi manera?

—Jacob… no…

—Escucha —me agarra la mano—. Si ese tipo vuelve a acercarse a ti, lo mataré.

Es el tipo de cosa que siempre quise oír. Pero solo con saber que realmente podría hacerlo, me entra miedo. No por Marcos, sino por lo que podría pasarle a Jacob.

—¿Entendido? —me sujeta los lados del rostro—. Si ese tipo te molesta de cualquier manera, te encuentra o te sigue, quiero saberlo. Será la última vez que haga algo así.

No sé si me siento satisfecha u horrorizada al oírlo. Pero una parte de mí se siente en paz solo con imaginar que Marcos no volverá a atormentarme.

—Pagará por lo que te hizo, Bruna. Pero no será en la cárcel —asegura Jacob.

—¿Cómo conoce tu padre a Marcos?

—No lo sé…

—¿Llegó a decir que… eran de la misma religión? ¿Eso fue lo que oí? Porque oí poco; después entré literalmente en modo automático.

Jacob se rasca la nuca; su mirada se pierde. Puedo ver en sus ojos que está preocupado por las distintas formas de matar a Marcos; eso es lo único que parece importarle.

—Quiero irme a casa —miro a mi alrededor.

Este es, sin lugar a dudas, el mejor hospital en el que he estado en toda mi vida. Esta habitación parece un paraíso: tiene una

vista preciosa de la ciudad, es luminosa, una televisión que parece más una pantalla de cine…, pero no importa. Estar en un lugar así me deja inquieta y alterada.

—Vale, vamos —dice, coge mi bolso y me ayuda a levantarme.

Capítulo 23

Park Seo Joon

<u>En el pasado.</u>

—¡Escucha! —ruge a pleno pulmón.

Mi cuerpo es tan ligero que me alza contra la pared y siento que me asfixio bajo su mano. La camisa, ya gastada, amenaza con rasgarse en cualquier momento.

—¡Tú y tu madre sois iguales! Esa puta y tú tenéis sangre de cucaracha, esa mierda de sangre americana que desprecia el linaje, la tradición y lo que de verdad importa.

La cabeza me zumba cuando recibo el golpe. No consigo abrir el ojo izquierdo, me arroja al suelo. Palpo despacio la pared e intento levantarme.

—Nunca vas a ser amado —dice. Las palabras que, como una sentencia, resonaron a lo largo de toda mi vida—. ¡Ninguna mujer se quedará a tu lado! Eso es lo que hacen esas cerdas asquerosas, Seo Joon. Te usan, descubren tus secretos, esperan a ver tus vulnerabilidades y te abandonan. ¡Se van!

Me abrazo la cabeza al anticipar la patada. Desde muy pequeño se me daba bien prever los ataques.

—Las mujeres te arrancan lo mejor y despiertan al diablo. Nunca vas a ser amado y te abandonarán a la primera oportunidad. ¡Aprende! —Me patea la boca, aunque yo llore y suplique que pare —. ¡Aprende, joder! —grita.

Jacob Parker

<u>En el presente.</u>

Respiro hondo y me incorporo lo más rápido que puedo. El sueño ha sido tan real que, incluso despierto y mirando la oscuridad, me llevo los dedos a los labios con suavidad. Tengo la impresión de que estoy sangrando, pero solo estoy conmocionado por las marcas de mi pasado.

—¿Ha sido una pesadilla? —dice Bruna, con la mano apoyada sobre mi pecho y los ojos aún cerrados.

Sunny y Yuri duermen entre nosotros, tan en paz que me culparía durante días por haberlos despertado. Al menos no tengo que martirizarme por eso, siguen sumidos en el sueño más hermoso, a juzgar por la expresión serena que tienen.

—¿Jacob? —me llama.

Vuelvo a tumbarme, paso el brazo por debajo de su cuello y la acerco despacio hacia mí, hasta que su pelo roza mi rostro.

—¿Cómo tienes la cabeza?

—Bien, ya te lo he dicho, eso ocurrió hace mucho tiempo. Si lo peor tuviera que haber pasado… ya habría pasado…

Asiento en silencio. Distingo el brillo de sus ojos en la oscuridad.

—¿Ha sido una pesadilla?

—Han sido recuerdos de la infancia —es todo lo que digo.

Espero más preguntas, pero no llegan. Bruna acerca su rostro a mi pecho desnudo y se tumba justo donde late mi corazón, desbocado.

—¿Crees que podremos darles una infancia digna a los dos? —mira a los gemelos entre nuestros cuerpos—. Ninguno de nosotros fue muy feliz de pequeño…

—Creo que precisamente por eso lo mínimo que podemos hacer es permitirles la mejor. Para despedirnos de este ciclo maldito… y quién sabe si algún día nos lo agradecerán…

—¿Crees que serán felices?

Respiro hondo.

—La sangre de su madre y de su padre corre por sus venas. Si heredan su valentía, un poco de tu locura y un poco de la mía, creo que será imposible que no lo sean.

Bruna juguetea con los pocos pelos que tengo en el abdomen. Mi mente se pierde lejos, me siento anestesiado después de todo lo que ha pasado por mi cabeza.

El consejo que me dio después del momento en que decidí que mataría a Marcos fue: volvamos a casa y durmamos. Sí, dormir. Darnos un respiro, relajarnos, reiniciar el cuerpo y la mente. Quizá así, según ella, las cosas se verían más claras…

Pues bien, las cosas están claras como el agua. Y espero que no vea lo que voy a hacerle a Marcos, porque después de eso no podría volver a mirarme.

—Este mundo agitado nos obliga a estar siempre conectados y a tener respuestas preparadas para todo, a estar listos para todo; la pereza parece un delito —dijo—. Vamos a darle una oportunidad al ocio. Redescubrir nuestro propio ritmo y desacelerar. No te preocupes porque las cosas no estén ocurriendo ahora, ocurrirán en el momento adecuado —dijo ella, sin duda instruida por Buda, el Dalái Lama o alguno de esos coaches de mierda.

Y yo, como hombre de la casa, que siempre tiene la última palabra, fui muy firme con semejante tontería:

—Sí, señora.

¿No somos la pareja del año?

—¿Quieres hablar ahora? —Bruna se arregla el pelo y se lo recoge en una coleta muy despeinada, con los labios rozando superficialmente mi abdomen.

—Sí.

De las cosas extrañas que se pueden hacer con las mujeres: hablar con ellas.

La vida no me preparó para conversar con mujeres. Normalmente doy órdenes, paso a la acción o simplemente desprecio. Pero estar casado con esta mujer me saca de mi zona de confort y me obliga a reconocer que aún tengo mucho que aprender.

Estoy aprendiendo a escucharla, respetarla y admirarla.

Nos levantamos y llevamos a los niños a la cuna. Es casi automático que al final de todo casi nos damos un beso rápido, pero ambos nos apartamos tras el primer impulso.

Bajamos al comedor, donde el servicio va poniendo la mesa en silencio; solo hablamos cuando todos se marchan.

—¿Desde cuándo tu padre es obispo y jefe de esta religión aquí en Estados Unidos? —pregunta.

—Desde antes de que yo naciera o de Park Yang My. ¿Por qué? —me siento y empiezo a machacar el aguacate y a añadir salvado de avena y miel.

—Marcos también, hasta donde sé —la veo ponerse la mano en la cintura—. Corta el pan australiano y añade un montón de embutidos y porquerías para que esté más rico.

—¿Vas a comer eso?

—Sí, papá, ¿me dejas? —ironiza, levanta una ceja y se sienta en la silla a mi lado—. ¿Estás seguro de que tu padre dijo que él y Marcos eran de la misma religión? ¿La misma?

—Sí. Dijo que el regalo de boda que tenía para darnos era poner a nuestra disposición a uno de los pastores más entregados para consagrar nuestra unión.

Pruebo el café y, por primera vez, lo apruebo.

—¿Qué ha pasado con el café de aquí? Ya no lo hacen aguado y dulce —doy otro sorbo.

—Tuve una conversación con tu jefe de cocina. Le dije que me gustaba el café como me gustan los hombres.

—¿Amargo?

—«Negro. Fuerte. E incapaz de quererme tanto como yo lo quiero a él» —se divierte—. Nando suele decir eso, lo vio en un programa de Drag Queens.

Bebo otra vez para asegurarme. Y sí, es exactamente así.

—¿Cómo es esa iglesia aquí? —pregunta Bruna.

Rebusco en mi memoria cualquier información útil que pueda servir, pero todas me resultan genéricas.

—Son muy estrictos con seguir la Biblia al pie de la letra. Castidad, alejarse de los vicios, cortar lazos con familiares que abandonan la religión… es igual que todas las religiones que hacen cosplay de institución medieval —digo muy serio.

—¿Ningún escándalo?

—Muchísimos, por supuesto. Personas que se van de casa para servir en la sede, lejos de sus padres, y nunca regresan. Gente entrenada para viajar por el mundo y que renuncia a tener una familia. Muchos suicidios por haber sido excluidos de los lazos familiares tras ser expulsados…

Bruna asiente en silencio.

—¿Y allí? ¿Cómo es?

—Religión y Estado en Brasil van de la mano la mayor parte del tiempo. Y utilizan esa moral rígida y el estereotipo de santidad para encubrirlo todo: blanqueo de dinero, enriquecimiento ilícito, violaciones… —se queda callada y mira hacia un rincón del salón—. Debes saber que han financiado a muchos políticos.

—Sí, lo sé.

—Claro que lo sabes. Todos ellos deben formar parte de tu sindicato de hombres poderosos.

—Sí, algunos.

—Siempre quieren imponer su fe, incluso a quienes no creen. Eso no me preocupa tanto, pero lo que sí me inquieta es todo el dinero que recaudan y adónde va a parar. Mientras los fieles pasan hambre y entregan un dinero que necesitarían para llegar a fin de mes, ellos cenan en platos de oro, transportan maletines en avión y patrocinan a toda clase de gentuza para mantener su poder violento. Diputados, senadores e incluso futuros presidentes en la política. Milicias, tráfico de drogas y de influencias en las periferias… y jueces, policías y miembros de la alta jerarquía dentro del sistema.

—Parece que entiendes bien de esto…

—Viví allí, Jacob. Durante veinte años. Sé cómo funciona. No es exactamente una tierra sin ley, es la tierra de la ley de quien tiene dinero. Donde si robas un huevo porque tienes hambre, te encarcelan de inmediato. Pero si eres un niñito de papá y atropellas a un trabajador, te dan palmaditas en la cabeza y te mandan a hacer servicios comunitarios.

—¿Crees que soy uno de ellos? —pregunto.

—Claro que eres uno de ellos —responde, para mi sorpresa—. Todos vosotros os beneficiáis del sistema. Tenéis privilegios. Estáis por encima de cualquier mortal insignificante y hacéis lo que os da la gana…

No encuentro palabras para responder a eso.

—Pero no he dicho que tu carácter sea como el suyo. Puedo entender que en tu sindicato de hombres poderosos haya personas honorables, como tú. Igual que hay gente mala en los sindicatos de trabajadores. El gobierno brasileño se ha vuelto experto en comprar a los dirigentes sindicales y, con ello, desarticular el poder de los trabajadores. No se puede generalizar…

—¿Y cómo demostramos que mi padre y tu padrastro están metidos en cosas así? —pregunto.

—No lo demostramos, Jacob. Yo no… o podría acabar como tu hermana.

Ahora las cosas se vuelven más claras que nunca. Si tenía alguna duda, ya no la tengo. Es como si pudiera ver los mecanismos moverse delante de mí y llevarme hasta este momento.

Todo parece haber sido calculado con precisión. Excepto la parte en la que me caso con alguien a quien no se puede controlar. Hasta traer a la única persona a la que ella teme para controlarla. Y con eso, controlarme a mí.

—¿En qué estás pensando?

—Si encontramos las pruebas y exponemos a esa gente… ¿qué pasaría?

Bruna no parece muy convencida.

—Dirán que son fake news… se irán a un destino desconocido y seguirán moviendo los hilos desde lejos hasta que el pueblo se olvide, porque saben que el pueblo olvida.

Sigo comiendo.

—¿Al menos sabes cómo actúan?

—Si me preguntas si voy a algún templo religioso, el único al que voy es a la Iglesia del Puticlub. Y punto.

Bruna hace una mueca divertida.

—Atraen a la gente con el espectáculo, fingiendo milagros… o alimentando el odio y el rencor que llevan dentro, diciendo que Dios odia esto o aquello, pero que las ama a ellas y solo a ellas. En una sociedad en la que los pobres, los menos formados y los desfavorecidos han sido olvidados y tratados como escoria, les hacen sentir que pertenecen a algún lugar. Y que valen mucho. A estas personas las olvidaron las universidades y los intelectuales. Y también las olvidaron muchos de los proyectos de la izquierda que, cuando llegó al poder, solo se centró en ganar influencia y se alió con los dueños de los bancos, creyendo que serían «parte del club». Pero, adivina qué: ni esas personas, ni los intelectuales, ni la izquierda forman parte de nada. Están hechos pedazos…

—Me pones la piel de gallina —confieso.

—¿Sueno demasiado apocalíptica?

—Demasiado instruida. No sabía, hasta ahora, que una mujer inteligente me ponía cachondo. —Menos mal que no está mirando debajo de la mesa.

—Esa gente va a defender con uñas y dientes a quienes les hicieron sentirse especiales, Jacob. No importa cuánto se demuestre lo contrario. Nadie se acordaba de ellos… y estos listillos los acogieron. Ellos son su familia. Al menos, así lo creen. Y los defenderán a ciegas.

De dos una: o Bruna es una infiltrada de la Colmena poniéndome a prueba… o de verdad es capaz de ver el mundo tal como es, y me gustaría saber dónde aprendió todo eso.

—Me sorprende que tú, CEO de un banco, un tipo de política liberal, no me estés llevando la contraria —me provoca.

—Estamos casados, Bruna.

—¿Y qué?

—¿Tenemos que tener secretos entre nosotros?

El silencio es su respuesta.

—Me sorprende porque ves el mundo como un todo. Mucho más allá de lo que se muestra delante de ti, del lugar del que vienes. Esa no es mi realidad, yo vengo de otro mundo. Donde estoy entre bastidores de la obra de teatro, no en la platea mirando, como tú. Y acabas de decir todo lo que ocurre detrás del telón…

Levanta una ceja.

—Vale, ¿a dónde quieres llegar? —pregunta.

—A que así es como funciona el sistema y solo unas pocas personas selectas consiguen verlo. Y para resolver este problema, tenemos que actuar como los tipos que están entre bambalinas, no como los que están sentados en la platea.

—¿Y qué significa eso?

—¿Confías en mí, Bruna?

Me mira con cierta duda.

—¿Debería confiar?

Capítulo 24

Jacob Parker

Los días fueron pasando y el trabajo en el banco CS Gallagher se volvió monótono. Porque, al fin y al cabo, sin nadie a quien follar allí dentro y sin las innumerables polémicas para difundir y engrandecer mi nombre por todo el país, ¿qué sentido tiene ser el CEO? Ahora echo de menos ser el chico para todo de Blake; allí sí que era una vida llena de emoción.

Repaso uno a uno los documentos que tengo que firmar. Los leo con extrema atención. La última vez que dejé que Allen lo hiciera por mí, acabé recibiendo a dos niños en casa.

¿Qué más podría pasar si no reviso cada papel que firmo?

Mi atención se ve interrumpida durante una fracción de segundo cuando la puerta del despacho se abre. No levanto la cabeza, solo empujo con los dedos los papeles ya firmados.

—Qué bien que hayas llegado, Allen. Necesito que despaches esta documentación, pero no te vayas todavía, tengo cuatro más para firmar.

Rubrico otro documento, lo cierro y cojo el siguiente.

Leo el encabezado, el acuerdo, el dinero implicado. Compruebo que todos los datos estén correctos y rehago los cálculos necesarios con la calculadora del móvil.

—Solo dos más —aviso.

—Puedo esperar —responde una voz femenina.

Un momento. Esa definitivamente no es la voz de mi asistente; ya no está en la pubertad y ese tono femenino nunca ha sido propio de él.

Levanto la vista con cautela y me encuentro con unos pechos. Muy grandes. En un escote. El rostro no importa; me quedo mirando los pechos, justo delante de mí.

—Qué salud —suspiro. Alzo la mirada muy despacio.

No es ninguna de mis secretarias, ni tampoco alguien que trabaje en el banco —sí, sé que suena extraño, pero conozco a todas las personas que trabajan en este lugar. Ante todo soy un tipo carismático que saluda desde la limpiadora hasta los multimillonarios que se sientan frente a mí; por eso soy irresistible.

—Oh —me paso el índice suavemente por el labio inferior—. ¿Cómo has entrado aquí?

—La puerta estaba abierta —inclina la cabeza hacia un lado.

No sé por qué, tengo la sensación de haberla visto antes, pero no recuerdo dónde…

—¿Y entonces entraste así, sin más? —pregunto con tono irónico.

—Pues sí, eso hice —continúa apoyando las manos sobre la mesa, tamborilea con las uñas largas y rojas. Balancea los pechos y sonríe.

Y yo parpadeo despacio, intentando seguir el hilo.

—¡Allen! —llamo a mi asistente.

Pero no responde.

—¡Allen! —repito con un tono más firme, como advirtiendo: a la tercera estás despedido.

—No hay nadie ahí fuera —se aparta el pelo cobrizo hacia un lado y mira hacia la puerta—. Es la hora de comer, todos se han ido.

—¿Y tú eres la famosa…?

—No nos conocemos.

—Eso ya lo había notado, señorita…

—Eillen Choi —parpadea con los ojos ligeramente rasgados.

¿Sabes a qué huele esto? Esto huele a…

—Fui una vez a tu casa, no sé si lo recuerdas —vuelve a balancear los pechos—. Y también nos vimos hace poco, en un restaurante. ¿Qué tal me queda el pelo? —agita la melena delante de mí.

—Ah, tú eres la candidata que mi padre quería meterme a la fuerza —suspiro.

—He oído que prefieres a las pelirrojas…

—Yo he oído que ya me he casado —respondo—. Y por ese motivo, claramente, prefiero a mi mujer. —Dejo la pluma sobre la mesa—. Ahora, si puedes salir…

—No, Jacob Parker, no voy a salir hasta que hablemos —me quita la pluma de la mano y la coloca entre los pechos.

—¡Devuélveme eso!

—Ven a cogerla —me provoca.

Pasa por detrás de mí, rodea la silla presidencial y se dirige al otro lado de la sala. Contonea ese culo enorme hasta llegar a la pared acristalada, se inclina sobre la ventana y el vestido corto se le sube. Roja. La braguita.

¿Dónde están las drogas de los guardias de seguridad y toda la gente que pago para impedir que locas como esta entren aquí?

Vale, antes era yo quien pedía que entrasen, pero ahora…

—¿No vas a cogerla? —saca la pluma del escote y la agita con los dedos, fuera de la ventana.

—¿Qué demonios te crees que estás haciendo?

—¿Qué crees que estoy haciendo? —replica ella. Suelta la maldita pluma que Kaleb me regaló.

Por un impulso casi me levanto, pero sigo sentado. Primero porque, claro, la tengo dura. Segundo porque sé muy bien adónde llevan estos jueguecitos.

—Ah. —Muestra su decepción—. No eres tan interesante como pensaba, Jacob… había oído hablar muy bien de ti…

—Eillen, con todo el respeto, sal de la puta de mi oficina. —Esbozo una sonrisa amable. De esas que indican que la próxima en salir volando por la ventana no será mi pluma de la suerte, sino ella.

—¿Por qué no me echas tú? —se acerca a mí.

El sonido del tacón y su pie al golpear sobre mi mesa me hace dar un leve impulso hacia atrás. Se sube un poco más el vestido y sigue mirándome fijamente.

—¿Seguro que hiciste la elección correcta, Jacob?

Me quedo en silencio.

—Oh… veo que estás molesto… ¿he sido una niña mala? ¿Merezco un castigo? —se da la vuelta y se sube el vestido hasta mostrar todo el trasero.

Busco alguna canción de alabanza en mi repertorio mental, solo para mantener la cabeza en su sitio. Pero no soy precisamente de los que escuchan himnos sobre virtudes.

—¿Tú eres la esposa cristiana y de buena familia con la que mi padre quería casarme? —tengo serias dudas al respecto.

—He decidido que el enfoque sería distinto, ahora. Porque para conquistarte puedo ser algo más que todo eso. Puedo ser una buena amante, una mujer insaciable, una…

¿Sabes la serpiente hablando con Eva?

Pues eso, yo no necesito a la serpiente. Me basta conmigo mismo.

Pero aquí hay un límite entre lo que quiero y lo que puedo hacer.

Y lo que no puedo hacer es decepcionar a Bruna y volver a tirar mi nombre a la basura.

—¿No quieres sentir mi piel? —me toca las manos, guiándolas hacia su braguita.

—Quiero… que salgas de mi despacho.

—Si de verdad quisieras que me fuera, Jacob, ya habrías llamado a seguridad, ¿no? —se ríe—. ¿Será que tu esposa lo hace tan bien como yo?

Eillen pasa una pierna y luego la otra entre los brazos del sillón presidencial, hasta quedar completamente encima de mí. Me agarra la corbata y tira de ella hacia arriba mientras se sienta con fuerza sobre mi bulto.

—¿Crees que ella puede saciarte tanto como yo?

Sus uñas se clavan en mi cuello y suben con fuerza hasta mi rostro.

—¿De verdad te conoce, Jacob? ¿Sabe todos tus secretitos? Lo perverso y pervertido que puedes llegar a ser. Lo mucho que te gusta la violencia y la adrenalina.

Termina de quitarse el vestido y, montada sobre mí, empieza a desvestirme.

—Voy a demostrarte que aún estás a tiempo de elegir a la persona correcta…

No cuento ni cinco segundos. Quizá cinco ya sea demasiado.

La puerta se abre de nuevo y, en silencio, le pido a Allen que entre y lo interrumpa todo. Pero quien entra es Bruna, empujando el carrito con los niños.

—Mierda.

Se queda parada frente a la escena, incluso intenta darse la vuelta, pero el carrito se lo impide.

Mientras intenta maniobrar para ganar espacio y pasar, consigo empujar a la mujer que tengo encima y corro hacia ella.

—¡Puedo explicarlo!

—Claro que puedes —dice con ferocidad y me empuja.

—¡Sigo vestido! —le agarro el brazo.

—¡No! —ruge—. ¡No me toques!

Aun así insisto. La sujeto del brazo y la acerco todo lo que puedo, le murmuro al oído:

—Bruna, no he hecho nada, estaba sentado en la puta silla firmando documentos y entonces ella…

—¿Ella llegó, se quitó la ropa y se sentó encima de ti?

—¡Joder, exactamente eso! —concluyo. Gracias a Dios lo ha entendido, nunca pensé que sería tan comprensiva.

—¡Jacob, déjame en paz! ¡Y vete al infierno! —me empuja de nuevo.

—¡No es culpa mía! —insisto.

Y esta vez, por increíble que parezca, de verdad no lo es.

Bruna consigue llevar el carrito hasta el vestíbulo previo al despacho. Lo deja a unos metros de distancia y vuelve hacia mí; sus tacones parecen a punto de perforar el suelo.

—¡Confié en ti! —me empuja con rabia, veo las lágrimas en sus ojos—. Pensé que podrías ser diferente. Me pediste que confiara y mira, confié. ¡Mira lo estúpida que fui, Jacob! ¿Pero sabes qué? ¿De verdad? ¡Estoy cansada!

Ella se quita la alianza que le puse en el dedo el día en que le pedí matrimonio delante de mis amigos y me la lanza a la cara. El golpe es tan fuerte que me alcanza el ojo izquierdo.

—Estoy harta de vivir pisando cristales rotos. De sentir que yo estoy al cien por cien contigo, pero tú solo estás al cincuenta

conmigo. Me entregué a ti de todas las maneras posibles, incluso después de todo lo que supiste que me pasó —dice, y rompe a llorar.

Sus manos suben primero por el rostro hasta llegar al cabello. Lo aprieta con rabia y queda más despeinada de lo normal.

—Te mereces quedarte solo —escupe al suelo—. Estás enfermo y no mereces mi confianza ni nada —me da la espalda y se marcha.

—Bruna…

—Y no esperes que los niños o yo estemos en tu casa, esperándote —se gira hacia mí y me señala con el dedo índice—. Me los llevaré lejos de ti, aunque para eso tengan que quedar bajo tutela del Estado. No merecen crecer bajo la influencia de alguien como tú.

Aún insisto, pero es inútil.

Se zafa de mi contacto, se aleja de mí. Cuando los niños empiezan a llorar al verla en ese estado, decido apartarme por voluntad propia.

Bruna entra en el ascensor y no mira atrás. La puerta se cierra.

—Tsc, tsc, tsc —oigo una voz femenina detrás de mí. Parece divertirse de lo lindo—. ¿Tiene idea de quién eres tú?

—Señorita cuyo nombre no sé, pero que tiene un culo bonito, lárgate. Si hubo algún clima, ya no lo hay.

—Ella no te respeta, Jacob. No está a tu altura…, pero yo sí —sus manos me guían hasta sus pechos—. Yo nunca te haría eso. Y por eso sería la elección perfecta —insiste.

—He dicho: lárgate.

—Descarga esa rabia conmigo —se acerca a mi oído y susurra —. Haz conmigo lo que quieras.

Bruna Martins

Jacob es exagerado, tengo que admitirlo.

Tuve que apagar el móvil, ya no podía usarlo.

Bloqueé al menos veinte números; otros cincuenta distintos empezaron a llamar.

Las llamadas perdidas ya se contaban por cientos.

Solo consigo insultarme mentalmente por todo lo que pasó.

—¿Cuáles eran las probabilidades de que ese tío cambiara y dejara de ser el cabrón que es? ¿Cuántas otras mujeres no se habrá tirado en todo el tiempo que estuvimos juntos?

Nando se muerde el labio.

Está tirado en el sofá, abrazado a los gemelos.

Él va vestido de Sulivan de pies a cabeza; Yuri de Mike Wazowski y Sunny de Boo.

—¿Cómo caí en esto, eh? ¿Cómo llegué a creer que de verdad podía gustarle? Quiero decir, míralo a él, mírame a mí.

—Ahora te estás menospreciando —anuncia Nando.

—¿Ah, sí? —ironizo.

—Ningún hombre merece eso, ni siquiera tu Danonino.

—En casa decía: «¡Vamos a esforzarnos! ¡Vamos a ser una familia! ¡Voy a luchar para que esto funcione!» ¿Y a mis espaldas qué hace? Busca a otras mujeres… como si yo no fuera suficiente… aaaargh… ¡estoy tan cabreada!

—¿Y vuestro contrato?

—¡Solo él tiene cosas que perder! —me río con rabia—. ¡Yo solo quiero mi mansión y mis quince mil dólares, nada más!

Voy hacia la cocina.

Hasta Ralf tiene cara de pena debajo de esa máscara de perro.

Hasta el cachorro se compadece de mi situación. Nunca lo he criticado.

—¡Ah! —me doy la vuelta y grito—. ¡Y mi Green Card! ¡Ese desgraciado tiene que darme una mansión, quince mil pavos al mes y una Green Card!

—Habla con él, Bruna…

—La conversación que tenga con él será para exigir mis derechos y nada más. —doy una patada en el suelo.

—Te sientes herida porque te apegaste a él… vale…, pero los dos sabíamos que Jacob no era un hombre para apegarse. Es el típico bombón al que besas en una fiesta y no vuelves a ver jamás.

—¡El problema es que, en teoría, tengo que verlo todos los días!

Solo han pasado dos días.

Y, tengo que admitirlo, aquí dentro parecen una eternidad.

—¡Humpf!

Nando empieza a decir tonterías y onomatopeyas para distraer a los niños mientras yo camino en círculos, con Ralf detrás.

—Ralf, si quieres mear, ve a buscar una planta. ¡O te doy un puñetazo! —le aviso.

Y el perro se va con el rabo entre las piernas.

—¿Y tu padrastro, Bruna? ¿Crees que ya se habrá ido?

Vuelvo al salón, caminando sin parar, a ver si consigo ordenar mis pensamientos.

—El padre de Jacob quería que él celebrara nuestra ceremonia de boda. Pero ya no va a haber boda. Así que espero que ese trasto esté ahora mismo bien lejos de aquí. Puede que sepa dónde vive Jacob, pero no sabe dónde vives tú.

Nando asiente y vuelve a jugar con los niños.

—¿No quieres ni escuchar lo que Jacob tiene que decir? —pregunta Nando.

—¡No! ¡No quiero saber qué pasó ni sus razones!

—Pero, Bruna… parecías tan feliz…

—Lo sé… lo sé… —suspiro hondo.

Más que nadie, lo sé.

Mi vida ha sido eso: un cuento de hadas sin final feliz.

Cuando menos lo espero y cuando todo parece encajar, mi felicidad me es arrancada de golpe, como si ya no me sintiera capaz de seguir luchando.

—Sabes que puede llamar a la policía y a toda esa mierda por culpa de los niños, ¿no?

—Lo sé —hago un puchero.

—Tía, hasta ahora todo estaba perfecto. Viviendo legalmente, follándote al Danonino… no te pongas en riesgo así… ¿y si eso era exactamente lo que quería el puto de tu padrastro? ¿Desestabilizaros? ¿Llegar a este punto?

Me detengo en seco y miro a Nando.

Sí.

Parece justo el tipo de cosa que haría ese desgraciado.

—Vosotros solo sois fuertes juntos, nena. Así que trágate el orgullo y ve a hablar con él. Él te necesita para vencer a su padre, y tú lo necesitas para vencer a tu padrastro. Después de eso, cada uno sigue su camino…

Golpeo el suelo con ambos pies y pongo cara de llanto.

—¡Nandoooo!

—¡Trágate esa puta soberbia y céntrate en sobrevivir, gatita!

—No quiero dar mi brazo a torcer…

—Pero es él quien se está retorciendo entero, tía —Nando coge mi móvil y lo enciende.

Apenas accede a la red, recibo una llamada.

—El pobrecito también está desesperado… debe de estar sufriendo…

—¿Tú crees? —hago un puchero.

—Claro que no, Bruna Martins. Es un hombre, un sinvergüenza y un cabrón. Úsalo para sacar beneficios y, cuando puedas, cuando esté dormido, córtale la polla. ¡MUERTE AL PATRIARCADO! —grita, y levanta a Sunny en el aire, como haciendo el mono del Rey León.

—Vale, eso ya es demasiado extremo, incluso para mí —le quito el móvil de las manos.

—¡Eso, largo de aquí! —me echa.

—¡Cuida de esos niños como si te fuera la vida en ello! —lo fulmino con la mirada.

—¡Están en buenas manos! —asegura Nando.

¡Que Dios se apiade de esos niños!

Desbloqueo la puerta y salgo de casa; necesito caminar para despejarme.

Capítulo 25

Bruna Martins

Ya son cuatro días sin hablar con Jacob y tengo que admitirlo: lo echo de menos.

Sus tonterías, su manera descarada y, al mismo tiempo, entrañable. Esa carita de niño poniendo morritos y pucheros, con ese cuerpo y ese porte de hombre, me hicieron dar vueltas en la cama durante estas noches.

Solo ahora me he parado a pensar que durante varias noches nos acostamos juntos y empezamos a hablar… cuando me despertaba a mitad de la madrugada, allí estábamos, abrazados, él apretándome y dándome calor entre sus brazos —y sin roncar—. ¡Este hombre salió mejor de lo esperado!

Hago el mismo recorrido que llevo haciendo para caminar, todos los días. Y desde el primer día tengo la sensación de que me siguen; ahora estoy segura.

Enciendo el móvil y no tarda en entrar otra llamada más desde uno de sus números.

¿Habrá pensado en mí todo este tiempo?

—Jacob —contesto.

—Cuatro días, Bruna. Cuatro días… —gruñe al otro lado.

—¿Eres tú quien me está siguiendo? —miro a mi alrededor.

—No —dice de una forma sospechosa—. ¿Dónde estás?

—Cerca de Trojan Horse Security —digo la dirección de donde viven Ethan y Valentina Evans.

—De acuerdo. Voy de camino. Ten cuidado.

—Vale. Ven rápido —cuelgo.

Acelero el paso y vuelvo a mirar atrás. Nueva York es así, llena de gente; todo el tiempo ves multitudes cruzando las calles y deambulando por las aceras. La mayoría camina deprisa, pero algunos se paran a charlar o a pedir indicaciones.

Pero Marcos y yo tenemos una conexión problemática. Lo siento entre la multitud. Si no es Jacob, sé que es él.

Entro en un edificio bastante antes de llegar a la THS, después de cruzarme con un guardia de seguridad de muy mala cara. No tarda en entrar Marcos justo detrás; se arregla el pelo y apura el paso para alcanzarme en el ascensor.

—Mierda —digo en voz baja cuando la puerta se cierra.

Consigue entrar.

Nos quedamos solos los dos, frente a frente.

—Hola, princesa —dice. El dorso de su mano va directo a mi cara; toca mi piel de una manera que me provoca asco—. ¿Me has echado de menos? Ha sido difícil encontrarte, pero te he encontrado —sonríe.

—Hola —encogí los hombros y me pego a la pared.

—Tu madre está muy preocupada, ¿lo sabías? ¿No crees que sería mejor volver a casa?

Mi corazón late acelerado, lleno de miedo. Sí, todo lo que quería en la vida era ver a mi madre…, pero ¿de qué sirve eso? A estas alturas ya no me quiere como hija y Marcos solo está jugando con mis emociones para que caiga en una trampa y me lleve, vete tú a saber, a algún lugar oculto; solo Dios sabe adónde lleva esta gente a las mujeres que trafican.

Marcos se ríe, baja la cabeza y se seca la frente.

—¿Esto va en serio? ¿De verdad va en serio? ¿Desapareces de casa y en menos de tres meses estás casada? ¿Con hijos? Es obvio

que esos niños no son tuyos…

Incluso dejo de respirar. Marcos es el eslabón que puede destapar todo, sobre todo ante el padre de Jake. Él sabe la verdad.

—¿Qué estáis tramando tú y ese chaval, Bru? —dice.

El ascensor se detiene en la séptima planta. Entran cinco personas: dos hombres con traje, una mujer con un vestido precioso, otra con traje y un chico de la limpieza con una mascarilla blanca cubriéndole media cara y un mono verde agua.

Marcos presiona mi cuerpo contra la pared. Sonríe mientras frota su miembro duro contra mí, incluso por debajo de la ropa.

—Todo este jueguecito del gato y el ratón me ha puesto cachondo…

—Marcos… —susurro, pero me corta, me silencia apoyando el índice en mi nariz.

—Di si ese crío te folla tan bien como papá, dilo…

Lo dice todo en voz muy baja, pegado a mi oído. Pero una de las mujeres escucha y parece asqueada. Para el ascensor y sale. La otra la acompaña.

Solo quedamos Marcos, los tres hombres y yo.

Ahora lo dice en voz alta, sin ningún pudor:

—Te perdono, morenita. Y para que no haya más complicaciones, vamos a volver a casa, a Río de Janeiro. Tú, yo y los bebés. Cuidaré de vosotros, de todos vosotros, allí en Brasil.

—Jacob… —intento decir, pero me calla.

Los otros dos hombres salen del ascensor. El chico de la limpieza está frotando el cristal; nuestras miradas se cruzan un instante, pero enseguida vuelve a concentrarse en limpiar bien arriba.

—Él está acabado. A diferencia de ti, no va a escuchar a papá. Y su padre va a destruirlo, igual que mató a la hija y al yerno.

Abro los ojos de par en par.

—Sí, muñequita. ¿Sois tan idiotas que todavía no os habíais dado cuenta? —Marcos se ríe—. Park Suck mató a su propia hija porque descubrió que era uno de los jefes del narcotráfico.

Vomito. Directamente sobre su traje.

Sale de golpe, no puedo controlarlo. El estómago se me revuelve y el mundo parece volverse cada vez más frío. De pronto la garganta me estalla y casi me asfixio al vomitar. Me sujeto el pelo para protegerme, pero antes de cualquier otra cosa pulso el botón para que la puerta se abra y salgo.

Marcos está tan aturdido que se queda inmóvil, no sé si por el asco del vómito o por el shock de verme huir.

—No puedes escapar, Bruna —aún alcanza a decir, antes de que la puerta se cierre.

Marcos

[Atención: a partir de aquí hay escenas de violencia intensa hasta el final del capítulo]

Bruna es escurridiza y eso me excita. Se hace la pura y la santa. Me provoca al huir. Es así desde antes de los doce años y sabe que eso me afecta.

Su reacción inesperada me deja algo aturdido; no sé si tirarla del pelo, pero concluyo rápidamente que eso podría llamar demasiado la atención, por las cámaras del ascensor y el prestador de servicios que hay aquí.

Saco un pañuelo blanco del bolsillo del traje y limpio lo que puedo, pero el olor no se va.

Levanto el rostro para mirarme en el espejo y veo al chico de la limpieza pasando algo por delante de la cámara del techo.

—¿Tienes algo para limpiar esto? —pregunto.

Evalúa mi estado. Se quita la mascarilla blanca que le cubre la nariz y los labios. Abro los ojos despacio al darme cuenta de que es el hijo de puta de Jacob Parker.

—Tú y yo tenemos asuntos pendientes —me dice.

—Ya… —antes de que termine de hablar, me deja aturdido.

Jacob me da un cabezazo tan fuerte que parece que el cerebro se me va a salir del cráneo. La cabeza me zumba y me quedo incluso ciego por un instante; tanteo el suelo y me incorporo con dificultad. Doy una patada al aire para defenderme.

Me sujeta con fuerza por la yugular. Siento su respiración caliente e intensa contra mi cara.

—Abre los ojos —dice.

Aprieto los párpados contra las pupilas; a la tercera vez que los abro respiro aliviado, porque no me he quedado ciego. Puedo respirar. Lo miro de frente.

—Quiero que recuerdes que el último rostro que viste fue el mío —advierte.

Y antes de que pregunte qué piensa hacer, siento el impulso de sus manos lanzándome con toda la fuerza posible contra el espejo del ascensor.

El ruido del cristal me sobresalta; mi cuerpo intenta retroceder, pero Jacob me presiona contra la pared con violencia y el dolor me consume por completo. Siento los ojos atravesados; cuando mi cara choca contra el metal helado, me invade un dolor que desgarra mis pupilas. Incluso tengo la sensación de que fragmentos de vidrio se me han metido por la nariz o la boca.

—¡Estoy ciego! —es lo último que digo, desesperado; toso con sequedad. Paso el dedo y noto un líquido espeso en la zona de los ojos.

Jacob Parker

Instruí a Bruna para que atrajera a Marcos a una trampa. No sería tan difícil.

Después del papel que interpretamos con tanta maestría en el despacho, era evidente que mi padre acabaría enterándose de que estábamos debilitados. ¿Y cuál sería la mejor forma de actuar si no esta?

Una pena que ella y yo nos adelantáramos.

—Eh… —le doy unos golpecitos en la cara ensangrentada, con cuidado de no cortarme—. Eh, dormilón.

Marcos se despierta de golpe tras un ronquido asmático. Abre los ojos dañados; cada vez que parpadea parece sangrar más. Su rostro aún no está tan desfigurado y mutilado como yo quisiera. Pero Marcos y yo todavía no hemos saldado ninguna de nuestras cuentas, apenas hemos empezado los preliminares.

—¿Te has despertado?

—¿Qué has hecho? —pregunta ronco y con dificultad. Tengo que acercarme a su boca para oírlo.

—Te has despertado —constato.

En el panel, el ascensor indica que seguimos bajando cada vez más. Al llegar al nivel de la calle continúa descendiendo, pero no hay ningún piso marcado para pulsar y bajar; los hombres como yo tenemos un código para acceder al mundo secreto, bajo la civilización y lejos de sus reglas.

Cuando el ascensor llega a su destino final, lo más profundo que puede descender bajo tierra, empujo la pared desnuda donde antes había un espejo y esta se abre dando paso a un túnel muy largo y bien iluminado. La pared gira y roza el suelo, limpiando los

fragmentos de vidrio; una pared idéntica, con un espejo perfecto, ocupa su lugar, mientras que de este lado queda la pared destruida.

Me agacho para comprobar si Marcos respira y sí, respira, gracias a Dios.

Saco un cable de acero del amplio bolsillo del mono y calculo la medida a simple vista. Enrollo un extremo en la mano derecha y lo paso dos veces alrededor del cuello de Marcos.

—¿Qué es…

Termino de enrollar el extremo que sobra en la mano derecha.

—Vamos a saldar nuestras cuentas —digo, y empiezo a arrastrarlo y a estrangularlo por el corredor mientras avanzo.

Este hombre agoniza y grita desesperado, tose sangre y se retuerce como un loco, como si fuera a morir. Clava las uñas en el suelo e intenta impedir que avance, pero es inútil; continúo hasta hacerle sangrar los dedos.

Cuando noto que sus movimientos cesan y ha perdido el conocimiento, me detengo.

—Eh… —le doy unos bofetones en la cara minutos después, para que despierte.

Le dejo respirar libremente, desesperado. Su rostro se contrae de dolor, la boca queda entreabierta intentando emitir algún sonido.

Marcos da un pequeño sobresalto. Sus manos tantean el cuello y aspira todo el aire que puede.

—¿Te has despertado? —pregunto.

—Jac…

Me incorporo y vuelvo a arrastrarlo. Hasta que se desmaya y repito el proceso tantas veces como sea necesario. Es lento, lo sé.

Pero este hijo de puta, este desgraciado, no va a pagar en la cárcel. Va a pagar aquí, conmigo, en mi infierno particular.

—Eh. —Lo despierto de nuevo.

Respira con desesperación, como si llevara años asfixiándose. Parece sediento de sentir el aire en los pulmones; y quizá, perforándolos, quién sabe.

Reanudo una vez más el trayecto hasta que deja de forcejear.

—Eh. —Lo despierto otra vez.

Quiero que acompañe todo nuestro recorrido, aunque no pueda ver. Esto me lleva veinte minutos de mi precioso tiempo, pero Marcos y yo entramos en el mundo prohibido, bajo Nueva York. Antes, aquí era uno de los puntos más importantes de la economía del mercado negro, o mercado clandestino, donde se vendían órganos humanos, personas y toda clase de cosas que no deberían hacerse.

Ahora se ha convertido en el rincón de la disciplina del mundo democrático.

Como el Área 51 queda muy lejos, aquí tenemos un lugar para sobrepasar algunos límites de la Constitución. Ahora es un espacio de apuestas; han construido una arena para que la gente luche hasta la muerte y los túneles de los Cavalieri están conectados en algún punto. Y es allí adonde voy.

—¿Voy a morir? —pregunta Marcos cuando termina su tormento de ser arrastrado y está debidamente sentado.

Está tan anestesiado que ni siquiera ha sentido cuando lo he desnudado; supongo que esa es la menor de sus preocupaciones.

—¿Sabes por qué Blake me eligió? —pregunto.

Gime con fuerza y le tiemblan las piernas.

—Es en serio, ¿sabes por qué Blake me eligió? —camino a su alrededor, mirándolo fijamente. Me siento asqueado por no tener un

enemigo a la altura; quería a alguien más desafiante, pero ¿este? Un chiste—. Eligió a Kaleb porque es dulce, gentil, tierno. Kaleb tiene un corazón gigantesco; es, sin duda, toda la pureza que habita en Blake.

Evalúo el gigantesco bate de béisbol que tengo en la mano, lleno de clavos y púas.

—Blake me eligió porque todo hombre tiene un lado oscuro. Y todo resulta más fácil cuando tienes a un perro feroz, entrenado para ladrar, morder y matar por ti, obediente, sin cuestionar nada —hago girar el bate entre mis manos.

Marcos solo tiembla.

Descargo el bate con fuerza contra la mesa metálica en la que está sentado.

Me acerco a su nariz y percibo su olor a sangre.

—¿No eras el machito? ¿Dónde está el puto macho que llevas dentro? Llámalo para que venga a enfrentarse conmigo, joder.

Baja la cabeza y se estremece.

—Ah, claro, eres macho con chicas indefensas, ¿verdad? Con las que ni siquiera saben lo que les estás haciendo y a las que puedes manipular, igual que a quienes creen protegerlas…

—Por favor… —suplica.

—Tranquilo —le susurro al oído—. Tenemos cinco médicos aquí; te dejarán como nuevo. Se asegurarán de que vivas.

Oigo algo parecido a un suspiro de alivio.

—Ahora, Marcos, vamos a jugar. Y solo diré las instrucciones una vez. Así que escucha bien: te haré algunas preguntas. Necesito que me hagas sentir que dices la verdad, que me hagas creerte. Y si decides no responder o yo pienso que mientes… pierdes, ¿entendido?

—Sí… —su voz sale temblorosa—. ¿Vas a matarme?

Guardo silencio mientras lo examino.

Llora cuando paso el dorso de la mano por su rostro manchado de sangre, lleno de fragmentos de vidrio.

—Al contrario, Marcos. Quiero que vivas. Y que vivas mucho —digo la verdad.

Doy una vuelta completa alrededor de la mesa mientras ordeno mis pensamientos.

—¿Mi padre es realmente uno de los jefes de esa red de trata de mujeres?

Asiente con la cabeza, las manos intentando protegerse la cara.

—¿Y los cabrones de tu iglesia en Brasil, qué hacen?

—Blanqueo de dinero —responde—. Patrocinan a políticos y fomentan milicias.

—Sabes jugar a este juego, Marcos —le doy unos golpecitos suaves en la frente.

—¿Dónde están las pruebas que encontró mi hermana y que llevan a la conclusión de que mi padre es la cabeza de esta mierda?

—No lo sé.

—Entonces, ¿por qué la mató, Marcos?

—Tu madre…

—¿Qué pasa con mi madre, Marcos? —doy incluso un paso atrás.

—No quería que tuvieran contacto, pero lo tuvieron.

—Y él sabe que los bebés son hijos de Rose, ¿verdad?

Asiente.

—Bien —respiro hondo—. Era lo único que necesitaba saber. —Ahora dime, Marcos… —me acerco mucho, aún susurrando—: ¿me

garantizas que dejarás a mi mujer en paz?

Tiembla. Baja la cabeza; la sangre y la baba se mezclan. Al alzar el rostro, leo en sus labios: «ella no es tu mujer».

Puede que no lo sea. Todavía. Pero Bruna y yo estamos construyendo algo muy bueno.

—Lo haré.

—No te creo, Marcos. Lo siento —me alejo.

—¡Lo haré! ¡La dejaré en…

Golpeo con tanta fuerza que el pene prácticamente estalla. El grito de horror que lanza, muchos metros bajo tierra, queda, gracias a Dios, amortiguado por capas y capas de arena, granito, tierra y asfalto, por coches y personas ahí arriba.

Sigo golpeando hasta que el órgano se separa por completo de su cuerpo. Luego se lo meto en la boca y se lo hago tragar, hasta que lo engulle, no importa cuánto tarde.

Los médicos se colocan en posición; tomo el primer bisturí que veo y derribo a ese hombre sobre la camilla con un puñetazo. Le abro el abdomen con maestría y rapidez; el corte impresiona incluso a los profesionales que me rodean.

—El cuerpo va a entrar en estado de shock, señor —me advierte uno de ellos.

Que le den.

Arranco uno de sus riñones con tal salvajismo y sangre fría que mi mente solo vuelve a funcionar con claridad cuando arrojo el órgano a un lado, sobre la mesa. Marcos no responde; el cuerpo parece rígido.

Segundos después empieza a temblar.

—Ciérrenlo —ordeno.

El equipo médico se reúne alrededor de la camilla; uno ya llega con hilo y aguja para suturar el destrozo que he hecho, otro ajusta la bolsa de sangre en un soporte.

—Resucítenlo —cojo el riñón de encima de la camilla—. Y congelen esto en una caja de cristal; quiero usarlo como decoración en mi despacho.

No dicen nada, solo cumplen mis órdenes.

Espero a que me traigan una toalla blanca y limpia para poder quitar el exceso de sangre de los brazos, de las manos y del rostro.

Aguardo pacientemente a que Marcos emita un sonido que se parece a una respiración. Parece volver a la vida y deja de temblar; llora en silencio, sin voz y sin fuerzas.

Me acerco a su cuerpo y limpio un poco del rojo carmín de su cara.

—Aún vas a vivir bastante, Marcos —intento apaciguar su miedo.

Pero parece que solo aumenta.

Voy a abrir a este hombre, sacar cada una de sus partes y devolverlo a la vida, hasta que no quede nada.

—Y sí, Marcos, vas a dejar a mi mujer en paz. Te lo garantizo yo.

Capítulo 26

Bruna Martins

Hace unos días.

—¿Confías en mí, Bruna? —pregunta Jacob.

Tardo unos segundos en cruzarme de brazos; la cabeza se inclina hacia delante, intentando abarcar la situación con perspectiva.

—¿Debería confiar? —es mi respuesta.

Se ríe con su descaro de siempre, balancea los brazos con sutileza mientras se acerca y se planta delante de mí.

—No —es categórico—. No deberías confiar en mí. Sin embargo, seamos sinceros en una cosa: solo yo puedo ayudarte a salir de esta, igual que solo tú puedes ayudarme a mí. Te guste o no, dependemos el uno del otro. Todo sería más fácil si confiaras en mí, pero tienes razón. No deberías confiar.

Jacob no me deja ceder. Me quedo en silencio, mirándolo, con la cabeza llena de preguntas.

—Tenemos que atraerlos, uno por uno. Y destruirlos.

—Lo haces parecer sencillo…

—Es bastante sencillo.

—Entonces, ¿qué propones, señor genio?

—Yo debilito el esquema de seguridad del banco y permito que esa mujer que mi padre quiere tanto presentarme tenga acceso.

—Ajá —alzo una ceja.

—Ha ido allí todos los días, ¿lo sabías? Pero no le permiten entrar. Merodea el lugar, da algunas vueltas, está claramente buscando una rendija; así que, ¿por qué no dársela?

—Ah, claro, entra, sube a tu planta y tú te la follas. ¿Eso es?

Lo intento, de verdad intento mantener la voz en perfecto equilibrio. Pero el único equilibrio que encuentro está en las ganas de darle una paliza a este tipo. El mismísimo Buda me susurra al oído: ¿quieres alcanzar la paz interior? Alcanza con un nocaut.

—Eso es lo que quiero que creas.

—¿Qué?

—Porque eso es lo que ellos van a creer.

—Ahora no te estoy entendiendo.

—Es mucho más simple y fácil de lo que imaginas, Bruna. La dejo entrar, escenificamos una pelea y dejamos de comunicarnos hasta que alguno venga a por nosotros. El que llegue primero será neutralizado.

—¿Y qué quieres decir con neutralizado?

Jacob cierra la mano y deja solo el índice apuntando hacia delante. Lo pasa por delante del cuello, dejando muy claro lo que significa. Yo abro los ojos de par en par y hasta doy un paso atrás.

—El otro vendrá después. Es muy probable que el primero sea tu padrastro y solo después mi padre.

—¿Ese es el plan más inteligente que has podido crear? —necesito ser franca y dura—. ¿A quién pretendes engañar con eso?

—¿Crees que no va a funcionar?

—¿Que si lo creo? —tengo que contener la risa—. ¿En qué mundo caerían esos hombres en una trampa tan idiota?

—Exactamente —asiente con la cabeza; sus manos se posan en mis hombros y descienden hasta llegar a mis manos—. ¿Cuál es

mi mayor debilidad?

—Las mujeres —respondo sin dudar.

—¿Qué es lo que más temes en la vida?

Me muerdo el labio. No quiero ni mencionar el nombre de ese desgraciado.

—Siempre que mi padre ha querido controlarme, lo ha conseguido, hasta ahora. Y siempre que tu padrastro te ha acorralado, ha obtenido lo que quería.

—¿Y qué cambia ahora? —pregunto.

—Lo que cambia ahora es que me tienes a mí. Y yo te tengo a ti. Desde que entraste en mi vida, Bruna, las mujeres no han sido mi debilidad; lo has sido tú.

—Eso se lo dices a todas —me cruzo de brazos y me suelto de sus manos.

—¿Ah, sí? —se ríe; sus manos rodean mi cintura y me atraen hacia él—. No tienen ni idea de cuánto hemos cambiado el uno en el otro y por el otro en este corto periodo de tiempo. Y es bueno que sigan creyendo que estamos a merced de nuestras debilidades, porque así venceremos, por su soberbia.

—¿Y por qué crees que mi padrastro vendrá primero?

—Porque la primera rata que asoma siempre es la más tonta —dice con serenidad—. Las otras se quedan en la madriguera esperando a ver qué pasa, para ser más cautelosas.

—¿Y qué vas a hacer con él? —cierro los ojos y apoyo la cabeza en su pecho.

—¿Qué quieres que haga con él?

—Jaaaaake —respiro hondo, casi gimoteando. Este asunto es muy delicado.

—¿Puedo matarlo?

No consigo responder. Ni que sí ni que no. No quiero, de ninguna manera, cargar con esa responsabilidad sobre mis hombros.

—Cualquiera, Bruna, cualquiera puede estar vigilándonos. Así que, cuando esto ocurra, tiene que ir en serio. Vas a salir de aquí, te llevarás a los niños contigo, no mantendremos contacto, ni siquiera Luís Fernando debe saber la verdad… pero desde ya necesitamos un punto de referencia para que yo pueda acabar con él.

Solo asiento con la cabeza.

—Pero que sepas que…

¿Es una estupidez decir esto? ¿Estoy siendo demasiado precipitada?

—No quiero estar mucho tiempo lejos de ti —decimos al mismo tiempo.

Si hubiera sido ensayado, no habría salido tan perfecto.

—Por eso vamos a resolverlo rápido, para que puedas volver conmigo cuanto antes —dice él.

—¿Y si no sale bien?

—Saldrá bien. La táctica militar más utilizada en el mundo, desde los albores de la historia, es jugar con la soberbia del enemigo. Si se cree poderoso, inigualable e intocable, jugamos con su ego. Y es por ahí por donde cae.

—¿Y qué viene después? —pregunto.

—¿A quién le importa lo que venga después? —responde.

—A mí me importa. —Me mantengo firme.

—No importa lo que venga después. —Él también se mantiene firme. —Tú y yo pensaremos cómo arreglarlo todo a partir de ahora. No necesitamos estar preparados, solo necesitamos estar juntos.

—¿Te moriste y te sustituyeron, es eso? ¿Has bebido? ¿Estás drogado?

—No. Sí. Y definitivamente no.

*

En el cuarto rojo de Jacob, o en su sala de juegos, siento escalofríos con solo entrar. Es grande, espacioso, limpio y con un olor muy agradable. Pero la idea que encierra ese lugar no me hace sentir cómoda.

—¿Crees que puedes perder el miedo a no tener el control? —pregunta.

—Nunca lo he intentado. —Cruzo los brazos y miro a mi alrededor.

—Todo lo que va a pasar a partir de ahora, Bruna, es una pérdida total de control —me advierte.

—Genial, ¿y quieres adelantarlo en forma de sexo? ¿Por qué contigo todo acaba siempre en sexo?

Jacob no me responde de inmediato. Se quita la camisa muy despacio y exhibe sus músculos y tatuajes. Camina hasta el extremo de la habitación, abre un armario de cristal que recuerda a una vitrina y saca de allí una cuerda; se me abren los ojos solo con verla.

—¿Qué crees que vas a hacer?

—¿Tienes miedo?

—No —miento.

—Deberías. —Se acerca a mí. —Porque lo desconocido nos da miedo y sentir miedo es normal.

—No me estás animando, Jacob.

Siento un nuevo escalofrío cuando desliza las manos por mis brazos hasta alcanzar mi hombro y luego me sujeta el cuello hasta llegar a los contornos de mi rostro.

—Necesitas confiar en mí —dice. —Confiar en que si me pides que pare, pararé. Confiar en que estás a salvo, en manos expertas, y que voy a cuidarte. Dentro de esta habitación, en la cama, ahí fuera, en la vida. Y si es para perder el control, Bruna, que sea conmigo. Porque respetaré tus límites.

Me siento levemente tentada y él lo sabe. No aparta la mirada mientras se deja caer sobre la cama, se quita toda la ropa y se queda solo con un bañador blanco. Se incorpora con tanta majestuosidad que algún despistado podría decir que es una estatua grecorromana de ojos rasgados en una exposición de arte.

—¿Vas a atarme? —Sé que es lo obvio, pero necesito preguntarlo.

—¿Conoces alguna forma mejor de perder el control? ¿Quieres saltar en paracaídas? ¿Hacer puenting?

—¿Te has vuelto loco?

—Entonces pierde el control conmigo. —Me tira de la camisa y choco con fuerza contra su cuerpo.

Mis manos primero intentan soltarse, por reflejo, pero no me contengo. El cuerpo de Jacob es adictivo; una vez lo toco es imposible apartar las manos de su piel, tan suave y perfumada.

Y el desgraciado roza su barbilla con la mía, besa mi cuello hasta subir al lóbulo de mi oreja.

—Piensa que soy el tipo jodidamente equivocado.

Abro los ojos de par en par.

—Después de mí, estarás preparada para todo. Incluso para saltar sin paracaídas —se ríe.

Cuando me doy cuenta, ya estoy desnuda. Gracias a Dios escuché los consejos de Nando y me mantuve preparada para el combate. Jacob es el tipo de hombre que de repente quiere tener sexo, da igual dónde esté o en qué situación. Y… bueno… yo me mantengo preparada para lo que venga.

—¿Va a doler?

—Siempre duele, Bruna. —Ahora el cuerpo desnudo de Jacob se frota contra el mío. Sus manos prácticamente me devoran con la intensidad con la que me toca y me abraza contra sí. —Eso no significa que no sea estúpidamente placentero.

—¿Para ti?

—¿Por qué no intentas descubrirlo?

Me mira como un depredador.

—El dolor forma parte de la vida. Te recuerda que estás vivo, que eres de carne y hueso, como todos los mortales.

Perder el control: tengo pésimas experiencias con eso. Y no necesito insistir en que he perdido el control de mi vida desde que murió mi padre. No ha sido bueno, ni siquiera ha sido placentero. Me cerré al mundo porque vivir es eso: perder el control. Y es justo lo que no quiero.

Me siento en la cama; Jacob se arrodilla detrás de mí, sobre ella, y pasa la cuerda alrededor de mi cuerpo. Da media vuelta, se coloca frente a mí y empieza los primeros nudos.

—¿De verdad sabes lo que estás haciendo?

—Una vez scout, siempre scout —dice. —¿Hacer un nudo? —se ríe. —Juego de niños…

Me quedo completamente quieta, todavía con la ropa interior puesta; el corazón se me acelera con cada nudo que hace. Cuando termina, me pregunto a mí misma si aún puedo echarme atrás.

—Si te sientes incómoda, si quieres que pare o necesitas tomarte un respiro, te doy mi palabra: lo haré. Todo lo que necesito oír es…

Me deja espacio para decir una palabra.

—Danoninho —digo.

—¿Danoninho? —No logra contener la risa.

—Danoninho —insisto.

Asiente, dando a entender que lo ha comprendido, guía mis manos atadas y me fija a la cabecera de la cama. Froto la espalda contra el colchón y respiro hondo; no es tan terrible como había imaginado, aunque noto una leve incomodidad, sobre todo por no poder moverme bien.

—¡Dios mío! —grito cuando Jacob eleva mis piernas y empieza a quitarme las braguitas con la boca.

La prenda cara se queda a medio camino, entre las piernas, que están prácticamente juntas.

Un escalofrío me recorre la espalda y enrosco los dedos de los pies —una de las pocas partes que aún puedo mover— cuando Jacob lame mi vagina, después el ano, y sube por mi espalda; sus dientes me muerden y dejan un chupetón largo. Me gira y me vuelve a girar entre sus manos varias veces, hasta que se coloca por completo sobre mí y nuestros rostros quedan frente a frente.

—¿Lista?

—¿No has empezado ya? —El corazón me late con desesperación.

—Confía en mí —insiste—. Voy a cuidarte.

Siento sus dedos acariciándome los rizos; cuando alcanza el cuero cabelludo, me da un masaje tan estimulante que cierro los ojos y me muevo despacio sobre la cama, saboreando la sensación.

—Creo que ahora te toca quitar algo con la boca —pasa las dos piernas por encima de mí y se queda de rodillas sobre la cama; no llega a sentarse sobre mi torso.

Su bóxer, con el miembro ya endurecido, queda justo delante de mí. ¿Cómo demonios voy a quitar eso con la boca? Apenas puedo moverme.

—No te veo intentarlo —me observa desde arriba.

Descarado como es, se pasa las manos por el abdomen para provocarme y luego por el bulto.

—Tengo un regalo para ti —se agarra la polla y la tensa, aún dentro del bóxer. El sonido al soltarla es inequívoco—. Venga, abre el paquete y mira qué es…

Sé perfectamente qué es.

Estiro el cuello en vano, dos, tres veces. Apenas alcanzo sus bolas. Jacob me acompaña mientras me retuerzo, me muevo, me esfuerzo a lo bestia y ni siquiera consigo rozar la base de su polla con la boca; imagínate quitarle el bóxer.

—No puedo —me rindo.

Y mira que lo intento, pruebo de todas las maneras posibles, pero no hay forma. Primero, porque este hombre es enorme. Segundo, porque estoy completamente atada: solo puedo mover los dedos de los pies, un poco los de las manos y la cara; el cuello no llega.

—¿No puedes? —replica Jacob.

—Sí, Einstein, eso es exactamente lo que he dicho: no puedo.

Jacob se ríe con picardía. Se inclina un poco y siento sus bolas contra mi cara; después toda su polla, grande y gruesa, frotándose con intensidad arriba y abajo, hasta el punto de sentirla latir sobre mi rostro.

—¿No puedes, bebé? —Hace un puchero y me mira desde arriba—. Entonces pide. Pide y te lo doy.

El corazón me late a un ritmo totalmente contraindicado por los cardiólogos.

—Jacob —digo.

—Mmm —acerca la oreja.

—Déjame quitarte el bóxer con la boca —pido.

—¿Así es como se pide? —se divierte. Se aparta un poco y me golpea la cara con la polla, sin usar las manos. Frota con fuerza el bulto dentro del bóxer contra mis labios y sube por los laterales de mi rostro.

—Por favor, Jacob, quítate el bóxer…

—No puedo —dice, con las manos aferradas a la cabecera de la cama; prácticamente baila de forma sensual sobre mí—. Me lo estoy pasando demasiado bien…

—Jacob, yo te lo quito.

—¿Tú me lo quitas?

—Sí. —Asiento con la cabeza.

Aparta ligeramente la cadera y pasa la punta de la polla por mi barbilla; sube muy despacio, hasta volverme loca, con ganas de abalanzarme como un pitbull para arrancarle de una vez ese maldito bóxer. Ahora lo voy a conseguir, cueste lo que cueste.

—Quítalo —dice.

Y allá voy yo, retorciéndome una vez más, hasta atrapar con la boca el borde de su bóxer.

—Buena chica —me anima.

Lo bajo muy despacio y… vaya… el corazón se me llena de alegría…

En el segundo siguiente me doy cuenta de que estoy feliz porque le he quitado el bóxer, algo que normalmente hace él solo. Qué idiota soy…

—¿Ves, Bruna? Puedes pedir —dice—. No necesitas solo las manos. Se te da bien convencerme, puedes sacar de mí lo que quieras.

—¿Lo que quiera? —alzo las cejas.

—Solo por poner esa cara vas a tragarte mi polla hasta atragantarte, ¡abre la boca!

No la abro.

—Ah, la vas a abrir —gruñe Jacob.

Ahora agarra la polla, libre del apretón del bóxer, y me la golpea en la cara.

—¡Au! —me quejo. ¿Sabe que eso puede provocar un traumatismo craneoencefálico?

Ni responde; me frota el glande por la boca, me pasa la polla por la nariz. Todo mi cuerpo se eriza y, de forma involuntaria, empiezo a moverme. El olor… el recuerdo de la textura… con solo ver ese pene hinchado contra mi rostro…

Sí, voy a tener que ceder otra vez. Y, por lo visto, no va a ser lo único que entregue hoy.

—Aprendes rápido, Bruna —se divierte Jacob. Me hace tragar el glande y buena parte de la polla de una sola vez, y lo hago sin protestar.

Es delicioso, no voy a mentir.

—Abre más la boca, anda.

Lo intento, pero no puedo. Eso jamás va a entrar entero en mi boca.

Me atraganto y Jacob se aparta muy despacio. Empiezo a toser y me siento toda babeada.

—Mira cómo me pongo de duro contigo —empieza a masturbarse delante de mis ojos, frotando el glande en mis labios, y estoy tan distraída que ni me doy cuenta de cuándo vuelve a metérmela entera en la boca—. Eso es, trágatela, déjala bien mojada…

Mi boca succiona todo lo que puede; llego a mi límite, pero es imposible aguantarla entera.

—¿Te gusta?

No tiene ni idea de cuánto.

—¡Aaaah! —suelto un grito considerable del susto cuando las manos de Jacob se agarran a los nudos de mis brazos y me levanta como si yo fuera tan ligera como una pluma.

Ni siquiera vi que me había desatado de la cabecera de la cama. Y ahora estoy de pie, de puntillas, mirándolo.

—¿Lista?

—¿Todavía no ha empezado esta mierda? —me quejo.

Y yo creyendo que lo estaba petando, chica…

—¡Aaaaaaaaaah! —grito aún más fuerte cuando Jacob me pone boca abajo.

Sí. Exactamente eso hizo. Me agarró por la cintura y me dejó con la cabeza apoyada en el colchón, los pies hacia arriba. No tarda en atarme los pies a un anclaje del techo y siento cómo mi cuerpo es izado hasta quedar con la cara frente a su polla.

Jacob separa lo que puede mis piernas; no dice nada, solo me devora con la boca. Su lengua bordea mis labios mayores con voracidad, pero al entrar en mí se vuelve mucho más lenta y sutil. Me retuerzo, colgada, intentando alcanzar con la boca su polla delante de mí, que parece provocarme.

¿Sabes ese jueguecito que se hace con los niños para que coman? «¡Mira el avioncito!»

Pues eso: aquí estoy yo, con la boca bien abierta, balanceándome para tragarme mi avioncito. Avioncito no. Un cohete de la NASA, ¿verdad, querida?

Y no me balanceo pocas veces; aun así, no consigo alcanzarla.

—Jake… —lo llamo.

No digo nada más.

Sus manos guían mi cabeza y consigo chupársela. No sé qué sensación es esta; nunca la había experimentado. No sé si es porque estoy boca abajo, siendo lamida, chupando, sin poder moverme… solo sé que todo mi cuerpo está en alerta y estoy más sensible de lo que nunca he estado.

El simple roce de sus dedos en mi piel me pone la piel de gallina. El miedo aparece, claro. Pero se disuelve con el placer.

Jacob aprieta mis nalgas mientras su boca hace un trabajo magistral dentro de mí. Su lengua serpentea con cuidado, rodeando mi entrada y llegando tan profundo como puede.

Me quedo sin aliento y con las piernas flojas, aun atadas y seguras, sintiendo su cuerpo calentarme, envolverme e impregnarse en mí con su olor masculino.

—No es tan malo como te imaginabas, ¿verdad? —se divierte.

Ni siquiera saco la polla de la boca; solo miro hacia arriba y levanto una ceja. Que no venga ahora con bromitas, porque soy carnívora y tengo el mejor trozo de carne en la boca.

—¿Sientes dolor o presión en los pies?

Le indico que no moviendo la cabeza.

En realidad, estoy bastante sorprendida. Pensé que a estas alturas estaría desquiciándome de dolor, pero, seamos sinceros,

Jacob está sosteniendo buena parte del peso de mi cuerpo.

—Belé.

¿«Belé»?

Jacob suelta mis pies y voy cayendo sobre la cama muy despacio, hasta quedar tumbada. Primero se tumba encima de mí y presiona mi cuerpo contra ese colchón maravilloso; me besa el cuello.

—¿Y ahora? —pregunta.

¿Y ahora qué, alma de cántaro? Estoy atada.

Lo veo incorporarse de un salto, ir hasta el armario y ponerse el preservativo. Vuelve; los hombros anchos apenas se mueven, pero la cadera y la polla se balancean de izquierda a derecha mientras desfila hacia mí.

—¿Lista?

Vale, ya sé que va a hacer algo inesperado, así que ni me asusto.

¿Que no me asusto? Una mierda: vuelvo a gritar al sentir que me tira de las manos; por primera vez noto el peso de mi cuerpo sujeto a las cuerdas y, de repente, me siento comprimida, apretada.

Jacob fija mis manos en un punto alto de la pared y se coloca entre mis piernas. Deshace el nudo de mis pies muy despacio y va subiendo hasta llegar a mis muslos, donde no lo desata.

Se agacha y vuelve a devorar mi vagina; sigo cada uno de sus movimientos y él me mira desde abajo. Sus manos sujetan mis piernas y elevan mi cuerpo; su lengua entra en mí y me deja aún más mojada.

—¿Estás lista, bebé? Te lo he preguntado.

—¿Lista para qué? —pregunto, jadeante.

—Para ser mía. Solo mía. Perder el control conmigo. Dejar que haga lo que quiera con tu cuerpo. —Sube, besando cada centímetro de mi piel.

Desata todos los nudos menos los de las manos.

Me quita el sujetador; su mano izquierda, de dedos hábiles, masajea mi pecho, mientras su boca succiona el pezón derecho. La mano libre masajea mi clítoris muy despacio, como preparación de lo que viene después.

—¿Debería estar lista?

—¿Después de todo esto? —se ríe—. Deberías.

—No tengo ni idea de lo que vas a hacerme…

—¿Y tienes miedo?

—Sí.

—Eres una chica lista; tienes que tener miedo —se divierte—. Pero sabes que puedes confiar en mí.

Jacob besa mi pecho, estira el brazo y va bajándome con cuidado, ajustando nuestras alturas. Se detiene cuando mi ingle queda a la altura adecuada.

—¿Aún recuerdas tu palabra de seguridad?

—Sí. —Ahora me toca reír a mí.

—Más te vale recordarla.

Siento las uñas de Jacob, aunque cortas, clavándose en mis muslos. Me sujeta con tanta firmeza que mi cuerpo solo sabe obedecerle. Su polla entra en mí y, incluso después de tantas veces, la presión que siento al penetrarme es como si fuera la primera.

Echo la cabeza hacia atrás y gimo alto; me aprieta el culo con más fuerza y empuja mi cadera hacia delante.

—Eso es, trágatela, vamos, muy despacito…

Jacob va soltándome el culo poco a poco y mi cuerpo empieza a descender. Siento la polla gruesa dilatando mis carnes sensibles; no consigo contener el grito que se me queda en el pecho y voy gimiendo cada vez más alto.

—¿Crees que aguantas hasta el final? —pregunta, y yo miro hacia abajo.

Teniendo en cuenta que la mitad se queda fuera, no, no voy a aguantar hasta el final.

Jacob me sujeta del cuello y me obliga a mirarlo.

—Dime qué quieres.

—No pares. —Es mi respuesta inmediata.

—¿Quieres más? —Sus labios rozan los míos y suben hasta tocar la punta de mi nariz.

—Quiero.

El cuerpo, pobre, debe de estar pensando: amiga, ¿estás loca? Pero mi mente dice que necesito sentir más.

—Así es como me gusta. —Jacob me besa y me hace sentir aún más presión.

Mi grito queda ahogado por nuestro beso; el cuerpo se me tensa de placer y siento que voy a arder o a explotar de tanta presión.

Y tiene la gentileza de sacarlo todo de dentro de mí y volver a metérmelo. Jake avanza hasta mi límite; parece que ya no hay más espacio, y entonces empieza a embestir con fuerza dentro de mí, sacando y metiendo su polla sin parar, obligándome a sentir esa fricción que me calienta primero por dentro y luego por fuera.

Me abraza con fuerza, llega a aplastarme los pechos contra los suyos y me abre las piernas al máximo para empujar lo más profundo que puede.

Estoy tan alucinada que lo único que consigo hacer es respirar, y aun así con muchísima dificultad.

Cuando sale de dentro de mí, se arrodilla de golpe y viene con la lengua directa a mi interior. La siento tan húmeda y caliente que me balanceo, suspendida en el aire, completamente erizada de deseo.

—¿Lista? —dice, con la cara toda empapada, después de devorarme y frotarse el rostro contra mi sexo.

¿Lista para qué más, Dios mío?

Jacob se incorpora con tal majestuosidad que me quedo muda.

—No sabes cuánto me gusta tu olor, tu sabor, tu piel. —Sus dedos empiezan a masajear mi clítoris muy despacio.

—Puedo imaginármelo, después de verte frotarte la cara ahí abajo.

Con la mano libre se limpia el rostro. Y lame cada dedo, lame la mano entera, me besa y me empuja contra la pared. Sus dedos se vuelven cada vez más intensos y su polla, completamente húmeda, presiona contra mi culo.

—Jake —susurro entre el beso.

—Sabes que puedes hacer que pare —es lo que me responde.

Ronroneo entre sus brazos; ojalá pudiera aferrarme a él cuando lo siento entrar.

—Pero no quieres que pare, ¿verdad, Bruna? —dice cada palabra muy despacio; hay un beso, varios besos por el camino.

—No.

—¡Me vuelves loco, joder! —Arremete dentro de mí, me masturba y todavía me besa.

No sé qué haría si no estuviera atada, pero como lo estoy, solo puedo disfrutar de cada roce.

—¡Estoy loco por ti y no quiero perderte!

Mi cuerpo parece detenerse un segundo. Después siento el orgasmo estallar; un líquido se desliza fuera de mí y él lo recoge todo con los dedos. No deja de empujar en mi ano y me obliga a mirarlo mientras se chupa los dedos una vez más, de una forma descaradamente pornográfica.

—Estoy lista, Jacob —digo. Porque lo he entendido. Y ahora sé lo que tengo que hacer.

—No te he oído.

—Estoy lista, Jacob —afirmo una vez más.

Se pone de puntillas y me hace sentir su polla entrar aún más profundo en mí; me libera de la sujeción y desata los nudos de mis manos.

—De verdad estoy lista —vuelvo a afirmar y lo empujo hacia la cama.

—¡Esa es mi chica! —sonríe.

Actualmente.

Sentada sola en el vestíbulo de la entrada del edificio monumental en el que atraje a Marcos hacia su destino final, oigo el sonido de alguien corriendo.

Me araño las rodillas con las uñas y me mantengo alerta para ver quién se acerca, en medio de una multitud de ejecutivos con traje que entran y salen del lugar.

¿Estará bien? ¿Habrá salido todo como debía? ¿Habrá ocurrido según lo planeado?

Mi corazón estalla de alegría al ver a Jacob, con el traje azul marino abierto y la camisa blanca completamente empapada de sudor, el abdomen marcado prácticamente a la vista por culpa de la tela mojada.

Me levanto; él no deja de correr. Abro los ojos de par en par y contengo la risa y el grito cuando nuestros cuerpos chocan. Me sujeta por la nuca y voy al suelo; caemos los dos bastante lejos del lugar en el que estaba —supongo que es la ley de la física o algo así —.

Abro los ojos muy despacio; siento sus manos protegiéndome la cabeza y la espalda. Está encima de mí, pesado, sin aliento; siento su corazón latir como si fuera el mío, dentro de su pecho.

—¿Estás bien? —pregunto.

—Lo estoy. ¿Y tú, estás bien? —responde.

Asiento con la cabeza.

Antes de levantarnos, vemos que todo el vestíbulo se ha detenido para contemplar la escena. Intrigados, hombres y mujeres se amontonan a nuestro alrededor con los móviles en la mano, intentando averiguar qué está pasando.

Jake me ayuda a levantarme y me rodea los hombros con el brazo.

—¿Vamos a casa?

—Sí. —Lo abrazo con fuerza.

Capítulo 27

Jacob Parker

Antes de volver a casa, Bruna y yo pasamos por la casa de su amigo, donde están los gemelos.

Nada más entrar, no se me pasa por alto la presencia de un hombre disfrazado de perro, pero sigo con naturalidad hacia los pequeños, que se alteran en cuanto me ven.

—¡Mirad quién ha venido a buscaros! —anuncio y doy unas palmadas.

Yuri y Sunny celebran con sonidos incomprensibles, mezclan vocales largas con temblores. Voy directo a los andadores y cojo a los dos.

—¿Me habéis echado de menos? Podéis decirlo, lo sé, ¡me habéis echado de menos!

Yuri abre mucho la boca e intenta morderme la cara; Sunny, con sus manitas, me golpea el pecho frenéticamente.

—Vamos a casa. —Le doy un beso en el pelo a la pequeña y froto la nariz contra su frente—. ¿Quieres irte? ¿Vas a conducir tú? —le pregunto a Yuri.

—*Aaiaawaaysaiaaaaa Sheike*.

—¿Ha hablado? ¿Ha dicho algo? —Ahora soy yo el que se vuelve loco.

—*Sheike* —Yuri me agarra la cara.

—¿Me has llamado Jake, es eso? —Le froto la nariz con la mía —. ¿Te sabes mi nombre? ¿Estás aprendiendo a hablar, campeón?

—*Sheike* —insiste.

Empiezo a saltar como un tonto con los dos en brazos; ellos gritan emocionados y las carcajadas llenan el lugar. No consigo recomponerme enseguida; estoy tan feliz de reencontrarme con mi inesperada y pequeña familia, de una forma que nunca pensé que sentiría.

—Dilo otra vez, venga, ¿cómo se llama el guaperas de la casa?

—*Sheike* —dice Yuri.

—Amo a este crío, sabe perfectamente quién manda aquí. —Lo lleno de besos y miro a Sunny de reojo—. ¿Y tú, eh? ¿No vas a decir nada?

Ella suelta un montón de cosas, ninguna de las cuales entiendo.

Vuelvo a prestar atención a las demás personas en la sala. El hombre disfrazado de perro me está mirando, con la cabeza ligeramente ladeada y el trasero moviéndose.

Bruna ha llevado las maletas al salón y termina de hablar con su amigo cuando yo dejo de hablar con los niños.

—Muchas gracias por cuidarlos —saludo a Nando.

—¡Qué va, estoy siempre a tu disposición! —Me estrecha la mano.

—¿Lista para irnos? —Miro a Bruna.

—Sí —respira hondo—. Adiós, Nando, muchísimas gracias, como siempre me has salvado la vida. ¡Ahora te toca a ti venir a pasar una temporada conmigo a la mansión!

—Ah, si el dueño de la casa lo permite… —dice, y los dos me miran.

—Ella también es la dueña de la casa —me despido y salgo con los niños en brazos—. ¿Quién os ha vestido así, eh, monstruitos?

¿Quién os ha puesto esos disfraces? —Voy bromeando con ellos hasta que salimos.

*

Bruna y yo regresamos a la mansión. Lo primero que hizo fue encerrarse en el baño y darse la ducha más larga que probablemente haya tomado en toda su vida. Yo me quedé jugando con los niños, los puse en el andador y recorrí la casa animándolos a seguirme.

Luego nos turnamos: yo me doy mi ducha y Bruna cuida de los pequeños para que, al final, los bañemos juntos.

—¿Qué olor es ese, Yuri? —lo levanto por encima de mi cabeza y acerco la nariz a su pito—. ¡Lávate eso, chaval! —hago un ruido de pedo con la boca y se echa a reír—. ¿Te ríes? ¡No te rías! ¡Ni se te ocurra ir oliendo así, corre al baño, abre el grifo y frótate con jabón, cerdito!

Vuelvo a imitar el sonido de una flatulencia y su carcajada llena todo el baño. Sunny es más tranquila a la hora del baño: se queda quietecita y deja que Bruna lo haga todo. Yuri, en cambio, quiere salir, quiere tocar el suelo, quiere coger el champú; el crío no se está quieto ni un segundo.

No necesitan cenar, porque Bruna ya los ha alimentado antes del baño. Así que los llevamos a la habitación, dejamos el vídeo de su madre hablando en bucle hasta que se duermen. Colocamos a cada uno en su cuna y salimos del cuarto en silencio.

Ahora tenemos cosas importantes que hablar y, aunque los pequeños no lo entiendan, prometimos que nunca trataríamos esto delante de ellos.

—¿Cómo te sientes después de lo que oíste de Marcos? —cruza los brazos.

Vamos al jardín interior de la casa, un espacio con largos parterres suspendidos y varias macetas colgando del techo. Las paredes están cubiertas de helechos y todo el equipo de jardinería está guardado en un rincón, dentro de un armario de madera.

—¿Crees que decía la verdad? —insiste ante mi silencio—. ¿Crees que solo quería asustarme o que había algo realmente importante en lo que dijo?

Se refiere a que mi padre habría sido responsable de la muerte de los padres de los gemelos: mi hermana y su marido.

—¿Por qué iba a mentir?

—Tal vez solo quería impresionarme… demostrar lo poderoso que es… o que era…

Cruzo los brazos y fijo la vista en cada planta frente a mí, como si fueran mucho más interesantes que la conversación.

—Jacob, en algún momento tendremos que hablar de esto… para mí tampoco es fácil…

—Lo sé.

—Siempre imaginé que tu padre era capaz de cualquier cosa. Pero ¿matar a su propia hija y a su yerno? De verdad tenían que estar a punto de lanzarle una bomba atómica.

—Ajá.

—¿No quieres hablar?

Me detengo y apoyo la espalda en la gran caja de madera que hay sobre la mesa, llena de fertilizante.

—Podría haber evitado todo esto.

—Ah, Jacob, venga ya…

—¡Podría haberlo evitado, sí, podría haber evitado todo esto! ¡Era tan evidente ante mis ojos! ¿Cómo pude estar ciego durante tanto tiempo? Si hubiera seguido las pistas antes, en lugar de

ocuparme de otras cosas en la vida, mi hermana seguiría viva. Esos dos niños van a crecer, Bruna, ¡sin padre ni madre! ¡No se merecen eso!

—No seas insensato, Seo Joon. —Abro los ojos de par en par al oírla llamarme por mi nombre—. Aunque lo hubieras sabido… ella también lo sabía. Fue su elección plantarle cara con las armas que tenía. No era una niña, era una mujer adulta que sabía muy bien lo que hacía. También estaba luchando, a su manera. Y te confió la custodia de sus hijos incluso después de años sin hablar contigo. ¿Por qué? Porque sabía que tú eras el mejor para ellos.

Intento creerlo, pero duele imaginar todo esto.

—Tu hermana me dijo una vez, en una de nuestras videollamadas, que sufrimos por tres motivos, según Buda. Sufrimos por los recuerdos del pasado, sufrimos por las expectativas del futuro y sufrimos por no aprovechar el presente. El pasado y el futuro no nos pertenecen, Jacob. Solo el presente. Buda decía que… si te centras en el presente… no hay sufrimiento. Porque en el presente tienes absolutamente todo para superar, sanar y aceptar el pasado; y para tener fuerza, calma y saber aprovechar el ahora para construir un futuro adecuado.

—Muy propio de ella decir algo así.

—Ahora… en este momento… dejando a un lado los recuerdos del pasado y las expectativas del futuro: ¿estás sufriendo?

No necesito pensarlo demasiado.

—No. —Cruzo los brazos.

—El pasado ya ocurrió, Jacob, no hay nada que podamos hacer al respecto. Park Yang My murió, y su marido también. Pero confiaron en ti… y, en cierta medida, también confiaron en mí…

—Sí, sí, claro. —Me froto los ojos, pensativo.

Aún me sorprende que ella, siempre que puede, saque a relucir su conocimiento sobre la cultura oriental. No exactamente la

coreana, pero aun así percibo que se está esforzando por acercarse a mi mundo.

—¿Por qué estás ansioso? Porque sabes que… —suspira—. ¿Vas a tener que encontrarte con tu madre, incluso después de tanto tiempo? ¿Y enfrentarte a tu padre?

—Estoy ansioso porque no quiero que te pase nada a ti ni a los niños, Bruna —digo y le tomo las manos—. No lo entiendes… las cosas se van a poner peligrosas… yo no…

—¿Peligrosas?

—Sí… no sabes de lo que es capaz esa gente, Bruna. Aviones y helicópteros se caen, barcos y navíos se hunden, casas arden, balas se «pierden» por el camino… ellos… nosotros… jugamos sucio.

Ella niega con la cabeza.

—Aterriza, Seo Joon, ¿sabes de dónde vengo yo?

—De Brasil.

—De Río de Janeiro, para ser más exactos.

—Eso.

—Río de Janeiro no es ese caos que muestra la televisión. Es un paraíso perdido en medio de mucha locura y del amargor de corazones que se han petrificado…, pero Río de Janeiro también es escenario de una guerra civil. ¡Mi padre murió en medio de una conspiración policial! Viví gran parte de mi vida en lugares de tensión. Sé cómo juega sucio esa gente, sé lo que son las balas perdidas, los helicópteros cayendo, los autobuses ardiendo y todo eso…

—Pero yo no quiero…

—No va de lo que tú quieras, Jake. Va de lo que vamos a afrontar. Y no importa lo que tengamos delante, lo afrontaremos juntos.

Trago saliva.

—¿Sabes disparar?

—¿Disparar? —me río a carcajadas y pongo los ojos en blanco —. Claro… que no.

Intento ocultar la preocupación en mi rostro.

—Pero puedo aprender.

—¿Quieres?

—En última instancia y si sirve de algo, claro.

Sé que puedo contar con mucha gente para esta guerra…, pero para proteger a Bruna necesito que ella aprenda a protegerse sola, primero.

—¿Por qué estás ansioso? Porque sabes que… —suspira—. ¿Vas a tener que encontrarte con tu madre, incluso después de tanto tiempo? ¿Y enfrentarte a tu padre?

—Estoy ansioso porque no quiero que te pase nada a ti ni a los niños, Bruna —digo y le tomo las manos—. No lo entiendes… las cosas se van a poner peligrosas… yo no…

—¿Peligrosas?

—Sí… no sabes de lo que es capaz esa gente, Bruna. Aviones y helicópteros se caen, barcos y navíos se hunden, casas arden, balas se «pierden» por el camino… ellos… nosotros… jugamos sucio.

Ella niega con la cabeza.

—Aterriza, Seo Joon, ¿sabes de dónde vengo yo?

—De Brasil.

—De Río de Janeiro, para ser más exactos.

—Eso.

—Río de Janeiro no es ese caos que muestra la televisión. Es un paraíso perdido en medio de mucha locura y del amargor de corazones que se han petrificado…, pero Río de Janeiro también es

escenario de una guerra civil. ¡Mi padre murió en medio de una conspiración policial! Viví gran parte de mi vida en lugares de tensión. Sé cómo juega sucio esa gente, sé lo que son las balas perdidas, los helicópteros cayendo, los autobuses ardiendo y todo eso…

—Pero yo no quiero…

—No va de lo que tú quieras, Jake. Va de lo que vamos a afrontar. Y no importa lo que tengamos delante, lo afrontaremos juntos.

Trago saliva.

—¿Sabes disparar?

—¿Disparar? —me río a carcajadas y pongo los ojos en blanco —. Claro… que no.

Intento ocultar la preocupación en mi rostro.

—Pero puedo aprender.

—¿Quieres?

—En última instancia y si sirve de algo, claro.

Sé que puedo contar con mucha gente para esta guerra…, pero para proteger a Bruna necesito que ella aprenda a protegerse sola, primero.

—Esta casa se construyó sobre un cementerio —dice él.

Se me pone la piel de gallina y cruzo los brazos, abrazándome con fuerza.

—¡Qué horror!

—Es broma; se construyó sobre tres túneles. —Jacob tira de uno de los parterres suspendidos y queda visible una abertura en el suelo. Antes era imposible ver cualquier acceso.

—Guau.

—Y tiene tres formas de llegar a los túneles: una, aquí en el jardín. Dos, en la sala de juegos. Tres, en la piscina interior.

No es difícil de memorizar; son puntos que parecen los extremos de la mansión, y uno de ellos queda justo en medio de todos.

Antes de bajar, mete la mano en la tierra del parterre que ha bajado hasta nuestra altura y saca una caja. Jacob me indica que haga lo mismo y retiro otra, pesada.

—Armas —dice—. Ven. —Me señala la bajada.

En cuanto llegamos abajo, se encienden unas luces. No queda del todo claro, pero se distingue un pasillo largo; lo recorremos hasta llegar a una triple bifurcación.

—Aquí, Gran Templo Illuminati; no querrás ir por ese camino. —Señala el sendero que, obviamente, yo elegiría.

—¿Por qué?

—Porque desemboca en la arena de los leones. —Me llama por el camino contrario.

—Espera… ¿leones?

—Sí. Y los mantenemos con mucha hambre —es todo lo que dice, y caminamos en silencio unos segundos—. Este camino lleva a Trojan Horse Security, ¿recuerdas?

—Donde vive Valentina.

—Eso. —Me muestra un botón casi oculto en la pared—. Solo hay que pulsarlo y aquí caerá un muro de acero. Si te siguen…

—Entendido.

—Aquel camino. —Volvemos atrás y avanzamos un poco; de nuevo me muestra un botón oculto—. Villa Patrícia, casa de los Cavalieri.

—Donde vive Layla.

—Vayas donde vayas, estarás a salvo —me asegura.

—Vale, ¿y las armas?

Jacob abre la caja y saca la pistola. Me enseña cómo colocar la munición, pero no consigo hacerlo; lo intento, lo juro, varias veces, en vano. Entonces lo hace él por mí.

—¿Y ahora solo hay que apretar el gatillo? —Apunto el arma hacia uno de los pasillos y disparo.

Me tiemblan las manos y el retroceso me empuja hacia atrás; Jacob me sujeta.

—Sí. Eso es, apretar el gatillo. Pero tienes que sujetarla con más firmeza.

Se coloca detrás de mí y me agarra los brazos.

—Dispara —me pide.

Lo hago. La mano tiembla y siento el empujón hacia atrás, pero él me sostiene.

—Dispara —me pide de nuevo.

Adelanto la pierna izquierda y dejo la derecha atrás como apoyo. Disparo y el retroceso es menos molesto.

—¿No vamos a despertar a los niños?

—El sonido no llega ni a la planta baja —me garantiza.

—¿Solo tienes estas pistolas? —No es que quiera menospreciarlo ni nada parecido, pero… imaginaba que Jacob tendría cosas más interesantes por aquí.

—¿Tengo yo cara de interesarme por plantas? —me mira fijamente a los ojos.

—No sé, estás lleno de secretitos…

—Aquel lugar está repleto de armas, Bruna —dice, y mis ojos se agrandan—. Granadas, revólveres, ametralladoras…

—Guau.

—Pero vamos a empezar con esta. Prepara la pierna, dispara hasta gastar todas las balas. Sujétala así, bien firme —me va indicando.

Y disparo sin parar; el ruido aquí abajo es ensordecedor.

—No ha estado nada mal para ser la primera vez.

—¿Nada mal? —me quedo horrorizada.

—Espero que no tengamos que llegar a ese punto —suspira Jacob—. Por cualquier túnel que tomes, no lo olvides: pulsa el botón y no mires atrás, corre. Estarás prácticamente a salvo; los Cavalieri y los Evans monitorizan esto aquí abajo todo el tiempo, así que sabrán que ha habido movimiento y enviarán ayuda.

—Vale.

Nada de esto resulta alentador. En realidad, estoy desesperada. Pero sé que, llegado el momento de luchar por mi supervivencia y la de los gemelos, haré todo lo que esté a mi alcance.

—¿Por qué crees que Marcos dijo que me llevara a los bebés con él, Jake?

Lo veo pensativo. Subimos despacio; guarda las pistolas en las cajas y las vuelve a enterrar en el mismo rincón de antes.

—¿Recuerdas que dijo eso? ¿Que me fuera con él y me llevara a los niños?

—Sí.

—¿Crees que los niños tienen algo que ellos quieren?

—¿Como qué? ¿Un chip? Lo dudo —suspira Jacob.

Bueno… no estaba pensando en un chip. Pensaba más bien en poder de negociación, no sé. Tal vez…

—Cuando llegué aquí aquella noche… —intento recordar—. ¿Aún estaban vestidos como cuando salieron de la tutela del Estado?

—Sí.

—¿No habría nada con ellos que pudiera darnos información? Rose dijo que las pruebas llegarían a Allison Hathaway, pero no me entregó nada, ni a ti… y tampoco están con los niños…

—Bueno, me dejó un pendrive con aquel vídeo que viste antes.

Asiento.

—Sí, pero… ¿y si hubiera algo más? Cualquier otra cosa que pasara desapercibida para las autoridades y para gente de dentro que quisiera destruir pruebas.

Entrecierra los ojos y cruza los brazos. Mira fijamente la pared. Creo que ahora me he explicado mejor; incluso él se detiene a pensar que es posible.

—¿No había nada con ellos? ¿Nada?

Jacob cierra los ojos; parece que un montón de escenas le cruzan la mente, pero ninguna resulta clara o relevante.

—No —dice, abatido—. Definitivamente no.

—Vale… pero es raro…

—Sí, cuando Marcos dijo aquello me quedé dándole vueltas…

—Está bien. —Le rodeo la cintura con los brazos—. Te he echado de menos.

—Yo también —me devuelve el abrazo con fuerza.

—Pensé que tardaría en pasar todo… o peor, que no volvería a verte…

—No tienes tanta suerte… —baja el rostro y sella nuestros labios.

La cosa se vuelve más intensa; sus manos casi me obligan a subirme a su cuerpo, su boca me atrapa y muerde mi labio inferior. Jacob me sujeta el cuello y va subiendo despacio.

—¡Espera! —necesito detenerlo.

—¿No puede esperar? —vuelve a besarme.

—Espera. —Le agarro el hombro y aparto su rostro—. Cuando les cambié el pañal aquel día, había un collar, ¿verdad? No uno, ¡dos!

Niega con la cabeza, sin demasiado interés.

—¿No eran los mismos colgantes del collar que lleva Rose en el vídeo que te grabó? Quiero decir, en el vídeo hay dos colgantes en un solo collar, pero aquella noche había dos collares, cada uno con un colgante. Y en el vídeo, ¿no es lo primero que hace… tocarse el cuello, como si señalara sutilmente el collar?

—Vale… ¿y qué?

—¿Y si guardó algo dentro de los colgantes?

Jacob me mira como si eso fuera lo más absurdo del mundo.

Los colgantes son como aquellos antiguos que usaba mi abuela, que se abren y dentro llevan una pequeña foto de tu madre o de tu padre. ¿Y si la respuesta estuviera ahí?

—¡Jacob, tenemos que encontrar esos collares! —lo tiro de la mano.

—Tranquila, eso puede esperar.

—¡No puede esperar, no!

Capítulo 28

Bruna Martins

La empresa Trojan Horse Security se encuentra en el centro empresarial de Nueva York, en una de las avenidas más concurridas, extremadamente cerca del edificio al que atrajeron a Marcos.

Veo mi reflejo en los cristales espejados que recubren el edificio, desde la planta baja hasta la última; pasamos por el detector de metales nada más entrar y nos topamos con un vestíbulo muy animado, con la mayoría de las paredes transparentes, lo que nos permite observar a los empleados trabajando.

Jacob indica que debemos ir al ascensor privado. Camino distraída, admirando toda la tecnología y el estilo ultramoderno de la decoración. Drones pasan por encima de nuestras cabezas y salen por una abertura especial que se cierra enseguida; grandes pantallas giran lentamente alrededor de los enormes pilares de sustentación; veo informativos de la bolsa, noticias de todo el mundo y sigo códigos de atención.

Esperamos a que el ascensor llegue a nuestro nivel y, en cuanto se abren las puertas, me llevo la sorpresa de encontrarme con Valentina.

—¡Hola! —abre los brazos y me habla en portugués—. ¡Llegué a pensar que no vendrían a visitarme!

—Hemos tenido algunos imprevistos… hemos estado bastante ocupados… —digo; Jacob me mira sin entender nada de lo que estamos diciendo.

—Claro… todo matrimonio es así, sobre todo al principio. Lleno de ajustes, de intercambios, de descubrimientos…

—¿Solo el comienzo? —pregunto.

—Querida, cada día es un nuevo comienzo. —Me guiña un ojo —. Vaya, si no es el importantísimo CEO del banco CS Gallagher — saluda a Jacob; volvemos a la lengua materna de este país.

—Gracias por recibirnos en su… casa… —dice él, un poco dubitativo.

—Gracias a vosotros por la visita —nos abre paso hacia el ascensor—. ¿A qué esperan? ¡Entren!

Entramos y la veo introducir un código especial que nos lleva al subsuelo.

Al salir del ascensor, un largo pasillo con alfombra roja nos conduce a un vestíbulo muy amplio. En la pared principal hay un retrato de la familia Evans: Ethan, Valentina y sus cuatro hijos. Alrededor, cuadros con fotos de todo el resto de la familia junto a los dueños de la casa: veo a los Mitchell, los Cavalieri, los Petterson, los Gallagher… solo falta uno con Jacob.

—¿Les apetece algo de beber?

—Whisky —dice Jacob de inmediato.

—Un café, bien cargado, por favor.

Valentina asiente y desaparece por la puerta de la izquierda. Cuando regresa, dos mujeres con delantal la siguen; nos sirven las bebidas y dejan el carrito con galletas y aperitivos delante de nosotros.

—Ethan no tardará. Está terminando una reunión. —Coge la taza de café, cruza las piernas y bebe.

Tenemos tiempo de picar algo, hasta que llegan cuatro personas a la sala. Veo a Brandon Evans, el hijo de Valentina que conocí antes cuando fueron a la mansión. Ethan debe de ser el hombre de gafas de sol, barba bien cuidada y cabello rubio peinado hacia atrás, una versión mucho más madura del hijo.

A los otros dos, un hombre y una mujer, no los conozco.

Jacob se levanta e indica que haga lo mismo.

—No sabía que estaría aquí, señor Cavalieri. —Se acerca al hombre de ojos color zafiro y le estrecha la mano.

—No iba a perder la oportunidad de conocer a su esposa —replica, muy educado. Por la forma en que Jacob se levantó y lo trató, parece alguien muy importante—. Y, por lo que veo, tienen asuntos que me interesan. —Inclina la cabeza hacia un lado para mirar a Ethan, que asiente.

—Esta es Bruna Martins, mi esposa. —Jacob me hace un gesto y me presenta.

—¿Brasileña? —pregunta el hombre—. ¿Qué os pasa, que solo os casáis con brasileñas? —Se divierte y mira a Ethan—. Shawn Cavalieri. —Me estrecha la mano.

—¡El esposo de Layla Cavalieri! —Respiro hondo—. Es un placer, señor.

—Yohanna Cavalieri —la joven que lo acompaña, con los mismos ojos color zafiro y el cabello largo recogido en una coleta, me saluda.

—¡Encantada!

—Bien, acomodémonos y vayamos al grano. —Ethan nos indica con la mano que nos sentemos; él se sienta junto a su esposa, con su hijo Brandon apoyado en el brazo del sofá—. Muy bien, anoche me enviaste un mensaje diciendo que tenías novedades sobre tu hermana y aquel asunto, Jacob.

—Sí, Bruna estaba dándole vueltas a dónde podrían estar esas pruebas que nunca llegaron a nuestras manos… hasta que se acordó de esto. —Saca los collares de una cajita negra.

Me ruborizo porque me dé el mérito; en realidad lo hablamos y prácticamente llegamos a la misma conclusión casi al mismo

tiempo.

Cuando subimos al cuarto de los niños y encontramos los colgantes, nos miramos de inmediato, como si nos dijéramos: «¿Cómo dejamos pasar esto durante tanto tiempo?». ¡Estaba justo delante de nuestros ojos!

Y en el vídeo que Park Yang My le dejó a Jacob, lo primero que hace es señalar el collar.

Brandon se levanta y coge los collares. Retira los colgantes con cuidado y empieza a examinar las piezas. Necesita salir de escena; vuelve con una caja de herramientas y usa una de ellas para destrabar el cierre.

—Hay un microchip aquí dentro —avisa—. Y otro aquí. —Abre el colgante que faltaba.

—Usa material desechable para leer los chips —es todo lo que dice Ethan, y gira el rostro hacia nosotros. Sonríe de una forma muy paternal—. ¿Cómo va el matrimonio?

Todos parecen mucho más interesados en eso que en los chips encontrados.

Jacob y yo nos miramos, preguntándonos quién va a mentir. Y si de verdad va a ser necesario mentir…

—Somos un buen equipo —dice, y me pasa la mano por el hombro—. Uno tiene lo que el otro necesita. Ella está buenísima, es más inteligente que cualquier otra mujer que haya conocido y terriblemente cabezota. Y yo soy… rico. Creo que es lo único que soy —se ríe—. Juntos somos imbatibles.

Abre la mano y yo choco la mía con la suya.

—En realidad también eres muy guapo. Y listo; creo que no tener que usar el pene para cerrar negocios ha hecho a Jacob más ágil y más despierto en la vida —tengo que comentar.

Todos se divierten con eso.

—… Y… aunque discrepemos en algunas cosas, siempre uno de los dos cede…

—Yo, obviamente —Jacob levanta la mano.

—Al principio pensé que sería la peor experiencia de mi vida —confieso y lo miro de reojo—. No he tenido buenas experiencias compartiendo techo con hombres. Pero Jacob es todo lo que necesitaba en un hombre y no lo sabía. Me alegra haberlo descubierto.

Él sonríe con los ojos. Es lo más bonito que ese desgraciado sabe hacer. Inclina la cabeza y la apoya sobre la mía, luego me besa la frente con calma.

Los cinco nos miran con los ojitos brillantes; es precioso de ver.

—Sabes… —Ethan se gira hacia Valentina, le toma la mano y la lleva a su regazo—. Somos animales sociales. Nos necesitamos unos a otros; sé que en un mundo cada vez más individualista resulta imposible de creer, pero es la realidad. Aprendemos gran parte de quiénes somos a través de los demás. A solas no somos más que un cúmulo de paranoias y ansiedad…, pero cuando afrontamos los mismos desafíos y presiones, con alguien a nuestro lado… todo fluye mejor.

—Y el secreto de un matrimonio bueno y duradero es saber escuchar.

—Yo la escucho y digo: sí, señora —puntualiza Ethan.

Todos nos reímos.

—Estar casado es aprender a discutir y aprender a hacer las paces. Aprender cuándo hablar y cuándo callar. Aprender que un abrazo puede ser más eficaz que un consejo. Y a veces un «estaré a tu lado» en la hora más oscura y definitiva es mucho más impactante que una promesa de amor —dice Valentina—. Estáis descubriéndoos el uno al otro…, pero también os estáis

descubriendo a vosotros mismos, como nunca os permitisteis antes. Así que os malentenderéis, os enfadaréis el uno con el otro, sentiréis que las cosas no van a salir bien…

—Y no pasa nada por eso —puntualiza Ethan.

—Todas las palabras pueden desaparecer algún día. Puede que olvidéis las ofensas que os lanzasteis o las promesas que hicisteis. Pero nunca olvidaréis lo que hicisteis el uno por el otro. Cuándo os disteis la mano cuando todo se vino abajo. Y que también estuvisteis juntos cuando os levantasteis de nuevo… Hace mucho tiempo, un hombre muy sabio dijo: «La fe sin obras está muerta». Es decir, palabras y acciones tienen que ir en la misma dirección; de lo contrario, no valen para nada. Y la vida en pareja es la búsqueda de conciliar nuestras palabras y nuestras acciones, por el otro y por nosotros mismos.

—¡Qué bonito, tía! —Yohanna aplaude en silencio.

—¡Estoy casado con ella! —Ethan se señala a sí mismo, muy orgulloso.

Jacob me abraza, pero ya no es como antes. No lo ha sido desde hace tiempo… no es un simple fingimiento para que la gente crea… ya no va de eso.

Aunque nos conozcamos desde hace poco y nos hayamos colocado en esta posición casi por obligación, siento que su abrazo es sincero. Igual que la forma en que me mira parece de verdad. Y las cosas que ha hecho por mí, cosas que ni yo misma habría tenido el valor de hacer, han sido absolutamente reales.

—Tenéis que ver esto —interrumpe la conversación Brandon Evans, que trae consigo un portátil blanco. Gira la pantalla hacia sus padres.

—¿Lo has extraído todo y lo has subido a la nube?

—Por supuesto.

Desde donde estamos sentados, oímos algunos sonidos. Al parecer, está reproduciendo un vídeo. No uno, varios.

—Dentro de los microchips hay un auténtico compendio de pruebas. Entrevistó a personas que lograron huir, pero he comprobado en la base de datos que hoy están muertas. Los vídeos incluyen a alguien grabando sesiones secretas después de los cultos de la iglesia, donde separan el dinero para enviarlo a políticos, hacer pagos a la milicia y a otras facciones criminales en Brasil y en el mundo… incluso trata de personas.

—¿Trata de personas? —Yohanna se sobresalta desde su asiento.

—Sí. Es casi un gran documental, lleno de entrevistas, recortes de prensa e incluso billetes de avión. Por lo poco que he podido ver, captaban a jóvenes dentro de esa iglesia y los enviaban a misiones humanitarias por América Latina, Europa, África… sin documentación. Cuando llegaban allí, ¡esas personas eran traficadas!

Valentina abre los ojos de par en par; Yohanna se levanta de su sitio para ver los vídeos.

—Hay más, mucho más —advierte, hasta que yo también me pongo de pie para mirar.

—Espera, ¡esa soy yo! —señalo la pantalla.

—En esta parte ella enumeró una serie de retransmisiones en directo que hizo contigo —Brandon me mira. Sube el volumen al máximo, pero no es mi voz ni la de Rose la que se oye en el vídeo—. Consiguió anular casi por completo los sonidos de vuestra conversación y del entorno, y amplificar los ruidos de fondo.

Oigo con claridad la voz de Marcos, como si estuviera al teléfono, negociando millones para un senador, diciendo que tiene que ir al culto para recibir el dinero o mandar a alguna de las fuerzas paramilitares a recogerlo.

—Esa mujer tenía una bomba atómica —Ethan se frota las cejas.

—Es un entramado muy bien orquestado, pero también muy compartimentado. Las iglesias en Brasil se encargan del blanqueo de dinero. En América Latina y, sobre todo, en México, trabajo esclavo. En África, Oriente, Europa y aquí, trata de mujeres. En Asia, tráfico de información. Ella consiguió conectarlo todo. Y eso que… ¡solo he abierto unos seis vídeos de miles! —dice Brandon, preocupado.

—Esto es gravísimo —Shawn Cavalieri se levanta para analizarlo—. Necesito saber si todos esos hombres están vinculados a la Colmena.

—Por lo que parece, señor, los cabecillas y los que dan las órdenes, sí. No son muchos. La gran mayoría solo obedece órdenes. Es como un esquema piramidal criminal, solo que aquí se trata de un mercado clandestino que intercambia personas, dinero, influencia, poder e información en todo el mundo. Lo único que los conecta de verdad es que forman parte de esa iglesia, que está presente en todos los países. —Brandon muestra una serie de fotos de la misma fachada de templo, pero en distintos puntos del planeta—. Tu hipótesis era correcta, papá.

—¿El padre de Jacob es uno de los jefes aquí, en América? —pregunta Ethan a su hijo.

Brandon tarda un poco; accede a varias páginas, abre distintos vídeos y fotos.

—No hay ninguna foto ni vídeo de él, pero sí hay grabaciones de dentro de su iglesia… espera…

Brandon se muerde el labio inferior; miro la pantalla del portátil mientras abre una secuencia casi ininterrumpida de carpetas, hasta llegar a un vídeo.

Cuando lo reproduce, Jacob respira hondo. Vemos a una mujer de cabello negro y el rostro marcado por cicatrices; parece que fue quemada viva, pero sobrevivió. Habla muy bajito; Brandon

pausa el vídeo y corre a buscar un amplificador de sonido, lo conecta al portátil.

—¿Está lista? —es la voz de Rose.

La mujer asiente con la cabeza.

—Descubrí la implicación de Park en todo esto cuando viajamos a Corea. Dijo que necesitaba llevar a una sobrina para que conociera a la familia; en aquel momento ni siquiera sospechaba nada… me dejó en el hotel y fue a llevar a la chica… yo los seguí… —Hace una pausa, menea la cabeza y se queda ausente unos segundos, como si reviviera el pasado en ese instante—. Pensé que tenían una aventura; ella era discípula de su iglesia, siempre lo seguía, yo estaba muy celosa por entonces…

—Es mi madre —Jacob se cubre la boca y se aparta hasta apoyarse en la pared.

Voy tras él y lo abrazo.

—Los seguí hasta una de las sedes de su iglesia, en Corea… era tarde por la noche, no había nadie… entonces oí un ruido… me escondí en unos arbustos y vi a Park salir primero… después salieron dos hombres, cargando un saco negro. Se llevaron a la chica, no sé adónde; no pude hacer nada… —dice, desesperada.

—Tranquila… —Rose intenta calmarla.

—¡Podría haberlo impedido! Estaba tan cegada por los celos que… que en ese momento solo me alegré de no estar siendo engañada… la triste felicidad de una mujer que sabe que no va a ser sustituida, pero ve cómo a otra le arrebatan sus derechos… yo ya era un monstruo entonces…

—No lo eres ni lo has sido nunca —dice Rose con firmeza.

—Años después, siguiéndolo para asegurarme de que no me engañaba, fui reuniendo pruebas… las chicas que se acercaban a él desaparecían. Al buscar a sus familias, solo decían que sus hijas habían salido en misión por el mundo para ayudar a la iglesia… y

que recibían una buena cantidad de ayuda y apoyo de la iglesia para soportar la distancia o cuando las chicas morían de alguna enfermedad misteriosa… —La madre de Rose y Jacob respira hondo —. Pero no morían… sé que no morían…

Llora de una manera agonizante, y el llanto se prolonga durante minutos. Yohanna sujeta el brazo de su padre y esconde el rostro. Veo una lágrima deslizarse por la cara de Jacob; permanece en completo silencio, apenas puede mirar hacia la pantalla. Gira el rostro y lo baja.

—Intenté huir… —dice ella—. Con mis hijos… intenté llevarte a ti y a Seo Joon, pero no me lo permitió. Me expulsó de la iglesia, obligando a todos a dejar de hablar conmigo. Dijo que era apóstata, que estaba intentando manchar el nombre de Cristo y el de la iglesia… primero me dio dinero para que huyera y no volviera jamás, pero después me encontró y prendió fuego al hotel en el que estaba.

Hay una pausa en el vídeo; al parecer, Rose fue intercalando titulares de prensa con fechas para probar cada uno de los acontecimientos, así como registros de billetes de avión, fotos de su archivo personal y otros documentos que respaldaban la historia.

—Pensé que iba a morir…, pero una mujer me salvó… era un ángel…

—¿Quién era esa mujer?

—No lo sé. Nunca me permitieron saberlo. —Hace otra pausa, tose con fuerza y aprieta los dedos—. Cuando desperté, estaba en el hospital, con todos los gastos pagados. Y junto a mis pertenencias, dijeron que ella había dejado un bolso lleno de dinero, que creían que era mío…

Puedo oír la respiración de Rose, muy pesada.

—¿Me perdonas, hija?

—No necesito perdonarte, mamá; ahora ya sé la verdad…

—¿No crees que soy un monstruo, hija? —llora.

La grabación termina con Rose levantándose y acercándose a la mujer, que no deja de llorar.

Jacob tiene el rostro enrojecido y húmedo, completamente destrozado. Lo abrazo con todas mis fuerzas; si pudiera asfixiarlo, acabaría haciéndolo, porque no quiero soltarlo.

—Los mató —oigo el susurro de Jacob, inaudible para todos los demás. Luego se queda mudo, se aprieta el puente de la nariz y sigue llorando en silencio.

—Quiero que compruebes estas fechas con algunos nombres de la mafia italiana de hace veinte años, aquí en Estados Unidos —dice Shawn muy serio a Brandon.

—Sí, señor.

—¿Estás seguro? —pregunta Yohanna—. Papà, los dos sabemos que la mayoría de los hombres de la famiglia no pertenecían a esa religión. La mayoría sigue la fe del padrino.

Shawn primero mira a Ethan y luego examina a su hija.

—Puede que no tengamos indicios religiosos, pero sí vínculos familiares, de matrimonio o de apadrinamiento de cualquier jerarquía de esos hombres con los nuestros. Las conexiones comerciales también cuentan —dice Shawn, y su hija asiente.

—Es muy habitual en el tráfico de influencias que un tío o un primo tenga conexión con el crimen, para proteger a la figura que realmente lo comete o da las órdenes —explica Ethan—. A eso lo llamamos… testaferros.

—De acuerdo —Yohanna asiente de inmediato.

—¿Qué nos indica hacer la jefa de la mafia? —Ethan se dirige a ella con mucho respeto.

Yohanna mantiene una postura imponente, incluso agarrada al brazo de su padre. Sus ojos recorren el suelo de la sala mientras piensa.

—¿Podemos usar vuestros drones? Enviadlos a las sedes de esa iglesia… pensándolo mejor, enviadlos también a las comunidades menos relevantes, esas pequeñas iglesias de barrio. Vigiladlas durante unos días. Si aún existe alguna posibilidad de averiguar adónde los llevan y rescatar a alguna víctima de la trata de personas, quiero que sean salvadas.

—Me encargaré de ello —Brandon asiente con la cabeza hacia su prima.

—¿Crees que merece la pena llevar esto a alguna comisión de la ONU? —pregunto.

—Creo que merece la pena hablar y dialogar con los que han sido captados en el vídeo —Ethan mira en dirección a Yohanna.

—¿Tú te encargas de la conversación y yo del diálogo? —pregunta ella; más tarde supe que la ametralladora de uno se llama «conversación» y la de la otra se llama «diálogo».

—Puedes apostar a que sí —Ethan se frota las palmas de las manos.

—¿Y en Brasil, qué hacemos? —interviene Valentina.

Shawn se rasca la frente.

—Necesitamos a alguien de la Colmena que tenga un viaje programado allí y envíe una copia de todo esto; escribiré una carta a mano —dice Cavalieri.

—Jacob —dejo un poco de lado la conversación y me centro en él—. ¿Quieres salir de aquí?

—No… estoy… bien… —dice, con los ojos hinchados y el rostro completamente rojo.

Nunca lo había visto tan vulnerable. Y con la mirada aún más letal.

—Escucha. —Le tomo la mano—. Sé que esto no calma ni alivia tu dolor. Pero pase lo que pase… voy a estar a tu lado, ¿me

oyes?

No responde; se queda en silencio.

—Iré contigo, no importa adónde vayas.

—Necesito hacer una cosa —dice él.

—Iré contigo.

Capítulo 29

Park Seo Joon

<u>En el pasado.</u>

La habitación está completamente a oscuras; la poca luz que entra se cuela por una rendija de las cortinas que ocultan el resplandor de la luna. Me visto con rapidez y cojo el dinero que hay junto a la lámpara, sobre la mesilla.

Del cuartito del fondo de la iglesia hasta casa pasan veinte minutos en tren. Recorro el resto del trayecto a pie y no tardo en llegar a la vivienda.

—¿Dónde está el dinero? —es como me aborda mi padre.

Le entrego los cinco billetes de cien dólares y entro en la casa.

No me deja pasar sin antes recordarme:

—Eso es lo único que las mujeres pueden ofrecerte, Seo Joon. Son animales que necesitan ser saciados, no importa por quién. Aprende, desde temprano, que no puedes esperar nada más de ellas que darles lo que quieren y marcharte. Olvida sus rostros, olvida sus nombres, olvida lo que hiciste con ellas…

Respiro hondo, somnoliento, deseando darme una ducha y dormir.

—Eres prescindible, como cualquier hombre de este mundo es prescindible para ellas. Te abandonarán si te quedas a su lado demasiado tiempo; te debilitarán si permites mostrar tus vulnerabilidades; nunca te amarán. Si ni siquiera yo soy capaz de amarte, ¿por qué lo haría una desconocida?

Yo solo quería un «buenas noches» para poder descansar.

—Ni siquiera tu madre fue capaz de amarte… ella fue la primera en abandonarte, después tu hermana… así son ellas…

Siento cada vez más que mi cuerpo está llegando al límite. El corazón se me acelera tanto en algunos momentos que me siento asfixiado y, cada vez que termino, me noto débil, siento que necesito dormir.

—Mientras vivas bajo mi techo, harás todo lo que yo quiera —dice en voz alta—. Incluso pagar por estar aquí. Para que recuerdes que este no es y nunca será tu hogar.

Bruna Martins

Actualmente.

Ethan Evans no tardó en conseguirnos una dirección.

Me sorprendió su rapidez y, sobre todo, la capacidad de encontrar a cualquier persona dentro del país, incluso a una mujer a la que solo había visto en un vídeo.

Jacob, los niños y yo viajamos a Orlando, en Florida. Un clima mucho más agradable que el de Nueva York, el cielo mucho más despejado y muchos brasileños.

Fuimos dos veces a la casa de Jéssica Colt, el nuevo nombre que usa la madre de Jacob. No la encontramos. Fuimos nada más llegar a la ciudad, muy temprano. Y de nuevo a media tarde.

Un vecino muy amable nos dijo que ella llegaba tarde del trabajo, que solo se quedaba en casa los fines de semana y a partir del comienzo de la noche.

Llevamos a los niños a pasear y a jugar en un parque, nos tomamos un tiempo para despejar la mente y respirar un aire distinto al de Nueva York. Aquí todo parece más ligero y fluido; no sé si es porque no me estoy muriendo de frío, pero incluso la forma ligeramente cálida de la gente me sorprendió: son muy acogedores y siempre están dispuestos a ayudar.

Al regresar a la casa de Jéssica, vemos las luces encendidas.

Es una casa de madera muy modesta, de dos plantas, aunque estrecha, pegada a otra vivienda. Desde el coche vemos una silueta femenina dentro, yendo de un lado a otro.

—¿Listo? —le pregunto a Jacob.

—No —confiesa, sin miedo—. He pasado prácticamente veinte años de mi vida oyendo dentro de mi cabeza que me rechazó y me

abandonó. Que no me quería y que era incapaz de estar delante de mí sin sentir asco, quizá por las cosas que mi padre me obligó a hacer…

Le paso la mano por la espalda y permanezco en silencio.

—¿Es demasiado tarde para irnos?

—Escucha. —Le sujeto el rostro entre las manos—. Ya no eres aquel niño, Jacob. Claro que sigue ahí dentro, en algún rincón. Pero mírate… —Sigo su mirada hasta el retrovisor del coche—. Has crecido, has madurado, ese niño ha llegado hasta aquí. ¿Rose no oyó las mismas cosas que tú?

Asiente con la cabeza.

—Ella buscó a su madre. Obtuvo las respuestas que tanto necesitaba… si te sientes incapaz de hacerlo por ti mismo, hazlo al menos por el niño que escuchó en el pasado que el amor es un cuentecito para engañar a los niños y que su propia madre lo había rechazado.

Baja la cabeza ligeramente.

—Tenemos que impedir que este ciclo se perpetúe, Jacob. —Le aprieto la mano—. Tenemos que permitir que Yuri y Sunny tengan una vida diferente a la que fue la nuestra. Si no podemos hacerlo por nosotros, ni siquiera por los niños que fuimos… tenemos que asegurarnos de que estos pequeños nunca sientan esa angustia…

Jacob mira a los niños en las sillitas del asiento trasero, a través del espejo; se mueven inquietos y siguen la conversación de los adultos.

—Has pasado todos estos años creyendo sus mentiras. E imaginando las peores cosas que tu madre podría decirte cuando la encontraras… te lo garantizo: independientemente de su reacción, conocerás la verdad y te liberará. Tu mente dejará de crear posibilidades y escenarios… y se liberará de las sombras que tú mismo construiste. Ya no es tu padre quien te atormenta, Jacob. Es

su recuerdo, dentro de tu mente. Y solo tú puedes acabar con eso, aquí y ahora.

No es fácil convencerlo.

Jacob es muy cabezota. Viajar tan lejos para él es fácil; las dos veces que vinimos antes era como si supiera que no había nadie, estaba tranquilísimo. Pero ahora que está ante el momento crucial, el que puede cambiar toda su vida, retrocede.

Pero lo conozco lo suficiente como para saber que solo necesita cinco minutos para respirar y reunir una dosis de valor.

Abrimos las puertas, sacamos a los pequeños del asiento trasero y nos dirigimos hacia la casa de Jéssica.

—¿Qué digo cuando abra? ¿Y si no abre?

—Dices la verdad —respondo.

—¿Qué verdad?

—¿Sabes qué me ayuda? Construyo una presentación en mi cabeza. —Nos acercamos cada vez más; ya estamos casi en el jardín de la casa—. Algo como: «Hola, me llamo Renata Martins. Vengo de Nueva York, he pasado por aquí dos veces antes…»

Jacob me mira completamente desconcertado.

—¿Quién demonios es Renata? —pregunta.

Contengo la risa y avanzamos en silencio hasta situarnos frente a la entrada. Antes de que llamemos a la puerta, esta se abre.

Vemos a la misma mujer del vídeo, ni un ápice más envejecida. Su rostro, cuello, brazos y piernas —las zonas que alcanzamos a ver— están marcados por cicatrices de quemaduras.

—Yo… —Jacob intenta saludarla.

Pero ella lo silencia. Con un abrazo fuerte y cálido.

Park Seo Joon

¿Se acordará de mí?

No lo sé. La mente dice que lo mejor es darse la vuelta y marcharse, disfrutar un poco de la ciudad, visitar los puntos turísticos y regresar a Nueva York. Pero el cuerpo avanza, aun tembloroso y sin fuerzas.

Me sudan las manos, apenas consigo concentrarme en lo que dice Bruna.

—Hola —intento decir cuando abre.

Ni siquiera me preparé antes de llamar y ya la tengo delante, de golpe.

Nunca volví a pensar en ella desde que Seo Joon murió dentro de mí y creé a Jacob, mi propia armadura para vencer todos los desafíos.

Despojado de mi armadura, ¿quién soy?

¿La espada o el dragón?

—Seo Joon —oigo su voz. Aunque ya no reconozca su aspecto, esa voz resuena dentro de mí.

Es como si entrara por mis oídos, recorriera mis venas y arterias hasta alcanzar los órganos. Mis células se han renovado; hace mucho que ya no soy aquel niño. Pero hay algo aquí dentro que la reconoce.

Reconoce el tono de su voz e incluso la presión de su abrazo. Reconoce el llanto silencioso que me quema los ojos y el silencio que se alarga entre nosotros.

Aparta el rostro y fija el mío, con la poca luz que llega desde el interior.

Palpa mi piel, empieza por la frente, muy despacio. Toca mis mejillas y sonríe. Roza la punta de mi nariz y mis labios, juega con mi pelo, me toma las manos. Baja el rostro para sentir el olor. Cierra los ojos y apoya la cabeza sobre el dorso de mis manos.

—Es mi hijo —dice.

Con tanto orgullo, con una emoción tan profunda, que no recuerdo haber oído nunca algo tan sincero, salvo de Blake Gallagher, que fue un padre para mí.

—¿Eres tú, hijo mío? ¿Has vuelto a mí? —Levanta el rostro muy despacio, sin estar del todo convencida de que no soy un espejismo.

—Estoy aquí —es todo lo que consigo decir.

Y parece que no hace falta decir nada más.

Siento su abrazo con fuerza, una vez más.

—Esta es Bruna, mi… esposa —tardo incluso en reaccionar cuando me suelta.

Bruna abre una gran sonrisa y sigue meciendo a los dos niños en brazos.

—Y estos son Yuri y Sunny, hijos de Park Yang My.

Ella asiente despacio.

—No os quedéis ahí fuera, de pie, pasad —dice.

Nos guía al interior de la casa, amueblada por completo con muebles antiguos y muy sencillos. Frente al sofá, sobre la mesa de centro, veo un marco con una foto de ella junto a mi hermana y su esposo, al parecer reciente.

—¿Supiste lo que pasó con Yang My? —pregunto.

Asiente con un gesto.

—¿Queréis algo de beber? ¿O de comer?

—No… estamos bien… —ayudo a Bruna a sentar a los niños en el sofá, pero los traviesos ya quieren bajarse y gatear por el suelo.

—Aún no puedo creer que hayas venido… —regresa, temblorosa, aferrada a una taza de café—. Han pasado tantos años… mira lo mucho que has crecido, Seo Joon.

Hace tantísimo tiempo que nadie me llama así…

—Jacob y yo vimos el vídeo que grabaste para Rose. A… Yang My, tu hija. En ese mismo instante supimos que teníamos que venir a verte… sé que necesitáis todo el tiempo del mundo para llenar el vacío que dejó la ausencia del otro…, pero por ahora solo disponemos de unas horas… —dice Bruna con suavidad.

Mi madre juega distraída con los niños y toma a los dos en brazos.

—Qué foto tan bonita —dice Bruna, cogiendo un marco con una fotografía muy antigua.

—Yo era modelo —dice mi madre—. Una de las más bellas. —Sonríe con mucho orgullo—. No me mires así, no sientas lástima por mí, querida… perdí mi belleza física mucho antes del accidente… Fui golpeada, mutilada; ya no tenía ese rostro de muñeca —dice con serenidad mientras juega con los niños.

—¿Fue el padre de Jacob quien le hizo todo eso?

Asiente con la cabeza; Bruna y yo comprendemos que prefiere no hablar.

—¿La ha buscado últimamente?

—No, no me ha buscado desde que sufrí el gran incendio —dice tranquila, en paz—. Sé que aquel día perdí parte de mi belleza…, pero también gané mi libertad —añade como si saboreara algo delicioso—. Mis muñequitos de la abuela…

Bruna y yo la observamos jugar con los nietos; se distrae y se va volviendo cada vez más ligera, cada vez más suelta.

—¿Estáis aquí por los mismos motivos que Yang My?

—Sí y no… en realidad ella nos facilitó muchísimo la vida con todas las pruebas que necesitábamos. Pero también queríamos conocerla.

—¿No os disteis cuenta de lo que le pasó? ¿No creéis que fue él?

—Estamos seguros de que lo fue —respondo.

—Entonces ¿por qué queréis insistir en enfrentaros a un hombre tan poderoso? Park Suck se autoproclama el nuevo Mesías, el hombre que llevará la salvación a todos los rincones de la Tierra… la gente no ve, no se da cuenta de que se parece más a un anticristo que a cualquier otra cosa…

—Pero si no nos enfrentamos a él y evitamos que siga haciendo lo que viene haciendo, ¿quién lo hará? —pregunto.

—Otra persona, hijo mío —dice muy seria—. Disfrutad de vuestra esposa, de vuestra vida, ¡viajad a un lugar paradisíaco! ¿O queréis que vuestros hijos acaben como los de Yang My, huérfanos?

Sus palabras son duras. Pero lo entiendo. Están cargadas de dolor y de pánico del pasado, por todo lo que sufrió.

—Así es como hemos decidido disfrutar y vivir nuestro matrimonio —Bruna se muestra aún más firme—. Si ese hombre no es detenido, hará cada vez más víctimas. Y por eso vamos a luchar, cueste lo que cueste.

—Eres joven y lo respeto. Yo también fui joven —dice mientras deja a los niños en el suelo—. Pero él no puede ser detenido. Es mucho más que un hombre de carne y hueso. Ha montado un negocio millonario, querida. Ya sea para traficar con personas, drogas, dinero, poder o influencia… ese hombre creó un

método que enriqueció a gente en todo el mundo. Es como una hidra… podéis cortarle una cabeza, pero en su lugar nacerán dos.

—Nosotros también, señora —responde Bruna con respeto—. Él puede matar a dos, pero surgirán cuatro. Y después de matar a cuatro, tendrá que enfrentarse a ocho. No nos importa que el mundo esté patas arriba y que a la gente solo le importe el dinero… vamos a luchar por lo que es correcto, para que nadie más pase por lo que nosotros pasamos —dice Bruna con aún más determinación que antes.

Mi madre sonríe.

Para ella, esa lucha es claramente inútil. Y mi padre es el tipo de hombre que no puede ser vencido. Ella lo intentó. Yo lo intenté.

¿Pero sabes quién aún no lo ha intentado?

—Todo lo que hacemos vuelve a nosotros con la misma intensidad. Karma. ¡Ese hombre tendrá lo que se merece! —asegura Bruna.

—Entonces su karma va con retraso, querida…

—Sí. He estado ocupada resolviendo otras cosas hasta ahora —dice con tono jocoso—. Pero ya he llegado. Y ya me he presentado ante él. «Karma» es como me llamará a partir de ahora.

Puedo ver fuego en los ojos de esa mujer.

Y quizá por eso resulta tan irresistible mirarla.

…Renata.

O Bruna Martins.

¡Esa va a dar un trabajo de cojones!

Capítulo 30

Bruna Martins

Ojalá Jacob y su madre hubieran tenido más tiempo. Para ponerse al día sobre la vida, hablar de trivialidades y disfrutar del momento juntos, algo que él me dijo que jamás habría imaginado que pudiera ocurrir. Pero, por desgracia, no tenemos más tiempo, Jacob tiene que volver a Nueva York.

Pero siento que Jacob ha vivido un momento increíble esta noche. Después de abordar el asunto que nos trajo hasta aquí, Jacob pasó buena parte del tiempo abrazado a su madre. Fue como ver a la criatura que lleva dentro ser rescatada de las atrocidades que le tocaron vivir.

Cada vez que Jéssica lo llamaba Seo Joon, parecía que estaba salvando el alma de su hijo. Y los ojos de Jacob brillaban, sus hombros se relajaban cada vez más; al final, en el momento de la despedida, parecía irradiar luz.

Mientras espero a que suba al avión privado del banco CS Gallagher, acomodo a los niños, que están dormidos después de un día de mucha agitación. Me siento al otro lado, en un asiento muy amplio y acolchado, y los observo dormir.

—¿Lista para partir? —Jacob llega por fin.

—¿Dónde estabas? ¿Por qué has tardado tanto?

—No sé si vas a entenderme, pero… me han ascendido. Acabo de recibir una llamada.

—¿Cómo que te han ascendido? ¿Hay algo más alto que ser el CEO de un banco? —pregunto, confusa.

—La palabra no es exactamente ascendido… me han elevado de grado, en mi sociedad secreta.

—Ah, en el club de los Illuminati. —No consigo ocultar el desdén. Todavía no sé ni siquiera si me lo creo. —Ya…

—Yo pertenecía al segundo grado, estaba afiliado a la familia de Blake…, pero ahora… —Veo que ni él mismo se lo cree, parece atónito. —He recibido la llamada diciendo que toda la burocracia para mi tercer grado, el último, está lista. Y ni siquiera he tenido que pagar por ello, parece que alguien lo ha hecho por mí… eso significa que… ya no necesito estar vinculado a la familia de Blake, ahora puedo formar mi propia familia.

—Guau… —Cedo solo por un instante. —Estoy segura de que te lo has ganado. Sé que llevamos poco tiempo conviviendo, pero… has madurado mucho desde el primer día en que te conocí. Sigues quitándote la ropa de la nada, claro, pero en general has actuado de una forma más madura…

—Gracias.

—¿Y no te dieron más información?

—Sí. Dijeron que presté servicios importantísimos para la Colmena. ¡Prácticamente tú y yo conseguimos recuperar todas las pruebas que conectan a muchísimas personas con una red de tráfico internacional que ha permanecido oculta durante décadas! Nosotros y Rose, claro.

—Sí, ella fue quien empezó todo esto —admito.

—También quieren condecorarte a ti.

—¿A mí? —Elevo la voz y me tapo la boca, para no despertar a los pequeños.

—Por los servicios prestados. Primero será dentro del Templo, después en una ceremonia pública con el propio presidente de los Estados Unidos. —Jacob ríe, nervioso. —Solo no sé si le hará mucha gracia verme…

Asiento lentamente con la cabeza.

—Se han enviado órdenes de registro y detención por todo el país para arrestar a los principales sospechosos e intentar desmantelar al resto. ¿Qué cara es esa? ¡Anímate! ¡Dentro de poco iremos a la Casa Blanca a recibir medallas!

—Casa… —Parpadeo, atónita. —Blanca…

—Por cierto. —Jacob apoya la rodilla en el asiento y recuesta la espalda contra la pared detrás de él. —¿Llamaste a Isabella? ¿Qué querías con ella?

—Secretos femeninos —digo de inmediato en mi defensa.

—¿Estás tramando algo?

—¿Yo? ¿Tramando algo? Qué va… yo nunca tramo nada. —Intento poner cara de santa.

El comisario de a bordo nos prepara para el despegue. En cuanto estamos en el aire, de vuelta a casa, Jacob vuelve a levantarse y se queda mirándome fijamente.

—Gracias.

—¿Por qué?

—No tienes ni idea de lo que todo esto significa para mí, Bruna… Mi vida ha dado un salto y ha mejorado muchísimo. Y parte de eso te lo debo a ti y a nuestra mentira.

—De nada. —Me encojo de hombros. —Pensé que sería mucho peor aguantarte, pero tú también te esforzaste. Y me alegra mucho que ahora vayas a ser todavía más poderoso de lo que ya eres. Espero que haya algún tipo de beneficio para la exesposa del tipo que ha subido hasta el último escalón.

Miro las nubes ahí fuera.

—Es el último escalón, ¿no?, ese tercer grado al que te han elevado.

—Sí… en él puedo disputar los cargos internos —responde, algo incómodo.

Volvemos al silencio incómodo.

Vigilo a los niños, que no se han despertado en ningún momento, y observo esta aeronave gigantesca con solo nosotros cuatro aquí.

—¿Te apetece follar? —pregunto.

Jacob parece como si acabara de despertarse, me mira, atónito.

¿Sabes cuando le dices a un perro: «vamos a pasear»? Abre los ojos de par en par, mueve la cola y empieza a ponerse nervioso, ya pensando en la salida. Pues eso, multiplícalo por diez.

—¿Follar? —se ríe. —¿Ahora eres tú la que me propone follar?

—¿No te apetece? —Me toco el pelo y subo la pierna despacio, la suela de la zapatilla apoyada en la pared, ya que estamos en la primera fila.

—¿Mono quiere plátano? Claro que sí. —Mira a su alrededor. —¿Seguro que estás bien?

—Sí. Solo quiero follar. Para que lo sepas, Jacob, las mujeres también tenemos libido y ganas de follar.

No termino la frase y ya se ha quitado el traje, está acabando de desabrocharse la camisa y a punto de bajarse los pantalones. No pierde ni un segundo.

—Un poco más atrás. —Me levanto y camino casi hasta el final del pasillo, mirándolo por encima del hombro, sintiendo cómo me sigue.

Me siento en el asiento de la ventana y él se coloca a mi lado, ya completamente desnudo, la polla apuntando hacia arriba, mirándome con la expresión de quien acaba de ganar la lotería.

—Ha sido un día de locos. —Le acaricio la cara. —Te mereces disfrutar, y yo también.

—Yo ya estaba disfrutando. —Me coge de la mano y me atrae hacia su regazo. —Es imposible no hacerlo si no te tengo cerca…

Al principio sentí que todo entre nosotros era forzado. Pero ahora todo fluye con naturalidad, como si por fin habláramos el mismo idioma. Dejo que Jacob me desvista despacio y observo cómo me mira; sus ojos brillan y su rostro refleja puro éxtasis.

Jacob me quita la ropa y pasa la lengua lentamente por mi pezón, rodea mi cintura y me obliga a mover las caderas sobre su miembro duro.

Echo la cabeza hacia atrás y me abandono a la sensación; ni siquiera el aire frío de la aeronave logra apagar el fuego que me provoca. Sus manos masajean mis hombros, bajan por mis brazos. Se adueñan de mi cuerpo, me aprietan contra su piel perfumada, de aroma fresco.

—Tenías que elegir justo el puto asiento que no se reclina —gruñe, por las contorsiones que necesitamos para cambiar de postura y dejarme tumbada, con las piernas en alto y él entre ellas.

Tomo la iniciativa y avanzo tres filas hacia delante. Al ser un avión privado, todo es primera clase, pero es cierto que los últimos asientos no se reclinan.

Encuentro uno perfecto y lo dejo totalmente inclinado.

—Espérame aquí —digo.

Vuelvo con el preservativo y un paquete en la mano.

—¿Qué es eso? —pregunta.

—Ya lo descubrirás —le dejo el preservativo en la mano, me tumbo en el asiento reclinado y apoyo las piernas en el de delante.

Jacob se desliza hacia abajo. Me lame las piernas y asciende despacio, con los ojos hambrientos, mirándome con devoción.

Va dejando besos y algún que otro chupetón por el camino, sus dedos aprietan mi piel, su nariz se detiene al captar mi aroma. Se humedece los labios cuando llega a mi entrepierna.

—Tengo curiosidad por el paquete —dice.

—Es solo un… —Me interrumpo.

Siento y veo cómo me lame desde la entrada hasta la ingle. Repite el gesto, mirándome con deseo.

—Sigue.

—Es solo un juguete nuevo… —Me muevo en el asiento y abro más las piernas, guiada por sus manos.

Jacob me separa los labios con los dedos, se chupa el corazón y lo introduce en mí muy despacio, roza mi entrada con los labios y deja que la lengua acompañe al dedo hasta donde puede.

—Con la cantidad de juguetes que tengo en mi habitación y tienes que salir de allí para usar uno —provoca.

—Mientras tú dabas de comer a los niños, estuve paseando por el centro comercial y lo encontré. Me gustó, pensé que merecía la pena comprarlo.

—Quiero verlo.

—Solo después de que me comas —ordeno.

Se calla al instante, saca el dedo de dentro de mí y lo chupa lentamente, vuelve a introducir el corazón junto al anular, despacio; su lengua recorre toda mi zona sensible y me deja empapada, ardiendo.

Tuve miedo de aburrirlo.

Jacob se ha acostado con muchas mujeres, nunca más de una vez con la misma. Y cada nuevo polvo es como si fuéramos personas distintas; al menos, yo intento serlo.

Intento ser más atractiva, más provocadora, mostrarle un lado nuevo de mí…

Y ahora, cuando siento más que nunca que hay intimidad entre nosotros, estoy deseando compartir muchas más facetas mías con él. Y vivir todo lo que sea posible, hasta el final de este matrimonio por contrato.

Yo misma saco los paquetes de la bolsa.

Le entrego el anillo peneano con vibrador, él se muestra interesado de inmediato y no se anda con rodeos; Jacob sabe perfectamente cómo colocárselo y lo hace en un abrir y cerrar de ojos.

Se levanta y exhibe la polla dura, balanceándola de un lado a otro.

—¡Uno más para la colección! —dice animado, empieza a frotarse la polla contra mi muslo y yo me muerdo el labio. —¿Y ese de ahí, qué es?

Saco la otra caja y la abro, orientada hacia mí, sin dejar que la vea.

—¡Hoy quieres jugar con mi cabeza, Bruna Martins!

—¿Solo hoy? —Saco las bolas tailandesas y las balanceo suavemente en mis manos, tiro la caja a un lado.

—Joder…

—¿Quieres jugar conmigo, Jake? —Le cierro las piernas alrededor de la nuca y lo atraigo hacia mí.

No lo necesita, pero con ese impulso se pone de rodillas y viene hambriento, con la boca prácticamente babeando sobre mí.

Hace un trabajo impecable en mi clítoris, masajeándolo con la lengua y chupando despacio, y toma las bolas de mis manos.

—Quiero sentir ese vibrador en mi clítoris. —Me refiero al que está en el anillo peneano. —Mientras colocas esas bolitas, una a

una, dentro de mí.

Jacob baja un poco más el rostro.

Me tira de los muslos y me hunde en la butaca, deja mi culo hacia arriba y lo devora con la boca.

Chupa las nalgas con intensidad, noto que se contiene con fuerza para no morderlas y arrancar un trozo.

Su boca rodea mi culito en movimientos circulares, lame despacio y me deja completamente erizada, tanteando la butaca en busca de apoyo.

Lo veo chupar la primera bola y, lentamente, la introduce dentro de mí; intento contener el gemido, pero se me escapa, aunque amortiguado.

—¿Lista para mí? —pregunta.

—Fui yo quien te invitó a follar. —Dejo claro que siempre lo he estado. —¿Y tú, Jacob? ¿Estás listo para mí? —Alzo una ceja.

Sonríe de forma lasciva, se coloca sobre mí y me hace tragar la cabeza de su polla muy despacio.

Sus dedos recorren mis labios mayores, el pulgar empieza a frotar mi clítoris.

—¿Qué te ha dado? —Se divierte al verme gemir y aguantar toda la presión, sobre todo la de las bolas tailandesas.

Las ganas son de expulsarlas de golpe y estamparlas en su cara. ¿En qué demonios estaba pensando al tener esta idea?

—¿Por qué no intentas descubrirlo? —lo provoco aún más. —Jake…

Siento su polla entrar con más fuerza, aprovecha para moverse dentro de mí y empuja otra de las bolitas en mi culito.

—Eso, ponla, vamos, quiero sentirte.

Consigo ver los pelos de su antebrazo erizados.

Y su mirada lupina brillar, como si estuviera ante una luna llena.

Sonríe con satisfacción y placer, inclina el cuerpo hacia delante y me obliga a tragar aún más de su polla.

—¿Así? —Con una mano me sujeta la nuca, con la otra empuja otra de las bolitas.

—Así. —Me retuerzo en la butaca, mi cuerpo pide cada vez más del suyo.

—¿Cuántas Brunas hay dentro de ti, eh? —pregunta, muy cerca de mi rostro.

Sus labios se apoderan de los míos con intensidad, un beso caliente y envolvente que nunca me había dado antes.

Su lengua, suave, se desliza sobre la mía y nuestros labios compiten por ver quién arranca antes un trozo del otro.

Respiro con dificultad en su boca, Jacob empuja más allá de mi límite.

Mi cuerpo queda completamente tomado por el suyo, siento que me arden los ojos y el corazón se me acelera.

—Jake…

—¿Quieres que pare?

—¡Más adentro!

Sé que lo ideal sería no despertar al animal que lleva dentro.

Pero estamos en plena turbulencia, dentro del avión.

Espero que las máscaras de oxígeno caigan ahí fuera, para que el mundo pueda respirar.

—¡Jake! —Clavo las uñas en su espalda y las arrastro hacia abajo.

Lo siento entero dentro de mí, entre embestidas.

Su polla dura me llena por completo y me obliga a gemir fuerte contra su boca, casi gritando.

Revuelvo los ojos de placer al sentir la vibración en mi clítoris, no mitiga el dolor, pero me inunda aún más de placer.

Jacob me abraza con fuerza y empuja su cuerpo contra el mío, siento que la butaca quiere salirse de sitio.

—¡Golosa! Quieres sentirlo todo ahí dentro, ¿verdad? —se burla.

Se incorpora, tiene que mantener la cabeza un poco agachada, porque es tan alto que roza el techo.

Exhibe su pecho musculoso y su abdomen bien definido, se mueve despacio, volviendo a entrar en mí.

Pierdo la concentración, respiro por la boca e intento no perder el control.

Jacob me lame la pantorrilla y asciende muy despacio, con la nariz rozándome la pierna.

No deja de embestirme y de frotar el anillo vibrador contra mi clítoris, haciéndome dar pequeños saltos en la butaca.

Termina de introducir las dos últimas bolitas dentro de mí y saca la polla muy lentamente.

Me gira de espaldas en la butaca y me obliga a quedarme de rodillas.

—Vamos a ver cómo ha quedado —dice.

Él también se arrodilla y tira despacio del cordón.

Siento cómo se me dilata el culito y sale la primera bola.

Lame alrededor, un escalofrío me recorre la espalda, no sé si por eso o porque su otra mano está subiendo por mi espalda.

—Vamos, cariño, quiero la siguiente, ¡sácala para mí!

Lo intento con esfuerzo, sale y hasta me falta el aire.

—Eso. —Jacob vuelve a masajearme el clítoris. —¡Quiero las otras tres!

Baja la cabeza y la encaja bajo mí.

Me chupa el coño despacio y sigue tirando del cordón.

Intento contener el gemido cuando sale otra más, él aprovecha y vuelve a meterme los dos dedos dentro.

—Puedes hacerlo, solo quedan dos —me provoca.

—Jacob… —Me pongo tensa y se me eriza la piel, llena de deseo y con un poco de miedo a que algo salga mal, aunque he seguido todas las instrucciones que me dio la chica de la tienda.

—Confía en mí, sácalas todas, quiero ver cómo ha quedado…

La penúltima sale fácil, pero la primera… maldita bolita, sale y me deja completamente abierta.

Respiro hondo y aguanto.

—Me vuelves loco —dice, lamiendo alrededor de la abertura que ha quedado.

Me giro para mirarlo, pero no me da tiempo.

Jacob me sujeta con fuerza la nuca y me empuja contra la butaca, siento la cara aplastada.

—Y ahora tendrás que aguantar, ya que me has puesto así —dice.

Lo siento entrar dentro de mí, casi entero.

Su polla ocupa el espacio que han dejado las bolitas y mi cuerpo parece perder el control ante la situación.

En un vaivén más rápido e intenso, Jacob me agarra del pelo como de un cabestro y tira de mí hacia atrás; su polla avanza dentro de mí, empujándome hacia delante.

Me quedo dividida en ese placer, entregada a sus manos, incluso con el aire frío estoy sudando y ardiendo.

Veo las nubes ahí fuera y apoyo la cara en la ventanilla, la veo empañarse en una fracción de segundo.

Mis gemidos nublan la vista exterior y mi cuerpo se balancea mientras él embiste hasta el fondo y luego sale por completo; cuando se retira es la peor parte, parece arder con más intensidad.

—¿Era esto lo que querías? —me mordisquea el lóbulo de la oreja.

Jacob… Jake… sé que no es el mejor momento para parafrasear a Clarice Lispector, pero lo que quiero aún no tiene nombre.

Por ahora me conformo con que me folle así, como un profesional tan hábil que se preocupa por mi placer y se entrega a cualquier locura conmigo solo por disfrutar de la experiencia.

—Eso, ¡acaba conmigo!

Me abraza por detrás y se la mete entera dentro de mí.

Me quedo con la boca entreabierta, no sé si tomando aire o soltándolo.

Su cuerpo sudado se mueve detrás de mí, sus brazos me aprietan y me dan calor, sus manos masajean mis pechos despacio, en un vaivén intenso que, cuando llega a mi cuello, me hace darme cuenta: ahora estoy respirando de verdad, o intentando hacerlo por la boca.

Siento el momento en que eyacula.

Se estremece por completo, su abrazo no afloja, pero su cuerpo reacciona con espasmos involuntarios.

Lo empujo y lo obligo a sentarse en la butaca de al lado, sacándolo de dentro de mí.

Me pongo de rodillas y le arranco el preservativo.

Le chupo la polla empapada, la sujeto por la base con las dos manos y meto la boca hasta tragar la punta.

Jacob tiembla aún más y yo sigo masturbándolo.

Es divertido verlo perder por completo el control del cuerpo, sus brazos empiezan a moverse solos, igual que sus piernas.

Se muerde el labio y aprieta los ojos con fuerza, gime alto de placer y siento incluso un último chorro correrse en mi boca.

Se corre salvaje, me agarra del cuello y me levanta.

Me besa la boca con voracidad, me sienta en su regazo y frota la polla contra mi clítoris.

—Córrete —ordena.

—Hijo mío, yo ya me había corrido —sello nuestros labios. —Tres veces.

Abre los ojos de par en par.

—¿Te crees que soy una flojita como tú, que solo aguantas dos corridas cada vez? —me burlo. —Si no es para correrte al menos dos veces, no me llames para follar. —Sello nuestros labios otra vez.

—Entonces tendrás que correrte la cuarta. —Se ríe y me aprieta con fuerza contra su regazo. Me besa con mucho cariño y frota su cuerpo contra el mío con lentitud.

Al final nos tomamos un tiempo para hablar y reírnos un buen rato.

Damos un salto —quiero decir, yo doy un salto— cuando el comisario de a bordo sale de la cabina, se acerca y nos avisa de que en unos instantes aterrizaremos en Nueva York. Luego vuelve a la cabina, con la mirada satisfecha.

Yo, por supuesto, estoy horrorizada. El hombre solo no me vio desnuda porque Jacob me cubrió los pechos y tapó mi sexo.

—Relájate, está acostumbrado a esto todo el tiempo —dice él.

Le doy un manotazo en las bolas.

—¡Ay! ¡Eso duele de cojones! —se queja.

—¿Todo el tiempo, Jacob Parker? —gruño.

—Bruna —dice serio, al oído.

—¿Qué pasa? —Me dan ganas de encender una motosierra ahora mismo.

—Después de ti, nunca hubo otra.

—Claro. ¡Juro que te creo!

—No lo necesito —asegura.

—Vale, Jacob, ¡voy a vestirme!

Intento levantarme, pero me sujeta contra su regazo y me aprieta entre sus brazos. Me besa el hombro, sube despacio por mi cuello y se queda quieto hasta que giro el rostro para mirarlo.

—Tú me sacias y me obligas a querer más de ti.

—¡Hmpf!

—Mi cuerpo, mi mente, mi yo… solo te necesita y te quiere a ti.

Capítulo 31

Bruna Martins

Al día siguiente, bien temprano, recibí la noticia de que Luís Fernando me estaba esperando en la puerta.

Pedí de inmediato que lo dejaran pasar y lo esperé, nerviosa.

Llegó con toda la pinta de chico malo: chaqueta negra llena de detalles metálicos y vaqueros negros, el pelo con un tupé encantador y esa sonrisa enorme que siempre me tranquiliza.

—¿Qué tal, Renata? —me saluda.

Me lanzo a sus brazos y lo aprieto con fuerza.

—¿Qué pasa? ¿Qué pasa? Parece que no me vieras desde hace meses, cuando en realidad fue como… anteayer… o incluso antes…

Sigo abrazada a él.

En realidad, para mí parece que ha pasado un mes o mucho más. El tiempo ha ido tan deprisa y las cosas han evolucionado hasta perder el control. Pero, en fin, todo parece ir encajando.

—Tenemos que hablar —le digo, quiero decirlo todo ya.

—Sí, me dijiste eso ayer, cuando volvías de Florida. Solo que no entendí qué fuiste a hacer a Florida ni qué puedes estar ocultándome…

Entra, se sienta en el sofá y se quita las gafas de sol.

—¿Dónde está Danoninho?

—Ya se ha ido a trabajar.

—¿Y mis sobrinos, dónde están?

¡«Sobrinos»! No puedo evitarlo, me entra la risa cada vez que dice eso.

Voy a buscar a los pequeños, que están gateando por el enorme comedor. Avanzan despacio, pero cuando se dan cuenta de que Nando está allí, se apresuran y empiezan a gritar.

—¡Mirad cómo estáis, par de trastos! —Nando se levanta y se da palmadas en las rodillas. —¿Echabais de menos al tío? ¡Podéis decirlo!

Yuri y Sunny casi compiten para llegar a los pies de Nando. Se le agarran a la pierna y empiezan a comunicarse en lenguaje de bebé, entre chillidos agudos, hasta que él los coge en brazos.

—Te lo voy a contar todo desde el principio, Nando —me dejo caer en el sofá.

—Estoy deseando oírlo —les da un montón de besos a los pequeños y los deja en el suelo.

Levanta a Sunny sujetándola por las manos y la pone de pie, ayudándola a dar sus primeros pasos, aunque se resbale y quiera caerse al suelo.

—Rose y su marido, los padres de los gemelos… ¿te acuerdas de ellos?

—Sí, dijiste que murieron —me lanza una mirada rápida y avanza muy despacio, guiando a Sunny hasta el final de la larga alfombra color burdeos.

—Los asesinaron, Nando.

Se detiene al instante. Gira la cara, o más bien la retuerce, como Samara en La señal, hacia mí. Con los ojos desorbitados.

—El padre de Jacob, que también es el padre de Rose, la mató.

Si antes estaba horrorizado, ahora ya no sé cómo está. Nando se agacha despacio hasta sentarse, coloca a Sunny en su regazo y

Yuri se acerca a ellos, empieza a dar golpecitos con las manitas en los muslos de mi amigo; parece que también quiere intentar caminar y necesita ayuda.

—¿Qué has dicho, Bruna?

—Fue su padre quien la mató. Porque… —trago saliva—. Descubrió que él dirige una red de tráfico de mujeres, una red internacional. Y que…

Parece que nada puede sorprender ya a Nando después de eso, pero no termina ahí.

—El padre de Jacob es fundador de una iglesia —hago una pausa—. La misma iglesia de la que Marcos es pastor, en Brasil.

Se levanta de un salto, Sunny agarrada a su camisa, Yuri a su pierna. Sostiene a la pequeña, que queda colgando, apenas un segundo, y viene hacia mí.

—¿Cómo dices?

—Marcos era uno de los tipos que se ocupaban de sus negocios en Brasil. Y… cuando el padre de Jacob vino aquí, nos presentaron y yo me enfrenté a él. Para asustarme y castigarlo, trajo a Marcos desde Brasil al siguiente encuentro, para amenazarme.

—¿Bruna? ¿Cuándo pasó todo eso? ¿Por qué no me lo contaste?

—Perdona, Nando…

—¿Y si te hubiera pasado algo?

Nando me trajo de Brasil a Nueva York. Y confío ciegamente en él. Pero Jacob me pidió que esto quedara entre nosotros hasta que todo se resolviera, y ahora siento que todo está resuelto.

Habría sido bueno, claro, contar con la ayuda de Nando, y sé que estaba ahí; en cualquier momento podría haber ido a verlo, y lo hice cuando lo necesité. Pero nada de eso tenía que ver con mi amistad con mi mejor amigo, sino con mi relación con Jacob.

—Jacob me aseguró que no iba a pasarme nada —digo.

Él no consigue dar su brazo a torcer.

—¿Dónde coño está Marcos?

Alzo una ceja para indicarle que controle los tacos delante de los niños.

—¿Dónde coño está Marcos? —me pregunta en portugués.

—Jacob se encargó de él —respiro hondo y jugueteo con la tela de mis vaqueros.

—¿Se encargó cómo? ¿Qué quieres decir? ¿Está muerto?

—No, le pedí que no lo matara —digo, seria—. No podría vivir el resto de mi vida pensando que fui responsable de la muerte de un hombre, ni siquiera de forma indirecta… aunque fuera un monstruo, especialmente conmigo.

—¿Y tú crees que no lo mató?

—Confío en Jacob, Nando.

—Bruna, ¿cómo pasó todo esto y tú te mantuviste tan serena?

—Empiezo a pensar que no era yo, Nando… quizá fuera Renata…

Jacob Parker

Allen Mitchell, mi secretario, me acompaña hasta La Chica.

La cola para entrar al local da la vuelta a varias manzanas, pero no tenemos que esperar. Soy cliente VIP, entro en cuanto llego.

En la barra del bar, cinco mujeres y dos hombres bailan en las barras de pole dance, entreteniendo a quienes están allí. Nos sirven rápido, no cruzamos palabra. Cogemos las bebidas y nos levantamos de inmediato, en dirección a las cabinas privadas, donde el espectáculo realmente ocurre.

Mientras avanzamos hacia nuestro destino, camareras semidesnudas pasan a nuestro lado con bandejas llenas de copas, igual que un tipo atractivo, también semidesnudo, que lleva en una bandeja preservativos hacia algún lugar.

—Cierra la boca, chaval —le doy un golpe en el pecho a Allen, que tose.

—Cada vez que vengo aquí, no consigo creer que este sitio exista…

—Existe, Allen —lo miro con una sonrisa maliciosa—. Y existe solo para nuestro placer. —Le guiño un ojo.

No sé si Allen sabe que su padre, Héctor Mitchell, conoció aquí a su madre Beatriz, cuando ella era la estrella de La Chica, la mujer más deseada. Y si no lo sabe, no seré yo quien se lo cuente, no es asunto mío.

—Deja de babear y entra.

—Jacob —Allen me agarra del brazo.

—Dime.

—Gracias por recomendarme a la Colmena. Serviré muy bien a tu familia hasta que tenga la mía —asegura.

Le paso la mano por el pelo al chaval, se lo merece.

—No tardará mucho, eres bastante más listo que yo.

Abro la puerta y dejo que él entre primero; yo entro después.

En la barra de pole dance, un poco apartados de los sillones, está Ethan Evans, sentado. Frente a él, Shawn Cavalieri y Héctor Mitchell, el padre de Allen.

—¿Hemos llegado tarde? —pregunto y saludo a cada uno; solo me siento después de que Allen haga lo mismo.

—Hemos llegado antes de tiempo, teníamos que repasar algunos asuntos —dice Ethan, de buen humor.

Allen se sienta a mi lado y vigila a los tíos con la mirada, imita su postura y observa alrededor.

—¿Qué estamos esperando? —pregunta, dos minutos después del silencio de todos.

La puerta vuelve a abrirse.

El señor Brown, dueño de La Chica, entra y, junto a él, un pelirrojo corpulento de traje y corbata, con un martillo en la mano y una mirada muy seria. Brown se ajusta el sombrero de estilo mafioso y solo conseguimos ver bien su rostro cuando está a un metro de nosotros.

Sus ojos verdes se posan primero en Shawn, la figura más importante entre nosotros, luego en Ethan y Héctor. Allen y yo quedamos para el final; me hace un leve gesto con la cabeza. Yo hice a ese tipo más rico de lo que jamás fue; frecuenté este lugar casi a diario desde… siempre.

—¿Es verdad lo que he oído? —pregunta Brown, metiéndose las manos en los bolsillos—. ¿Han empezado una caza de brujas contra los tipos que gestionan el tráfico de personas?

—Ya era hora —dice Shawn, muy serio—. Conseguimos limpiar al alto clero de la Colmena en el pasado, pero nos olvidamos del bajo clero. Y la limpieza será rápida y sin dejar rastro.

—A mamá le gustaba así —ríe Brown—. ¿Y tu padre? —me señala con la barbilla.

—A estas alturas… si es un hombre con la cabeza en su sitio… ya debe de estar fuera del país.

—No mientras yo siga con vida —gruñe Héctor, mirándome fijamente.

Y yo alzo mi copa para darle la razón.

—Por cierto, enhorabuena por el ascenso de grado, Parker. Has servido al Templo de una manera muy útil. Tenemos grandes cosas reservadas para ti —dice Brown.

—No necesito grandes cosas —agradezco con cortesía—. Todo lo que tengo hoy ya me basta —digo, y veo a Evans girar el rostro hacia mí.

Se queda así, como si me estuviera admirando, durante largos minutos.

—¿Ese tipo es el hermano del Rey del Reino Unido? —pregunta Allen a mi oído, refiriéndose al hombre pelirrojo justo detrás de Brown, y asiento que sí.

—¿Por qué he sido convocado, señores? —el dueño del establecimiento ríe de forma condescendiente—. El Alto Clero de la Colmena no se reúne solo para transmitir información.

—No, desde luego. —Héctor respira hondo y mira a Ethan.

Como Ethan sigue en silencio, Shawn se levanta y empieza a hablar:

—En el proceso que dio inicio a esta caza de brujas, capturamos a un hombre de Brasil. Marcos, se llama.

—De acuerdo. —El hombre se quita el sombrero y se arregla el cabello oscuro.

—Parecía inflexible, no quería contarnos nada…

—… así que me lo llevé a dar un paseo dentro del Templo —dice Ethan—. Le mostré la biblioteca… el corredor de los Padres Fundadores… la arena…

Shawn incluso se sienta para escuchar la historia.

—Por una mera casualidad del destino, los leones estaban en la arena…

—Ajá…

—Y le dije que dudaba de si los leones habían sido alimentados o no ese día. Ya sabes, el chico que cuida de los leones es bastante descuidado…

—No existe ningún chico que cuide de los leones —murmuro a Allen.

—Y a medida que nos acercábamos al muro de cristal, oyendo los rugidos cada vez más cerca e imaginando los colmillos afilados de los felinos, empezó a confesar cada uno de los crímenes que él y su banda habían cometido. Se lo pasé todo al secretario. —Ethan mira a Héctor, que asiente con la cabeza—. Él revisó cada uno de nuestros registros y confirmó su autenticidad.

—Entonces, son de verdad los hombres que estábamos buscando —asiente Brown.

—Sí. —Ethan se encoge de hombros—. Y fue muy amable, un buen chico ese tal Marcos. Me ayudó a averiguar si los leones habían sido alimentados… se colgó por una abertura en el muro de cristal, pero nosotros lo sujetamos.

—Ajá.

—Y el león le arrancó las piernas de un mordisco. Fue una escena muy hermosa, la verdad. —Ethan se vuelve hacia mí—. No

tenéis ni idea de lo mucho que puede abrir la boca un león…

—Yo sí, lo vi —dice Shawn, sin cambiar el tono de voz.

Héctor levanta el dedo para indicar que él también.

—¿Sabíais que la mordida de un león equivale a más de 300 kilos? Sus dientes funcionan como una especie de… tijera muy afilada, ¿sabes? Alcanza el objetivo y, si muerde en esta zona —Ethan señala el cuello—, es capaz de asfixiar y provocar la muerte. Menos mal que a Marcos lo izaron hacia abajo con un collar alrededor del cuello. Se sintió asfixiado, en cualquier caso, pero fijaos, solo perdió las piernas y parte de los muslos. Dicen que aún hay restos de sangre en la arena…

Allen se encoge a mi lado.

—Pero lo salvamos —asegura Ethan, intentando tranquilizarnos—. Lo sacamos de allí…, pero el león quería dar otro mordisco… y como siempre estamos a favor de la vida y del bienestar… de los animales, le dejamos que diera tres más.

—Fueron siete —comenta Shawn.

—Tres… siete… —Ethan se encoge de hombros—. Pero tranquilos, ¡está bien! —intenta calmar a Brown con las manos—. ¿Sin piernas? Sí. Pero como el GTI tiene muchos médicos y una sala hospitalaria de primer nivel, lo salvamos. Ah, ¡una información extremadamente importante! —Ethan reclama nuestra atención—. Los leones ya están alimentados y parecían muy felices…

—¡Ve al grano de una vez, hombre! —gruñe Brown.

—Es sobre tu hija, Leonardo —dice Héctor muy serio, mirándolo fijamente.

Ahora se acerca más, hasta que su rostro queda completamente iluminado. Leonardo Leão, conocido como el señor Brown, deja que sus ojos verdes brillen con intensidad mientras nos observa. Cruza los brazos y mantiene el gesto airado.

—Marcos confesó sus planes futuros, los de los hombres del tráfico y los de los milicianos, en Brasil.

Veo al dueño del establecimiento sentarse y mirarnos, perplejo.

—Dijo que una mujer, la primera mujer, iba a ser iniciada oficialmente en la Colmena brasileña. Y que su grupo no podía permitir que eso ocurriera…

Se levanta y se prepara para marcharse.

—Están planeando matar a tu hija, Leonardo —dice Ethan con seriedad, haciéndolo detenerse a mitad de camino—. Y también a Maria Eduarda.

Cuando gira el rostro, envuelto por la oscuridad, vemos sus ojos brillar como si estuvieran ardiendo. Al volver a acercarse a la luz, con cuidado, ni siquiera parece el mismo hombre.

—Hemos hablado con tu Custodio y ha autorizado que regreses a Brasil en misión oficial, y debes hacerlo ahora mismo —informa Ethan.

—Necesitamos que lleves contigo algunos mensajes que pueden ser útiles para detener a esos marginales —añade Héctor.

—Pero debe tener cuidado —le advierte Shawn—. No queremos una crisis diplomática con las otras Colmenas. Podría parecer, por un instante, que nosotros, los estadounidenses, queremos interferir en la soberanía brasileña…

—¿Como si no lleváramos haciéndolo desde… Getúlio Vargas? ¿O antes? —Ethan se ríe.

—Lo que sea —gruñe Shawn—. Regresarás, pero nadie puede saber que eres Leonardo.

—Lo que llevo haciendo desde hace años —dice él, serio.

—Necesitamos que tu hermano venga aquí para asumir tu papel. Y tú irás allí para asumir el suyo.

—Señores, con todo el respeto —el señor Brown se humedece los labios con la lengua—. Es lo que he hecho todos estos años, desde que me fui para siempre de Brasil. Así que no intenten enseñarme lo que debo hacer, sé perfectamente lo que tengo que hacer. Y lo que tengo que hacer es proteger a mi hija y a mi mujer —se apresura y sale de la sala.

El pelirrojo, el hermano del Rey del Reino Unido, aún se queda, atento a nosotros.

—Pídele que vaya a la biblioteca y recoja los mensajes. Están dentro del tercer libro de Walt Whitman, en la estantería superior. Hay algunos chips que también deben ir, pero esos dejaré que los lleve Anthony, ¿te parece bien, Héctor? —Ethan recibe el gesto afirmativo.

—De acuerdo —dice el pelirrojo y se marcha.

—¿Las reuniones son siempre así? ¿Siempre hay alguien intentando matar a otro? —me pregunta Allen.

—Desde que dejamos de ser nómadas y nos metimos en las cavernas, chico.

Bruna Martins

Anocheció y se armó un alboroto en la puerta. Llamaron para que Jacob bajara a resolverlo, pero aún no había llegado…

Bajé yo misma, con Luís Fernando, para ver qué estaba pasando.

Lo único que vi fue un coche negro, parecido a una limusina, acelerando sin moverse del sitio, como si se estuviera preparando para embestir el portón y abrirse paso.

Los guardias, armados, apuntando al vehículo.

—¿Cuáles son las órdenes, señora? —me pregunta uno de ellos.

Se dirige a mí como si yo fuera la autoridad allí.

Miro a Nando, sin entender nada.

—¿No es usted su esposa? Usted es quien manda en la casa, en su ausencia —susurra.

—Y en su presencia también. —Lo miro con ferocidad—. ¿Qué está pasando? —Me acerco a la reja, cuatro guardias se colocan a mi alrededor.

De repente el coche deja de acelerar.

De él baja el padre de Jacob, más pálido de lo que jamás lo había visto, mirándome como si yo fuera un fantasma.

—¿Tú? —me señala.

—Yo. —Me aparto de la reja y lo enfrento.

—¿Qué haces aquí? —lo dice en voz alta y clara—. Recibí una llamada de Marcos, diciendo que ya estaban en Brasil… —comenta, como si pensara en voz alta.

—Soy la dueña de la casa, ¿lo ha olvidado? —Abro los brazos para señalar la propiedad—. Soy la mujer de su hijo. La pregunta es: ¿qué está haciendo USTED aquí?

Aprieta el puño. Y las armas se dirigen hacia él, los guardias avanzan.

—¿Dónde está Jacob? ¡Le ordeno que aparezca y que pare con esto ahora mismo!

—¿Parar con qué?

—¡No he venido aquí a tratar mis asuntos contigo! —Avanza hacia la reja y me escupe en la cara.

Uno de los guardias le da una patada y cae al suelo. Otros dos se colocan delante de mí después de eso. Nando me limpia el rostro de inmediato y los dos nos quedamos mirando al loco recomponerse del golpe que se llevó.

—¿Eres imbécil, mestiza de mierda? ¿No lo entiendes?

—No, no lo entiendo. Así que explíqueme, por favor, ilumíneme —provoco.

—¡Él solo te está usando para limpiar su propia imagen y librarse de mí! —Vuelve a lanzarse contra la reja, pero esta vez no escupe—. Y cuando se libre de mí… ¿qué va a pasar contigo?

—Pediré el divorcio y me iré a vivir feliz a Europa.

—Nunca lo critiqué, maricón —Nando levanta la mano, yo levanto la mía y chocamos las palmas.

Park Suck, el padre de Jacob, se ríe.

—¿Eso es lo que él te hizo creer?

—Es lo que pone en un contrato, imbécil.

—¿Contrato? —el señor Park se ríe—. No tienes ni idea de quién es mi hijo, chica…

—¿De qué está hablando, Bruna? —Nando cruza los brazos.

—Mi hijo es una máquina de guerra, chica. Fue criado para no ser amado, para no tener corazón ni sentimientos… y su papel durante todos estos años, en el puesto que ocupó en nuestra sociedad, fue ser un asesino silencioso. ¡Y eso es lo que va a hacer contigo!

—Bruna, vamos a entrar. —Nando me agarra por la cintura y tira de mí, pero yo quiero escuchar.

—Cuando yo ya no esté en medio, idiota, entrará en tu habitación de madrugada con una espada y te cortará el cuello.

—Bruna…

—Te dará a los perros o a los osos para que te coman, hará desaparecer tus restos. Y seguirá con las siguientes víctimas.

—Él no es así —digo.

—¿No lo es? —Se ríe con desprecio—. Eso es en lo que se convirtió y lo que hizo por ellos durante todos estos años, chica. Cortó la cabeza de quienes ellos le ordenaban, sin cuestionar nada. ¡Y eso es lo que van a ordenarle que haga contigo!

Veo a su mujer salir del coche, tambaleándose. Se aferra al brazo del marido y tira de él.

—¡Tenemos que irnos! —dice desesperada—. ¡Tenemos que irnos!

—Espero que tu muerte sea la peor de todas, zorra. —Así se despide el señor Park.

Capítulo 32

Bruna Martins

—¿Jacob? —lo llamo en cuanto me atiende el móvil.

—Hola —oigo, junto a su voz, mucho viento y lluvia; me levanto de la mesa y voy hasta la ventana, ni siquiera me había dado cuenta de que estaba lloviendo—. Estoy en un atasco. Tengo que pasar por casa de los Evans y luego llevaré a Allen a la suya, no me esperes despierta, se hará tarde.

—¿Está todo bien?

—Sí. Por aquí, sí. ¿Y ahí? ¿Ha pasado algo? ¿Los niños y tú estáis bien?

¿Decirlo o no decirlo? ¿Preguntar o no por lo que dijo su padre?

—Estamos bien.

—Genial, avísame si pasa cualquier cosa.

—Vale, cuídate, por favor.

—Hecho. —Espera a que yo cuelgue.

Nando está con los brazos cruzados, golpeando el suelo con el pie, juzgándome con la mirada.

—¿Es cosa mía o no he oído la parte en la que le dices: por qué tu padre dijo que eres un asesino a sangre fría y que va a acabar conmigo cuando ya no esté de por medio? —dice, claramente irritado.

—El padre de Jacob solo quiere debilitar nuestra relación y jugar con mi cabeza… con mis miedos…

—¿Pero te costaba tanto preguntar? —insiste.

—Ah, claro, Nando. Como si su respuesta fuera a ser: «oh, sí, es exactamente eso lo que voy a hacer, ¿cómo lo has descubierto?» —Le doy un golpecito en la cabeza.

Lo veo masajearse.

—¿Estás oyendo?

—¿Oyendo qué, maricón? —Nando mira a su alrededor.

—¿Qué estás oyendo?

—Tu voz.

—¿Escuchas la lluvia ahí fuera? —frunzo el ceño.

—¿Está lloviendo? —Nando va hasta la ventana para comprobarlo con sus propios ojos—. La acústica de esta casa es una locura, completamente silenciosa, casi no se oye nada de lo que pasa fuera…

—Todo lo que sé es que la mansión tiene túneles subterráneos que llevan a varios puntos de la ciudad…

—¿Para qué?

—Bueno… Jacob dijo que, en caso de emergencia, quizá fuera necesario usarlos —respondo con sencillez.

—¿Qué tipo de emergencia? —insiste.

—Jacob ocupa un cargo muy importante y hay gente poderosa que quiere su cabeza ahora mismo. Me parece normal que tenga pasadizos secretos en su propia casa y una vía de escape… además de un arsenal de armas en el jardín interior…

—¿Un arsenal… de armas…?

—Sí, bueno…

Cuando me doy cuenta, Luís Fernando está metiendo las cosas de los niños en una maleta y me agarra del brazo.

—¡Vamos a hacer tus maletas ahora mismo y a salir de aquí!

—¡Nando!

—No, no voy a dejar que te quedes aquí. ¡Esto es una locura, Bruna! Si hubiera sabido antes que estabas a merced de todo esto, ya te habría llevado de vuelta a mi casa.

Me mantengo firme donde estoy.

—¡Me quedo!

—¡Renata!

—Nando, es Jacob. Sé que quiere el bien de los niños y sé que no me haría nada.

—¡Estás en peligro!

—Él también lo está. Estamos en el mismo bando, no puedo abandonarlo. Ni los niños ni yo vamos a irnos a ningún sitio, nos quedamos aquí. —Es mi punto final.

—Perfecto, yo me quedo aquí también. —Cruza los brazos y se deja caer en la silla—. Y no voy a dormir hasta que el señor Jacob Parker llegue, para que me aclare unas cuantas cosas.

Jacob Parker

—Hemos tenido éxito al asaltar cuatro de los escondites, pero otros diecisiete están fuera de nuestro alcance por ahora —informa Brandon Evans sobre lo que ha descubierto.

Estamos todos reunidos en la última planta de Trojan Horse Security. Vemos el mapa de Estados Unidos en holograma justo encima de la mesa: cuatro puntos en verde y diecisiete en rojo, todos en estados diferentes.

—¿Dónde estaba este escondite de aquí, en Nueva York? —señalo.

—Debajo de la sede de la iglesia de Park Suck, la primera que fundó y expandió durante todos estos años. —Brandon mira a su padre—. Descubrimos túneles internos, como los nuestros, que desembocaban en alcantarillas por toda la ciudad.

—También encontramos documentos. —Yohanna lanza una caja de cartón enorme delante de nosotros, abarrotada de papeles —. De misioneros que vinieron de África, Europa y América. Todos traficados, por supuesto. Son trescientos ochenta y dos documentos; solo ciento veinte están ahora bajo nuestra protección. —Cruza los brazos—. Los quiero a todos vivos y a salvo, cueste lo que cueste.

Ethan asiente.

—¿Alguna señal de mi padre? —pregunto.

—Huyó. —Ethan respira hondo—. No te sorprendas, es propio de las ratas hacerlo cuando están a punto de ser atrapadas.

—Quiero todos los vídeos de la mansión Parker en mi mesa; los analizarás conmigo. —Ethan señala a Yohanna, que asiente—. Absolutamente todos, desde la llegada de Bruna Martins.

—¿Algún problema con ella? —cruzo los brazos.

—Con ella, no. Pero necesitamos pasar ahora un peine fino a esta historia y ver si algo cambió en la rutina de tu mansión.

—No lo entiendo.

—Intenta pensar como ellos, Jacob. Si tuvieran que acabar con los gemelos o con la chica, habrían trazado un plan desde el principio. Y quizá infiltraron personal, fueron a tu casa de alguna manera…

—De acuerdo. ¿Puedo retirarme?

—No, te quedas; necesitamos que identifiques a tus empleados en los vídeos —dice Yohanna, sentándose.

—Pero apenas conozco a ninguno de ellos, aparte del mayordomo.

—Ese es tu punto ciego. —Ethan también se sienta—. Por eso tenemos que revisar todo e identificar si hay alguien peligroso, infiltrado allí desde hace tiempo, solo esperando el momento adecuado para actuar.

Bruna Martins

Expectativa: «me voy a quedar aquí hasta que Jacob regrese», fue lo que dijo Nando.

Realidad: se quedó dormido en el sofá, con el pie de Sunny en la cara y Yuri agarrado a su brazo.

Llevo a los niños a la cuna. Luego vuelvo para recoger a un Luís Fernando adormilado, que ni siquiera abre los ojos. Patea los peldaños de la escalera al menos unas tres veces, pero lo llevo a la habitación de invitados y lo tumbo en la cama; menos mal que me ayuda, aunque sea un poco.

Camino por la casa, mirando por las ventanas a los guardias haciendo la ronda, incluso bajo el temporal.

Me quedo cerca del móvil, con la esperanza de recibir un mensaje o una llamada, pero no llegan. Todo lo que más deseo es confiar en Jacob, pero las palabras de su padre no se me van de la cabeza.

Sé muy bien lo que hizo con Marcos; se aseguró de ser transparente conmigo y garantizó que no lo mataría. Pero ¿eso significa que no pueda llegar al límite en determinadas situaciones? ¿Y cuando ya no me necesite, qué hará? ¿Se arriesgará a dejar con vida a una mujer que conoce sus secretos?

No lo sé.

Pienso tanto que me duele la cabeza; tomo un analgésico y me quedo en la cama leyendo un poco en mi Kindle, hasta que el sueño me noquea.

—Mi hijo es una máquina de guerra, chica —oigo la voz del señor Park en la oscuridad; es tan nítida como si estuviera justo delante de mí, aunque no consigo verlo—. ¡Su papel durante todos estos años fue ser un asesino silencioso!

Niego con la cabeza. No voy a admitir que estoy equivocada; conozco a Jacob, sé que no sería capaz de eso.

—¡Eso es lo que va a hacer contigo!

Es uno de esos raros momentos en los que me doy cuenta de que estoy atrapada en la maldita droga de un sueño. O mejor dicho, de una pesadilla. Las palabras de Park Suck resuenan y adquieren voces distintas en mi cabeza: la voz de Marcos, la voz de mi madre, la voz de Jacob.

—Cuando ya no estés en mi camino —dice, arrodillándose en la cama frente a mí, mirándome con sus ojos rasgados—. Entraré en tu habitación de madrugada. —Jacob sonríe—. Y te cortaré el cuello con una espada.

Pero eso no es verdad… ¡solo está en mi cabeza!

¿O no?

Abro los ojos y veo una hoja sobre mi pecho. Parpadeo al menos tres veces para asegurarme de lo que estoy viendo y, sí, es una hoja muy afilada.

Veo la mano de Jacob cubrirla muy despacio con la empuñadura de madera de la espada oriental que he visto tantas veces en su biblioteca; no me mira.

—¿Jake? ¿Qué estás…?

—¡Shh! —me pide; sus ojos están fijos al otro lado de la habitación.

¿Y si era verdad? Parece que las profecías de Park Suck se han cumplido y voy a acabar como la mula sin cabeza.

Aún reconozco la respiración de Jacob; sé que está aquí conmigo. No sé si reconozco su mirada animal y su mano aferrada con fuerza a la empuñadura de la hoja, quieto, solo esperando el momento adecuado.

—Jacob… —lo llamo.

Cierro los ojos cuando salta a la cama y se impulsa, pero los abro al instante siguiente para asegurarme de poder verlo, al menos una última vez.

Veo surgir de la oscuridad a un hombre con una jeringuilla; con solo ver la punta de la aguja siento de inmediato un leve dolor en el brazo y miro: hay un pequeño pinchazo allí.

Jacob golpea con tanta fuerza la nuca del hombre con la vaina de madera que contengo el aliento al ver al guardia que había estado conmigo en la puerta, protegiéndome de Park Suck, caer rígido al suelo y golpearse la cabeza con violencia.

—¡Bruna! —Jacob le quita la jeringuilla de las manos al hombre y me tira del brazo para comparar—. Mira el líquido dentro del objeto y luego me mira—. ¿Estás bien? Creo que he llegado a tiempo…

Para mi alivio, veo que la jeringuilla está llena. Pero me pincharon, en cualquier caso.

—¿Qué está pasando? —murmuro y me siento en la cama, aún aturdida por el sueño.

—La casa ya no es segura —dice despacio y me aprieta la mano—. Todo está comprometido; todos mis empleados han sido sustituidos…

Abro los ojos de par en par. Sí, hacía ya bastante tiempo que no reconocía a los empleados de aquí, pero pensé que era algo normal, dado el carácter de Jacob.

—Vas a coger a los niños y salir de aquí. Ahora.

—Jacob, pero ¿y…?

—Vas a ir a la habitación de los niños —repite, muy despacio —. Tomarás el pasaje más cercano y seguirás por uno de los corredores. Y no mires atrás.

—¿Y tú?

—Cuando pases por el corredor, cierra el pasaje.

—¿Pero tú, Jacob?

—Te daré cobertura. Y iré por el otro túnel, no te preocupes.

Niego con la cabeza. Deja la espada oriental en el suelo y me sujeta el rostro por ambos lados.

—Escúchame, Bruna, no tenemos tiempo. He venido por uno de los túneles lo más rápido posible, la mansión está rodeada. Ellos solo…

—Informe de situación, sargento. —Oímos salir del cuerpo del hombre, a través de una radio.

—Van a entrar. —Jacob me mira con seriedad y me ayuda a levantarme de la cama—. ¡Coge a los niños y huye!

—¿Y tú? —insisto.

—Iré justo detrás de ti, lo prometo.

—¿Lo prometes?

No hay tiempo para esto. Y sé que es una tontería. Pero nos quedamos mirándonos en silencio y nos besamos, casi por impulso.

—Informe de situación, sargento —insiste el hombre por la radio—. O entraremos.

—No quiero perderte. —Jacob me acaricia el pelo, desde la raíz hasta las puntas—. Así que ve, yo te cubro.

Sellamos nuestros labios una vez más, hasta que ya no hay tiempo. Salgo descalza y en pijama, abro la puerta y Jacob se coloca delante de mí en el pasillo.

—¿Qué estás haciendo? —gruñe al darse cuenta de que voy en otra dirección.

—¡Nando está aquí! —aviso y entro en la habitación de invitados.

Sacudo a mi mejor amigo hasta que se despierta.

—No, no voy a dejar que me metas eso… —dice y se gira hacia el otro lado de la cama.

—Ah, Luís Fernando, ¡te van a meter lo que quieran si no te despiertas ahora mismo! —Le aprieto la nariz—. Vamos, ¡despierta!

—¿Qué pasa, maricón? ¿Se acaba el mundo?

—Hay unos tipos ahí fuera que quieren entrar y nos van a matar. —Intento resumir la ópera al máximo.

Luís Fernando se pone en pie de un salto.

—¡Los niños! —dice.

—Ayúdame, ¡vamos a sacarlos de aquí!

Vemos a un Jacob confundido justo delante de nosotros, pero echamos a correr; cada uno coge a un niño —que, por un golpe de suerte, no se despiertan en ese momento— y avanzamos deprisa hacia la escalera.

Cuando estoy a punto de bajar el primer escalón, la puerta se abre. Doy media vuelta junto con Nando, pero Jacob no se queda quieto. Baja la escalera muy despacio, sin temer nada. Aún veo al primer hombre y hasta al segundo cruzar la puerta, pero caen hacia atrás, abatidos de un golpe en la cabeza.

Nando y yo no oímos ningún ruido.

—¡Vamos! —gruñe Jacob—. ¡Bajad!

Vuelvo a la escalera y bajo lo más rápido que puedo; veo de reojo un tubo largo conectado a su pistola, creo que un silenciador, quizá.

—¿Esos no eran los hombres que estaban contigo en la puerta, protegiéndote? —pregunta Nando, avanzando deprisa a mi lado.

—Sí —solo me da tiempo a decir eso.

El corazón se me hiela al oír el sonido de un disparo. Es fuerte y explosivo; Sunny se agita en mis brazos, se aferra a mí y empieza a llorar un segundo después.

Miro hacia atrás rápidamente y veo a tres hombres corriendo tras nosotros, pero en cuanto pasan por debajo de la gran escalera, Jacob derriba a uno con el salto que da; sus botas negras golpean con firmeza el pecho del guardia y lo tiran al suelo; luego corta el brazo del otro y desarma al último, todo en silencio.

—Jake…

—¡Id! —insiste.

Capítulo 33

Jacob Parker

En el pasado.

Tras examinar la palma de mi mano, los ojos de Lilith me observan de otra manera. Cierra mi puño muy despacio y empuja mi mano hasta mi regazo.

—¿Tu padre llegó a iniciarte en la mafia coreana, Jacob? —me pregunta.

Contengo la risa. Si «leyó» mi mano para obtener esa información, está completamente equivocada.

—No.

—¿Sabes empuñar una espada?

Arqueo una ceja. ¿Por qué me pregunta eso?

—Veo en las líneas de tu mano a un hombre que vivió la vida sin un propósito, pero que, al encontrarlo, empuña una espada y lucha con valentía.

Respiro hondo. Sí, sé empuñar y portar una espada; de hecho, esa fue una de las pruebas a las que me sometieron para poder entrar en el Templo. Pero no sé usarla con destreza, no como un guerrero.

—El hombre que porta la espada sabe que él y ella son uno solo. La espada es la extensión del brazo; cuando el guerrero aprende a unir su mente, sus acciones y su voluntad, es imbatible en la batalla. Pero para que eso ocurra, necesita encontrar un propósito. Algo por lo que luchar.

—Yo lucho por mí.

—No es suficiente, Jacob. —Se aparta, examinándome—. Hay que luchar por algo más grande.

—¿Por el Gran Templo? —pregunto.

—Descubrirás por qué luchar, al mismo tiempo que descubrirás cómo luchar —dice con amabilidad—. Tu mente, tu corazón y la punta de la espada capaz de desgarrar la carne deben convertirse en una sola cosa —afirma como si fuera sencillo.

—¿Y qué le ocurre a ese hombre que porta la espada y ha encontrado su propósito? —pregunto.

Lilith respira hondo, con lentitud.

—Muere.

Actualmente.

Observo a Bruna correr, junto a su amigo y con los niños. Limpio la sangre de la hoja de la espada coreana, parecida a las de estilo samurái, en mi pantalón. La guardo en la vaina oscura y giro la pistola en la otra mano, mirando fijamente la puerta.

Como un trueno, veo a un hombre destrozar la ventana. Viene directo hacia mí, lanza tres golpes al aire con la espada que empuña y, mientras esquivo, tengo la sensación de que su puño me busca con ansia, con ganas de borrarme.

Cuando estoy a punto de reaccionar, oigo romperse la segunda, la tercera y la cuarta ventana. Observo a los cuatro hombres: uno con un cuchillo, otro con una bola de hierro con pinchos que gira muy despacio en su mano, y los otros dos con espadas.

—No sabéis cuánto he esperado este día —bajo la mirada y sonrío.

—¡Eres un hombre muerto, joder! —oigo a uno de ellos gruñir en coreano.

—¿Se puede matar a alguien que ya está muerto? —replico.

Se miran entre ellos. Dos avanzan contra mí: el de los cuchillos y el de la espada.

Esquivo, abro con suavidad la vaina de la espada mientras lo hago y la cierro con fuerza. Paso junto a él y doy una patada en el pecho al espadachín, empujándolo hacia atrás. Se levanta de un salto y corre, dispuesto a cortarme. Me muevo con suavidad hacia un lado. Y su compañero, al que acaban de cercenarle la oreja, recibe ahora una espada en mitad del pecho.

El hombre suelta la espada y me mira, horrorizado.

—Pero lo que está muerto puede llevarte consigo —lo miro fijamente a los ojos.

Avanzo hacia él y golpeo su pecho con la punta rectangular de la vaina. La sujeta, dándome la oportunidad de arrancar mi espada de la vaina y hacerla girar en el aire en una fracción de segundo.

La apunto hacia el último que queda con vida de los cuatro. He cortado la cabeza a dos.

—Ven aquí —lo llamo con la otra mano.

Da un paso atrás.

—Ven a jugar conmigo —digo—. ¿Lo oyes?

Hay viento y el sonido de la lluvia que han invadido la casa, pero no me refiero a eso.

—Escucha —apoyo la hoja en mis mejillas, manchándola con la sangre de mis enemigos—. Te está llamando por tu nombre.

El hombre echa a correr y yo voy tras él. Derriba una mesa de centro, un jarrón de porcelana coreana, estatuas a su paso. No me importa; salto y sigo en su persecución. Va en la dirección por la que fue Bruna y por eso ha cometido un grave error: no va a pasar de la puerta.

Podría simplemente sacar la pistola de la cintura y dispararle por la espalda. Pero existe un código de honor cuando los hombres con espadas luchan hasta la muerte, y no voy a romperlo.

—¡Vuelve aquí! —suelto el rugido más fuerte que soy capaz de emitir. Y salto con todo el impulso que mi cuerpo puede reunir, atravesando el cuerpo de ese idiota y cayendo con él al suelo.

Me levanto despacio, limpio la sangre de la espada en el pecho y busco la vaina para guardarla. ¿Pero dónde demonios está?

—¿Creías que sería tan fácil? —oigo una nueva voz en la sala.

Junto a ella, muchas más se unen en un solo grito.

—¡Aparece, Jacob! —dispara contra la lámpara, que estalla—. ¡Vamos a jugar!

Me escondo junto a la pared más cercana y cuento cuántas balas me quedan en la pistola. Y veo a varias decenas de hombres entrar por la puerta, fuertemente armados.

Creo que las matemáticas no están de mi lado.

Bruna Martins

Yuri tiene los ojos más abiertos de lo que he visto en mi vida, asustado y aprensivo, sacudido por Nando, que corre delante de mí.

Atravesamos buena parte de la mansión hasta llegar aquí, al jardín interior donde Jacob me trajo antes. Sunny, pobre, va apretujada; me desesperé y tuve miedo de que se me resbalara, así que la apreté contra mi cuerpo con todas mis fuerzas y seguí a Nando.

Por el camino oímos ruidos, no solo al fondo, donde se quedó Jacob, sino también más adelante, en el comedor, en la zona de la piscina interior; en fin, parece que la mansión estaba realmente rodeada y decidieron asaltarla, todos a la vez.

—¿Es aquí? ¿Hemos llegado? ¡Bruna, no me digas que estamos en un callejón sin salida! —Nando casi llora.

—¡Tranquilo! —Le entrego a Sunny, que se junta con los otros dos, que están temblando.

Tiro del macetero flotante e intento imitar a la perfección el gesto que hizo Jacob.

—¿Por qué no baja? —pregunto.

Nando deja a los niños en el suelo y viene hacia mí.

—¿Dónde hay que tirar? ¡Enséñame!

Se lo indico y tira con más fuerza. Un ruido nos sobresalta; por un segundo parece que hemos roto el paso. Pero se abre al cabo de un momento, enciendo la linterna del móvil y levanto a Sunny del suelo.

—¡Vamos!

Cuando alcanzo el interruptor secreto, se encienden unas luces débiles. Van ganando intensidad con el tiempo, pero por ahora solo consiguen agrandar las sombras y la inmensidad de la oscuridad a nuestro alrededor.

—¿Adónde vamos? —pregunta Nando.

—A un lugar seguro, ¡ven!

Nando y yo bajamos con los niños. Oímos disparos desde arriba mientras descendemos las escaleras hasta llegar al nivel más subterráneo.

—¡Cierra la puerta, Bruna!

—¡No! ¡Tenemos que dejar el paso abierto para que venga Jacob! ¡Dijo que vendría justo detrás de nosotros!

—Pues o se quedó muy atrás, porque no lo veo desde que pasamos por el comedor… —dice Nando.

Termino de guiarlo por el pasillo de la derecha, que conduce a la casa de los Evans, donde estaremos protegidos y a salvo de toda esta mierda.

—¿Qué pasa? —pregunta desesperado cuando me detengo de golpe.

No puedo… mis pies ya no pueden dar ni un paso más…

—Nando…

—¡Bruna, salgamos de aquí!

—Nando. —Tras dejar de correr y cuando él también se detiene, me acerco despacio—. Apunto la linterna del móvil a un punto; creo que es donde Jacob me enseñó—. Tienes que cerrar el paso. Al pulsar ese botón, caerá una pared maciza que impedirá que avancen.

—Vale, vamos. —Se dirige hacia el botón.

—Espera —le pido—. Dejo a Sunny en el suelo; se pone en pie, se agarra a mis piernas y llora para que la vuelva a coger—. Me quedo.

—¡Joder, Bruna, vámonos ya!

—Escucha —insisto—. Solo coge a Sunny y cierra el paso. Ya no hará falta correr; la pared es a prueba de balas. Estaréis a salvo cuando caiga, basta con seguir adelante; no hay otros túneles por el camino para desviarse…

—¡No me estás escuchando! ¡Bruna, tenemos que irnos! —Nando me agarra del brazo.

—¡Lo siento! —Lo empujo y cae al suelo, junto con Yuri—. ¡Lo siento mucho, de verdad, Nando!

—¡Bruna! —grita.

Llevo a Sunny hasta él.

—Te quiero. ¡Gracias por ser mi mejor amigo!

—¡Bruna! —se levanta torpemente.

—Te quiero. —Pulso yo misma el botón y, en una fracción de segundo, una pared colosal cae del techo entre nosotros.

El estruendo y la fuerza me empujan hacia atrás.

—¡Bruna! —Oigo un sonido en el metal, muy suave, como si alguien lo estuviera golpeando con los nudillos. Pero imagino que, al otro lado, quizá Nando esté aporreando la pared—. ¡Bruna! —Escucho mi nombre como si ya fuera poco más que un susurro.

No sé qué estoy haciendo.

De verdad que no lo sé.

De repente siento un dolor muy fuerte en el corazón y empiezo a llorar; es algo que viene y se va rápido. Aun así, acaricio la pesada plancha de metal que cayó del techo y oigo a Nando llamarme. Pero algo dentro de mí dice que no estaba bien.

En ningún momento miré atrás, porque confié en que Jacob estaría allí. Pero no estaba. Me mintió y se quedó. No puedo permitir algo así; en el momento en que más me necesita, tengo que estar ahí por él, porque él no me falló en absolutamente nada.

Regreso; no sé de dónde saco fuerzas. Las piernas me tiemblan, el corazón y los pulmones empiezan a ahogarme, el miedo se apodera de todo mi ser.

Estoy erizada, emotiva, ¡una bomba de relojería!

Pero voy con miedo igualmente. Con cada paso que doy, empujo el cuerpo para volver atrás; subo cada peldaño de regreso, aunque mi instinto de supervivencia grite que es mejor tomar la otra salida, cerrarla y quedar a salvo.

No puedo. No sin él.

Salgo del pasadizo subterráneo secreto y regreso al jardín, lleno de jardineras flotantes y otras en el suelo.

Hundo la mano en la tierra; no recordaba que el olor fuera tan intenso… palpo varias cajas, todas pequeñas. Saco dos, preparo las pistolas como Jacob me enseñó, pero sigo buscando algo.

—Necesito algo más grande… necesito…

Palpo una caja que parece no tener fin. Es larga y muy gruesa. Cavo con mis propias uñas, desesperadamente; tengo que quitar al menos cinco plantas de encima y las arrojo al suelo.

La caja pesada cae directamente al suelo; no consigo cargarla mucho tiempo. Cuando la abro, mis ojos casi brillan.

—¿Qué demonios es esto? —Me quedo mirando el arma gigantesca, salida de una película de acción—. ¿Así que esto es una ametralladora? ¿Será fácil de llevar?

No tengo ni idea de cómo acoplarle el largo cartucho de balas, pero me las apaño. Empiezo a revisarla para encontrar dónde va el encaje.

—¡Mierda! —gruño al ver que las luces se apagan.

Si ya era difícil con las luces encendidas, ¿te imaginas sin ellas?

—Vamos, Bruna, ¡tú puedes! —Sujeto la enorme cinta de munición e intento conectarla cerca de donde está el gatillo, pero no entra—. ¡Joder!

Respira. Respira, Bruna, sé que puedes hacerlo.

—Este no es un trabajo para Bruna. —Niego con la cabeza—. Este es un trabajo para Renata.

Jacob Parker

Cuarenta hombres.

Conté cuarenta hombres, solo en mi salón. Me escondo dentro de la biblioteca y oigo al menos otra docena llegando desde el otro lado de la casa.

El acceso a los túneles no se abre de ninguna manera; parece atascado. Si fuerzo más, o lo rompo o hago un ruido colosal que me delatará.

—¿Han encontrado a los niños?

—¡No!

—¿Y a su esposa?

—Tampoco.

—¡Vamos! ¡Registradlo todo! ¡Deben de haberse escondido debajo de algún sitio!

Acabo renunciando a ir a los túneles. No sé si Bruna y Nando lograron escapar… así que voy a retrasar a estos hombres un poco más, todo lo que pueda.

Cojo el móvil y lo primero que hago es apagar todas las luces de la casa, una por una, desde él. Apago el aire acondicionado, abro las ventanas y los lucernarios. Todos los ruidos, al unísono, llaman la atención de los invasores y los ponen en alerta.

—¡Atentos! ¡Puede estar en cualquier sitio!

—¡Sí, señor!

Me doy cuenta de que se dividen: algunos parecen subir por la escalera, otros irrumpen en el comedor, otro grupo avanza por el pasillo que lleva a mi sala de juegos, otro hacia la parte exterior…

media docena entra en la biblioteca. Sigo todo a través de las cámaras infrarrojas del móvil.

Limpio la hoja de la espada y me coloco detrás de la estantería colosal donde están mis libros de economía. Al primer indicio de que un delincuente solitario pasa frente a mí, le tapo la boca y lo arrastro a la oscuridad.

—¡Despejado! ¡Nada aquí! —dice uno, después de registrar mi mesa, mis cajones y robar dinero, relojes y bolígrafos.

—Nada en la biblioteca —regresan otros dos y cierran las ventanas del lugar.

—Nada entre las estanterías tampoco —digo.

Con máscara, pistola automática del .45 y bastante apretado en este maldito chaleco antibalas que le quité al hombre que maté hace un momento.

Sigo al grupo cuando sale de la biblioteca y disparo a la cabeza de cada uno cuando avanzan hacia el comedor. Me doy la vuelta y voy a mi sala de juegos.

Usan linternas para ver en la oscuridad; incluso han abierto algunas cortinas para que entre la luz exterior, pero debido al temporal y a la lluvia incesante, todo se convierte en un caos.

—El chaval tenía gustos interesantes… —veo a tres de ellos reunidos alrededor de la cama; dos manosean las cuerdas suspendidas en la pared.

—Informe —me pide el cabecilla en cuanto entro.

—Biblioteca despejada —digo.

Se gira para ir hacia el grupo.

—Debe de estar en los invernaderos o intentando escapar por el garaje…

—Imposible; pinchamos todas las ruedas y cortamos los frenos, hay gente nuestra allí.

Estos cabrones…

—A ver. —Agarro al cabecilla por el cuello, la pistola en su cabeza, usando su cuerpo para cubrir el mío delante—. Vamos a terminar esto de una manera rápida, ¿vale?

Apenas termino de hablar. Empiezan a disparar todos a la vez, y yo solo empujo al tipo hacia ellos. El hombre se convierte en un queso suizo y su cuerpo queda dividido entre caer hacia delante por mi empujón o irse hacia atrás por las balas que recibe.

—¿Adónde fue?

—¿Llevaba máscara?

—¡Quítate la máscara!

—Estuve a tu lado todo el tiempo, imbéc…

Lo silencio con un tiro en el ojo.

—¿A vosotros también os gustan los juegos distintos? —disparo a los otros cuatro que quedan, en la zona de los ojos que tienen desprotegida. Tiro el arma de inmediato y cojo la del que no llegó a usarla.

Antes de salir del cuarto, agarro el látigo de cuero y me doy un azote en el culo.

—Porque a mí me gustan los juegos distintos.

Bruna Martins

Me gasto al menos tres minutos de mi tiempo solo intentando encajar el cartucho —que ya es pesado— en el lugar correcto de la ametralladora, que de por sí también pesa una barbaridad. No sé cómo voy a cargar con esto, Dios, dame fuerzas, por favor.

Como dice aquel dicho: «Dios, dame paciencia, porque si me das fuerzas, mato a uno». Así que, Dios, ahora mismo necesito muchísimas fuerzas.

—¡Listo! —Me limpio el sudor de la frente y me incorporo junto con la ametralladora.

—¡Aquí! ¡Aquí dentro! ¡He oído algo! —Escucho desde fuera.

—¡Mierda! —murmuro en voz baja.

Veo cómo la puerta se abre y, apenas de reojo, sigo la entrada de tres hombres. Giro el cuerpo y el arma, aprieto el gatillo.

La ametralladora dispara, claro. Pero es como si alguien hubiera venido corriendo desde unos diez metros y me empujara con todas sus fuerzas hacia atrás.

Caigo por la escalera, hacia el pasadizo secreto subterráneo, y la ametralladora suelta una lluvia de balas que va desde los hombres hasta el techo y luego contra la pared a mi espalda.

Lanzo un grito de desesperación mientras caigo y después suelto el gatillo para que el arma deje de disparar. Prioridades.

—Aquí aba... —dice el hombre desde arriba.

Y yo coloco la ametralladora en el suelo, aprieto el gatillo sin piedad y una ráfaga de balas empuja su cuerpo y el de los otros dos amigos hacia atrás.

—¡Lo hemos conseguido! —me digo a mí misma, eufórica y aliviada—. Solo faltan... ¿unas cuantas docenas? —Respiro hondo.

Sujeto el arma con cuidado y empiezo a subir las escaleras, muy despacio, porque cargar con esto no es nada fácil.

—Ahora sí vais a ver que nadie para a esta niñera, joder.

Capítulo 34

Bruna Martins

Descalza y avanzando por uno de los pasillos de la casa sin demasiada prisa, siento que la oscuridad me envuelve. Hay poca luz; tengo que mantenerme alerta ante cualquier sonido mínimo o cualquier sombra que perciba.

Cuando ocurre, no lo pienso dos veces: levanto la ametralladora y disparo sin parar. El retroceso me lanza contra la pared y los disparos iluminan, como un flash, las paredes color perla. Cuadros con marcos dorados, jarrones con pinturas carísimas y hombres con el rostro cubierto por pasamontañas: todos quedan alcanzados por el fuego ininterrumpido.

—¡Por aquí! —Oigo una voz que llega desde la piscina interior y me escondo tras las cortinas azul marino.

Para mi suerte —o mi desgracia—, esos idiotas siempre se mueven al menos en media docena, lo cual me asusta, claro. Pero también hace más fácil quitármelos de encima a todos de una sola vez.

—Saludad a mi amiga, la Renata. —Empujo la cortina con la mano y alzo la ametralladora; no sé cómo, pero consigo sostenerla sobre el antebrazo.

Disparo sin darles siquiera tiempo a pensar.

—Somos un buen equipo, Renata. —Bajo el arma y aparto un mechón de pelo que se me había metido en el ojo.

Por un descuido acabo disparando al suelo.

—¡Ay! —Doy un salto y cambio de mano la que sujeta el arma —. Esto está siendo mucho más fácil de lo que pensaba.

Jacob Parker

Oigo disparos, parece que llegan desde todos los rincones de la casa.

Sigo a través del móvil a varios hombres irrumpiendo en mi dormitorio, en el cuarto de Bruna y de los niños. Primero disparan a todo: al techo, al mobiliario, sobre todo a la cama, y solo después registran el lugar en busca de alguien.

Busco en el móvil la entrada que conduce a los túneles y la veo abierta. Tres hombres yacen caídos delante de ella. Paso a la siguiente cámara y veo a media docena de ellos, vivos, con linternas iluminando la zona, avanzando muy despacio.

A la derecha, la puerta maciza ha cedido. Respiro aliviado: Bruna y los niños están a salvo.

Avanzo por cada una de esas cámaras que recorren el lugar y consigo distinguir rastros de alguien. En la siguiente imagen veo con claridad al amigo de Bruna cargando con los niños; avanza casi a trompicones. Unos segundos después cae al suelo y se derrumba en llanto.

Los pequeños se suben sobre su cuerpo, como si intentaran tranquilizarlo, pero Luís Fernando parece en shock, igual que quedó Bruna.

—¿Dónde estás, Bruna? —El dedo se desliza por la pantalla del móvil; pasan varias imágenes, pero en ninguna aparece ella.

¿Habrá corrido por delante para pedir ayuda? ¿Ha sido eso?

No. En ninguna de las cámaras de abajo aparece.

Bajo el móvil al oír más disparos ininterrumpidos y vuelvo a buscar en las cámaras de vigilancia de la casa. Recorro el comedor,

la biblioteca; como acabo de ver toda la planta de arriba, no necesito mirar dos veces.

Al llegar al pasillo que conduce a la sauna, me detengo. Está aquí.

—¿Adónde crees que vas, Jacob? —Oigo una voz masculina a mi espalda.

Me giro de inmediato para defenderme y el chasquido de los dos metales al encontrarse resuena por el lugar. Yo lo empujo, él me empuja. Como dos cuchillas afilándose, las espadas lanzan un chasquido seco y se separan.

—Tu padre estará muy orgulloso al saber que has resistido hasta ahora. Has luchado con valentía. —Lo observo alzar la hoja, sujetarla con firmeza mientras su cuerpo se inclina hacia atrás—. Pero esto termina aquí.

El hombre, vestido completamente de negro, toma impulso y se lanza sobre mí. Giro la espada en diagonal y me aparto hacia la izquierda; sigo su caída cerca de donde yo estaba, con los ojos ávidos.

—¿De verdad crees que puedes acabar así de fácil con la Oficina del Crimen?

Alzo una ceja.

—¿No vas a responder?

Doy un paso atrás y hago girar la espada en mi mano derecha, sin apartar la mirada de él. Corto el aire en forma de «V» lentamente, escuchando el sonido de la hoja.

—¡Es tu fin! —grita y corre hacia mí.

Sigo cortando el aire en «V» con calma. Cuando ambas hojas chocan y empezamos a empujarnos con el cuerpo del otro, saco una mano de la empuñadura de la espada y la golpeo en horizontal contra su cuello, directo a la nuez.

El hombre cae hacia atrás, tose de forma ronca y camino hasta su cuerpo tendido en el suelo.

—Las respuestas son: sí. No. Y… no. —Hundo la espada hacia su corazón hasta sentir el suelo.

Se retuerce en silencio y retiro la hoja, la limpio en mi antebrazo y la elevo hasta mis ojos. Veo, en el reflejo limpio y nítido, a tres hombres detrás de mí.

Salto hacia la oscuridad y empiezan a disparar contra el suelo.

¡Esto va a ser un caos!

Bruna* & *Jacob

Un cilindro rueda por el suelo y doy dos pasos atrás. Sujeto la ametralladora con firmeza y veo cómo se forma una cortina de humo delante de mí. Lo que sigue es el sonido de hojas cortando el aire y un grito que se lanza hacia mí desde lo más hondo del pecho.

Mientras están ocupados disparando contra el suelo, barriendo toda la zona a tiros e iluminando la oscuridad con rápidos destellos, me oculto entre las cortinas y avanzo pegada a las paredes, dejándome llevar por el viento cuando sopla, hasta alcanzar a mi enemigo.

Llegan desde todos los rincones, parece que me rodean. Giro la cabeza de un lado a otro y estoy completamente cercada; no puedo dar un paso más sin acabar hecha pedazos.

El primer golpe es silencioso y letal. En el segundo escucho un grito que se parece demasiado al último que un hombre es capaz de soltar cuando recibe un corte en la pierna y siente la hoja retorcerse contra sus músculos. Arranco la espada y la elevo con furia hacia su glotis, empujando un cuerpo contra otro, dos pájaros de un tiro. Aprovecho para sacar la pistola de la cintura y asegurarme de que los tres están muertos.

Giro sin moverme del sitio y disparo contra ellos. Llego a oír el choque de algunas balas contra las hojas, pero son tantos disparos en una fracción de segundo que, al instante siguiente, todos yacen en el suelo.

Atravesar el pasillo resulta difícil. Tengo que agarrar el primer cuerpo que encuentro y usarlo como escudo; los disparos no parecen cesar. Avanzo hasta poder atravesar a mi oponente con la punta de la espada. Saco la pistola de la funda del cuerpo que arrastro y disparo para abrirme paso.

Apenas logro ver con toda esa humareda a mi alrededor. Al principio evité respirar, temiendo que fuera algún tipo de somnífero, pero por suerte solo la visión ha quedado realmente afectada. Con cada nueva sombra, con cada nuevo hombre frente a mí: un cuerpo más en el suelo.

El comedor no queda muy lejos. Lo recorro pegada a los rincones, en silencio, aprovechando las cortinas y el viento. Veo a tres hombres empuñando espadas corriendo y, detrás de ellos, a alguien de cabello suelto y rizado disparando sin siquiera apuntar. La mesa, el techo, las paredes, todo recibe impactos.

No importa lo que tenga delante: lo derribo. Primero aprieto el gatillo; después ya me preocuparé por lo que venga. Contengo el aire y giro con rapidez cuando siento una punta afilada rozarme la nuca; alzo la ametralladora y aprieto el gatillo con fuerza.

Ella gira y la espada que estaba en su nuca acaba bajo su barbilla. Me acomodo el pelo con la otra mano y observo su expresión de asombro, todavía mayor cuando dispara contra mí.

Bruna Martins

Llega un momento en la vida en el que sabes muy bien qué debes hacer cuando caes en una piscina, te lanzas al mar o metes la cara bajo el agua: contener la respiración. Es como un interruptor de encendido y apagado dentro del cerebro, que necesita permanecer en alerta en esos casos.

Pero cuando te pillan por sorpresa… las probabilidades de ahogarte son altas.

Son enormes.

Y así es exactamente como me siento ahora. Aprieto el gatillo incluso antes de ver el rostro y, cuando descubro que es Jacob, entiendo de inmediato que he cometido un error del que no hay vuelta atrás.

Así funciona el tiempo, es lo que nos enseñan en el colegio. Solo avanza, nunca retrocede. Lo que se ha hecho no puede deshacerse. Nuestras acciones generan consecuencias.

Todo mi cuerpo entra en estado de alerta; lo primero que hago, de manera automática, es soltar la ametralladora. El ruido al caer al suelo hace que se me llenen los ojos de lágrimas.

—Primero se apunta al objetivo y luego se dispara —dice él, despacio.

Siento que el pecho va a desgarrarse por la forma en que el corazón me late acelerado, a punto de salirse por la boca.

—Perdón —pido.

—¿No te dije que te fueras?

—Sí —lo veo bajar la espada muy despacio y apoyar la punta en el suelo.

Qué suerte tan jodida hemos tenido… se acabaron las balas. Si hubiera quedado una sola, una mínima perdida ahí dentro, ¡Jacob habría sido alcanzado!

—¿Y por qué no me escuchaste?

—Sí te escuché —respondo.

—Entonces, ¿por qué no me obedeciste?

Intento no reírme, pero es difícil. Me limpio el sudor de la frente con el dorso de la mano y echo hacia atrás el cabello, que ya ni sé cómo lo tengo.

—¿Y acaso te parezco una mujer que obedece órdenes? —replico.

Jacob esboza una sonrisa ladeada con sus labios rosados y magnéticos. Yo enseño los dientes y contengo la carcajada en la garganta. Ni siquiera consigo poner en palabras lo bien que se siente volver a verlo.

Él suelta la espada y viene hacia mí; el choque de nuestros cuerpos me empuja hacia atrás y acabamos cayendo al suelo.

Jacob me sujeta con fuerza las manos y las coloca por encima de mi cuerpo; su boca se lanza sobre la mía y me muerde el labio inferior, me besa con ferocidad, como si pudiera ser la última vez —y quién sabe, quizá lo sea…

Aún tenemos tiempo de sentir cómo la lengua de uno recorre la del otro.

Nuestros rostros se separan a cámara lenta, medio iluminados por la luz de la luna que invade el comedor completamente destrozado. Él sonríe con los ojos y yo le devuelvo la sonrisa con los míos.

—¡Detrás de ti! —saco la pistola de su cintura, apunto y disparo.

No tengo ni tiempo de pensar; actúo en automático —por suerte para los dos.

—Vamos a acabar con esto —dice él y se levanta, me tiende el brazo, lo agarro y me levanta de un solo tirón.

—¿Dónde guardas munición para la ametralladora que no sea en el jardín? —pregunto.

—Nada de ametralladora para ti —dice serio; recoge la espada del suelo y se dirige a un rincón de la estancia, abre una trampilla en el suelo y saca una caja.

Me entrega dos pistolas con silenciador.

—¿Dos? —abro los ojos de par en par.

—Para compensar que no tienes nada grande en la mano —me revuelve el pelo con cariño.

—Bueno… al menos son más ligeras…

—Y silenciosas —dice él.

Jacob Parker

Bruna y yo no tenemos tiempo para descansar.

Uno a uno vemos a nuevos enmascarados entrar en el comedor.

Cada vez que ella detecta a un hombre con arma de fuego, dispara.

Y yo me mantengo cerca para impedir que cualquiera con arma blanca se acerque.

Ella se sube a la mesa y continúa con un trabajo impecable; yo voy despejando el camino por la parte de abajo.

—¡Jacob, tenemos que salir! ¡No dejan de entrar!

—Aguanta un poco más, ¡lo vamos a conseguir! —intento concentrarme en medio del duelo, pero ella tiene razón.

Derribamos a dos y aparecen cuatro más.

No tengo ni idea de cuántos más van a entrar; solo sé que su munición acabará en algún momento, igual que yo me quedaré sin fuerzas.

—¡Vámonos! —baja de la mesa y se coloca detrás de mí.

Ella me cubre, liquida a dos espadachines con un tiro en la frente y yo termino de abatir a otro cortándole ambas manos.

—¡Vamos! —insiste.

Desde el paso del comedor hasta el salón atravesamos pasillos abarrotados de cuerpos; alguno que otro aparece perdido y se lanza contra nosotros, pero Bruna dispara primero y apunta después.

Al llegar al salón, comprendemos el error que hemos cometido.

Si no hay al menos un centenar de personas frente a nosotros, se le parece mucho.

La mayoría empuña cuchillas; algunos llevan subfusiles.

—Se acabó —dice el que está al frente de ellos.

—Quédate detrás de mí —empujo a Bruna y me coloco delante.

—Tenemos que correr a otro sitio, ¡son demasiados!

—No, no, no. Vosotros no os vais a mover. —el hombre da un paso al frente y señala las armas de fuego apuntándonos—. ¿No lo habéis notado? Es inútil luchar.

—Bruna —la llamo.

—Dime.

—Deberías haberte ido con los niños. —respiro hondo y la miro de soslayo.

—Aún no lo entiendes, ¿verdad, Jacob? Ni el miedo ni el peligro van a apartarme de tu lado. Quise quedarme y me quedaré.

—¡Qué monada! —el hombre aplaude con sorna—. Solo falta un beso…

—Perdóname. —me vuelvo hacia ella.

—Tranquilo. Todo está bien.

—Bruna, escúchame.

—Te escucho.

—Has sido una de las mejores cosas que me han pasado en la vida.

Ella niega con la cabeza.

Suelto la espada en el suelo y sujeto su rostro por los lados; la acerco al mío y la miro fijamente a los ojos.

—No tengo ni idea de qué es el amor. Pero espero que se parezca a esto. —y la beso, por última vez.

—¿No son adorables? —oímos la burla y las risas frente a nosotros.

Aun así nos besamos largamente.

No hay nada más que hacer; no podemos ganar.

Ella debería haber huido y salvarse; tuvo esa oportunidad.

Yo no.

Yo era un hombre muerto desde el momento en que decidí seguir adelante contra mi padre, y siempre lo supe.

Solo no podía arrastrarla conmigo al abismo.

—Yo también te quiero —dice ella.

—Al menos tuvieron la oportunidad de… —dice el hombre y se detiene de repente—. ¿Habéis oído eso? —mira a su alrededor.

Sujeto a Bruna con firmeza por el brazo y doy un paso atrás.

—¿Qué ha sido…? —ni siquiera termina la pregunta.

Solo tengo tiempo de abrazarla, cubrir su cuerpo con el mío y lanzarnos contra el suelo.

La explosión devora la sala y el fuego consume rápido, voraz, todo a su alrededor.

Con el poco tiempo que me queda, la empujo para alejarnos lo máximo posible, pero aun así siento la espalda arder por el calor.

Minutos después, entre hollín, derrumbes, sangre, huesos y la evidencia de que casi un centenar de personas estuvo allí, vemos surgir una sombra.

Una silueta femenina, el pelo recogido en una coleta y un caramelo en la mano.

Se lleva el dulce a la boca, apoya la otra mano en la cadera, abanica el aire frente a su nariz y avanza.

Muchas otras sombras aparecen detrás de ella, todos con gabardina y sombrero Fedora.

—Vaya, vaya, vaya… —dice cuando se planta ante nosotros. Bruna encogida bajo mi cuerpo y yo con un solo ojo abierto, intentando contener el dolor de la quemadura.

—Yohanna —la llamo con la poca voz que me queda.

Ella se gira de perfil.

Veo en su muslo un arnés con tres granadas bastante grandes; parece faltar una en el hueco vacío del lateral.

—¿De verdad pensasteis que podíais divertiros sin mí? —pregunta Yohanna.

Capítulo 35

Jacob Parker

Yohanna y sus hombres terminaron todo el trabajo.

Registraron la casa en busca de los invasores y acabaron con los que quedaban.

Bruna y yo fuimos trasladados a uno de los mejores hospitales de Nueva York, el que suele atender a todos los hombres de la Colmena.

Ella estaba bien; no resultó herida ni sufrió ningún daño.

Yo, en cambio, presentaba quemaduras graves en la espalda, que fueron tratadas de inmediato en cuanto llegué, lo que me provocó un enorme alivio.

A pesar de la insistencia del personal médico para que nos quedáramos, salimos del hospital tras recibir la atención necesaria y nos dirigimos a Trojan Horse Security, donde nos reencontramos con el mejor amigo de Bruna y con los bebés a salvo.

Sunny estaba siendo mimada por Valentina, la esposa de Ethan, y Yuri estaba con Isabella y Blake.

Todos se levantaron al vernos llegar y nos bombardearon con preguntas:

—¿Estáis bien? ¿Os habéis hecho daño? ¿Por qué tardasteis tanto? ¿Por qué no salisteis por los túneles? ¿Llegó Yohanna a tiempo?

Lo único que hago es mostrar la espalda con la quemadura, cubierta por un gel y una especie de piel artificial que colocaron encima de todo mientras mi piel se recupera.

Me siento en el sofá con dificultad.

—¡Bruna, loca de mierda! —veo a Luís Fernando abrazarla con fuerza y llorar sobre su hombro—. Pensé que iba a perderte. Menos mal que estás bien…

—Creo que alguien necesita vacaciones del banco —oigo la voz de Blake, que me roba la atención.

Se sienta a mi lado y examina mi cuerpo.

—¿Quién eres tú? —pregunta.

—Qué filosófico y existencialista a estas horas de la madrugada.

—Hablo en serio, ¿quién eres? Porque en más de una década conociéndote, nunca he visto a esta persona delante de mí.

—¿Te he decepcionado? —intento bromear.

—Jacob, me has sorprendido. De todas las formas posibles en que se puede sorprender a alguien —dice Blake.

—Es que nunca me has visto desnudo.

—Y espero no tener que verlo —replica—. Antes que nada, necesito decirte algo muy importante, para dejarlo claro de una vez por todas.

—Adelante.

Blake abre la mano y la extiende, indicándome que la coja. Lo hago tras dudar unos segundos.

—Nunca fuiste mi segunda opción para ser el CEO del banco CS Gallagher. Ni siquiera eras una opción.

—Genial, venga, termina de destrozarme la autoestima, Blake.

—No, no lo has entendido. Ese no era el plan que tenía para tu vida, Jacob. Quería que te encontraras, que te sintieras feliz y completo. Sabía que algún día descubrirías quién eres y que toda tu

vida cambiaría. Un banco se te quedaba pequeño; sabía que te sentirías asfixiado y atrapado entre normas y etiquetas sociales…

Asiento con la cabeza.

—Pero cumpliste tu papel. Y ahora, viéndote aquí, incluso hecho pedazos, tengo la sensación de que nunca te había visto tan entero. Tan tú.

—Gracias, papá.

Blake me agarra por la coronilla y me despeina.

—Estoy muy orgulloso de ti y de lo que te has convertido. No esperaba menos de ti. ¡Enhorabuena!

—Eh, dejad sitio, que hay más gente que lo ha echado de menos… —oigo a Isabella.

Ella estira a Yuri con los brazos y él prácticamente se lanza sobre mí; con una manita me aprieta la nariz y me da una patada en el vientre, intentando trepar.

—*Sheike* —dice.

—Sí, ha sido una noche larga, ¿verdad, pequeño? —lo cojo con cuidado y lo sostengo con el brazo; él se agarra a mi cuello.

—Y antes de que se me olvide —Isabella llama la atención de todos—. Anne se puso de parto a primera hora de la noche. Probablemente el bebé ya haya nacido.

Ella sonríe.

Todos aplauden, incluso los niños, que ni siquiera saben por qué lo hacen, pero lo hacen con entusiasmo al imitar a los adultos.

—Blake y yo nos iremos dentro de un rato a Miami con los niños. ¿Alguien quiere que le llevemos?

Uno a uno todos van levantando la mano, hasta Bruna y Luís Fernando.

Yo levanto la mano de Yuri.

—Será un buen viaje en familia —dice Valentina.

—Y… ¿el señor Park? ¿Alguna novedad sobre él? —pregunta Bruna.

—Yohanna y sus hombres van tras él ahora mismo, querida —dice Valentina—. Pronto tendremos noticias.

Dicho esto, todos nos levantamos.

Los Evans organizan un pequeño banquete improvisado, a las tres de la madrugada, sobre la gran mesa.

Nos sentamos, damos las gracias por la comida y comemos.

—¿De verdad estás bien? ¿No quieres descansar? —me pregunta Bruna.

—Tonterías. Descansaré en el avión, tengo que estar allí por Kaleb. Es lo que hacemos, ¿no?, por la familia.

—Curioso, señor Jacob… para alguien que aparentemente no sabía nada de familia, entiendes bastantes cosas. Incluso demasiadas.

—No está nada mal para un amante, ¿verdad? —río.

—Sí… nada mal…

—Esta gente es mi familia, Bruna. La única que he tenido en la vida.

Ella asiente.

Me aprieta la mano por encima de la mesa.

—Y… necesito darte las gracias por todo lo que has hecho últimamente. Una parte de mí siente que aún somos unos desconocidos… otra parte siente que nos conocemos desde hace muchos años, quizá décadas u otras vidas. Da igual. Gracias por cada cosa que hiciste, incluso sin darte cuenta. No tenías por qué hacerlo.

—No tenía por qué hacerlo —se encoge de hombros—. Pero quería hacerlo y lo haría todo de nuevo —asegura.

—¿Cómo te sientes después de toda esta mierda?

Suspira con fuerza.

La conversación paralela en la mesa no nos molesta; incluso en un banquete con al menos dos docenas de personas, es como si solo existiéramos ella y yo allí. Y, por supuesto, los niños también, a los que damos de comer mientras hablamos.

—Me siento libre —dice.

—Conoces el himno de Estados Unidos, ¿no? —sonrío—. Bienvenida a la tierra de los hombres y mujeres libres.

—Siento como si acabara de despertar de una pesadilla —reflexiona—. Aún estoy aturdida y alerta… en una mezcla de felicidad y aprensión. Sé que mis pesadillas no volverán nunca a atormentarme, y aun así, las marcas que dejaron en mí me acompañarán el resto de mi vida.

Asiento.

—Pero algo me dice que voy a estar demasiado ocupada viviendo todo lo que siempre quise, sin tiempo para mis miedos. Y no volveré a tener que huir, ni de nada ni de nadie.

Oírla decir eso me emociona.

De todas las cosas mal hechas que he cometido, me alegra que algunas hayan valido la pena para que ella pueda sentirse así.

—¿Puedo estar entre las ocupaciones de tu vida? —pregunto.

—Mira tú… sabe pedir y preguntar —ríe.

—Responde —gruño.

—No voy a dejarte, Jacob. No sería tan estúpida. No lo hice en mitad de una guerra civil dentro de tu mansión, imagínate sin ella…

—¿Crees que seremos capaces de soportarnos sin problemas de vida o muerte que resolver?

—Creo que podemos crear algunos problemas, para conseguir soportarnos —dice, con la misma mirada que la mía.

—¿Crees que…? —traga saliva—. ¿Algún día querrás casarte conmigo? De verdad, sin contrato y sin reglas.

—Me gusta el contrato y las reglas. Me debes una mansión…

—Quince mil dólares y un green card —completo—. Lo sé, no lo he olvidado. Lo haré en cuanto volvamos a Nueva York.

—Sí, Jacob, creo que no necesitamos deshacer el matrimonio, por ahora…

—No hablaba de deshacer el matrimonio que tenemos sobre el papel. Hablaba de casarnos, con toda la pompa y el estilo que merece.

—¿En iglesia y todo? —abre mucho los ojos.

—Iglesia no, que no me gusta. De la iglesia lo único que me atrae son los pecados y el vino; lo demás me da sueño.

—Bueno… siempre que no sea un pastor de esa iglesia loca el que nos case… —alza las cejas a modo de advertencia.

—Tú y yo decidiremos los detalles juntos. Así será, a partir de ahora. Te lo prometo.

—Dada una propuesta tan interesante… yo… acepto, sí —sonríe de oreja a oreja—. Pero sigo queriendo mis quince mil mensuales, ¡y ni se te ocurra retrasarte un solo día con el ingreso!

—Te daré cincuenta, no te preocupes.

Bruna Martins

¿Qué decir de Miami?

Clima delicioso, gente guapa y un montón de neoyorquinos corriendo por el hospital para esperar en el ala de maternidad y ver a Anne, a Kaleb, a Nicolas y al nuevo integrante de su familia.

Rowan y Miguel se ofrecieron a cuidar de los gemelos y empujar su carrito; yo acompañé a Jacob y fuimos los primeros en acercarnos al pequeño Nicolas, plantado ante la puerta donde estaba Anne, como un perro guardián.

—¡No vais a pasar! —dice muy serio—. ¡Hay demasiada gente! Vais a asustar a mi hermanito y se va a escapar.

—No se va a escapar —dice Jacob y le aprieta la naricita al pequeño, que empieza a quejarse con un montón de sonidos—. Se va a quedar aquí, por ti. ¡Estaba deseando conocerte!

—¿Ah, sí? —Nicolas frunce el gesto y mira a los lados, distraído.

Jacob charla un poco más con él, sobre el colegio, las chicas y el noviazgo, pero Nicolas no le presta atención. Observa a todos los que van llegando y mantiene su postura de no dejar pasar a nadie.

—¿Cómo se llama tu hermanito, Nicolas?

—Gael —responde sin dudar—.

—¡Qué nombre tan bonito! —digo—. ¿Lo elegiste tú?

—Anne —se coloca los protectores auditivos y me mira—. Tu pelo también es bonito, pero el de Anne lo es más.

—Y ahora, eh, Nicolas, Gael ya ha nacido… —lo provoca Jacob —.

—Ahora ya no hay forma de volver a meterlo —abre las manos y se encoge de hombros—. Ahora que ha venido, no se puede devolver…

—Mmm… tendremos que buscar una solución… —dice Jacob —.

—La solución —dice de una forma muy graciosa— es darle cariño. Mi padre y Anne dijeron que si no le damos cariño, Gael va a hacer mucho ruido. Yo odio el ruido —remarca—. Así que a partir de ahora y para siempre es así: CARIÑO PARA ÉL.

—¡Es un pensamiento excelente! —apoyo—.

—Y no dejarle escuchar Baby Shark, no me gusta —junta las manitas delante del cuerpo y frunce el ceño—. Y a él le van a gustar las anties.

—¡Eso es! —Jacob cierra el puño para chocarlo con el de Nicolas, pero el pequeño se queda mirando la mano del adulto durante un buen rato, sin entender qué se supone que tiene que hacer.

—A mí me gustan las anties —concluye, y va a saludar a los demás que han llegado.

Jacob Parker

Superamos el horario y el cupo de visitas, pero nos quedamos fuera enviando fuerzas.

No pudimos entrar, pero Anne nos vio cuando se abrió la puerta.

Nos saludó con la mano; a lo lejos vimos al pequeñín mecido en sus brazos y al padre embobado encima, vigilando.

Unos minutos después, Kaleb salió a saludarnos.

—Ethan me ha contado todo lo que pasó. ¿Estáis bien? —se dirige a Bruna y a mí.

—En la medida de lo posible, sí.

—¿Por qué habéis venido? Deberíais estar descansando, como mínimo. O en el hospital —me mira con seriedad.

—La familia va primero, siempre —afirmo.

Blake y yo sabemos muy bien que Kaleb estaba tenso con el embarazo de Anne, sobre todo después de que ella perdiera al bebé hace un año.

Deberíamos haber venido antes para dar apoyo y fuerzas, pero lo importante es que ahora estamos aquí.

—¡No juegues con tu salud! —Kaleb me juzga con la mirada —. Me han dicho que la mansión fue destruida. Lo siento mucho. Sé lo que significaba para ti.

—Tranquilo, lo importante lo salvé —abrazo a Bruna por los hombros—. ¿Cómo está Anne?

—Bien, fue un parto natural; lo tuvo en una bañera. Ahora está descansando un poco con Gael. ¿Cuándo os vais?

—Apenas llegamos y ya nos estás echando, Kaleb. ¿Qué clase de anfitrión eres? —lo provoco.

Él pone los ojos en blanco y se arregla la barba, tras negar con la cabeza.

—Coge la llave de ese apartamento que te gusta y ve a descansar, con tu mujer y tus hijos. Se lo merecen, sobre todo después de esta noche tan larga —dice Kaleb con tono paternal—. Gracias por venir; me aseguraré de que tengáis todo lo que necesitéis en el apartamento.

Kaleb nos abraza y llama a su hijo.

—¡Nicolas, te toca ir a ver a Gael!

Nicolas sale corriendo a su manera característica, con los brazos y las manos sueltos hacia abajo y el cuerpo entero inclinado hacia delante.

Suspiro y tiro de Bruna conmigo hacia el carrito de los gemelos.

—¿Vamos a descansar? ¿Listos para dormir?

—Aquí hay playas muy bonitas, ¿verdad? —pregunta ella.

—Sí, de hecho hay una justo enfrente…

—¿Podemos ver el amanecer? —pregunta Bruna—. En mi ciudad también había playas muy bonitas y me gustaba ver el amanecer allí.

Qué tonta, ni siquiera hacía falta que lo preguntara.

—Claro que sí —afirmo.

Nos despedimos del grupo y salimos del hospital, en dirección a la playa.

Aún estaba oscuro y la avenida seguía concurrida.

Nos dirigimos a la playa; Bruna no se corta y se sienta en la arena sin miedo a mancharse.

Permanece unos minutos pensativa, observando las olas del mar, y se vuelve hacia mí:

—La arena de Río de Janeiro es mejor; esta mierda está dura —dice, y yo contengo la risa—. Mi padre… —cierra los ojos y respira hondo; el viento le mueve el pelo—. A mi padre le gustaba llevarme a ver el amanecer.

Luís Fernando, que en ese momento hace de ayudante de niñera, cuida del carrito mientras yo saco a los niños y los sostengo en brazos; Sunny quiere dormir, pero Yuri está inquieto, las manos intentan alcanzar el pie para morderlo.

Hasta me olvido de que estoy cansado.

Ahora toda la adrenalina de hace apenas unas horas parece más bien una pesadilla lejana.

El sonido del mar nos mece y la oscuridad se disipa lentamente en tonos anaranjados y luego resplandecientes, en un amarillo vivo en el horizonte.

No me arrepiento de nada.

Lo haría todo de nuevo.

Una parte de mí quiere revivir momentos con Bruna.

Pero la otra parte dice que eso es una tontería… necesitamos momentos nuevos.

Muchísimos momentos nuevos.

Todos los que sean posibles.

Bruna se abraza a mi pierna y apoya la cabeza.

—El amanecer es precioso, ¿verdad? —pregunto.

Ella no responde; debe de estar contemplando algo en esa cabecita ingeniosa…

—Roooooon —la oigo roncar con fuerza.

Llamo a Luís Fernando para que coja a los niños y los coloque en el carrito.

Yo me agacho para recoger a la dormilona, toda cubierta de arena.

La sujeto con firmeza entre mis brazos y regreso con Luís Fernando y el carrito de los bebés hacia el paseo marítimo; solo tenemos que caminar un poco más hasta llegar al apartamento.

—¡Mira qué monísimos quedan juntos! ¡Y encima llevándola en brazos! —se burla su amigo.

—¿Crees que le gustaría vivir en un sitio así? —le pregunto.

—A ver… aquí hay playas bonitas y un clima muy agradable, mejor que el de Nueva York, porque Bruna odia el frío… ¿Por qué? ¿Estás pensando en mudarte?

—Bueno, digamos que voy a hacer un tour con ella por algunos lugares. Hasta encontrar uno en el que se sienta en casa.

—Creo que ya se está sintiendo en casa, ahí, en tus brazos, Jacob.

Capítulo 36

Bruna Martins

Me quito la venda de los ojos; no recuerdo haberme la puesto.

Tampoco recuerdo haber venido a tumbarme en esta cama espaciosa, en este dormitorio lujoso con un balcón enorme con vistas al mar.

Pensé que era cosa de mi imaginación; escuché el romper de las olas en cuanto desperté y respiré hondo, pidiéndole a Dios haber sobrevivido a todo el infierno que viví; no solo sobreviví, vencí.

Nunca imaginé que sería capaz de soportar algo así… pero la vida me hizo fuerte y Renata y yo superamos todo lo que se puso delante de nosotras. Jacob echó una mano.

Miro hacia el otro extremo de la habitación y veo a Jacob, con una camisa blanca de algodón y unos shorts muy cortos, luciendo unos muslos gruesos.

Sentado en la butaca del dormitorio, está absorto con el móvil.

Veo, junto a la cama, sobre el mueble, una bandeja con un desayuno bien preparado.

—Mira tú… desayuno en la cama… —me estiro y lo provoco.

—Dime una sola vez en estos últimos meses que no te haya llevado el desayuno a la cama —me desafía.

Sí… siendo justa, fueron realmente todos los días.

Al principio resultaba extraño y forzado, pero con el tiempo entendí que ese era su buenos días, porque cuando yo despertaba él

ya se había ido a trabajar, la mayoría de las veces.

—¿Cómo tienes la espalda?

—Duele menos, pero aún duele.

—Déjame ver —pido, y él se quita la camisa y me da la espalda.

Lo atraigo para que se siente en la cama.

—¿Dónde está esa pomada que te recetó el médico?

Se levanta, la coge y vuelve a sentarse en la cama.

La aplico en su espalda con mucho cuidado para no hacerle daño.

Le colocaron sobre la piel otra especie de piel; no sé exactamente de qué, pero dijeron que aceleraría la cicatrización.

—¿Y los niños?

—Están en la piscina con Luís Fernando.

—¿Piscina? ¿Abajo? ¿A estas horas de la mañana? —ya me pongo nerviosa y despeinada.

—La piscina del apartamento —aclara, intentando tranquilizarme—. El agua tiene temperatura regulable y hay una zona para bebés, tranquila, todo irá bien.

—Y tenemos visita —añade.

Empiezo a masajearme la nuca y a arreglarme el pelo para adecentarlo; al final simplemente me lo recojo en un moño alto y voluminoso.

Me levanto, voy al baño del dormitorio y hago mi higiene personal, me pongo el protector solar que Jacob dejó allí y regreso a la habitación.

Jacob está concentrado revisando acciones en la bolsa; parece que ese es su mayor pasatiempo: ver montañas de dinero

moviéndose por la cuenta bancaria.

—¿Quiénes son las visitas?

—Isabella y Blake —dice.

Jacob se levanta y mis ojos, que lo observaban a la altura del frente, ahora tienen que mirar hacia arriba.

—Por cierto, te pidieron que te entregara esto —saca un documento del bolsillo y me lo da.

—¿Qué es esto?

—Míralo —guarda el móvil y me observa mientras reviso mi documento oficial de ciudadanía estadounidense.

—No pensé que saldría tan rápido —digo, mirando la green card.

—Ethan lo aceleró y Blake me lo trajo esta mañana.

—Ahora eres completamente libre si quieres irte; no te lo impediré.

—¿De verdad no lo harías? —alzo una ceja.

—Puedo intentar convencerte de que te quedes —se echa los brazos hacia atrás—. Pero no voy a impedirte ser libre e ir adonde quieras.

—Jacob… ya estoy donde quiero estar. Y me siento libre, justo aquí —respondo.

Su rostro sereno empieza a iluminarse con una sonrisa desmedida; sus ojos casi desaparecen.

—Más tarde iremos a ver algunas mansiones por aquí. ¿Te ha gustado Miami?

—Sí, me ha gustado. Pero ¿por qué aquí?

—¿Por qué no en cualquier lugar? Viajaremos y encontraremos un sitio bueno para ti.

—Bueno para los dos. Y para los niños —puntualizo.

Jacob suspira, me tira del brazo y me envuelve en un abrazo fuerte y cálido.

—¿Quieres tener hijos?

—Sí, quiero. ¿Y tú?

—Pues… estoy cambiando de idea… —se rasca la nuca con una mano.

—Pero no ahora. Esperemos a que Sunny y Yuri crezcan y ya veremos.

—Aún me impresiona cómo nuestras mentes funcionan en perfecta sintonía —Jacob besa mis labios y nos quedamos en silencio, abrazados, escuchando el sonido del mar justo delante.

Jacob Parker

Mientras Isabella y Bruna conversan en el salón, Blake y yo salimos a la terraza del apartamento para hablar.

El viento matinal de Miami es refrescante y, desde donde estamos, el olor de la naturaleza nos envuelve.

Observamos las palmeras balancearse y a algunas parejas correr por el paseo marítimo.

—¿Cómo te sientes?

—Para ser sincero, Blake, no sé cómo me siento. Estoy anestesiado y despierto; un poco traumatizado y, al mismo tiempo, siento que he superado todos mis miedos. ¿Te conté que volví a ver a mi madre? Después de… tantos años.

—No, no me lo contaste —se apoya en la barandilla—. Ya no me cuentas nada, salvo los asuntos del banco.

Le doy un leve golpe con el hombro en el brazo.

—¿Pero eres feliz? —pregunta.

Asiento que sí con la cabeza.

Pero, en realidad, no sé cómo estoy.

Nunca había sentido antes lo que estoy sintiendo ahora.

Sigo siendo la misma persona; el espejo me lo dijo esta mañana.

Pero mis pensamientos ahora me resultan desconocidos, como si tuviera la oportunidad de conocerlos por primera vez.

Y mis instintos revelaron partes de mí que ni siquiera sabía que existían.

Estoy intentando asimilar a este nuevo yo.

Más que nunca tengo miedo de que Bruna se vaya y me abandone, porque eso fue lo que todas las personas hicieron conmigo.

Todas menos Blake.

Y ahora, Bruna.

—¿Y si me deja? —murmuro, mirando al horizonte.

Blake se vuelve hacia mí, apoya los codos en la barandilla y respira hondo.

—¿Y si sale mal, Blake?

—Jacob.

—¿Qué?

—Ya ha salido bien —sonríe—. Si se acaba, cuando se acabe, y Dios quiera que no se acabe, no significa que haya salido mal. Significa que salió bien. Durante un largo y buen periodo. Y os conocisteis, acompañasteis el crecimiento del otro y os entregasteis el uno al otro. Terminar no significa que haya salido mal; terminar significa que la vida ocurrió, y la vida ocurre todo el tiempo.

—¿Y qué hago yo?

—Ni idea de lo que tienes que hacer, chico. Yo no sé qué haría si Isabella me dejara. Pero vivir es una cuestión de perspectiva, así que, en lugar de pensar qué hacer si algún día ella se va, te invito a pensar qué hacer mientras se queda.

Sí.

El maldito tiene razón.

—Haz que se quede, Jacob. Cada mañana, hazle sentir que es tu primer pensamiento. Y cuando estés lejos, recuérdale que la echas de menos. Nunca, bajo ninguna circunstancia, te acuestes dejando algo pendiente con ella. Es un día a la vez, hasta que se convierta en eternidad. Hazle ver que tú eres la mejor opción. Hazle

entender que apoyarás sus sueños, que lucharás a su lado, que te entregarás en cuerpo y alma para que quiera quedarse.

Asiento con la cabeza, en silencio.

No tengo palabras para responder a eso.

—Si algún día quiere irse, y ese será probablemente el día más oscuro de tu vida, dale las gracias por todo. Y encontrarás una forma de sobrevivir, si eso llega a ocurrir. Pero hasta entonces, haz que se quede.

Bruna Martins

Isabella y yo nos sentamos en el sofá.

Yo como, porque tengo mucha hambre, y ella picotea algo de embutido.

—¿Cómo te sientes? —me pregunta.

—Bien… —suspiro—. Se acabó. ¿No? Pero parece que aún sigue ocurriendo aquí dentro.

Ella asiente y me coge la mano.

—Cuando Jacob me dijo que saliera de la mansión y que él vendría justo detrás, simplemente me fui. Pero al darme cuenta de que no venía, de que se quedó atrás, sentí que una parte de mí se quedaba allí. Una parte mía, quizá la mejor que había conocido en mucho tiempo, y que podía perderse para siempre. No lo pensé dos veces: volví como una loca y no puedo imaginar que hubiera hecho algo distinto.

—Te entiendo.

—Cuando vine de Brasil a este país, solo estaba huyendo. Pero anoche, lo último que quería era huir. Quería volver, quería luchar, quería asegurarme de que él estuviera bien.

—¿Sabes, Bruna? Creo que ese es el comienzo de un buen matrimonio.

Incluso dejo de comer para prestarle atención.

—Él hará sacrificios por ti. Y tú harás sacrificios por él. Pero la mayor parte del tiempo tendréis que luchar juntos, como si fuerais una sola persona. Las diferencias entre vosotros no deben separaros ni dividiros. Sirven para que cada uno conquiste y venza en terrenos distintos. Cuando tú no puedas alcanzar algo, él estará ahí para

ayudarte. Y cuando él sienta que no puede llegar a algo, serás tú quien esté ahí.

—Muchas gracias, Bella… nunca tuve buenos ejemplos en casa, al menos no en los últimos tiempos. Ojalá hubiera aprendido esto antes.

—Sí… lo que no aprendemos en casa la vida acaba enseñándolo, a veces de la forma más dura —lamenta—. Lo importante es que vosotros dos encontraréis la manera de hacer que funcione. —La veo respirar hondo.

Isabella sonríe y aprieta mi mano.

—Blake y yo nos ocultamos cosas en el pasado. Y eso generó tantos problemas, tanto dolor… no solo para nosotros, sino también para otras personas inocentes involucradas… Pero aprendimos, de la manera más dura, que no puede haber secretos entre nosotros. ¿Qué es una relación sin confianza? No es nada. La confianza es el esqueleto, la columna vertebral de toda relación. Si cae, todo se derrumba.

Me da unas palmadas suaves en la mano.

—No cometas los mismos errores que yo.

—Puedes contar con ello. —La abrazo.

Al separarme de Isabella, veo que Jacob y Blake han vuelto al salón.

Se sientan en los sillones frente a nosotras e Isabella se levanta.

—Voy a aprovechar el momento para decir que ya tengo en mi poder todas las pruebas que Park Yang My dijo que me llegarían —sonríe Isabella—. Y muy pronto Alisson Hathaway sacará noticias explosivas.

—¡Eso es! —Blake le guiña un ojo.

—Y, Bruna…

—¿Sí?

—¿Recuerdas que te pedí que tú y Jacob os reunierais con su padre en el pasado? Creo que fue aquella vez que te encontraste mal.

—Sí —asiento—.

—Lo conseguiste —sonríe—. Colocaste el micrófono dentro de su traje. Tenemos unas grabaciones que han sido y serán muy útiles. Por ejemplo, supimos de antemano adónde huiría. Y, señoras y señores, ¡Yohanna ya ha capturado al fugitivo!

Blake muestra lo impresionado que está; Jacob se queda mudo y asiente.

—Ahora vamos a dejaros. Tenemos que visitar a Kaleb y a Anne antes de volver a Nueva York; hay asuntos urgentes que tratar —dice, y me abraza—. Me alegró mucho volver a verte, ¡espero que nos veamos más a menudo!

—¡Sin duda alguna!

—Y, señor Parker —también lo abraza a él—. Si alguien me hubiera dicho en la universidad que aquel tipo se convertiría en este tipo —lo recorre de arriba abajo con la mirada—, no me lo habría creído. ¡Un pedazo de hombre!

—Un pedazo de hombre, sí —se ríe Blake y abraza a Jacob junto a su esposa—. Ve y hazme sentir orgulloso, hijo. ¡Te quiero!

Se despiden y nos quedamos Jacob y yo, mirándonos el uno al otro, mitad sonrisas y la otra mitad también.

—Más tarde iremos a visitar a los Petterson, y después volveremos a Nueva York. Solo tengo que resolver algunos asuntos más y quedaremos libres para ir adonde tú quieras.

—¿Adonde yo quiera? —sonrío.

—A cualquier lugar —asegura.

Vamos a la piscina del apartamento y encontramos a los pequeños, agitados y felices al vernos.

Sunny empieza a moverse sin parar en el flotador amarillo con forma de jirafa, salpicando agua por todas partes.

Y Yuri viene desesperado hasta el borde, estira las manitas y empieza a llamarnos para que lo cojamos en brazos.

—Bru bru, bru bru —llama.

Cojo una de las toallas blancas que hay sobre la tumbona y saco al pequeño del agua, bien arropado y calentito.

—Cheike.

Casi me ignora y se estira para que el otro lo coja en brazos.

Él mira al tío con esos ojazos almendrados que se afinan en los extremos, sonríe y apoya la cabeza en su pecho.

Se queda completamente sereno y observa cómo su hermana se acerca con más calma hasta el borde, donde la recojo del mismo modo.

La otra también quiere ir en brazos del tío, así que él sujeta a cada uno con un brazo y ahí quedan los gemelos, con sus cabecitas apoyadas en el pecho del tío, que los mece despacio.

—Qué… —Jacob frunce el gesto—. ¿Qué olor del infierno es este?

—Hay que cambiar el pañal —aviso.

Su mueca empeora todavía más.

—Aprovecha que te han elegido y cámbialos tú —digo.

Capítulo 37

Jacob Parker

Semanas después.

—Tras las deslumbrantes cortinas que ocultan las manos que manipulan al títere, era casi imposible descubrir al ventrílocuo. Sí, señoras y señores. En un giro histórico del caso Franklin Gallagher, hemos descubierto que no solo un banco, el Estado, la justicia y hombres de la ley fueron utilizados para traficar con personas, sino —fíjense bien—: ¡la Iglesia!

Isabella Hathaway, famosa por encarnar al personaje «Alisson» ante las cámaras, relata con su acidez y su juego de palabras los acontecimientos recientes.

Veo su imagen con nitidez en el televisor suspendido del techo. El sonido gutural resuena por las paredes de tierra y roca; el ambiente está mal iluminado, y la poca luz que queda actúa como un foco dirigido hacia una camilla fundida en el suelo, donde mi progenitor, Park Suck, está inmovilizado con una camisa de fuerza y atado a la cama con cuerdas y cadenas.

—¡Exijo un juicio justo! —ruge, desesperado.

No importa cuánto se mueva, babee y grite como un animal: no sale del sitio.

—¿Dónde estáis? —vuelve a gritar, acallando por una fracción de segundo la voz de Isabella, que continúa dando las noticias—. ¡Apareced! —ordena, como si aún tuviera el control.

Pero no lo tiene. Si hay alguien que ha perdido realmente el control, ese alguien es él.

Cuando vimos este reportaje dentro del Gran Templo Illuminatti de Nueva York, hombres y mujeres iniciados se sintieron avergonzados y asqueados.

Fotografías, grabaciones y fechas con pruebas de viajes acreditan la implicación directa de líderes religiosos en el tráfico de personas, y ya no queda ninguna duda: estaban siendo dirigidos por mi padre.

No sé cómo recibió el reportaje el telespectador, pero yo vi con mis propios ojos a muchos hombres del alto clero de la Colmena encanecer cuando se mencionó la vinculación de Park Suck como dirigente de uno de los Templos Menores, en la ciudad de Nueva York.

—¿El cerebro de la operación? El fundador de una de las iglesias que más crecen en el mundo: Park Suck —dice Alisson—. Entre extorsiones a fieles y manipulación de subordinados, nadie esperaba que este fuera la cabeza de una red criminal investigada desde hace décadas y que ahora ve expuesto su techo de cristal: fe, Estado y ley, utilizados para vender mujeres y niños en todo el mundo, ante nuestros propios ojos. En nombre de Dios.

—¡Puedo explicarlo! —dice ahora mi padre, en una mezcla de rugido y lamento.

Lo observo cerrar los ojos y dejar que las lágrimas le corran por el rostro. Pero no se engañen: no hay arrepentimiento ni redención ahí. Solo el odio de alguien que ha sido atrapado y sabe que va a pagar, de la peor manera posible.

—¿Qué otros secretos esconden los poderosos? —pregunta Isabella—. ¡Estamos deseando investigar! Al fin y al cabo, puedes esconderte, pero nunca huir de la verdad. Y cuando la verdad aparezca ante nuestros ojos, como un maremoto, no importará cuánto poder o dinero tengas: serás engullido por la ola. Beban agua, protejan a los niños y a los animales —se despide.

Un sonido metálico arrastrándose por el suelo empieza a resonar por las paredes.

Veo a Park Suck abrir los ojos y estirar la cabeza todo lo que puede, buscando el origen del sonido.

—¿Hay alguien ahí? ¡Por favor, ayúdeme! —suplica ahora.

El sonido metálico cesa. De la oscuridad absoluta al foco, veo a Ethan Evans, con las mangas remangadas, cargando un hacha mucho más grande que su propio brazo.

—Entonces, ¿puede explicarse? —pregunta, interesado—. Estoy deseando escucharlo, Park Suck.

El hombre atado a las cadenas y despojado de todo el orgullo que un día tuvo aún intenta soltarse una última vez: en vano.

Sus ojos se agrandan a medida que Ethan se acerca y, cuando se detiene frente a la camilla, mi padre reza en voz alta; sus labios tiemblan, las palabras le fallan.

Ethan golpea con el hacha el borde de la camilla, haciendo que Park lance un grito de horror y lo mire, aterrorizado.

—Ethan, por favor, escúcheme.

—Puedo oírlo perfectamente —responde el otro con paciencia.

—Ethan, yo soy uno de vosotros. Fui iniciado, soy hijo de los Padres Fundadores, un hombre libre, presté juramentos.

—¿Y…? —pregunta Ethan, interesado.

—No puede acabar así —dice, indignado—. Exijo un juicio justo, porque me lo merezco.

La respiración prolongada de Ethan me eriza el vello de los brazos. Se ajusta las gafas de sol en el rostro, baja el hacha hasta que su hoja pesada y afilada golpea el suelo y empieza a rodear la camilla con precisión, demostrando que conoce bien la posición en la que se encuentra mi padre.

—Por si no se ha dado cuenta, Suck, su juicio ya ha comenzado —le informa.

El silencio se prolonga durante casi medio minuto. O bien mi progenitor no sabe qué decir o está eligiendo con cuidado las palabras, porque podrían ser las últimas.

—Seguí las reglas, Ethan. Todas. Esto es un juego de poder y lo respeté. Hice mis negocios, como hacéis todos vosotros —dice, en su defensa.

—¿Llamas negocios a vender personas y todavía tienes la audacia de decirme que seguiste las reglas?

Mi padre resopla.

—¡Tú y Zimmerberg espiáis a la gente, joder! ¡La familia Mitchell se dedica a dispositivos nucleares! ¡Los Cavalieri están metidos con la mafia, con el mundo del crimen! ¿Qué es vender personas comparado con eso? —esa es la retórica que utiliza.

Nadie necesita ver el rostro de Ethan para comprender la gravedad de semejantes comparaciones.

La Mano Oculta del GTI de Nueva York inclina la cabeza hacia la izquierda, estirando el cuello. Luego hacia la derecha.

—Vender personas no va de un juego de poder, Suck. Es un crimen contra la humanidad, algo que…

—¡Vosotros fabricáis armas nucleares, joder! —grita en su defensa.

—¿Y cuántas veces se han utilizado? —desafía Ethan—. Seamos honestos el uno con el otro, al menos una vez en la vida, Suck. Espiar a la gente… fabricar armas nucleares… la mafia… sí, lo hacemos. Pero respetando las reglas estipuladas por el juego de poder. Nunca has visto ni verás nada de eso utilizado con fines espurios, porque entendemos la gravedad de manejar lo que manejamos.

—¡Sois iguales que yo!

—Te equivocas, Suck. No somos héroes ni tampoco queremos que la gente nos vea como héroes —dice Ethan con severidad—. Somos los dueños del mundo y eso tiene un precio —Ethan suspira —. Y el precio también está ligado a la responsabilidad del poder que tenemos en las manos. No jugamos con el poder, y mucho menos cometemos crímenes contra la humanidad, porque, fíjate bien, independientemente de quiénes seamos, conocemos el precio de eso.

—¿Y cuál es el precio? —pregunta mi padre, claramente temeroso de la respuesta.

—Lo vas a descubrir —responde Ethan sin alterar el tono de voz.

Da otra vuelta alrededor de la camilla, sin rozarla. Desde mi perspectiva, incluso parece que está calculando mentalmente las distancias.

—No seas cínico, Ethan. Todo esto es solo por el poder. Si vosotros podéis tenerlo, ¿por qué yo no?

—No es solo por el poder —lamenta Ethan—. Los hombres que inventaron las bombas nucleares, los tanques de guerra y cómo implosionar las economías de países emergentes querían poder y, mira tú… podemos destruir la existencia de todo el planeta con solo pulsar dos botones. Nosotros aquí y ellos allí. Tu visión distorsionada de nuestras reglas y del juego de poder me ofende. Esperaba más de un hombre de tu estirpe.

—¡Exijo un juicio!

De verdad aún no ha entendido que está siendo juzgado, ahora.

Si cree que podría ir a un tribunal, sería risible. Una ilusión. Hombres como él tienen accidentes de avión o desaparecen en alta mar. Jamás van a prisión.

—Querías utilizar a tu hijo para infiltrarte en el banco CS Gallagher y borrar tus huellas, ¿verdad? Usando dinero y la antigua influencia de Franklin Gallagher.

Mi padre parece haber sido descubierto en ese momento. Mira a Ethan en silencio, sigue cada uno de sus movimientos.

—Intentaste utilizarnos para alcanzar a tu hijo y arrebatarle nuestra confianza.

—¡Nunca seréis capaces de detenernos!

—Tu error, Suck, tu error y el error de hombres como tú es que solo persiguen dinero y poder. Creen que con eso pueden dominar y someter al mundo entero según su voluntad.

Es evidente, en sus ojos, que era exactamente eso.

—Y es precisamente por eso por lo que hombres como tú caen. El dinero y el poder son una trampa inventada por nosotros, los dueños del mundo. Y por aferrarte a eso y no a lo que realmente importa, no solo cometiste el crimen, sino que dictaste tu propio juicio y tu sentencia.

—Cuando fui iniciado me dijeron que tenía derecho a la lobotomía. Eso es lo que quiero, Evans. Bórrame la mente y déjame vivir en otro rincón del mundo, sin recordar nada.

Ethan asiente con la cabeza.

—Yo soy uno de vosotros.

—Nunca fuiste uno de los nuestros —responde con firmeza—. Y con cada nuevo crimen que cometiste, te fuiste convirtiendo cada vez menos en uno de nosotros. No hay nada más despreciable que alguien que se crea superior a sus semejantes… y se sienta con derecho a vender personas como mercancía.

—¡Los antiguos hacían eso!

—¿Y sabes dónde están los antiguos? —pregunta Ethan.

El movimiento que hace con el mango del hacha es tan rápido que, cuando me doy cuenta, solo veo la pierna caer de la mesa.

—Los antiguos están muertos —advierte Ethan.

El impulso que Park Suck da sobre la camilla hace parecer que va a liberarse de las ataduras, pero no sucede. Abre la boca y el grito parece salir mudo, como si le faltara el aliento para expresar la magnitud del dolor.

—La gran broma cósmica es que la justicia es ciega —comenta Ethan, rodeando la mesa—. Y acabo de juzgarte.

Desde las sombras, tres personas encapuchadas se acercan al cuerpo sobre la camilla y, casi de inmediato, suturan la separación hecha entre la pierna y el muslo.

—Te quiero vivo, Suck —advierte Ethan, y se aparta.

Yohanna surge de la oscuridad y toma el hacha de las manos de su padrino. No tarda, apenas calcula: el hacha corta el aire en un silencio esplendoroso que culmina en el sonido metálico de su encuentro con la camilla. La mano temblorosa ya no tiene vida. Y los médicos corren para cauterizar la zona y detener la hemorragia.

—Quiero que recuerdes muy bien quién eres, de qué fuiste capaz y el castigo que recibiste por ello —dice Ethan, examinándolo desde un rincón.

Los médicos se apartan cuando la hoja vuelve a cortar el aire y se clava con fuerza en el pie que quedaba. Sale con dificultad; Yohanna tiene que retorcer el hacha para extraerla y se aleja.

Poco a poco, los equipos médicos se colocan alrededor de la camilla y a Suck le conectan el brazo a una bolsa de sangre.

—Me perteneces, Park Suck —dice Yohanna, tan furiosa que sus ojos parecen arder.

Más o menos ahora consigo oír su llanto mezclado con gritos de dolor. Está tan amoratado que parece faltarle el aire.

—Tu cabello, tus ojos, los dientes de tu boca. Tus órganos, tu piel, tu corazón. Y los arrancaré uno a uno, hasta que recuerdes todo lo que hiciste. Y entonces entenderás el precio de tener dinero y poder a cambio de inflar tu ego.

Yohanna deja caer el hacha al suelo e ignora al equipo médico que, a su alrededor, cose, conecta a mi padre a las máquinas y atiende las heridas.

—¿Estás listo para morir? —susurra junto a su oído.

Miro alrededor por un instante.

No consigo ver el rostro de la multitud que observa, pero sí sus ojos horrorizados. Los hombres y mujeres de la Colmena han sido traídos aquí para presenciarlo y comprender el estilo Evans y Cavalieri de tratar a quienes ponen a prueba los límites de las reglas de nuestra sociedad.

—N-n-n… —Mi padre niega con la cabeza; está tan en shock que no logra articular una sola palabra.

Yohanna saca de la cintura una hoja fina y extremadamente afilada. Tapa la nariz del hombre en la camilla, obligándolo a abrir la boca. Le arranca la lengua, entre el espasmo que sacude el cuerpo de la víctima y un grito de horror y angustia que eriza no solo mi piel, sino la de todos los presentes.

—No quiero volver a oír tu voz a partir de ahora —dice Yohanna, satisfecha, contemplando el trozo de lengua en sus manos —. Ya no te pertenece.

La alza, como Perseo exhibe la cabeza de Medusa en la iconografía occidental.

—Sois curiosos —dice Ethan, alisándose el pelo con la mano derecha—. Todos aman y quieren conocer a Dios… —Se incorpora y empieza a avanzar en nuestra dirección—. Pero nadie quiere morir.

—Presión corporal muy alta, señor —avisa el médico jefe.

Park Suck tose sangre y empieza a atragantarse. Le colocan un tubo en la boca que aspira la sangre; enseguida llega otro para que pueda respirar.

—La presión se está estabilizando lentamente —actualiza el médico.

—¿Dónde está aquel armario maravilloso en el que guardamos enfermedades en tubos? —Yohanna se vuelve hacia el médico—. ¿No tendremos un tubo de peste bubónica reservado para estos casos especiales?

El médico asiente levemente, atónito.

—Tal vez… —traga saliva—. Tal vez no sobreviva, señora.

Yohanna humedece el labio inferior con la lengua y se acerca al médico, que empieza a temblar y apenas consigue mirarla a los ojos.

—Va a sobrevivir —asegura—. Su tortura ni siquiera ha empezado.

Bruna Martins

Quién lo diría… todo volvió a la normalidad.

Todo, absolutamente todo. Estoy aquí en casa de Nando con los niños, comiendo un montón de porquerías, como siempre, y viendo una peli. Y la mascota también está aquí.

—¿Has intentado hablar con tu madre?

—No —lamento—. Pensé en llamar y aclarar algunas cosas, pero me dijo que había destruido su felicidad y que esperaba que nunca volviera a casa. Dijo que no creía nada de lo que vio en la televisión sobre Marcos y que esperaba que yo tuviera una vida muy amarga y sufrida, para aprender lo que es destruir la felicidad ajena.

Nando se santigua.

—Madre mía, ¡una madre no! Eso es un demonio.

Levanto una ceja y me muerdo el labio inferior.

—Un parásito, una aparición, una cosa mala de esas.

—Ojalá estuvieras equivocada, Nando. De verdad. Ojalá todo esto fuera una invención de mi cabeza o solo una mentira. Pero todo es real y ella miró hacia otro lado todo el tiempo.

—Ella es igual o peor que él. —Mi mejor amigo me abraza.

Por desgracia, tengo que estar de acuerdo y lo hago en silencio.

—Escucha. —Nando me sujeta el rostro con ambas manos—. Yo… —Traga saliva.

Se toma un momento para respirar.

—Sé lo que es oír de tu propia madre y de tu padre que preferirían un hijo delincuente o muerto antes que gay. —Se traga el llanto—. Sé lo que es que te echen de casa, sé lo que es verte sin

rumbo, sin futuro, desamparado. Sin saber adónde ir ni a quién pedir ayuda…

Lo atraigo hacia mis brazos y lo aprieto con fuerza.

—Nunca estarás solo. Me tienes a mí, Bruna. Nunca permitiré que te sientas como yo me sentí… impotente… sin apoyo y sin amor… no tienes que pasar por lo que yo pasé. Tienes a Jacob, me tienes a mí, no vas a quedarte desamparada.

—Lo sé, gracias.

Nos quedamos abrazados largos minutos hasta que se recupera.

—¿Y qué tal es vivir con el Danonino en un sitio nuevo? —cambia de tema.

Tras la destrucción parcial de la mansión, Jacob, los niños y yo nos mudamos a un apartamento muy cerca del banco CS Gallagher y de la empresa Trojan Horse Security. No era tan grande como la mansión, pero el piso tiene cinco habitaciones, una bañera de hidromasaje de lujo y una biblioteca de quitar el hipo.

—Jacob dice que no le gusta vivir en pisos, que prefiere estar cerca del suelo. Pero a mí me está gustando, no es tan ruidoso como pensaba y tiene una vista privilegiada y esquizofrénica de esos letreros luminosos.

—¡Lo has petado! —Aplaude y se lo muestra a los niños, que imitan al tío.

—¿Alguna vez te has enamorado, Nando?

Niega con la cabeza.

—¿Ni siquiera del viejo rico que te trajo a Nueva York?

Niega con más énfasis.

—Yo solo estoy enamorado de mí mismo. Y de ti. Y de estos sobrinos que nunca van a necesitar ir a la universidad ni freír una hamburguesa, porque ¡Jacob lo va a pagar todo! —Hace muecas a

los niños, que se ponen a reír—. ¿A que sí? ¿A que sí? ¡Ni siquiera van a tener que limpiarse el culo, siempre habrá alguien que lo haga por ellos!

—Qué horror. —Desaconsejo totalmente esa idea—. Entonces… ¿crees que podrías responderme algo?

—¿El qué, Bruna Renata? Dímelo todo y no me ocultes nada, no me ahorres los detalles sórdidos.

—Jacob siempre ha tenido muchas mujeres, una distinta cada día. Y ahora… somos solo nosotros dos. Y los niños. Y sin problemas que resolver…

—Ay, amiga, créeme, los problemas os encontrarán en la nueva dirección…

—Tengo miedo de que se canse de mí. Y quiera a otra…

—Pero, chica, ¿qué te llevo enseñando todo este tiempo? Sé otra. Nadie es monocromático, Bruna, y menos tú. Hay días en los que estarás más loca de lo normal, hay días en los que llevarás esa braguita boca de problemas. —Frunce los labios—. Lo importante es darle esa llave de coño al chico, sentarte en su cara bien sentada, así mismo…

Nando coge mi brazo derecho y lo levanta, me aprieta el cuello con él.

—Asfixia al desgraciado hasta que se quede sin aire y luego pregúntale: ¿quieres más?

No sé ni qué decir, estoy medio horrorizada. Y excitada.

—¡Deja el miedo, boba! ¡Vive! ¡Sé feliz! Vuelve a entrar en su despacho con un látigo y di: ¿adivinas quién ha venido a cerrar un trato? —Nando pone una cara de lo más sensual, muy femme fatale.

—O a abrirlo —añado.

—¡Esa es mi chica! —Y me da un golpe con el hombro—. ¡No te olvides de enseñarle quién manda!

Ah, eso no lo va a olvidar jamás. Lo garantizo.

—Y lo más importante, amiga: no te olvides de ser feliz. No me cabe duda de que lo conquistarás más veces, y de que él te conquistará a ti muchas más. Mantente abierta a descubrir cosas nuevas, a vivir momentos intensos y a entregarte. Vive, sé feliz, hazte un nombre, ¡homosexual! ¡Enséñale al mundo la Renata escándalo que eres! —me sacude entera.

—Me llamo Bruna, lo sabes, ¿verdad?

—Ay, marica, te inventas esa historia de Renata y ahora vas de digna. ¿Conmigo, tía?

—Madre mía, Nando, hoy estás muy mariquita, ¿no?

—Desde que nací en 2018, cariño.

—Oye… déjame decirte algo que debería haberte contado desde Miami, pero me lo guardé porque fuimos a relajarnos… fuimos a la playa…

—Cuenta.

—Jacob me pidió matrimonio.

—¿Te has dado un golpe en la cabeza, loca? ¡Eso ya me lo dijiste hace meses!

Niego con la cabeza.

—No… ahora es de verdad…

Se queda mudo, no sabe ni qué decir.

—¿Con vestido de novia, velo y todo?

Asiento.

Nando coge a Sunny y a Yuri y apoya una mejilla contra uno y la otra contra el otro.

—Di que vamos a ser las damitas de honor de la boda —hace un puchero.

—Ellos sí. Tú vas a ser mi padrino.

—¡Pero yo quería ser la damita! —dice indignado, aunque acaba riéndose—. ¡Será un honor, loca!

—¡Y me vas a ayudar a elegir el vestido! —le lanzo una mirada que deja claro que no es negociable.

—¡Voy a estar ahí para todo lo que necesites! —asegura.

Ahora soy yo quien lo abraza. Llegué a pensar que Nando me daría un discurso moralizante sobre lo rápido que había sido todo para aceptar casarme de verdad. Pero conozco a mi mejor amigo: se preocupa por mi felicidad y, más aún, está aquí para apoyarme.

Y si todo sale mal, también estará ahí, conmigo.

—Luego te giras hacia él y le dices: Jake, ¿me amas?

—Ya ha dicho que sí —respondo, desconcertada.

—Entonces pon tus inmuebles a mi nombre —me guiña un ojo con unas pestañas enormes, muy cerca de mi cara—. Págame las cirugías estéticas, déjame como un muñeco de cera chorreando y derritiéndose…

Me parto de risa.

—Ay, Jake, estoy tan triste… ¿me transfieres cien mil dólares a la cuenta? —saca un billete de un dólar del bolsillo del pantalón y empieza a limpiarse el rabillo de los ojos—. Estoy tan triste, tío… solo medio millón de dólares me haría feliz —se lamenta.

Los bebés nos imitan y empiezan a reírse, ni siquiera saben por qué.

—Y después de todo eso dale el sablazo, ¿eh, boba? —me susurra al oído.

Los dos estallamos en carcajadas, junto con los gemelos.

Capítulo 38

Jacob Parker

Meses después.

Llamo tres veces a la puerta y espero.

Desde fuera la oigo tropezar con mil cosas y soltar maldiciones. Llegar hasta la puerta es toda una odisea; la abre de par en par y me da la espalda, pasando por encima del caos.

—Menos mal que has llegado, Nando, necesito ayuda con todo esto. Ah, ¡y súbeme el vestido! —dice, distraída, trasteando con el ramo de flores sobre la cama.

Entro y cierro la puerta tras de mí; a grandes zancadas esquivo el desorden y me coloco a su espalda. Subo la cremallera del vestido blanco de novia y abrocho por encima los botones de perla.

Bruna endereza el torso y se estira, respira hondo. Mira por la ventana la playa ahí fuera, junto a la ornamentación de la boda que pidió.

—No sé si estoy preparada. —Baja la cabeza.

—¿No lo sabes? —murmuro a su oído.

—¡Jacob! —Bruna se gira de golpe, pierde el equilibrio y cae sentada en la cama. Aún le sujeto las manos, pero no hace falta sostenerla; descansa cómoda sobre el colchón—. Dios mío… ¿nadie te dijo que ver a la novia antes de la boda da mala suerte? —se queja.

Bla, bla, bla.

—Ya estás casada conmigo —le informo—. ¿O se te ha olvidado?

Cruzo al otro lado del enorme dormitorio y arrastro una butaca, tirando al suelo un montón de cosas, y me dejo caer en ella cuando queda justo frente a Bruna.

—¿No sabes si estás preparada?

Cruza los brazos y mira a todas partes, menos a mí.

—Háblame. Dime qué te pasa por esa cabecita… —le toco la frente con el índice—. ¿Quieres que cancele la boda? Salgo ahí fuera y mando a todo el mundo a casa.

—No.

—Entonces dime qué debo hacer.

Bruna se encoge de hombros, suspira, a punto de hablar. Pero cuando los baja, inspira aún más hondo y se queda callada.

—Jacob, no sé si tengo madera para ser una esposa de verdad. —Abre las manos hacia mí—. Sé que estamos oficialmente casados, pero… una ceremonia hace que todo parezca muy serio. ¿Y si sale mal? ¿Qué van a pensar tus amigos de nosotros? ¿De mí?

Sonrío y le doy la razón, lo que parece confundirla todavía más.

—¿Y yo tengo pinta de tener madera de marido? —replico, para su total sorpresa—. ¿Y menos aún de una mujer enérgica, con carácter y que a menudo no hace caso de lo que le digo y toma sus propias decisiones?

Bruna levanta la barbilla y se gira de perfil.

—Bruna. —Extiendo las manos y espero hasta que las toma —. Ya ha salido bien, entre nosotros. Tú eres libre, yo soy libre. Podemos recomenzar nuestras vidas como queramos. Y yo he elegido recomenzar a tu lado. Entenderé si prefieres recomenzar sola o con otra persona, pero me pondrá muy triste. No elegí lo que

siento por ti ahora, pero ¿sabes qué? Si pudiera elegir, te elegiría. Porque sé la mujer que eres y, sobre todo, sé quién soy yo cuando estoy contigo.

Verla sonrojarse es uno de mis deportes favoritos. No hay nada mejor que contemplar, ni siquiera el atardecer en el horizonte del mar.

—¿Qué pensarán mis amigos si sale mal? A ver… ¿a quién le importa? ¿Quién se preocupa por eso? Tú y yo ya hemos salido bien. Mejor que nadie, sé en qué merece la pena invertir. Y es en nuestra relación donde quiero invertir, más que nunca.

Me levanto y hago lo mismo con ella, guiándola de la mano.

—Estás preciosa.

—Tú también. —Ella echa un vistazo a mi atuendo de novio.

Sí, estoy bastante más elegante de lo habitual; este aire de novio me vuelve bastante sexy, la verdad.

—Yo también tengo miedo del «para siempre» —me acerco a su oído y susurro—. Me criaron, igual que a ti, para sentir que lo perdía todo a cada paso…

Siento cómo asiente, moviendo la cabeza arriba y abajo.

—Con nosotros no será para siempre, Bruna. Será día a día. Cada día será un día nuevo y yo te reconquistaré, te daré motivos para quedarte conmigo y darte cuenta de que te haré feliz, pase lo que pase.

—¿Y si intentan separarnos?

—Joder, chica, tú ya has empuñado una ametralladora y te has puesto a disparar.

Ella se ríe mientras asiente.

—Nadie puede detener a esa mujer. —Le acaricio el rostro con ternura—. Nadie puede detener a mi mujer. —La miro fijamente a los ojos.

Ella sonríe, con ellos.

—Las únicas personas capaces de separarnos somos nosotros dos. Y ahora mismo, todo lo que quiero es estar contigo. —La abrazo con fuerza y beso su frente.

Siento sus manos rodear mi espalda, devolviéndome el abrazo.

—¿No quieres estar conmigo?

—Sí quiero.

—Hice esta ceremonia por ti. No va de mis amigos, ni de lo que vayan a pensar. Si quieres, mando a todo el mundo a casa ahora mismo y nos quedamos solo tú y yo, con el atardecer anunciando nuestra unión. Eso es todo lo que necesito.

Apoyo la barbilla en la coronilla de su cabeza; su cabello está limpio y recogido.

—No necesitas fingir ser alguien que no eres. Me enamoré de la mujer que no puedo ver, pero sí sentir. Lo demás es un detalle.

Bruna me observa, algo tensa, mientras me quita la horquilla del pelo y lo desordena por completo, dejándolo suelto.

Le sujeto el rostro por los lados.

—Suéltate la melena. Libera a la mujer feroz que llevas dentro.

—Este vestido me aprieta —dice, inquieta.

—Quítate de una vez este maldito vestido —gruño mientras desabrocho las perlas y bajo la cremallera—. No necesito nada de esto, Bruna. Solo a ti. Y quiero que te sientas cómoda en nuestro día. Te traje a Miami porque dijiste que querías casarte en la playa. No quisiste ir a Río de Janeiro ni a Hawái, así que pensé que era la mejor opción.

Sigo sus movimientos, rápidos, deshaciéndose del vestido lleno de volantes y almidonado. Hay otros tres vestidos en

maniquíes, junto al espejo: uno muy sencillo, otro más glamuroso y el último una mezcla de ambos.

—¿Cuál crees que debería ponerme?

—Creo que deberías quedarte así, medio desnuda —me fijo en sus curvas.

Bruna gira el rostro hacia mí, tira del lateral de la braguita blanca y la suelta; oigo el chasquido que hace y tengo que lamerme los labios.

—No me provoques, sabes muy bien de lo que soy capaz —le advierto.

—¿Ah, sí? —pregunta.

Gira sobre los talones y, cuando queda de frente a mí, baja el sujetador despacio, lo hace girar entre los dedos y lo lanza hacia atrás.

—¿Te parece mal tener sexo antes de la boda? —me pregunta.

—Bueno… si no retrasamos la ceremonia… —me encojo de hombros.

Me acerco y doy una vuelta lenta alrededor de su cuerpo, sin apartar la mirada de la suya. Mientras trazo mi órbita a su alrededor, ella me sigue, aunque sea con el rabillo del ojo.

—Qué bien, porque tenemos unos minutos…

No espero a que termine la frase. Me agacho y le agarro las piernas; oigo su risa y un grito de sobresalto. La tumbo en la butaca y me arrodillo enseguida, una de sus piernas sobre mi hombro, la otra en el suelo.

Subo despacio con la nariz desde el pie hasta llegar al muslo, la miro desde aquí abajo a los ojos y le quito la braguita, lentamente.

—No sabes lo loco que me vuelves, Bruna.

—¿No? —vuelve a provocarme. Levanta el pie que estaba en el suelo y lo apoya en mi hombro. Antes de que pueda hacer nada, se gira rápido en la butaca, con el culo en alto—. Pues… creo que no.

Me coloco de espaldas a la butaca y me acerco; con la lengua bien abierta lamo su carne con deleite, no consigo dejar de mirarla ni siquiera en este instante.

Le aprieto las nalgas con fuerza y elevo el cuerpo para subir un poco más, le doy una última chupada a su sexo y me deslizo por debajo de ella hasta quedar sentado en la butaca, prácticamente desplomado.

—Debería darte unos azotes solo por plantearte no casarte conmigo —gruño.

—¿Ah, sí? —No puede evitar ser cínica ni siquiera ahora.

Le doy una palmada fuerte en el culo, obligándola a sentarse sobre mi erección y a lanzarse contra mi cuerpo.

Vuelvo a apretarle las nalgas y la abrazo. Nos perdemos en un beso largo e intenso; apenas consigo concentrarme mientras sus manos hábiles abren mi cremallera y me sacan el pene. Antes de que diga nada, siento cómo su cuerpo me aprieta.

—Aunque no me casara contigo en una ceremonia, seguiría a tu lado —confiesa, y eso es todo un masaje para el ego.

—No me veo sin ti —decimos al mismo tiempo.

Qué cursi y qué hortera.

—Prepárate —le advierto.

—¿El qu…?

No espero a que termine. Le doy una bofetada y luego succiono su labio inferior, chupándolo con intensidad. La giro en la butaca y planto los pies en el suelo, empujándome cada vez más dentro.

No puedo permitir que, en mitad de un polvo, esta mujer quiera convertirme en un romántico empalagoso. Mejor cortar eso de raíz y pasar a lo salvaje.

—Sentir tu piel contra la mía es una delicia —apoyo el rostro en su pecho y tomo sus pezones, uno a uno, para chuparlos y lamerlos.

Bruna se balancea sobre la butaca, se retuerce entera al sentir mi polla dentro de ella. Aun así, me rodea con los brazos, me atrae cada vez más hacia sí y me araña la espalda con sus uñas afiladas.

—Eso, trágame entero, vamos —soplo caliente contra sus labios.

La adrenalina me eriza la piel; todo mi cuerpo parece una caldera al fuego, la sangre hierve y se derrama por cada rincón de mí.

Siento mi polla dura, deseándola cada vez más; no contengo la cadera que va y viene, estoy hambriento de ella.

Antes de Bruna jamás pensé que pudiera entregarme a alguien. Tampoco que viviría deseando, cada día, a la misma mujer.

De algún modo, no siento que desee a la misma mujer. La deseo en cualquier faceta, cualquier fantasía, cualquier locura que quiera. Bruna me mostró que necesitaba y deseaba algo que nunca había conocido. Y ahora que la tengo, sería una locura renunciar a ello.

La sujeto con fuerza por la nuca y la levanto de la butaca. Se aferra a mis hombros al alzarla y me abraza desesperada, porque no va a dejar de follar ni un segundo.

Le lamo el cuello hasta llegar al contorno de la mandíbula y muerdo, vuelvo a subir la lengua hasta la nuca y la lleno de besos. Apoyo sus nalgas en el marco de la ventana y golpeo con las rodillas

la pared mientras avanzo y retrocedo con fuerza, para colmarla de placer.

—Eso, ¡hazme sentirlo todo! —gime; sus uñas se clavan tan fuerte en mi piel que la siento arder.

Aquí dentro sé la verdad: no es un contrato, un matrimonio ni nuevos peligros lo que nos mantendrá unidos. La necesito.

La necesito como el pez necesita el agua. La necesito como el mundo necesita la fe. La necesito como un viajero necesita llegar a su destino.

Desde que Bruna llegó, mi vida se convirtió en un torbellino de emociones. No soy ni volveré a ser el mismo después de ella. Y por sacarme del caparazón, de mi zona segura, desafiándome a ser lo que jamás creí posible, me conquistó de todas las maneras.

Mi cuerpo la quiere; mi mente la quiere; mi yo la quiere, como si nada a nuestro alrededor importara.

—¿Bruna, ya estás lista? ¡La boda empieza en unos minutos! —le avisa su mejor amigo.

Le cubro la boca con la mano y continúo con lo que estoy haciendo, sujetándola con firmeza.

De las sorpresas del mundo, el dinero me compró absolutamente todo; ser CEO me demostró que era capaz de todo; el poder me colocó en el lugar adecuado.

Pero solo Bruna Martins, al entrar en mi vida, me hizo ser yo mismo y descubrir que los fantasmas del pasado no eran nada comparados con su presencia radiante.

—¿Bruna? —insiste Luís Fernando desde la puerta.

Su orgasmo estalla, pero sigo silenciándola con la mano. Sus ojos parecen viajar a otro lugar y me divierte su expresión.

La llevo a la cama, le limpio las piernas y el interior con la lengua y la cubro con el vestido que había dejado a un lado. Bruna

se queda mirando al techo, un poco perdida en sus pensamientos, con una sonrisa deliciosa en los labios.

—¡No te cansas de estar buenísima!

Abro la puerta y veo al amigo de Bruna dar un salto atrás al verme, como si hubiera visto un fantasma.

—¿Qué haces aquí? ¿No sabes que da mala suerte que el novio vea a la novia antes de la boda? —me regaña.

Le doy un par de toquecitos en la cara.

—Daría mala suerte si no hubiera venido a verla —respondo.

Cierro la puerta tras de mí y sigo por el pasillo, pero antes lo advierto:

—Déjala descansar unos minutos.

Capítulo 39

Jacob Parker

Bruna está terminando de arreglarse con la ayuda de Luís Fernando y la boda está a punto de comenzar.

Un arco de madera realmente grande, coronado con flores rojas, violetas y rosas, marca el lugar en el que diremos «sí» el uno al otro. En lugar de una alfombra roja, el camino de arena fue nivelado para que nadie tuviera problemas al caminar; entre ambos lados con sillas blancas, el recorrido se decoró con flores blancas, grandes velas rosadas y faroles dorados.

La mayoría de los invitados ya está sentada, aguardando la llegada de la novia. Ethan Evans, quien dirigirá la ceremonia, se encuentra bajo el arco esperándonos.

El mar, al fondo, alterna entre momentos de completa agitación y el suave balanceo de las olas. El sonido de la naturaleza, de los pájaros, y el ambiente de casi atardecer hacen que la ocasión sea aún más especial.

Allen Mitchell ayuda a encender las antorchas que delimitan el lugar, detrás del atril de la ceremonia, frente a las sillas y a su alrededor. Las llamas no tardan en crecer, se mecen con el viento sin apagarse y aportan todavía más color al entorno.

—¿Estamos listos? —Blake se acerca a mí. Trae consigo a mi madre, que lleva un precioso vestido blanco y algunas flores en el cabello.

—Siempre estoy listo. —Lo saludo con un abrazo fuerte.

—¡Está todo tan bonito, Jacob! —Mi madre me abraza con fuerza—. ¡Yang My estaría tan feliz! —apoya la cabeza en mi pecho.

Y espero de todo corazón que lo esté, feliz y en paz, porque se lo merece.

Sunny lleva un vestido blanco que recuerda al de una bailarina; Yuri está muy arreglado y adorable con un traje y una flor roja en el bolsillo. Isabella está con los dos en el carrito; piden brazos y los cojo solo un minuto, mientras aún no cae la noche.

—Estamos listos para empezar —avisa Allen no mucho después.

La música comienza a sonar y mi madre se coloca ya a punto para entrar conmigo y avanzar hasta el altar, donde me dejará y esperaré a Bruna.

Miro hacia abajo y veo a la pequeña Rowan Gallagher con un vestido blanco muy voluminoso que se balancea con el viento que anuncia el anochecer. No deja de sonreír; sus ojitos se cierran todo el tiempo mientras se mece de un lado a otro, sosteniendo la cesta llena de flores. Nicolas Petterson no muestra tanta alegría; mantiene su carita de siempre, neutra.

Me agacho para quedar a la altura de los dos, ajusto el traje negro y la flor en su bolsillo, arreglo la corbata y le hago un gesto de «pulgar arriba»; él me lo devuelve.

—¡Qué traje tan bonito, Nicolas!

—Me lo dio mi padre. —A diferencia de Rowan, no se balancea; se queda quietecito donde está. A veces alza la mirada para seguir el cabello al ritmo del viento.

—Estás guapísimo, tranquilo.

Vuelve a hacer el gesto de aprobación.

Lo acerco por el hombro para que se pegue a mí.

—¿Has visto lo que hay por el camino? ¿De aquí hasta el altar? —susurro.

Niega con la cabeza.

Echa un vistazo rápido y me mira.

—Flores, velas y esas cosas así —gesticula señalando los faroles.

—Pero mandé poner por el suelo algunos dulces… y si te fijas bien… —bajo la cabeza junto a él.

—¡Hormigas! —señala el recorrido que siguen hasta el altar.

—¿No las habías visto?

Niega con la cabeza.

—¿Dónde está tu lupa, niño Nicolas?

Se encoge de hombros y me extiende la cesta con flores.

—Solo me dieron esto —dice con un tono que suena indignado. Y le doy la razón.

Metí la mano en el bolsillo y saco una lupa dorada, se la pongo en las manos.

—Un regalo mío para ti.

—¿La lupa o las hormigas?

—La lupa y las hormigas. —Le beso la coronilla—. ¿Os explicaron bien lo que tenéis que hacer?

Nicolas asiente con la cabeza; está claro que ya quiere salir y recorrer el camino hasta llegar donde están las hormigas al final. Pero Rowan habla:

—Es para tirar las flores —informa.

—¿Ves, Nicolas? Es fácil. Solo hay que tirar las flores.

—¿A quién? —Se rasca la mejilla con la lupa y evita mirar alrededor, como si estuviéramos tramando algún plan disparatado.

—Hacia arriba. —Intento ser lo más directo y simple posible.

Y lo entiende; asiente.

—Levántate, va a empezar. —Allen me coloca bien y me sitúa de nuevo junto a mi madre—. Estás guapísimo, ve y arrasa en tu día especial. —Lo veo cruzar los dedos.

Con la música que sube de tono poco a poco y el mar al fondo, que parece bailar con ella, mi madre y yo avanzamos despacio ante los invitados, que están de pie.

Bruna y yo no queríamos de ninguna manera una ceremonia gigantesca, así que solo invitamos a quienes eran imprescindibles para la ocasión, es decir, a las personas que considerábamos nuestra familia. Ella solo invitó a Luís Fernando, pero las personas que invité yo también significaban algo para ella: Isabella Hathaway, especialmente. Los Evans, los Mitchell y los Petterson de un lado, y los Cavalieri, los Gallagher y nuestra pequeña familia del otro.

—Muchas gracias por invitarme a este día tan especial —oigo a mi madre llorar cuando está a punto de dejarme en el altar.

La abrazo. No solo la invité, sino que Bruna y yo llegamos a la conclusión de que debía ser ella quien me acompañara. Mi primera opción siempre fue Blake, claro, pero él apoyó la idea.

—Gracias por venir, mamá —me despido de ella y me coloco en mi sitio, mirando a Nicolas y a Rowan, que solo esperan a la novia.

Unos minutos después, todos podemos verla, con un vestido vaporoso que marca bien su cintura, una corona de flores adornando su cabeza, el cabello suelto y los rizos sacudiéndose con el viento. Luís Fernando y ella se detienen junto a los niños; Rowan no deja de sonreír y señalar las flores del cabello de Bruna. Nicolas tiene la lupa frente al rostro, preparado.

Empieza a sonar la marcha nupcial y los pequeños recorren el camino muy despacio. Rowan toma un puñado de flores y las lanza al aire; Nicolas avanza a su lado.

Bruna y Luís Fernando caminan despacio, ambos emocionados e intercambiando miradas cómplices, y yo la espero

aquí. Los fotógrafos se acomodan para tomar imágenes de la novia desde distintos ángulos. Al final del recorrido, Rowan intenta coger la cesta de flores de Nicolas —que no ha tirado ninguna al suelo—, pero él se lo impide. Ella termina el trayecto y se va hacia la izquierda.

Nicolas llega hasta mí, guarda la lupa en el bolsillo y sostiene la cesta con ambas manos. Da un salto y lanza todas las flores al aire, dejándolas caer al suelo y sobre sí mismo. Se distrae mirando cómo los pétalos se los lleva el viento y se queda con un buen puñado en el cabello.

Me mira, extiende el brazo con la mano cerrada y levanta el pulgar. Yo le devuelvo el gesto y también le hago el «pulgar arriba». Saca la lupa del bolsillo y sigue su camino tras sus hormigas.

Luís Fernando se despide de su amiga después de traerla hasta mí; la ayudo a colocarse en su sitio, cada uno a un lado, y Ethan detrás de un atril de cristal adornado con flores, velas y faroles.

—Estamos aquí reunidos para celebrar la unión de estos dos jóvenes en sagrado matrimonio —pronuncia—. El matrimonio es la institución sagrada que une, ante los hombres y ante Dios, a quienes se aman y han tomado la decisión de pasar la vida juntos.

—Estás preciosa. —Muevo los labios en silencio para Bruna.

—Soy preciosa —me devuelve con una sonrisa sarcástica—. Y tú también. —Me guiña un ojo.

—Para esta ocasión, he preparado un breve discurso sobre el poder de la unión —dice Ethan, mientras su rostro se vuelve lentamente hacia cada uno de nosotros—. El 9 de noviembre de 1989 comenzó la destrucción del Muro de Berlín. Este muro dividía Alemania en dos lados, uno capitalista y otro socialista. Fue construido durante la Guerra Fría, cuando nuestros antepasados creían imposible convivir con las diferencias y pensaban que separar y aislar era la actitud correcta.

Bruna y yo tenemos tiempo de ver a todos los invitados tomar asiento. Ella y yo nos giramos para ver y escuchar a Ethan.

—Cuando se construyó, el muro separó visiones distintas del mundo, pero también separó familias, separó sueños, separó historias. La búsqueda desenfrenada del poder, por ambos lados, llevó a los hombres a construir bombas nucleares, capaces de poner fin a su propia existencia en una fracción de segundos. Del mismo modo, la búsqueda desenfrenada de riquezas, por ambos lados, hizo que la avaricia y la mezquindad llevaran a nuestros antepasados a creer que ese era el cénit de la civilización: conquistar todo el poder y poseer todo el dinero y el control sobre los demás.

Bruna y yo nos miramos rápidamente. Aún no tenemos ni idea de qué tiene que ver todo esto con nosotros.

—La respuesta no está en tener todo el poder. Ni siquiera en tener todo el dinero y el control sobre los demás —nos advierte Ethan—. El muro duró veintiocho años. Veintiocho años en los que se interrumpieron historias, se asfixiaron amores y se dividieron familias. Con miedo, odio y defendiendo ideas capaces de separarlos durante veintiocho años, se perdieron vidas. Muchos no tuvieron la oportunidad de reencontrarse con sus familiares, sus amores o simples conocidos. Un muro dividió la vida. Un muro dividió a los semejantes. Un muro nos dividió de nosotros mismos. —Ethan hace una pausa—. Bien, ¿adónde quiero llegar con todo esto?

—Estoy deseando oírlo —le susurro a Ethan, que se ríe.

—No permitáis que un muro os divida. No permitáis que ideas en las que discrepéis o posturas que tengáis os separen. Ni durante veintiocho años, ni durante catorce, ni durante siete. Ni siquiera durante un día. Daos la mano.

Me vuelvo hacia Bruna y le tomo ambas manos.

—A partir de hoy asumís el compromiso de derribar el muro. Derribar el muro que habita dentro de vosotros y os impide llegar al

otro lado. Y, Bruna, tú eres el otro lado de Jacob. Y, Jacob, tú eres el otro lado de Bruna.

Veo una lágrima deslizarse por su rostro; baja la cabeza y respira hondo.

—El muro no cayó solo. Fue necesario que tanto el lado que creía en el capitalismo como el lado que creía en el socialismo dejaran a un lado aquello en lo que creían. Y tomaran martillos, piedras, lo que fuera necesario… para derribar aquello que los separaba. De eso trata un matrimonio. No se trata de quién tiene razón o no. No se trata de quién vive mejor o peor. No se trata de pelear y guardar rencor durante veintiocho años. Un matrimonio, jóvenes míos, trata de tener el valor de dar el primer golpe para derribar el muro. Y dado el ejemplo, el otro lado también intentará derribarlo. Y solo juntos seréis capaces de destruirlo. Y convertiros en uno solo. Como es el propósito de la sagrada unión.

Respiro hondo.

Es extraño cómo estas palabras remueven algo muy profundo dentro de mí. Es como si mis raíces, aquello que me sostiene, estuvieran siendo sacudidas.

—No importa la lengua, el color, la religión, la visión del mundo o las piedras que empezaréis a apilar poco a poco, sin daros cuenta, hasta construir la primera pared. No encontraréis la respuesta en el poder. No la encontraréis en el dinero ni en el intento de controlaros el uno al otro. El mundo entero aprendió —Ethan subraya esto— en 1989, que la respuesta está en derribar el Muro de Berlín. Primero dentro de nosotros. Después fuera de nosotros. Y solo entonces, en el mundo entero.

Ethan hace un gesto con la cabeza en mi dirección.

—Puedes decir tus votos, hijo.

—Bueno… no sé qué decir después de haber escuchado todo eso. —Empiezo a reír junto con los invitados—. Ojalá algún día tenga toda esa experiencia y sabiduría, Ethan.

—La vida te enseñará, hijo.

—Bruna. —Respiro hondo, sujetándole las manos, mirándola fijamente a los ojos—. Desde el día en que llegaste, algo dentro de mí cambió. Y hoy ya no sé quién soy. Soy una mezcla de lo que fui, de lo que soy y, sobre todo, de lo que quiero ser a tu lado. Aprendí algo de alguien —miro a Ethan—: que una mujer es capaz de despertar lo mejor y lo peor de un hombre. Y tenía razón; tú despiertas todo eso en mí. Y me encanta de cojones.

La veo reír.

—Me hiciste perder el miedo a sentir algo. Me enseñaste que soy capaz de ser amado. Y por estar conmigo, a mi lado, no solo en mis momentos de poder, sino cuando sentí que no era capaz y me vi sumido en el caos… me enseñaste, sin decir una sola palabra, el verdadero significado del amor. Ya no soy yo sin ti. Y espero seguir descubriendo partes de mí que ahora ni siquiera puedo soñar, a tu lado.

Acaricio el dorso de su mano.

—Me haces sentir que tengo un propósito en la vida. Y quiero devolver, cada día, lo que siento aquí dentro ahora mismo. Devolver lo que me diste, lo que me enseñaste y lo que me hiciste sentir, incluso en un periodo de tiempo tan corto.

Bruna asiente levemente con la cabeza; su sonrisa tímida es una de las cosas más hermosas que he visto jamás.

—Gracias por no intentar cambiarme. Gracias por no abandonarme. Pero, sobre todo, muchas gracias por hacerme sentir algo que ni siquiera imaginé que algún día sería capaz de sentir. Me encontré a mí mismo a tu lado. Descubrí lo que realmente necesito para ser feliz. Y lucharé, cada día, para hacerte entender que, si un matrimonio es un buen negocio, tú fuiste la mejor negociadora y obtuviste un enorme beneficio. Te lo demostraré.

Las palabras de Ethan ya me habían emocionado bastante, pero oír eso de labios de Jacob fue otro nivel. Logré verlo allí, distinto de todas las frases hechas y expresiones que solía usar; aquello sonó real y representó todo lo que habíamos vivido juntos.

—A tu ritmo, querida —dice Ethan y me tiende un pañuelo.

Se lo agradezco, me seco un poco las lágrimas que ya deben de haber arruinado lo poco de maquillaje que me puse y tomo aire.

—Jacob —digo, y siento que aprieta mis dedos—. Cuando estoy contigo no necesito fingir. Desde mi lado más loco hasta el más explosivo, me siento cómoda cuando estoy a tu lado. En toda mi vida sentí que tenía que ser fuerte para soportar todo lo que pasé y lo que aún vendría… luché, lo di todo y muchas veces fracasé. Pero luchar a tu lado me hizo sentir más viva que nunca; luchar a tu lado no fue difícil, siento que es exactamente lo que debía haber hecho y el lugar en el que debo estar.

Me vuelvo hacia Ethan.

—No sé si soy capaz de decir algo más…

—Siéntete libre, la boda es vuestra —dice con mucha gentileza.

—Pensé que nunca volvería a tener una familia desde que murió mi padre. Mi madre me dio la espalda, mi padrastro era un cretino… jamás imaginé que volvería a sentir lo que es estar en casa, estar segura, estar libre y preparada para cualquier cosa. Pero aquí, en Nueva York, encontré una familia de corazón enorme. Se lo debo a mi mejor amigo, Luís Fernando, y también a ti, Jacob, por la oportunidad.

—No tienes que dar las gracias. —Toma el pañuelo de mis manos y me limpia el rostro con suavidad.

—¡Debo de estar pareciendo una tonta ahora mismo!

—Lo estás —dice—. Y aun así soy incapaz de dejar de amarte. —Sonríe.

El silencio entre nosotros se alarga apenas un instante y Ethan retoma el control de la ceremonia.

—Jacob, tú…

—Acepto —dice, sin necesitar escuchar el resto.

—Bru…

—Acepto —respondo también, de inmediato.

—¿Los anillos?

Jacob y yo vemos a Isabella empujar el carrito con los gemelos. Están dentro: uno con el pie metido hasta el fondo en la boca, babándolo todo, y la otra mordiendo la caja negra. Cuando llegan ante nosotros, Yuri suelta el pie y empieza a reír; la sonrisa desdentada más bonita que he visto jamás. Sunny, aún con la cajita en la boca, también sonríe.

Jacob la saca del carrito junto con la cajita pringada; yo saco a Yuri, que se pone de pie, indignado por haberse quedado solo en el carrito.

Lo oigo pronunciar sus votos mientras me coloca el anillo en el dedo y yo hago lo mismo. Los niños intentan atrapar las alianzas por el camino, pero no lo consiguen.

—Por los poderes que me han sido conferidos, os declaro marido y mujer. ¡Podéis besaros! —dice Ethan.

Jacob y yo nos besamos al son de los aplausos de nuestros invitados.

Las llamas de las antorchas se mecen con el ocaso; aún alcanzamos a ver el sol volverse de un naranja electrizante en el horizonte. El mar me recuerda a mi tierra natal, Brasil, y me hace

pensar que mi padre está ahí, conmigo, bendiciéndome y deseándome felicidad.

Sé que la tendré.

Porque en mi momento más denso y oscuro descubrí una manera de ser feliz. Ya no espero promesas para el futuro; aprendí a construir por mí misma lo que quiero ahora.

Y en el ahora, me siento libre y soy feliz.

Epílogo

Jacob Parker

Años después.

Bruna se cubre la frente con la mano al menos un par de veces, molesta por la luz. El ayudante de cámara baja un poco la potencia del foco para que se sienta cómoda.

Ella se levanta, se arregla el vestido y acompaña la cuenta atrás que hace Isabella:

—5, 4, 3… —los números siguientes los cuenta en silencio.

La luz roja indica que estamos en directo. Esbozo una sonrisa acogedora y tomo las manos de Bruna; Isabella se dirige a nosotros:

—Estamos con el Quincuagésimo Primero. El hombre del momento, a quien todos estaban esperando ver. El carismático y ahora una de las figuras más importantes de la política mundial: ¡Jacob Parker!

Asiento y miro a cámara.

—Es un honor estar aquí con usted, señora Hathaway.

—¡Qué va, señor presidente! —agita la mano—. El honor es todo mío. Me alegra que haya encontrado un hueco en su apretada agenda para charlar un poco con nosotros.

—Siempre que quiera.

—Díganos cómo es ser el hombre más importante de los Estados Unidos de América, señor Parker.

Me aclaro la garganta antes de hablar y aprieto con firmeza las manos de Bruna, apoyadas en mi regazo.

—Siempre he sido el hombre más importante de los Estados Unidos de América, al menos en el corazón de mi esposa. Y eso es lo que importa.

Bruna es la primera en reír; baja la cabeza y deja que los rizos caigan hacia delante. Me muerdo el labio inferior y espero a que levante el rostro; verla avergonzada es mi deporte favorito.

—Lo que quiero decir, Isabella, es que siempre me he sentido importante al lado de mi querida esposa. Ella me enseñó valores que antes creía que no eran más que una farsa.

—¿Como…?

—Como el amor. No me malinterprete, siempre he amado a mi patria —aclaro—. Pero con el tiempo descubrí que amar a una mujer es como amar a tu patria: hay que entregarse, luchar por ella, con viento a favor y en contra. Me siento honrado por la confianza de millones de estadounidenses, pero no siento que sea el hombre más importante de este país. Soy el hombre más importante para Bruna, y eso basta.

—Es lo que llevo haciéndole creer desde hace unos años —bromea Bruna con Isabella.

—Hablando de ella, señoras y señores, la Primera Dama de los Estados Unidos de América: ¡Bruna Parker! —la presenta Isabella con brillo en los ojos.

Desde aquí casi puedo oír los aplausos de los espectadores, incluso estando en la Casa Blanca.

—Ha conquistado muchos corazones en América, señora Parker, por sus proyectos junto a la familia Mitchell, enfocados en la asistencia a niños con necesidades especiales. También ha apoyado una institución muy importante de nuestro país junto a Patricia Cavalieri, en la atención y reinserción de personas víctimas de abusos sexuales, como violaciones y trata. Díganos, ¿le queda tiempo para dormir? —provoca Isabella.

—Para dormir, para cuidar de nuestros cuatro hijos, para estar al lado de mi esposo —dice Bruna, pura simpatía; aún no sé cómo no la convencieron para presentarse a la presidencia y dejarme como Primer Caballero, yo no me quejaría—. Las obligaciones del día a día son intensas y exigen mucho de mí, igual que exigen mucho del Presidente. Pero aún tenemos tiempo para lo que es fundamental.

—¿Y qué sería lo fundamental para ustedes?

—Estar juntos —respondemos al unísono, mirándonos el uno al otro.

—¡Están muy ensayados! —se queja Isabella—. Cuéntenos más sobre eso, señor Presidente.

—En el pasado aprendí lecciones muy valiosas sobre el amor y sobre mí mismo. Descubrí que soy mucho más fuerte y que mis cualidades brillan cuando estoy en manos de esta mujer increíble. Ella conquistó a toda América, igual que me conquistó a mí: con su manera sencilla y amable. Ni siquiera le importa que sea el Presidente de los Estados Unidos; sigue dándome collejas a cada momento.

—No es exactamente así —Bruna me aprieta la mano y me da un pellizco—. No diga eso en la televisión —murmura.

—¿Ama mucho a su familia, señor Presidente?

—América es mi familia. Y si soy incapaz de amar a quien está a mi lado y comparte todo conmigo, ¿cómo puede parecer que estoy capacitado para amar a toda América? Sobre todo en momentos difíciles como los que vivimos, en los que nuestras diferencias se han convertido en tensiones a punto de estallar.

—Usted fue elegido por su discurso conciliador y unificador. Además de su visión responsable sobre el desarrollo sostenible, un tema muy relevante hoy en día, ya que en las últimas décadas algunas autoridades mundiales desdeñaron el cambio climático, continuaron deforestando y contaminando… bueno… los relojes del

fin del mundo han vuelto a llamar nuestra atención y esta vez no se trata solo de una guerra nuclear, sino del declive de la civilización.

—Así soy —respondo de inmediato—. Y creo que podemos cambiar el rumbo del mundo.

—¿Podría profundizar un poco más en eso?

—Es necesario recordar a la gente que somos uno. Independientemente del lugar del que vengamos, del color de nuestra piel, del dinero que tengamos, de la religión en la que creamos. El sexo, la sexualidad, las diferencias políticas y étnicas no pueden separarnos. ¡Somos una nación bajo Dios, indivisible, con libertad y justicia para todos! —afirmo con énfasis—. Y es necesario recordarlo incluso en momentos tan difíciles.

—¿Cree que puede apaciguar el espíritu de guerra civil y liderar a esta nación hacia el siguiente paso, quincuagésimo primero?

—No en solitario. Por eso necesito, ante todo, a la Primera Dama a mi lado. Y, bueno… si tengo la oportunidad de contar con toda la nación conmigo, afirmo sin pensarlo dos veces que haremos grande no solo a América, sino al mundo entero de nuevo, respetando la libertad y la justicia de los pueblos, sus diferencias y singularidades. Para eso fui elegido y para eso trabajaré durante los próximos cuatro años.

—Gracias por esta entrevista tan íntima, señor Presidente. La nación confió en usted para que recuperemos los aires de gloria de los Estados Unidos de América.

—Y lo haremos —garantizo.

—¿Le gustaría decir algo más a quienes nos están viendo?

—Sí. —Respiro hondo—. Cuando estéis dispuestos a vivir vuestros sueños, vuestros sueños os vivirán a vosotros. Lo que hace grande a América son los estadounidenses. Cambiaremos el mundo,

empezando por nosotros mismos. ¡Dios bendiga a la nación y a sus habitantes, a los hijos de la libertad y de la justicia!

—Así sea, presidente. —Isabella sonríe y cruza las piernas—. ¿Siempre soñó con ser presidente?

—En absoluto. —Lo niego de inmediato, para su sorpresa.

—¿No?

—Mi sueño siempre fue tener una Primera Dama solo para mí —tengo que decir—. Y ahora la tengo. El puesto de presidente vino de regalo; aún estoy decidiendo qué hacer con él —añado con humor.

Isabella se humedece los labios y niega con la cabeza, riendo, sin poder creer que acabe de decir eso.

—Acabamos de ver y escuchar al Presidente de los Estados Unidos, líder del mundo libre, en una entrevista íntima, junto a la fabulosa y carismática Primera Dama.

—No puedo creer que hayas dicho eso —gruñe Bruna a mi lado, en un susurro bastante alto—. ¡Luego te voy a dar unos azotes!

—Cariño, dame todos los azotes que quieras. —Sigo sonriendo a cámara.

—Ahora volvemos con vosotros, ahí en el plató —se despide Isabella.

Escena extra

*

Jacob Parker

Años antes de convertirse en presidente

—¡Au! —se queja Bruna; veo cómo se le contraen los músculos de la cara.

Me muerdo el labio inferior y sigo extendiéndole el protector solar por el barrigón. Esta vez, incluso yo noto la patadita.

Se recoloca las gafas de sol y se remueve en la tumbona reclinable hasta tumbarse del todo. La brisa del mar y el sonido de las olas son una delicia, pero contemplar ese mar cristalino, de agua verdosa y azul infinito hasta el horizonte, parece una obra de arte.

Pasamos las vacaciones en el Caribe siempre que podemos, sobre todo porque a Bruna le dio por comprar una isla en el Caribe.

—Papá —oigo un sonido agudo que se mezcla con un grito de emoción.

Me giro y veo a Brian, nuestro pequeño, construyendo su castillo de arena. Da palmaditas con las manitas, tal y como le enseñé, para que quede bien firme.

—¡Lo has conseguido! —celebro, sin ocultar la emoción.

Da saltitos en el sitio. Abre de par en par sus ojos color miel, esa belleza única que heredó de su madre, junto con la piel bronceada. Los ojos rasgados en las comisuras y el pelo liso, peinado hacia abajo, son míos, sin duda.

Brian echa a correr hacia nosotros, tropezando un poco. Acaricia el barrigón de mamá con las manos llenas de arena, por encima de todo el protector que le he puesto.

—Huang —dice; apoya la carita y le llena el pelo de arena. Abraza el cuerpo de su madre.

—Aún no sabemos si ese será su nombre, Brian —dice Bruna, acariciándole el pelo al peque, que mira el horizonte con una serenidad luminosa en los ojos.

—Dongsaeng —dice él, mientras acaricia la barriga.

Bruna y yo nos miramos, sorprendidos. Brian es un niño adelantado para su edad: ya se maneja muy bien en inglés y también suelta palabras sueltas en portugués y coreano.

De pronto se incorpora y sale corriendo tras sus hermanos mayores, Sunny y Yuri, que quieren hacer surf.

—¡No os vayáis muy lejos! —les grito desde aquí, esperando a que me den alguna señal de que me han oído—. ¡Y cuidad de Brian, no dejéis que se meta muy adentro!

—Vale, papá —responde Yuri; su voz llega como un sonido breve que se pierde con el viento.

Me limpio el vientre de Bruna con el dorso de la mano y vuelvo a protegerla del sol. Ella se retuerce con otra patada y hasta se sube las gafas.

—Este, si no sale futbolista, va a ser un desperdicio. Ni Brian pateaba así… —se queja.

—¿Puedo hacer algo para ayudarte?

—¡Dejar de embarazarme! —dice muy seria. Pero, a los pocos segundos, se le abre una sonrisa y termina soltando una carcajada; me tira de los brazos para abrazarme.

Apoyo la cabeza en sus pechos y me acomodo en la tumbona para que ella se tumbe encima de mí.

—Casi una década —suspira—. No sé si te aguanto otra, Jacob…

—Ni yo —digo.

Siento su mirada quemándome la piel. Bruna gira la cara como si fuera Samara saliendo del pozo: los ojos duros, clavados en los míos.

—Tenerte hoy me basta. Por ahora. Mañana ya veremos qué hacemos —digo.

Ella asiente en silencio.

Cierra el puño y me suelta un golpe en el hombro.

—¡Au! ¡Eso ha dolido!

—¡Para que duela! —se ríe, y vuelve a apoyar la cabeza en mi pecho.

La rodeo con los brazos y la aprieto contra mí. De vez en cuando estiro el cuello para asegurarme de que Brian sigue en la orilla, viendo al hermano mayor divertirse.

—¿Qué te vino a decir Nicolas antes de que nos fuéramos al Caribe?

Me quedo callado, mirando el horizonte.

—¿Jacob?

—El niño de las anties dijo que me fuera preparando, porque dentro de poco tendré un lío con la Primera Dama de Estados Unidos.

Bruna se incorpora, claramente mosqueada, y se va hacia nuestra pequeña y humilde mansión de dos plantas, pateando arena a su paso.

—¡Eh, espera! —voy detrás.

—Tú y tus Primeras Damas…

—Pero en mi corazón solo hay una…

Ella se agacha, coge la primera piedra que encuentra y me la lanza. Se me viene encima un segundo… y luego se da la vuelta.

No me aguanto y salgo corriendo tras ella, riéndome, hasta que la alcanzo y la sujeto.

—Tranquila, Primera Dama —le beso el cuello.

—¿Cómo me has llamado?

—Primera Dama de Estados Unidos —insisto.

—Ni de coña —lo dice con los labios, pero sin soltar sonido.

—Créeme: el niño de los recados lo dijo. Es oficial.

—Jacob, tú sabes que cada vez que tú y yo salimos en los focos nos caen encima una cadena de desgracias —cruza los brazos.

—Y las hemos vencido todas —la abrazo y la pego a mi cuerpo—. ¿Sabes por qué? —le beso la frente.

Bruna alza las cejas, quitándole importancia.

—Porque juntos somos invencibles.

Le sello los labios y me separo despacio. Mis manos bajan hasta los laterales del bañador rojo y se lo empujo hacia abajo, hasta quedarme completamente desnudo. Bruna se vuelve aún más fiera: me lanza varias piedrecitas, una tras otra.

—¡No puedes salir corriendo en pelotas por ahí! —se ríe.

—Cariño, yo soy el futuro presidente de Estados Unidos: puedo hacer lo que me dé la gana —digo, y le saco la lengua.

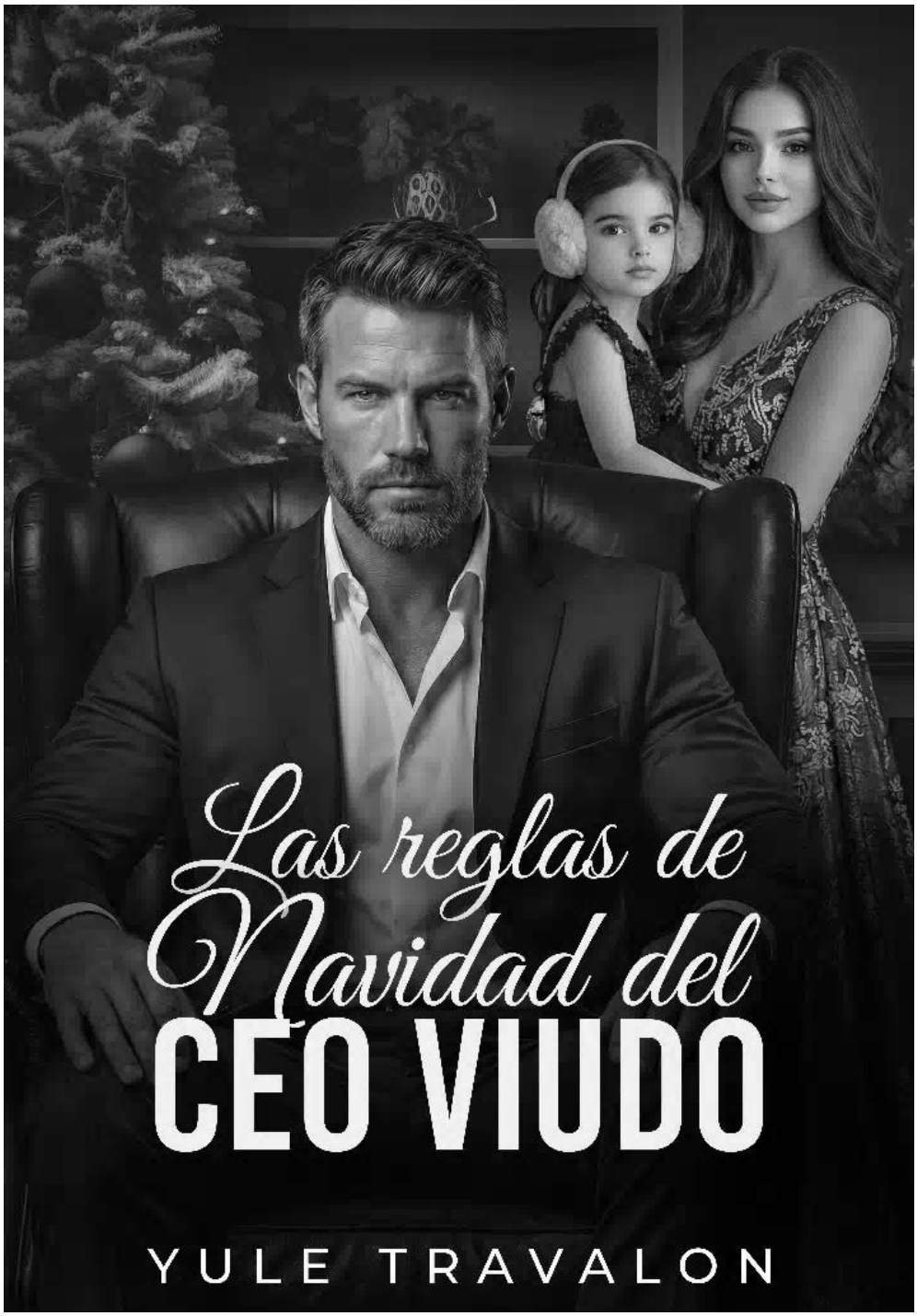
Ella cruza los brazos y niega con la cabeza, clavada en el sitio.

—No cambias ni aunque te paguen, ¿eh? ¡Sigues siendo el mismo crío de siempre! —y le veo ese falso enfado.

Doy media vuelta y corro hacia ella; le beso el cuello y la hago girarse para que volvamos a casa.

—Y tú me adoras, Primera Dama. Desde siempre.

También te puede gustar...



https://www.amazon.es/dp/B0G6XRWSQ1

Age gap · Gruñón x risueña · Proximidad forzada · Convivencia bajo el mismo techo · Sanación emocional · Redención del héroe · Slow burn

La noche en que nació mi hija, enterré a la mujer que amaba.
Desde entonces, aprendí a vivir por reglas.
Las reglas me mantienen en pie.
Las reglas mantienen la casa en silencio.
Las reglas mantienen la Navidad fuera de la puerta.
Nada de árbol, nada de luces, nada de música.
Nada que me recuerde el último diciembre en el que todavía tenía una familia completa.

Me llamo Liam Crawford. CEO, viudo, padre de una niña autista que todo el mundo mira como una historia inspiradora… menos yo, que sé exactamente lo que le cuesta sobrevivir a cada flash, a cada ruido, a cada roce.

Cuando Emma cruza la puerta de mi casa, solo necesito una cosa: alguien competente, discreto, que cuide de mi hija y siga mis reglas.

El problema es que Emma no está hecha para obedecer en silencio. Cuestiona mis decisiones, discute con el consejo, se enfrenta a los fotógrafos, se arrodilla en el suelo con Lyra en mitad de una crisis mientras yo solo sé mirar informes… y, poco a poco, me obliga a ver que quizá no estoy protegiendo a nadie.
Solo me estoy escondiendo.
Cuando mi imagen pública se desmorona y la directiva sugiere convertir a la niñera de mi hija en mi novia de fachada, debería parecerme ridículo.
Pero lo peor no es la propuesta.
Lo peor es darme cuenta de cuánto la quiero cerca… y de lo poco que merezco a ninguna de las dos.
Iba a ser otro fin de año marcado por la culpa.
Hasta que ella llegó.

Hasta que empecé a preguntarme si, esta vez, la Navidad puede significar algo más que perderlo todo.

Recomendado para mayores de 18 años.



Link: https://www.amazon.es/dp/B0FKTNYPD8/

Relación jefe y empleada + secretaria virgen y director + dominante y sumisa + Atracción prohibida

Aurora López es una Cenicienta moderna. Nunca ha sido la más guapa, nunca ha tenido novio, nunca la han besado. Y, por supuesto, nunca ha hecho el amor con nadie.

No tiene ratoncitos por amigos ni un hada madrina, pero creía que cumpliría sus sueños en Nueva York. Solo que… nada salió como esperaba. Con su familia al borde del colapso, recibe un ultimátum de su abuela: casarse con un viejo ranchero de su ciudad natal, que tiene el doble *(¿el triple? ¿quizá el cuádruple?)* de su edad.

En un último intento por cambiar su destino, se presenta a una oferta de empleo en la empresa de **Edward Cooper**, un CEO implacable, frío, calculador… y peligrosamente atractivo. Edward no es ningún príncipe azul, pero podría ser el único capaz de salvarla antes de que suenen las doce campanadas.

Lo que empieza como un trabajo se convertirá en una atracción irresistible.

Y cuando los secretos salgan a la luz… ni el amor podrá protegerlos.

No recomendada para menores de 18 años.



Link: https://www.amazon.es/dp/B0FH7LNGHJ

RELACIÓN FALSA · VENGANZA ROMÁNTICA · PADRE SOLTERO · VECINOS CON TENSIÓN SEXUAL · NIÑO AUTISTA · ROMANCE RÁPIDO

Anne Moore siempre va detrás de lo que quiere.

Ha luchado mucho para sacar adelante su pequeña agencia de eventos en Miami y mantener una relación de diez años con Samuel Griffin, dos logros de los que se siente muy orgullosa.

Hasta que, tras un fin de semana increíble con su novio, recibe al día siguiente una propuesta para organizar su boda… *¡pero con otra mujer!*

Entre el desespero, un ataque de locura y unas gotitas de Rivotril, Anne decide que lo mejor que puede hacer es aceptar el trabajo y convertir el gran día de su ex en una auténtica pesadilla.

¿Y cómo?

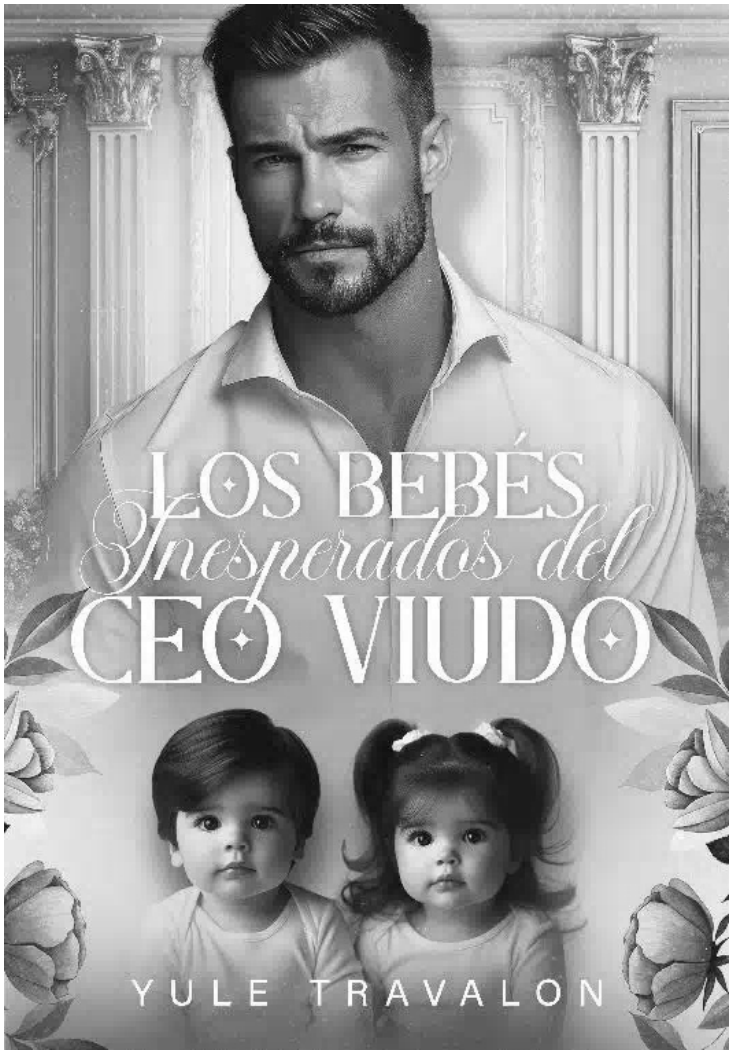
Muy fácil: solo necesita invitar a *su vecino buenorro* —al que lleva tiempo observando y está convencida de que es un escort de lujo— para hacerse pasar por su *nuevo novio,* provocar celos, descolocar por completo a Samuel y, con un poco de suerte, recuperarlo a sus pies.

Kaleb Petterson no tiene tiempo para tonterías, romances ni nada que le saque del control absoluto que impone sobre su vida. Por fin todo parece estar en orden: como inversor multimillonario, sus negocios van viento en popa; está aprendiendo a cuidar de su hijo autista de cinco años y preparándose para vengarse de quienes le arrebataron todo en el pasado…

Hasta que su encantadora —*y algo chiflada*— vecina le propone un plan disparatado: fingir una relación para arruinar la boda de uno de los hombres que más desprecia y que, casualmente, va a casarse con… *su hermana*.

¿Y si esta farsa fuera la puerta de entrada a un gran amor?

Recomendado para mayores de 18 años.



Link: https://www.amazon.es/dp/B0FCSK147T

DIFERENCIA DE EDAD + JEFE Y EMPLEADA + EMBARAZO INESPERADO + ROMANCE RÁPIDO + NIÑO ADORABLE

Massimo Zampieri, un viudo italiano de 37 años, viaja a Brasil para vender uno de los hoteles de su familia. Desde la muerte de su esposa, ha volcado toda su vida en cuidar de su pequeño hijo y dirigir los negocios familiares, convirtiéndose en un hombre frío, sin tiempo para relaciones y con el corazón cerrado al amor.

Pero algo cambia cuando sus ojos se cruzan con los de Gabriela.

Un malentendido los une, desafía sus convicciones y pone en duda todas sus prioridades.

Gabriela Sierra creció en un orfanato y conoció las durezas de la vida desde niña. Al cumplir los 18 años, la echaron sin nada más que los recuerdos de las monjas que la cuidaron. Decidida y con el sueño de formar una familia, lo único que tiene es su trabajo como camarera en el Hotel 6 Continentes, frente a la playa de Copacabana.

Hasta que un hombre misterioso aparece y amenaza con quitárselo.

Massimo le ofrece un mundo lleno de lujo, protección y poder. Gabriela se encuentra dividida entre un amor imposible y una familia italiana que la ve como una interesada, mientras secretos oscuros comienzan a salir a la luz.

Con un embarazo inesperado y el choque de dos mundos opuestos, ¿lograrán Massimo y Gabriela superar los obstáculos y descubrir el verdadero significado del amor?

No recomendado para menores de 18 años. Contenido explícito.

¿Te gustó esta historia? Espero que haya calentado tu corazón y te haya entretenido. Pretendo traducir varios libros al español, así que, por favor, si tienes algún comentario, sugerencia u observación que pueda ayudarme, ¿podrías enviármelo por correo electrónico? Siempre estoy abierto a escuchar y mejorar tu experiencia con mis libros.

¡Cariño para ti!

Yule Travalon.

?? yuletravalon@gmail.com